



LUIS DELGADO

La Galera *Santa Bárbara*

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A



Mediado el siglo XVIII español, Francisco Leñanza, un joven sano y fuerte de tierra adentro, lleno de sueños de aventuras y deseando comerse el mundo, muy natural a su edad, ansía lanzarse a la mar, que no ha visto nunca y que sólo conoce por lo que su abuelo Clemente, marino, ha contado a la familia. Y ya se sabe que cuando uno tiene dieciocho años y se le pone algo entre ceja y ceja, lo acaba por llevar adelante. Así pues, Paco Leñanza sale en busca del mar, abandona su pueblito natal castellano y comienza sus aventuras, que más hay que calificar de desventuras, porque antes de llegar al mar, le ocurren toda una serie de desgracias, dada su ingenuidad e inexperiencia del mundo, y su desconocimiento de la maldad humana.

Este primer volumen de la serie, Luis Delgado aborda la vida que se sufría en las galeras de la Real Armada en la segunda mitad del siglo XVIII y presenta al primer Leñanza, padre del que será protagonista de muchos de las aventuras de la saga.



Luis M. Delgado Bañón

La galera «Santa Bárbara»

Una saga marinera española - 01

ePub r1.1
Gand 26.11.14

Título original: *La galera «Santa Bárbara»*
Luis M. Delgado Bañón, 2002

Editor digital: Gand
ePub base r1.2



Bendita sea la luz y la Santa Vera Cruz,
y el Señor de la verdad y la Santa Trinidad;
bendita sea el alba y el Señor que nos la manda;
bendito sea el día y el Señor que nos lo envía.

Oración marinera. Siglo XVI

Dedico esta obra a la brigada Pis-Pis de la Escuela Naval, aquella que nos reunió en Marín con esperanza y largó en Santander con alborozo; la famosa del 63-68; ese grupo dirigido con especial cariño por una persona inolvidable, que engendró gran parte de lo que llevamos dentro.

Aunque algunos lo duden todavía, somos los mejores.

Prólogo a la colección de novela histórica *Una saga marinera española*

Como tantas empresas que se llevan a cabo en la vida, he de reconocer que esta serie de historia novelada que, por fin, he acometido con alegría y decisión en su conjunto, no nació como tal desde el primer momento, ni mucho menos. Por esa razón deseo explicarles los pormenores que me condujeron a la gestación definitiva.

Todo comenzó cuando, cierto día, recibí el encargo de una editorial para escribir una obra de las encasilladas como novela juvenil, ligera, corta y entretenida, en la que debía narrar en forma de aventuras alguno de los naufragios célebres que acababa de publicar en diferentes publicaciones, así como desarrollados en seminarios y conferencias.

Debo asegurarles que comencé el trabajo con indudable desgana y cierta desazón en el ánimo, dispuesto a abandonar la nave al primer bandazo. Es posible que pesara en mi subconsciente la secular crítica que he manifestado a las obras por encargo y, más todavía, haber aceptado el trabajo, concedor de antemano que no me atraía lo más mínimo. Sin embargo, también es cierto que dichas sensaciones se evaporaron como por encanto en pocos días, porque puedo afirmar, con la más absoluta sinceridad, que nunca he escrito una obra con tal sencillez y ligera de obstáculos, de esas que, como solemos decir a veces, se escriben solas. También debo indicarles que, para mi sorpresa, disfruté como un niño al escribir aquellas páginas, un factor de la mayor importancia en ese apartado placer-sufrimiento que experimentan la mayor parte de los escritores.

Pero la obra prevista en un principio, como es normal en mi trabajo literario, se transformó por sí sola en un producto bien distinto. Lo que debía ceñirse a la historia de un naufragio convenientemente novelado, se convirtió con rapidez en la triste historia de un desdichado galeote, de un forzado por error, con lo que, después de todo, acabé por escribir una obra en la que se expone la terrible vida que se sufría en las galeras de la Real Armada en la segunda mitad del siglo XVIII, una espantosa vida que ningún ser humano debería haber padecido. De todas formas, cumplía el objetivo señalado a *grosso modo*, al conformar una obra con las características previstas.

Así nació el primer personaje apodado Gigante, aunque todavía no fuera consciente de que esa figura pudiese disponer de alguna continuación histórica o familiar en una nueva obra. En realidad, fue al llevar a cabo las definitivas correcciones del trabajo, cuando comencé a pensar seriamente en la posibilidad de proseguir la historia en la figura del hijo, apodado con el mismo alias, por lo que dejé abierta la puerta a tal perspectiva en sus últimas páginas.

Cuando esta primera obra de la serie salió al mercado, fue encajada por la crítica general, de forma automática, como ejemplar de literatura juvenil, uno más de los

subgéneros en los que, personalmente y referidos a la literatura, no creo. Es cierto que ése era el encargo, pero me dolía que fuese así, porque la creía y creo, ahora sin discusión, apta y atractiva para el público en general. Pero quiero recalcar en estas líneas, una vez más, mi habitual animadversión al encaje de ciertas obras en estanterías cerradas y, en especial, a que aquellas donde prima la aventura o el simple disfrute de la lectura, pasen de forma automática a ser consideradas como obras ligeras y de orden menor.

Cuando escribí la segunda obra de lo que podría suponer en el futuro una serie, la enfoqué con libertad absoluta en su extensión y composición. También disfruté con ella, un repetido y delicioso divertimento que me llevó a sopesar de forma definitiva, la oportunidad de llevar a cabo una extensa colección. La idea central era la de exponer, en forma novelada, de aventuras y saga familiar marinera, los momentos principales de nuestra historia naval, muchos y relevantes por cierto, desde la segunda mitad del XVIII hasta la guerra civil del XX.

Al enfocar las obras como partes de un todo, aunque se pueda proceder a la lectura particular de cada ejemplar sin condicionante alguno, comprendí que debía retocar con cierta profundidad el primer ejemplar, para amoldarlo a la serie que ya caminaba con andar propio. De esta forma, aquella pequeña obra que se denominaba Aventuras y Desventuras de un Galeote, fue modificada, ampliada y corregida en un tanto por ciento muy elevado, para formar el primer volumen de la serie que he titulado como Una saga marinera española, a la vez que recobraba el título asignado en un principio, A bordo de la galera «Santa Bárbara». Sin embargo, he mantenido el prólogo de aquella primera edición, que considero interesante y adecuado, por lo que podrán leerlo a continuación. De esta forma han podido comprobar que el tomo I de la colección ve la luz a continuación del II, lo que habrá extrañado a algunos lectores.

Espero disponer de tiempo y ánimo suficiente para continuar esta serie que tanto me ilusiona, sin límite alguno. Además de suponer un trabajo literario con el que realmente disfruto, lo que ya supone un mérito añadido, intento conseguir otras metas de cierta importancia. La primera de ellas en mantenerme, siempre que la novelación lo permita, dentro de lo que podríamos denominar como rigor histórico. He defendido a lo largo de los años que cuando se habla o escribe sobre la Historia, debe primar el rigor por encima de cualquier otra consideración, sin entrar nunca en la fantasía o el esperpento. De esta forma, puedo cumplir el segundo objetivo y principal, que no es otro que reseñar, en plan de aventuras, los momentos principales de nuestra rica Historia Naval a lo largo de esos dos siglos que considero muy interesantes.

Los miembros de la familia Leñanza, descendientes de aquel galeote al que apodaron Gigante y dio comienzo a la saga, a través de diferentes generaciones, serán los encargados de transmitirles con sus episodios y experiencias esas vicisitudes capitales de nuestra Armada que, después de todo, forman una parte importantísima de la Historia de España.

Espero que los lectores encuentren suficientemente amenos y atractivos los

sucesivos ejemplares de esta serie de historia novelada. Pero, por encima de cualquier otra consideración, confío en que se diviertan con su lectura, lo que, después de todo, es el factor más importante que se puede exigir a un escritor.

Luis M. Delgado Bañón

Prólogo a la primera obra de la serie: A bordo de la galera «Santa Bárbara»

Cuando me decidí a escribir esta novela y llevé a cabo el esbozo inicial, no me planteaba exponer todo lo que rodea la terrible vida que soportaban los forzados y esclavos en las galeras y, por lo tanto, la de mi personaje principal, ciñéndome a la realidad histórica sino, simplemente, desarrollar una obra de aventuras con cierta credibilidad. Sin embargo, debido a que entraba de nuevo en un tema que he desarrollado con detenimiento en mi labor como historiador naval, poco a poco me vi obligado a mantenerme dentro de los márgenes que podríamos denominar como rigor histórico, sin olvidar en ningún momento que el fin principal y perseguido era el de construir una obra de ficción.

Aunque, una vez finalizada, la considero una obra adecuada para el público en general, he intentado que sea especialmente atractiva para los jóvenes, del estilo de aquellas que me abrieron las puertas de una de las más interesantes y beneficiosas aficiones que, en mi opinión, se puede desarrollar con el paso del tiempo: la pasión por la lectura. Se trata, sin duda, de una hermosa y positiva pasión que deberíamos generar en las jóvenes generaciones que navegan por nuestra popa.

Como podrán comprobar a lo largo de su lectura, esta obra se encuentra dirigida, de forma casi temática, a la terrible vida que se sufría en las galeras de la Real Armada, unas unidades cuyo entorno llegó a convertirse en una verdadera epopeya. La galera, el buque movido básicamente con la fuerza de los remos, representa, sin duda, la embarcación de guerra que más tiempo se mantuvo en activo sobre las aguas, hasta llegar a abarcar su precedente la Historia desde la más remota antigüedad. La que podríamos calificar como época dorada de las galeras, tuvo lugar a lo largo del siglo XVI, con la memorable batalla de Lepanto como momento cumbre y estelar. Sin embargo, estas unidades continuaron su penosa actividad en diferentes armadas, especialmente en el Mediterráneo, a lo largo de muchos años.

Aunque muchos crean lo contrario, y así se exponga en algunas enciclopedias, las galeras no desaparecieron como unidades armadas en los primeros años de la edad moderna, sino que llegaron a alcanzar los albores de la contemporánea. Precisamente en España, estos buques figuraron en activo en las listas de la Real Armada, hasta el mes de diciembre de 1803, momento en el que queda abolida la pena de galeras, como se denominaba la que recibían quienes eran condenados a servir en ellas, por no hallarse ninguna en estado de servir, según se especificaba en la Real Orden correspondiente.

Poco a poco, conforme desgranaba las páginas de esta obra, llegué al convencimiento de que sería interesante para el lector, utilizar el mayor rigor histórico posible, con lo que concedería suficiente verosimilitud a la narración. Por ello, puedo asegurarles que los datos, situaciones, fechas y acaecimientos principales

que tienen lugar en el desarrollo de la trama, se ajustan en un tanto por ciento muy elevado a la realidad. La galera Santa Bárbara fue un buque de la Real Armada que existió realmente, y su periodo activo siguió, casi con exactitud, las vicisitudes que aquí se exponen. Asimismo, los datos personales de los esclavos, forzados y galeotes en general que aparecen en la obra, son auténticos, extraídos de los Libros de Galeras pertenecientes a la antigua Contaduría de Galeras de Cartagena, cuyos originales se conservan en el Archivo Histórico de la Armada en dicha ciudad. Tan sólo el personaje de ficción, nuestro héroe Francisco Leñanza, es fruto de mi imaginación, aunque pueden estar seguros de que casos tan tristes y desesperados como el suyo, debieron producirse en abundancia.

He de reconocer que una importante duda planeó durante bastante tiempo en el desarrollo de esta obra, hasta llegar a afectar las diferentes correcciones a las que sometí el trabajo: el empleo del mal llamado argot naval. Y digo mal llamado porque las palabras que se han empleado a lo largo de tantos años en nuestros buques por los hombres de mar, no componen jerga particular alguna sino, por el contrario, una parte muy importante y rica de nuestro vocabulario, desconocida, por desgracia, para la mayor parte de los lectores. Debía establecer un balance adecuado entre la utilización masiva de dichas palabras, lo que me habría llevado a componer pasajes ininteligibles para la mayoría, y un porcentaje medio y apropiado, con las aclaraciones mínimas y necesarias a pie de página.

Espero haber conseguido el balance oportuno y que, a la vez, la obra suene a mar, un aspecto que considero atractivo e importante. Debo resaltar que todas esas palabras que en los diccionarios de nuestra lengua aparecen acompañadas con la abreviatura Mar., lo que significa que pertenecen al grupo denominado como de etimología naval, son una parte muy importante de nuestro idioma, con una influencia notable en otras lenguas de países europeos que aprendieron a navegar con libros españoles de nuestras primeras escuelas de marear. No debemos olvidar que nuestra querida España es una península, con una rica y extensa Historia Naval, y que a través de la mar, precisamente, no sólo descubrimos y conquistamos medio mundo, sino que extendimos nuestra cultura y nuestra lengua por los cinco continentes.

En estos momentos en los que contemplo este ejemplar recién destetado, puedo adelantarles que, posiblemente, no se trate de una obra con final definitivo. Entra dentro de lo factible que, en su momento, aborde una continuación de la trama emprendida en la persona del hijo de mi personaje principal, Francisco Leñanza, alias Gigante. Por ahora, se trata tan sólo de una simple especulación que circula por mi cerebro, sin confirmación definitiva. De esa forma, podría construir una saga familiar y marinera, y a través de ella exponer los momentos más importantes de nuestra historia naval en los dos últimos siglos, desconocida por gran parte del público español. En ese caso, al igual que esta obra que llega a sus manos, primará el rigor histórico, aunque deba acudir a las necesarias excepciones y apoyos literarios que un trabajo de este tipo conlleva.

Quiero reconocer que he disfrutado mucho escribiendo esta pequeña obra, una novela, repito, escrita para jóvenes pero que, estoy seguro, puede ser atractiva para los lectores de cualquier edad. A la vez, supone un honor para mí incorporarme con ella a ese numeroso grupo de autores, muy grandes algunos de ellos, que han destacado en alguna de sus obras la figura del galeote, comenzando por el mismísimo Cervantes y sin olvidar, entre otros, al incomparable ensayista Gregorio Marañón.

Es muy posible que la galera haya sido la referencia más importante y utilizada en la Historia Naval a través de los siglos. Sin embargo, estoy convencido de que tanto o más que el barco en sí, ha pasado a la Historia y a la Literatura, con toda su miseria y esplendor, la vida del galeote, aquellos seres desgraciados que, amarrados al duro remo, proporcionaban a la nave la propulsión adecuada cuando las necesidades bélicas lo requerían, hasta morir sobre la miserable bancada por agotamiento y desnutrición en muchas ocasiones.

Como les decía, la galera y la extraordinaria dureza de la vida que se sufría en ellas, se ha visto reflejada en la Literatura de forma abundante a través de los siglos, en diversos géneros como la novela, el ensayo y la poesía. Uno de los primeros y más afamados autores que decidió entrar de forma específica en este tema fue, sin duda, Fray Antonio de Guevara, quien acompañó a nuestro emperador Carlos V en diversas empresas marítimas en las que, bien a su pesar, tuvo que embarcar en esta clase de buques.

Asimismo, como es lógico pensar, también en el certero y riquísimo refranero popular español aparecen excelentes ejemplos sobre el mismo tema, como aquel muy explícito que dice: Quien bien tiene y mal desea, vaya y viva en la galera. De todas formas, quiero acabar este prólogo repitiendo las palabras del doctor Alcalá, al referirse a la dureza de aquellas penas, una descripción perfecta que siempre me impresionó: La vida del galeote es vida propia del infierno; no hay diferencia de una a otra, sino que la una es temporal y la otra eterna.

Luis Delgado Bañón
Cartagena, 27.05.00

1. Francisco Leñanza

He recibido una orden muy especial, de persona a la que nada puedo negar por lo que su sagrado ministerio representa. Debo contar mi vida con la verdad por delante, a fondo y sin escaquear el lance con una larga cambiada, y no es juego de niños una empresa de tal calibre, bien lo sé yo. Pero, más en concreto, he de narrar con detalle esa parte tan decisiva e importante de mi existencia, que todavía ocupa mis más escondidos pensamientos a pesar de los años transcurridos. Quien así lo exige, intenta blanquear todo lo que quedara manchado en mi alma a lo largo del tiempo, una empresa que he considerado imposible durante buena parte del camino.

He de reconocer que siento miedo y recelo al iniciar esta andadura que se me antoja oscura y plagada de negros nubarrones, pero a ella me lanzo como potrillo desbocado, ignorante de lo que mis recuerdos puedan dar de sí a estas alturas del penoso tránsito, cuando veo el final de la navegación en la primera esquina del sendero. Lo bueno se recuerda siempre como medalla al cuello, mientras las malas experiencias vuelan pronto con el viento, sentenciaba siempre mi madre, tan sabia como toda mujer que ha parido en más de cuatro ocasiones. Y debo recordar lo malo en estos momentos, pues ese trozo de la vida que se me exige, no abanica el bien ni de lejos. Pero es mejor dejar los lamentos y comenzar con la empresa, por dura que se me antoje en principio. Y en ese cometido me embarco sin más dilación, queridos amigos que puedan leer en el futuro estas líneas. Lanzaremos al demonio por la ventana y, como dice el refrán, tomaremos el toro por los cuernos al primer lance.

Este humilde castellano que se dirige a todos ustedes nació en Fuentelahiguera de Albatages en la mañana del 17 de abril, del año del Señor de 1752. Según comentaba mi padre, que era hombre de verdades, durante aquellas horas en las que mis ojos atisbaban las primeras luces, se cerraron los cielos de negros nubarrones, hasta vomitar sobre el pueblo un verdadero diluvio que llegó a desbordar con fuerza los ríos cercanos; una cantidad de agua como ningún anciano del lugar recordaba haber presenciado por aquellos parajes manchegos, enclavados en el más puro secano. Una premonición, tal vez, sobre mi futuro; esa maldita o bendita conexión del líquido elemento con las personas de mi familia.

Como era el sexto varón que llegaba a la familia Leñanza, agotados los nombres directos de la casa, recibí las aguas bautismales bajo la advocación de San Francisco de Asís, en honor de un lejano pariente, el tío Paco, que debía apadrinarme y que, para mi desgracia, murió de fiebres cuando tan sólo contaba tres años de edad. Mi madrina, María Engracia, una de las muchas primas de mi madre, decidió seguir su triste camino con rapidez y falleció enferma del pecho pocos meses después. Según parece, el mal de ojo parecía haberse esparcido desde la pila bautismal en todas direcciones, aunque les aseguro que nunca creí en esas teorías supersticiosas. Como pueden comprender, no recuerdo a mis padrinos ni de lejos, aunque he de asegurar que mi infancia fue feliz y tranquila, como lo era mi vida hasta que sucedió lo que,

según parece, estaba escrito por la Divina Providencia en el libro del destino, y que no deseo al peor de mis enemigos.

Todavía hoy, entrado ya en los años de ésa estadía que denominan vejez, aunque el pensamiento desee volar en altura, una etapa de la vida mucho más dulce y luminosa de lo que los jóvenes imaginan, puedo recordar con nitidez aquellos años que conformaron la peor pesadilla que un ser humano puede vivir. En esta etapa de mi vida en la que espero paciente la llegada de los ángeles, unos días en los que me aferro a los recuerdos como el náufrago a su tabla de salvación, disfruto con los hermosos momentos que he vivido, que son muchos gracias a Dios. Sin embargo, también recuerdo los otros, los que desearía desterrar de mi memoria para siempre, una empresa inalcanzable porque nadie en su sano juicio los podría olvidar.

Fuentelahiguera de Albatages es un pequeño y recogido pueblecito castellano de la provincia de Guadalajara, perteneciente al partido judicial de Cogolludo y diócesis de Toledo. Se encuentra en terreno llano, donde la vista se detiene con pudor en pequeños cerros y tierras cercanas, regado amorosamente por los arroyos Albatages y Torote. Era un pueblo castellano, limpio y sencillo, que me parecía insignificante en mis años mozos y que, sin embargo, por las experiencias que la vida decidió cargar a muerte sobre mis espaldas, llegué a añorar como si de la misma Corte se tratara, con una intensidad como no creo que nadie haya extrañado jamás cosa alguna.

En la casa paterna nunca faltó comida y trabajo, ni siquiera en los años malos de sequía, plagas o pestes, que también afloraban. Mi padre era de los pocos del pueblo que no necesitaba ajornalar ni entrar como aparcerero de algún acaudalado señor, ya que era propietario de unas pocas fanegas de olivar, aparte de unas ricas y extensas tablas de cereal. Esta tierra, más el ganado que pastaba en terrenos comunales, daba suficiente para mantener con decoro a la familia cercana y socorrer a alguno lejano, que siempre aparece, venido a males.

Tal y como se comentaba por los viejos del lugar, la posesión de esta propiedad familiar había sido posible gracias a la suerte habida por mi abuelo Clemente en el mar, a bordo de un buque de la Real Armada, donde tuvo la fortuna de participar en un par de buenas presas, como condestable segundo en el navío San Antonio. Según parece, ese detalle del empleo desempeñado a bordo lo repetía a menudo y con orgullo, ya que los condestables eran los que se ocupaban de dirigir la artillería en las andanas o baterías, por lo que debían batir al enemigo con esas pesadas balas de hierro, redondas y negras.

Aquella lejana presencia en los asuntos de la mar conformaba, sin duda, un extraño y anecdótico caso de la familia Leñanza, ya que todos se habían dedicado a las labores del campo durante generaciones, hasta donde los recuerdos y la tradición contada alcanzaban, para sacar adelante a los miembros de la casa, numerosos siempre. Bueno, todos menos el abuelo Clemente y esa especial experiencia que viví o sufrí en mis propias carnes, que pareció abrir de forma definitiva la espita de las aguas en nuestra familia. Por suerte para su descendencia, en vez de gastarlo todo en

vino y mujeres de la calle, como suelen hacer por norma los hombres del mar en su arribada a puerto, este antepasado mío al que, por desgracia, no llegué a conocer, supo ahorrar una buena bolsa de doblones, con la que regresó a su hogar y decidió comprar parte de su aparcería al Marqués de Valdehiguera, dueño de todas las tierras que rodeaban el pueblo. Una compra redonda, como comentaban en casa, gracias a los manejos más o menos legales del administrador del gran señor, tan avisado como la mayoría de los que ejercían dichos cometidos.

Como les decía, mi vida transcurrió en la más pura felicidad, aunque entonces no fuera capaz de comprenderlo, hasta que decidí cumplir mi sueño, un sueño encajado en mi cerebro desde la más tierna infancia, que decidió esa parte inolvidable de mi vida que les voy a narrar con detalle. Es posible que este sueño se engendrara poco a poco, al escuchar junto a la chimenea, cuando las nieves cubrían el pueblo de un manto blanco en los crudos inviernos, las viejas historias contadas con orgullo por mi padre sobre el suyo, aquél que encontró en la mar el tesoro buscado por tantos. Eran historias formidables y fantásticas, posiblemente exageradas por su imaginación y el paso de los años, en las que narraba, con estremecedores detalles, encarnizados combates frente a buques ingleses poderosamente artillados, terribles temporales corridos entre olas gigantescas y monstruosas, navegaciones a las Indias con visitas a puertos tropicales e islas paradisíacas, así como experiencias increíbles de todo tipo. Esas historias debieron formar el poso que fermentó en mi alma con extraordinaria fuerza, conforme se abrían las primeras luces de mi existencia.

Desde que me recuerdo con uso de razón, siempre deseé fervientemente contemplar el mar o, mejor dicho, la mar, ya que, según comentaban en casa, así era como la nombraba el abuelo y, sin excusa posible, debían hacerlo todos los hombres que surcaban los océanos. El conjunto de las aguas en permanente movimiento conformaba un sueño fantástico y alucinante donde me refugiaba en cualquier ocasión, porque era muy dado a dejar volar mis pensamientos en sueños con los ojos bien abiertos. Puedo adelantar con sinceridad que, para mi desgracia, la vi, la vi tan cerca y durante tanto tiempo que, todavía hoy, en las pesadillas que sufro a destiempo, cuando se agria el vino en mi estómago, veo la mar y escucho sus olas con tanta claridad como si me encontrara recostado en su ribera, hasta despertar por la noche con sudores fríos y crearme todavía encadenado al duro banco de la boga^[1], a bordo de la Galera de Su Majestad Santa Bárbara. Pero, bueno, eso ya es harina de otro costal y lo comprenderán más adelante con todo detalle.

Con estas páginas quiero dejar constancia de lo que me sucedió por realizar un sueño, un sueño largamente esperado. Y no crean que intento desalentar a los jóvenes que desean cumplir un anhelo fervientemente escondido en sus pensamientos, nada más lejos de mis deseos. Por el contrario, esas aspiraciones ensoñadas y alumbradas en el cerebro con el paso del tiempo, hasta hacerse fuertes y poderosas como un gigantesco rompeolas, deben darse a luz con mesura y constancia, que así conquistamos medio mundo para las armas de España.

Al cumplir los dieciocho años, decidí que había llegado el momento oportuno y no cabía esperar un día más. Me sentí preso de una impaciencia enfermiza, como si cada segundo que dejara transcurrir sin abordar el destino que creía escrito para mí, supusiera una pérdida absurda e irremediable. Como es fácil comprender, dudaba al escoger el momento apropiado para exponer mis ansias a quien debía autorizarlas, única nube oscura que aparecía en el horizonte.

Pero en esta cuestión andaba con relativa ventaja porque mi padre, a quien siempre adoré sin medida, concentraba su amor más escondido en su benjamín, el Paquito de su alma, aunque el niño presentara las trazas de un corpulento y bragado mocetón. Mucho criticaban mis hermanos con la boca pequeña aquella predilección paterna hacia mi persona que, es cierto, utilicé en beneficio propio más de una vez. De ésta forma, una mañana de los primeros días de abril, cuando el campo reventaba de verdor y hermosura, me las compuse para quedar a solas con mi padre en el linde del olivar. Le lancé la primera andanada con el respeto que caracterizaba las relaciones familiares en mi casa.

—Padre, quisiera hablar con usted de hombre a hombre, si a bien lo tiene y dispone de unos pocos minutos.

El buen hombre dejó el azadón en el suelo, para mirarme con fijeza y cierta preocupación reflejada en su rostro. Barrió el sudor de su frente con el dorso de la mano, antes de dirigirme la palabra.

—¿Ocurre algo serio, Paquito? No me digas que has vuelto a cazar como furtivo en las tierras del marqués, porque no te lo perdonaría en esta ocasión. ¿O se trata de algo más grave? ¿Has dejado preñada a alguna moza del pueblo? Eso tendría mejor solución, si se trata de gente buena, aunque complicaría tu futuro, que son ya dos los años de mala cosecha que arrastramos. Como sabes, los Leñanza somos...

—No debe preocuparse, padre, que nada malo ha sucedido. No he cazado desde el año pasado, ni puesto los ojos en moza alguna en especial. Es bien distinto el tema del que deseo hablarle.

Después de mirarme fijamente a los ojos una vez más con cierta desconfianza, me tomó por el hombro con cariño, para arrastrarme con él hasta unas piedras desbravadas por el arado, que marcaban el linde de la propiedad, donde tomamos asiento. Sacudió sus recias manos, antes de invitarme a continuar. Aunque parezca mentira, me encontraba tranquilo y seguro, dispuesto para afrontar lo que consideraba el momento más importante de mi vida, a pesar de la timidez y cortedad que me atacaron desde la infancia.

—Padre, como bien sabe, es mucho lo que le quiero. Pero desde hace bastantes años, escondo en mi barriga unos deseos que me hacen soñar despierto. No los puedo apartar en momento alguno y creo que sería muy desgraciado si no pudiera llevarlos a cabo. Por esa razón, habiendo cumplido los dieciocho años, creo llegado el momento de pedir su autorización..., su autorización para...

—Escupe de una vez sin miedo, Paquito. Las verdades importantes hay que

lanzarlas a la cara y sin vacilaciones. Ya sabes que puedes contarme lo que sea necesario.

—Padre, quiero ver la mar, como usted dice, navegar por ella y recorrer el mundo de parte a parte, guerrear con el inglés y correr aventuras.

—¿Correr aventuras en la mar? —la cara de mi padre mostraba una gran sorpresa—. ¿Te has vuelto loco? Somos hombres de campo y aquí se encuentra nuestro futuro, hijo mío. Ya sé que sois muchos para tan escasa hacienda, pero con el esfuerzo de todos podemos ensanchar las tierras, si el administrador del marqués se aviene a razón. ¿Qué puede hacer un mozo de la Mancha navegando por los siete mares?

Aunque intentaba un tono de reproche, en el fondo le adivinaba cierta comprensión o así creí entenderlo, lo que me dio alas para seguir el empeño.

—El abuelo Clemente también era de tierra adentro, y gracias a sus aventuras en la mar podemos trabajar hacienda propia. Estoy seguro que su padre diría sus mismas palabras cuando le pidió permiso para abandonar el pueblo. Como sabe, soy fuerte y trabajador. Volveré con buenas monedas para comprar algunas fanegas y crear mi propia familia. Puede jurar que se sentirá orgulloso de mí.

El rostro de mi padre se abrió en una sonrisa, mientras alargaba su brazo para rodear mis hombros con inesperada ternura. El tono de su voz era cariñoso, como siempre.

—Paquito, hijo mío, pueden pasar muchos años y sufrir penalidades sin medida para conseguir lo que te propones. No creas que la vida de mi padre fue fácil, porque a pocos le sonríe la fortuna en las aventuras. Según dicen, ya no hay tierras desconocidas por conquistar, más bien perdemos las que nuestros antepasados ganaron con su sangre. Hay quien vuelve a casa, después de un largo trecho, con las carnes enmagrecidas y el ánimo abandonado, tras haber padecido penurias espantosas. La suerte que corrió el abuelo se reparte en medidas poco generosas. ¿Tan importante es para ti llevar a cabo esa empresa?

—Así es, padre. Creo que sería un desgraciado si no la acometiera, que me recriminaría toda la vida la cobardía de no haberme lanzado por mi destino —lo miré a los ojos con decisión—. No quiero abandonar la casa sin su permiso, como hicieron otros del pueblo. Ya sé que es mucho el trabajo de nuestra tierra, pero no son pocos los hijos que permanecen bajo su manto.

—Sé que eres bueno y leal, Paquito, por lo que me entristece todavía más tu deseo de abandonarnos. El trabajo del campo es lo de menos, que siempre hay brazos a disposición. Sentiría tu ausencia porque quién sabe si volvería a verte algún día. Son muchos los años que aguanto ya a mis espaldas.

—Es usted joven y fuerte como un toro —golpeé sus brazos con cariño—. Estará aquí cuando regrese con una buena bolsa de doblones, y muchas experiencias que contar a la familia.

Mi padre se dedicó a mirar al suelo, mientras desmigaba unos terrones sueltos con

sus grandes manos. Me dolía observar su sufrimiento, porque estaba seguro que eran tristes los pensamientos que cruzaban por su cabeza. Por fin, se giró hacia mí. Me habló ahora con extrema dulzura.

—Cumple tu destino, Paquito, aunque suframos por tu ausencia. Dirán que estoy loco por autorizarte a emprender ese camino, pero sé bien que esos deseos tan abiertos pueden pudrirse en el estómago. Además, te agradezco que pidas mi autorización.

—A mí también me costará separarme de ustedes —ahora fui yo quien desvió la mirada—. Pero es muy fuerte lo que me pide el corazón.

—De acuerdo. Pero ya sabes que es poco lo que puedo darte de ayuda, que son malos tiempos los que atravesamos.

—Nada necesito, padre. Me abriré camino por mi cuenta. Con dos fuertes brazos y el ánimo dispuesto, es suficiente para correr la vereda hasta la costa y embarcar en alguno de esos navíos.

—Será necesario preguntar. No puedes salir a la buena de Dios, sin saber que dirección has de tomar.

—Don Sebastián me ofreció algunos consejos. En su opinión, debo dirigirme hacia la costa levantina y esa dirección tomaré.

—¿Don Sebastián? ¿Qué sabrá ese párroco de mares y aventuras?

Volvió a establecerse el silencio. Pero fui consciente de que la suerte estaba echada, para bien o para mal. Mi padre decidió llegado el momento.

—De acuerdo, Paquito. Déjame que lo madure algunos días y lo suelte a tu madre con la necesaria cautela. También ella sufrirá tu partida.

—Ya lo sé, padre. Esperaré el tiempo que usted estime oportuno.

Sin haberlo decidido de antemano, me refugié entre sus brazos, como si necesitara aquella unión final. Me apretó contra su pecho con emoción contenida, mientras desgranaba sus últimas y sentidas palabras.

—Paquito, Paquito. Dios quiera que no te arrepientas nunca y te guíe nuestra Señora.

De esta forma cimenté lo que debería haber sido la gran aventura de mi vida. No saben cuántas veces hube de renegar de aquellas palabras, largadas con extraordinario ardor en el linde del olivar. Pero, bueno, así es nuestro paso por este mundo que tan contradictorios escenarios nos presenta, sin sospecharlos siquiera pocos segundos antes. Lo cierto es que tras la conversación mantenida con ese gran hombre que me había concedido el ser, me sentí aliviado y feliz, una sensación tan plena y arrolladora como jamás había disfrutado. En mi interior, una lejana voz aplaudía ésa osadía juvenil que había forzado el triunfo incontestable. Por desgracia, el devenir de los días me mostró cuan grande puede ser nuestro error, y cómo fallan las predicciones que elaboramos al calor de los sueños.

2. Comienza la odisea

En contra de la opinión de todos los miembros de la familia cercana y lejana, sin excepción, tal y como esperaba acabé por recibir la autorización y bendición paterna para llevar a cabo la aventura que añoraba y a la que no estaba dispuesto a renunciar. Mi padre me ofreció, en secreto, cien reales para los primeros gastos, a los que se debían sumar cuarenta ahorrados por mí con indudable esfuerzo y no pocos sacrificios, más otros sesenta recibidos de mi santa madre que escondía en una vieja orza de barro. Y de esta forma, sin pensarlo un segundo más, me lancé a la aventura con el corazón henchido de felicidad. Después de todo, según nos contaban de nuestra rica Historia en cuentos y viñetas, ese espíritu aventurero había hecho posible la presencia de España en todo el mundo, y era el origen de grandes fortunas y famosos títulos nobiliarios.

Arranqué con doscientos reales a lomos de una mula torda y fuerte que había ganado en un concurso de siega en Viñuelas, más un hatillo con las dos mudas que significaban todo mi ajuar. Para las necesidades de los primeros días, y como resto del haterío, disponía de una bolsa de lona con buenas tripas de chorizo y recias tajadas de tocino pertenecientes a la última matanza, cecina y queso, más un hermoso pellejo de un vino espeso y rojo capaz de curar la mitad de los males conocidos. Ése era el conjunto que formaba toda mi fortuna aunque, en aquellos momentos de alegría desbordada, me parecía un tesoro más que suficiente para alcanzar las Américas y la luna.

Fue un inolvidable veinticinco de abril cuando abandoné el pueblo, sonriente y feliz, después de recibir la bendición de mi padre, que sonrió con benevolencia y tristeza al abrazarme, y los lloriqueos repentinos de mi madre que parecía presentir en su corazón, como tantas sabias mujeres, las experiencias que el futuro me reservaba. En aquellos momentos era un joven fuerte y robusto como un toro, de un metro ochenta de estatura, el más alto del pueblo, pelo negro y rizado, ojos pardos muy vivos, brazos y piernas de poderosa musculatura y bravo como el que más, muy bravo. En las luchas y peleas que se formaban de forma repetida contra los jóvenes de los pueblos vecinos, durante alguna de las numerosas fiestas patronales, pocos me aguantaban el gesto, y no les exagero un ápice. Sin embargo, tiempo después volví a mi querida casa con un aspecto diferente, muy diferente.

De Fuentelahiguera marché directamente a la Corte, no porque deseara disfrutar de la visita a la primera capital de nuestros Reinos, sino porque era la ruta recomendada para dirigirme, posteriormente, hacia nuestra costa levantina, hacia la mar, mi objetivo cierto e ineludible. Fueron mis primeras doce leguas en lo que calibraba como de libertad absoluta, sin comprender todavía el correcto significado de esa bendita palabra, por ser dueño total de mi tiempo y destino, de mis acciones y decisiones.

He de reconocer que fueron, sin duda, unas horas de intensa felicidad. Me creía,

arrebolado de satisfacción, rey de mi propio mundo y capaz de cualquier empresa, por imposible que pudiese parecer. Unos sentimientos que, por desgracia, no vuelven con el paso de los años. Qué hermoso y magnífico es el sentimiento que produce la juventud en el ser humano, Dios mío, cuando la vida se nos abre a los cuatro vientos, aunque no seamos conscientes de ese preciado don hasta que lo hemos perdido. Pero no debo caer en estas consideraciones que me entristecen y alejan de la faena encomendada.

No miento si digo que nuestra gran capital, la villa de Madrid, me defraudó por completo. Costaba creer que allí se aposentara la Corte y los grandes señores de España por decisión propia. Es posible que mis alocados pensamientos volaran muy por delante de la montura, y se encontrasen ya a esas ochenta leguas de distancia que, según me había explicado con detalle don Sebastián, debía recorrer para encontrar mi anhelado destino. Era un hombre bueno don Sebastián, el padre mercedario de la Ermita de Nuestra Señora de Valdelagua, a cuya romería asistíamos todos los años con verdadera devoción. Él fue quien me orientó inicialmente, hasta forzar mi ignorancia con un mapa de pergamino que guardaba enrollado en un arcón de la sacristía. En aquel ajado y descolorido mapa de bordes cuarteados, se distinguía con claridad la línea que separa la tierra de la mar, esa fantástica línea que veía cada noche al cerrar los ojos y comenzar a soñar. Sin embargo, también es cierto que fue de los que me animó a emprender la aventura, como si viera realizada en mi persona la empresa que nunca se atrevió a llevar a cabo, y que Dios me perdone por este comentario sobre un hombre bueno y santo.

Abandoné la villa madrileña con verdadero placer, aunque peque de pueblerino con esta aseveración. He de reconocer que no fueron de mi agrado la suciedad y mal olor de sus calles, el paso inesperado y peligroso de las carretas descontroladas, las chillonas peleas de las mujeres en coro de rabizas, ni el bullicio de mucha gente malencarada que me hacía ceñir la faltriquera en corto contra el jubón, mientras la otra mano abrazaba a la vista, amorosamente, el puñal cachetero.

Con aquel cachetero en la mano, un inolvidable regalo de mi hermano mayor, arrebatado a unos malhechores en una trifulca de ganado, me creía capaz de enfrentarme a toda una legión de bribones si era necesario. Es cierto que acabé por utilizar esa pieza con verdadera maestría, por lo que conseguí quitar a muchos las ganas de rondarme con excesiva cercanía. Con el paso del tiempo le tomé un cariño muy especial a ese corto puñal, con una larga y rojiza historia amadrinada sobre sus hojas, hasta llegar a grabar mi nombre en su bella empuñadura de hueso.

Fuera ya de los límites de la Corte, tomé la vereda real que me habían indicado como más adecuada para dirigirme a mi destino en la costa levantina, hacia la mar infinita que se presentaba en mis sueños con extraordinario realismo, sin haberla visto nunca. Volví a dormir al raso, en unas noches de mayo frescas y luminosas, con lo que recuperé la ilusión por mi libertad de movimientos, perdida en la gran ciudad. Disfruté de los siguientes días, mientras atravesaba pueblos pequeños y desconocidos

en los que paraba poco tiempo, tan sólo el necesario. Si no recuerdo mal, en casi veinte días de cómodo y placentero viaje, ratos a pie y otros a lomos de Baranda, que así se llamaba mi buena y hermosa mula, me planté en las cercanías de Albacete, en un pequeño caserío que llamaban La Gineta, a poco más de tres leguas de la capital manchega. Según me había comentado don Sebastián, que era natural de Águilas, un pequeño lugar de pescadores en la costa del Reino de Murcia, a partir de Albacete se abandona la Mancha y se comienza a oler el inigualable perfume de la mar. He de reconocer que, en mi caso, el perfume fue de otra índole y no precisamente marinero pero, como les decía, ya llegaré a eso, que todo tiene su momento.

Atravesé el pequeño pueblo en las últimas horas de la tarde, con la idea de alejarme el trecho suficiente para echar un bocado y un trago de vino con tranquilidad, antes de dormir con la compañía de mis sueños hasta el amanecer. Al día siguiente deseaba estar fresco y descansado para entrar en Albacete, cruzarlo con rapidez y comenzar a percibir ese deseado perfume de la mar.

En este caserío de La Gineta me crucé con tres hombres que, a lo largo de muchos meses, centraron en mi cabeza los pensamientos menos recomendables. Que esos hombres no eran trigo limpio sino rufianes malencarados, se podía comprobar a cien leguas de distancia. Los mantuve bien marcados a la vista durante un par de horas porque parecían caminar de forma desinteresada en la misma dirección, y era compañía que no deseaba. Hubo un momento en el que llegaron a acercarse demasiado, tanto así que me hizo sacar el cachetero de la funda y mantenerlo preparado por si acaso se pasaba a las malas en cualquier instante. Sin embargo, parecieron desviarse definitivamente cuando comenzó a caer el sol, con lo que respiré aliviado.

De todas formas, aunque tuve mis dudas durante algún tiempo, fueron ellos los que me llevaron a la ruina. Les puedo asegurar que, tantos años después, todavía recuerdo sus caras con el más mínimo detalle, en especial la del más fuerte, al que le faltaba gran parte de la oreja izquierda, a la vez que una fea cicatriz le hacía caer el párpado derecho de forma repugnante, hasta conferirle un inconfundible aspecto de bandolero y asesino. Este buitre malnacido tiene su historia propia en mi vida, a la que ya llegaremos en su momento y que, estoy seguro, les costará creer como cierta.

Por fin, tranquilo y al abrigo de la tapia medio derruida de un aprisco para ganado, solté a Baranda para que disfrutara sin arreos y pudiese pastar en libertad, mientras tomaba asiento sobre una tierra blanda y almohadillada. En aquella larga jornada había ganado un merecido descanso. Comí queso y chorizo con buen apetito, acompañados por una hogaza de pan moreno comprada el día anterior. Asimismo, di los últimos suspiros a la bota de vino tras apretarla como garguero de pavo, pensando en rellenarla con generosidad el próximo día en Albacete. Me sentía feliz, todo lo feliz que puede sentirse un ser humano, cuando comencé a percibir un mareo agradable que me fue derrumbando sobre la hierba, hasta quedar profundamente dormido; una virtud que tuve siempre, esa de dormir como un lirón, aunque fuese de

pie, con la frente apoyada contra el quicio de una puerta.

Y aquí comenzó realmente mi odisea, la historia que les quiero narrar y que deberán creer de divina imposición, no como fantasías de anciano chocho, enganchado a falsos y lejanos recuerdos. No suelo utilizar nunca la mentira pero pueden estar seguros que, en esta ocasión, la sinceridad será un factor necesario y determinante. He de declarar por adelantado, con honestidad, que la van a escribir por mí. Ahora entrado en la vejez, con más de cincuenta años a mis espaldas, soy un hombre respetado en mi pueblo, Fuentelahiguera de Albatages, mi pequeño y maravilloso pueblo que nunca debí abandonar. Un par de semanas atrás, como me sintiera mal, con excesiva flojera, desgano de todo y creyera llegado el momento de rendir cuentas a quien nos creó, confesé mis pecados de los últimos treinta años al nuevo párroco. Este sacerdote, joven y alegre, quedó impresionado más por mi historia que por mis pecados, que eran tantos y tan variados como para llenar una buena alberca.

Sin dudarle un solo momento, este joven sacerdote decidió que era necesario escribir mis venturas y desventuras de aquellos increíbles e inolvidables meses, que representaron cien vidas para mí. Como siempre he sido flojo con la pluma y el tintero, y ya la bruma nubla y oscurece mis ojos demasiado a menudo, ha decidido hacerlo él personalmente, siguiendo mis recuerdos que deberé de repetirle con detalle para que, según sus propias palabras, aprendan los jóvenes y eviten los errores cometidos por sus mayores.

He de reconocer que me sentí feliz y aliviado de cargas al comprobar que me concedía una absolución plenaria que, en verdad, sospechaba empresa casi imposible, así eran mis pecados de negros y espantosos. Como necesaria penitencia expiatoria, otro punto al que le tenía cierta prevención, aparte de dos rosarios completos a nuestra Señora de Valdelagua, que recé con profunda devoción, y obligarme a una letanía lauretana todas las noches antes de retirarme a dormir, tan sólo me exigió la necesidad de repetirle mi historia con calma y sin prisas, intentando recordar nombres y fechas con el mayor detalle posible, empresa harta sencilla porque todo quedó grabado a fuego en mi memoria. Aunque parezca mentira, en estos días en los que soy capaz de olvidar lo que almorcé esta misma mañana, el día en que vivo y los ingratos pagos al recaudador, puedo asegurar que, de aquellos años, no se ha escapado un solo segundo de mi mollera, ni uno solo.

Como les decía, aquel atardecer que parecía un preludio de la felicidad absoluta y celestial, quedé dormido como un bendito, en espera de percibir el dulce perfume de la mar al día siguiente. A partir de ahora, con las palabras de don Ramiro, que sabrá expresarlas mejor que yo, comprenderán que ese perfume fue un mal espejismo, una terrible pesadilla que, para mi desgracia, se convirtió en una espantosa realidad. Dice el conocido proverbio que bien está lo que bien acaba. No lo crean. Puedo asegurarles que a pesar de la vieja sabiduría que suelen encerrar nuestros refranes castellanos, éste es el único que considero de falsedad total. Tanto en mi caso particular, como en

otros que tuve la ocasión de comprobar en mis tiempos duros, algunas terribles experiencias presentan un final feliz, si se es capaz de resistir. Eso sí, a costa de un elevado precio que no debería pagar ningún ser humano.

3. El alguacil

A lo largo de mi vida, que ya se alarga como filástica de maroma vieja, siempre he comenzado un nuevo día con optimismo y entusiasmo, preparado para el cotidiano trabajo y afrontar lo que, de bueno o malo, puede depararnos esa cambiante Providencia celestial que tanto nos sorprende. Sin embargo, aquella mañana en la que dio comienzo mi tortura, y puedo denominarla así sin rebozo, no fue la dulce luz del alba la que me acarició con ternura, ni mucho menos. Por el contrario, sentí un fuerte dolor de cabeza cuando recuperé la consciencia. Al mismo tiempo, un ligero mareo me invadía en oleadas, como afectado por el exceso de vino en noches alegres.

Fueron necesarios varios minutos, bajo un sol de justicia que, rondando la meridiana^[2], cegaba mis ojos y abrasaba el cuerpo, para comprender que debía haber perdido el sentido, aunque todavía no recordaba nada de lo sucedido. Sin embargo, fue al intentar un leve movimiento sobre el suelo para incorporarme, y sentir las piedras clavarse sobre mi piel, cuando comprendí lo terrible de la situación.

Comprobé, alarmado, que me encontraba completamente desnudo, tal y como había llegado a este mundo dieciocho años atrás. Mientras frotaba mis ojos con fuerza, conseguí reconocer el cercado semiderruido del aprisco situado a mi espalda, contra el que quedara profunda y felizmente amodorrado la noche anterior. Para mi desgracia, necesité de pocos segundos para comenzar a comprender la triste realidad en la que me encontraba.

Conseguí ponerme en pie sobre una piedra de regular tamaño, desbravada del aprisco derruido. Mientras acariciaba con los dedos la zona especialmente dolorida de mi cabeza, descubrí la presencia de un chichón de respetable tamaño, como una de las piedras lisas que siembran con generosidad la ribera del río Albatages. Duro debía haber sido el golpe recibido en la mollera, de esos capaces de darnos el pasaporte hacia la otra vida en un santiamén, para dejar un recuerdo de aquel calibre y hacerme perder el conocimiento durante tantas horas.

El dolor se extendía por mi cabeza en múltiples oleadas, hasta dar paso a un suave mareo, cuando efectuaba cualquier movimiento con cierta brusquedad. De pronto, como un terrible sentimiento rescatado del olvido, sentí una terrible y profunda sed, sin elemento a mano con que poder sofocarla. Para mitigar los diversos dolores, me afané en la penosa tarea de arrancar los pinchos y guijarros que todavía se mantenían prendidos a mi piel.

Por fin, con lentitud calculada, me giré sobre la piedra para observar, detenidamente, todo lo que se encontraba a mi alrededor. Fue entonces cuando comprendí, en pocos segundos, lo terrible de la situación en que me encontraba. Con toda probabilidad, durante la noche o, más bien, en las primeras horas de la mañana, mientras dormía con mi característico sueño pesado, había sido asaltado por malhechores, unos malnacidos que debieron golpearme con fuerza en la cabeza sin

mediar palabra. Para colmo de males, esos rufianes no habían tenido siquiera el respeto y pudor divino, de dejarme el blusón o las calzas con que cubrir mis vergüenzas. Me habían robado todo menos el alma: mula, víveres, faltriquera, jubón, calzas, botas y hasta la vieja montera negra que cubría mi cabeza del sol. Sin embargo, aunque parezca extraño, más que los preciados reales de vellón que formaban toda mi fortuna, eché en falta el preciado puñal cachetero, sin el que me sentía más desnudo todavía. Sin saber por qué, recordé con tristeza el rostro de mi hermano en el momento de regalármelo años atrás.

Me mantenía en situación forzada, inmóvil sobre la piedra, como debieron quedar aquellas personas sorprendidas por la ira divina en las ciudades malditas. Desgranaba mi cerebro sin descanso para encontrar alguna solución a tan sombrío problema, lo que me producía deseos de llorar como niño desvalido, al comprender que no existía ninguna a mi alcance. Al mismo tiempo, desesperaba de rabia e indignación, una cólera difícil de contener. Por encima de cualquier otro sentimiento, se abría paso en mi pecho un profundo deseo de afrontar cara a cara a los que habían rematado aquella faena, lo que me llevó a recordar a los tres hombres con los que me cruzara en la tarde anterior, especialmente el de la oreja cortada, cuya cabeza habría estrellado contra las piedras del cercado en aquel momento. Una voz interior me aseguraba que habían sido ellos, que no debía haberme confiado tanto. Estos pensamientos me hicieron agitar los brazos con rabia y desesperación, ante la imposibilidad de ajustar las cuentas con aquellos bastardos.

Mi cabeza se asemejaba a un hervidero de ideas confusas que pugnaban entre sí. Como primera y esencial medida debía solucionar dos aspectos de extrema urgencia, como eran cubrir mis pies para poder caminar, y tapar a la vista de cualquier parroquiano los atributos de hombre con los que generosamente había sido dotado desde mi nacimiento, por mucho que en esos momentos, con una situación tan precaria, más pareciesen pertenecer a un recién nacido que a un bravo mocetón. Por más que buscaba a mi alrededor y escudriñaba a lo lejos, no era capaz de atisbar un solo árbol con hojas de suficiente tamaño como para fabricar unas improvisadas abarcas y un rudimentario taparrabos, elementos de fortuna imprescindibles hasta que pudiese solicitar auxilio en el caserío más cercano. Debo reconocer que el bello paraje que me rodeaba, se asemejó en mi atormentado cerebro a un desierto en pocos segundos.

Con cristiana resignación me di por vencido, hundida la moral hasta las más negras profundidades. Acabé por tomar asiento sobre la piedra plana, empresa harto complicada dado su escaso tamaño, mientras desechaba con rotundidad cualquier intento de caminar, al comprender que no podría alcanzar unos pocos metros sin desollarme la planta de los pies. Comenzaba a sentir la quemazón del sol sobre mi piel blanca, a la vez que la misma piedra donde reposaba el trasero parecía adquirir la temperatura del infierno. Sin embargo, fue ése el momento en el que sentí cierto alivio y esperanza al escuchar un marcado y conocido sonido, perteneciente al galope

de cabalgaduras, aunque no podía observar de donde procedían.

Pronto comprendí que el característico repiquete de cascos me llegaba del otro lado del cercado, cerrado a mi vista. El inconfundible sonido aumentaba de volumen de forma paulatina hasta que, pocos minutos después, pude observar la imagen de dos hombres que cabalgaban decididos en mi dirección. Comprobé con un sano regusto de felicidad, que los dos jinetes exigían a sus monturas un largo galope, presurosos de acortar distancias. Sentí una profunda emoción, como si me encontrara ante la magnífica visión de unos mágicos salvadores.

Me disponía a levantar los brazos en su dirección, en petición de auxilio, cuando escuché la voz ronca y destemplada del que se mantenía en cabeza, mientras me señalaba con la mano extendida.

—¡Míralo! Ahí se encuentra el muy cerdo, vagabundo del demonio —gritaba con fuerza a su compañero, que enmendó el rumbo de la montura en su dirección—. Tenían razón aquellos hombres al denunciar su escándalo. ¡Bigardo sin vergüenza ni temor de Dios! Pero pronto lo ha de tener. ¡Lo juro por la Santísima Trinidad!

En un principio, aunque había escuchado las duras palabras del que parecía ejercer el mando de la situación, no me preocupó en exceso su contenido. Estaba seguro que, con mis explicaciones, comprendería rápidamente la realidad de mi precaria y lastimosa situación, así como las posibles acciones que me habían conducido a ella. Al observarlo más de cerca, pude comprobar que se trataba de algún agente de la autoridad, ya que vestía jubón oscuro con botones plateados y calzas a juego con ellos, mientras una especie de bicornio con un ribete de color granate cubría su cabeza.

Sin embargo, conforme se acercaba a mi altura el personaje uniformado, observé con preocupación cómo destrincaba de su arnés una especie de fusta muy larga, con remate en una trencilla deshilachada, demasiado larga para ser usada contra su yegua negra y bragada que parecía dócil y obediente a sus órdenes. Volví a escuchar su voz, dirigida hacia mí en un tono, bronco como el trueno, que no dejaba lugar a dudas, ni ofrecía expectativas favorables. Por mi parte, intentaba cubrir las vergüenzas como podía, cruzando las manos de forma cohibida sobre mis atributos. En contra de los injuriosos adjetivos que acababa de escuchar sobre mi persona, siempre había padecido el delicado pudor del bien nacido.

—¿No le da vergüenza andar así por el mundo llano, gallofero de mierda, malnacido, sacamantecas, bandolero, hijo de Satán? —más que hablar, gritaba con todas sus fuerzas, escupía sus palabras sobre mí con arrebatado despotismo y enojo. He de reconocer que alguno de aquellos adjetivos que me dirigía los escuchaba por primera vez en toda mi vida, aunque no dudaba de su posible significado. Pero no disponía de tiempo para un posterior análisis porque ya volvía a la carga con sus inconfundibles argumentos—. ¿Le divierte escandalizar a las personas de bien, a los hombres y mujeres temerosos de Dios? Le juro por Santa Úrsula bendita que recibirá la lección que se merece.

Continuaba cerrando la distancia que nos separaba sin dudar un solo momento, mientras movía la renegrida fusta en su mano de forma amenazadora. Aunque sentí un inesperado respeto por aquella figura, más imponente conforme se acercaba, me dispuse a explicar con cierta confianza los tristes sucesos acaecidos a mi persona. Era necesario aclarar la situación cuanto antes. Esbocé una tímida sonrisa al dirigirme a él con marcada humildad.

—Gracias a Dios que llegan ustedes, mis salvadores. Como pueden comprobar, me encontraba en situación desesperada. Debe haber sido un regalo del...

No dispuse de tiempo suficiente para finalizar la frase emprendida. Llegado el jinete uniformado a mi altura, me lanzó, de improviso, el primer fustazo con toda la energía que podía desplegar su brazo. Aquella madeja negra fue a dar contra mi abierto costado, con lo que se produjo un chasquido formidable. Sentí un dolor largo y profundo, como si me hubiesen aplicado un hierro candente en el costillar.

Mientras el segundo jinete se acercaba a la escena, enarbolando en sus manos un chuzo de tal magnitud que más parecía pica de infantería, el primero continuaba su alocado trote alrededor de la piedra donde me encontraba situado, embridada la yegua por corto, lo que me obligaba a mantener una ridícula posición que comenzaba a avergonzarme. Cada vez que intentaba abrir la boca para explicar la terrible experiencia que había sufrido, aquella maldita fusta negra, que era utilizada con una extraordinaria precisión, descargaba sobre mí una más de sus sacudidas. En pocos segundos me vi obligado a olvidar el pudor y ocultar la cabeza entre los brazos, porque los golpes me llegaban desde todas las direcciones.

—Si no te lo enseñaron durante tus primeros años de vida, aprenderás con presteza a tener el debido respeto y temor de Dios, parto de bruja y endemoniado, facineroso, fogonero de rabizas. De esta forma dejarás de escandalizar a las personas de bien.

Para mi sorpresa, la situación empeoraba por momentos. Llegado el segundo jinete a mi altura, aquel que portaba el descomunal chuzo y cabalgaba sobre un alazán que vibraba bajo un duro castigo de espuelas, comenzó a repartir de su mercancía con generosidad. A los pocos segundos me encontré tendido en el suelo, con el cuerpo cubierto de golpes y latigazos, sin fuerzas ya para intentar cubrirme, protestar o explicar lo sucedido. Podía diferenciar los castigos que producían el látigo y el chuzo sobre mis carnes, aunque no habría sabido decir cual era más doloroso. Me encontraba en una situación tan espantosa, que ni siquiera sentía las piedras que se clavaban con fuerza en mi piel, y que semejaban un divino placer en comparación con el correctivo a que estaba siendo sometido.

Los insultos continuaban con profusión entre la lluvia de golpes. Puedo asegurar que el idioma castellano utilizado por el aparente inquisidor era de una riqueza abrumadora en fondo y forma. Llegó el momento en el que volví a perder parcialmente la consciencia porque, como en una lejana nebulosa, recuerdo que el segundo jinete echó pie a tierra para cubrir mi desnudez con una especie de sayete

baquero, demasiado pequeño para mi corpulencia pero que, al llevar la abertura por la parte trasera, ocultaba las prendas principales. A la vez, ciñeron mis muñecas con una larga correa de cáñamo bien apretada, que se clavó como una corona de espinas en mi piel, de cuyo extremo comenzó a tirar con fuerza el jinete que ejercía la autoridad, tras hacerla firme en el arnés de su montura. Ése fue el momento en el que, de verdad, comenzó mi suplicio o, más exacto sería decir, el primero de los suplicios. Perdía mi libertad, para quedar amarrado como un ternero a una potranca, una libertad que tardaría mucho tiempo en recuperar. Creo que fue entonces cuando comencé a comprender el verdadero significado de esa bendita palabra.

En la situación que me encontraba, con el cuerpo dolorido y la mente confusa, me sentí arrastrado por la fuerza de aquella sogas aferrada a mis muñecas, lo que me obligó a incorporarme, sin tener en cuenta los posibles dolores de los guijarros y pinchos contra mi carne. Comencé a caminar como los niños, de forma titubeante e inestable. Les juro que los primeros pasos firmes, a un buen ritmo que marcaba el de la yegua bragada, los recuerdo como si los hubiese dado esta misma mañana. El dolor producido al pisar las piedras, lascas, ortigas y todo lo que se clavaba sobre las plantas de mis pies era espantoso, y eso que me podía considerar como un muchacho duro y baqueteado. Pero no sólo se ceñía el dolor a mis pies y muñecas, ya que la fuerte marcha a la que sometían el paso de las cabalgaduras me hacía caer con frecuencia sobre el suelo, incluso arrastrarme contra él, por lo que el dolor se extendía en oleadas sucesivas sobre todo mi cuerpo.

Aquél fue el momento en el que comencé a desear la muerte de verdad, sin que pueda pensarse en una exageración por mi parte. Les aseguro que es un espantoso deseo que se hace fuerte en el cerebro en pocos segundos, hasta acabar por arruinar nuestra mente y la misma existencia. Llegué a implorar y llorar por primera vez en mi vida, lo que no habría creído posible el día anterior. Imploré hasta quedar ronco de afonía, mientras gemía como un niño de pecho hasta quedar seco, seco de alma y espíritu.

Dicen que un dolor aplaca a otro, al menos eso me llegó a comentar un esclavo moro que había sido sometido a terribles torturas que se certificaban en la piel de su espalda. Creo que aunque entonces no lo sabía, ese proverbio africano, berberisco o argelino, era más cierto que el fuego del infierno. No estoy seguro del tiempo o la distancia que recorrí en aquellas terribles circunstancias, metros o leguas, pero llegó un momento en el que el dolor me hizo insensible, aunque continuara deseando la muerte con más fuerza. En mi imaginación, entre escenas de terror, se mostraban con claridad los rostros sonrientes de mis padres y hermanos al despedirme a la salida del pueblo, en mi querida Fuentelahiguera, lo que hería mis sentimientos con más profundidad todavía.

Debía haber transcurrido mucho tiempo, aunque es posible que se tratara de unas horas o tan sólo unos pocos minutos que, sin embargo, se hicieron eternos como una larga vida para mí, perdido el sentido de la realidad, cuando alcanzamos un corral de

regular tamaño. Antes de entrar en él, me vi insultado y apedreado por la chiquillería y las mujeres que se acercaban como espectadores de aquella divertida y endemoniada visión. Como después supe, me encontraba en las mismas puertas de Albacete, aquella capital que deseaba atravesar para comenzar a oler el maravilloso perfume de la mar. Los pies y brazos me sangraban, aunque el dolor se mantenía uniforme y por igual en todo el cuerpo. A los insultos que me habían lanzado durante el trayecto mis captores, se añadían los de las gentes que se cruzaban en nuestro camino. Continuaba en una dolorosa nube, un vía crucis sin fin, incapaz de comprender nada de lo que sucedía a mi alrededor. Recibía todos los posibles improperios, injurias e insultos que tan generosamente siembran nuestro idioma, hasta el de asesino, sin recibir una mínima conmiseración. Por fin, llegué a la conclusión de que los mismos malhechores que me habían asaltado, debieron denunciarme a la justicia como blasfemador, vagabundo, escandalizador y qué sé yo si de otros cargos peores, para ser tratado de aquella forma tan denigrante. No encontraba ni encontré en mucho tiempo ninguna otra explicación.

Al menos, una vez introducido en el amplio corral, donde se encontraban encerradas unas cincuenta ovejas y algún puerco separado, llegó a su término esa primera fase del suplicio, ya que me pude dejar caer sobre un trozo de tierra suelta y llana. El que acompañaba a la autoridad, asociado permanentemente en mi imaginación a un largo chuzo, se dedicó a amarrar el extremo de la cuerda de la que me habían arrastrado, a una argolla fija en la pared del cercado, de esas que normalmente se utilizan para las caballerizas. Escuché las palabras que dirigía el jefe al que parecía su subalterno, como si me llegasen de un lugar muy lejano o del mismo infierno. Aunque confuso, conseguí comprender alguna de ellas.

—A estos tres desalmados manténlos bien vigilados, Manuel. No les quites el ojo de encima ni un solo segundo. Al primer movimiento sospechoso, les atizas con el chuzo en la oreja, o se lo clavas en el vientre si es necesario. Actúa sin remilgos, que no los merecen. Cuando disponga el Justicia^[3], se les impondrá la pena correspondiente, que espero se ajuste a sus pecados, aunque ya me gustaría llevarla a cabo en persona y con presteza. Si por mí fuera —escupió con fuerza sobre el suelo, mientras movía la gastada fusta en círculo—, bien sabe Dios que limpiaba los caminos de todo el Reino de bandidos y gentuza como ésta en un santiamén.

—No se preocupe que me hago cargo.

El que ordenaba todos los movimientos decidió abandonar la escena. Sin embargo, como amable y cariñosa despedida me lanzó un fustazo —¡con qué maestría manejaba el condenado aquel instrumento!— que fue a dar en mi cabeza, por la zona de la oreja derecha. Acostumbrado como estaba a los golpes, me pareció uno más, aunque éste dejara una larga sinfonía de ecos y zumbidos en mis oídos.

Casi sin darme cuenta, ni comprender todavía lo que el futuro podía depararme, me encontraba amarrado a la argolla como un garañón sin doma. Aunque no arribaban aún al cerebro las preguntas sin respuesta, que tanto dañan el alma, era

difícil imaginar siquiera el pozo al que la vida me abocaba, esa esfera negra y doliente que forzaría mis pasos hasta convertirme en otra persona.

4. Mechones

Amarrado en el corral, tumbado por fin sobre una tierra fresca y húmeda que agradecía mi cuerpo como si se tratara de un fabuloso colchón de plumas, pude percatarme de que, además de las ovejas que parecían huir de mi persona como si se tratara del mismo matarife, se encontraban dos hombres más amarrados a unas argollas empotradas en la pared, similares a la mía. Al marcharse el jefe, el que parecía ser su criado o ayudante tomó asiento en el quicio de la puerta del corral, sin apartar la vista de nosotros.

Sentía una sed profunda y desconocida que se aferraba a mi estómago con las uñas, hasta hacerme contemplar en la mente espejismos de ríos caudalosos, en cuyas aguas me zambullía gozoso. En realidad se trataba de un dolor más, un dolor que llegaba a sobrepasar el de los golpes recibidos y sus secuelas. De pronto, me escuché implorando de nuevo. Utilizaba un tono de voz que ni yo mismo reconocía, y que mi subconsciente debía pronunciar.

—Agua, por Dios nuestro Señor. Agua, por favor. Apiádese de mí. No me deje morir de sed.

En aquella plegaria, emitida cada vez con menos fuerza, hasta acabar en un susurro casi imperceptible, continué durante horas o minutos, no sabría precisarlo ya que, a partir de aquel día, el cálculo del tiempo se me hizo difícil hasta no llegar a interesarme. Sí que recuerdo, como única experiencia positiva de aquel maldito día que marcó mi vida, la voz del que se había convertido en nuestro improvisado custodio. Después de todo, recordaré siempre aquella voz como un regalo inesperado del cielo.

—Toma, bastardo.

Había arrastrado hasta mis pies una de las cubas con las que alimentaban el aguadero del ganado, que corría adosado a lo largo de la tapia. Como pronto aprendí, a todo se acostumbra uno en esta vida del Señor, por muy increíble que nos pueda parecer cuando no se sufre, o no se llega a determinados extremos que más vale no alcanzar. En cualquier otra ocasión habría escupido de asco ante aquella repugnante visión. La cuba, enmohecida y oxidada, rebosaba de agua sucia y maloliente, en cuya superficie flotaban restos que bien podían ser excrementos de las ovejas. Sin embargo, he de reconocer que me pareció un placer de dioses introducir la cabeza en aquella vasija podrida, bebiendo con avidez todo lo que mi boca podía aspirar. Me atragantaba con verdadero placer y volvía a beber con agonía infinita, apartando los repugnantes restos que se adherían a mis labios y que no me preocupaban lo más mínimo. Les aseguro que acabé por encontrar el líquido fresco y regalado como una limonada, por mucho que cueste creerlo. Repuesto inicialmente de aquella sed que parecía anegar mi voluntad, escuché por primera vez la voz de uno de los que se encontraban en mi misma situación y más cercano a mi posición.

—Aprovecha la ocasión. Lava y refresca con fuerza esos pies y brazos en la cuba,

si no quieres que se te llenen de llagas con pus en un par de días. Con el camino que te espera, morirías en poco tiempo, y con una muerte que no le deseo más que al hijo de Satanás que me delató.

Sin haber comprendido bien las palabras de mi vecino ni pronunciar una sola que rompiese el silencio, tras dirigir una mirada de prevención al guarda que se dedicaba a partir unas ricas tajadas de tocino, como si se hubiese ganado una merecida colación, introduje ambos pies en la asquerosa cuba. Pude comprobar que se trataba de difícil maniobra, con la situación de la cuerda que me afirmaba a la pared y dejaba escaso juego a mis movimientos. Al placer inicial que sentí en los pies maltrechos, se aparejó el dolor de nuevo, especialmente cuando intenté masajearlos para extraer las adherencias que se habían incrustado bien dentro y limpiar los pellejos que cubrían las plantas, hasta llegar a los bordes del empeine.

Con el agua y el masaje conseguí aplacar en parte un dolor que había vuelto con renovados bríos y se mantenía en bruscas oleadas. Intenté pensar en escenas hermosas y hogareñas para aliviar los males aunque, por desgracia, éstas no llegaban en mi auxilio. Fue entonces cuando me dediqué a observar a los dos hombres que se encontraban en mi misma situación, rufianes declarados sin duda, que por su postura y comportamiento parecían llevar más de media vida amarrados en aquella posición.

El más cercano, que me había recomendado aliviar las heridas en la cuba, debía de haber cruzado los cuarenta, aunque con la experiencia que me dieron aquellos años, llegué al convencimiento de que no se puede calcular la edad de nadie que se haya visto en las condiciones extremas a las que estuve abocado. Era moreno de pelo, con mechones blancos en la parte delantera y muy renegrado de piel. Los recuerdos de riñas o batallas, costras y cicatrices, campaban por toda la geografía de su cuerpo, incluso la pérdida de un dedo del que tan sólo quedaba un corto muñón. Vestía una almilla^[4] desgastada por el uso y de color incierto, mientras unas alpargatas, de un tamaño muy superior al que le correspondía, cubrían sus pies. En su caso, eran unas correas de cuero las que lo fijaban contra la pared, manteniendo también sus pies unidos con la misma ligada.

Debí observar a mi vecino con tanta fijeza y dedicación, posiblemente para desviar mis dolores y tristes pensamientos, que me vi sorprendido al escuchar su voz, esta vez en tono desabrido y altanero.

—¿Qué miras con tanto interés, cenizo descreído? ¿Tengo monos en la cara?

—Perdone, no era mi intención ofenderle —me sentí cohibido y avergonzado, una circunstancia poco habitual en mí—. Intento descubrir las causas que me han llevado a esta terrible situación y, por más que pienso, no llego a comprenderlas. Es posible que usted pueda aclarármelo.

—¿Intentas comprender cómo has llegado a esta situación? —soltó una fuerte y sincera carcajada, con lo que me ofreció a la vista una boca donde faltaban la mayor parte de sus dientes. Asimismo, destacaba el color negruzco de las pocas piezas que aún permanecían a flote—. Nadie mejor que tú debe saberlo. Desde luego, algo muy

malo has debido hacer para que saliera a buscarte el alguacil con tanta urgencia, acompañado de ese mamón que hace las veces de guardián y mamporrero. Por lo que pude escuchar, hablaban de un vagabundo loco y degenerado que se paseaba desnudo por el campo, escandalizando con sus actos a los niños, mujeres y recogidos feligreses. Supongo que, a estas alturas, discutirán sobre a quien corresponde la faena de meterte en vereda.

—¿Meterme en vereda? —parecía escuchar uno de los cuentos que nos narran en la infancia sobre malhechores y delincuentes, esas historias que se ven en la distancia, como si se tratara de una vida lejana al margen de la tuya, una vida en la que, sin embargo, había entrado de forma desbocada—. ¿Por qué a mí? No he hecho nada. Yo soy la víctima. Me debieron asaltar unos bribones durante la noche, dejándome en cueros mientras dormía. Se llevaron todas mis pertenencias, hasta la muda de ropa.

—Desde luego —utilizaba un tono de voz cercano a la burla—. Como norma de vida, nunca digo que es incierto lo que alguien me asegura, por increíble que parezca, pero de poco te servirá esa excusa con esta gente que, para mi desgracia, tan bien conozco. Como te digo, será la Santa Inquisición del demonio, o el Justicia de la Chancillería de Albacete, uno de los más duros que pueblan nuestro Reino, quien te meta la caña por su sitio. Tampoco has de preocuparte ni manejar demasiado el cerebro, porque el resultado será el mismo, las malditas galeras de Su Majestad.

—¿Las galeras de Su Majestad? —ahora soy consciente de que debía parecer un alucinado o un estúpido, para no comprender todo lo que aquel hombre, compañero debería decir, me narraba con sencillez y desgana.

—¿De que parte del mundo sales tú, alcornoque? ¿Acabas de descender del cielo? —la expresión de su rostro demostraba incredulidad y cansancio, mientras mantenía la misma sonrisa socarrona en su rostro—. ¿No sabes que nuestro querido Señor don Carlos III, que Dios guarde en su santa gloria cuanto antes, ha restablecido la pena de galeras que había suprimido hace más de treinta años su hermano don Fernando? Por eso te decía que el resultado de las pesquisas de la ley, por llamarlo de alguna forma, será el mismo. En estos tristes días que vivimos, se urge a los Justicias, Tribunales y Regidores de la Inquisición para que apliquen la sentencia de galeras al mayor número posible de desgraciados, por lo que, si Dios no lo remedia, que no lo hará en este caso, allí nos llevarán bien sujetos por el bocado. Por lo que se ve, necesitan brazos con urgencia para la boga y no sólo para las construcciones militares.

Seguía sin comprender una sola de las palabras que escuchaba, aunque una voz interior me anunciaba que no era bueno nada de lo que aquel hombre me refería con tal sencillez y puntualidad. Aunque siempre me había considerado un muchacho fuerte y bragado, un ligero temblor se hacía firme en mis piernas, con tendencia a subir hacia el estómago. Continué con mis preguntas, aún a sabiendas de parecer el más simple de los tontos de cualquier pueblo.

—¿Nos llevarán allí? No lo comprendo. ¿Qué quiere decir allí?

—Ándale con tus preguntas, muchacho. Parece que llegas de la Francia o más

lejos todavía, a no ser que tus entendederas sean bastante limitadas. Cuando digo allí me refiero a la plaza de Cartagena. Ya me llevaron una vez desde este mismo sitio, como forzado^[5] para las construcciones militares de la ciudad, al haberse suprimido la pena de galeras mencionada. Sin embargo, pude escuchar muchas historias de la vida en esos barcos que se mueven a remo, una vida que más nos valdría no llegar a conocer. Continuamente alcanzan aquella plaza militar cuerdas de aprehendidos como nosotros. Hasta esta tierra, Albacete, llegan del centro de España, escoltadas por tropas de la Corte. Es aquí mismo donde se lleva a cabo la entrega a los batallones de Marina, que se hacen cargo de las cuerdas, como punto intermedio entre la Corte y la capital del Departamento Marítimo. Por eso te decía que te aplicarás con interés a la curación de tus pies dañados ya que, si no me equivoco, nos queda un buen trecho de camino, más de treinta leguas.

—Eso no es posible. Pero si yo no he hecho nada de lo que pueda ser condenado —mi protesta brotaba de la boca con voz desmadejada y lastimera, como un grito desgarrado desde el fondo del alma—. Cuando le explique a la Autoridad competente lo que, según estimo, ha debido sucederme con esos malhechores, me dejarán rápidamente en libertad. Supongo que urgirán las medidas necesarias para que esos desalmados sean prendidos y condenados.

—No te hagas ilusiones, muchacho. Eso que dices suena a dulce canto de perdiz. Nadie te escuchará. Si estás pensando en audiencias públicas, juicios justos y razones por el estilo, puedes olvidarlo. Cuando hay prisa en enviar brazos a bajo costo para el servicio de Su Majestad, las causas se deciden con extrema rapidez y de forma un tanto extraordinaria para los que, como nosotros, somos considerados como carne de cañón, puterío de taberna de puerto. Es probable, incluso, que la sentencia te sea comunicada directamente a través del alguacil que te apresó y acarició los lomos, ese pedazo de cabrón, mestizo de vaca y demonio. Tendrás suerte si no eres condenado también a un buen número de azotes y vergüenza pública. Hay veces que se llegan a entregar forzados a los diferentes presidios sin haberse recibido sentencia en firme, lo que, según parece, no debería hacerse en justicia. En fin, puedes estar seguro de que todo es posible en esta tierra del infierno.

—Más de treinta leguas —mi mente había quedado prendida en aquellas palabras, como si no llegase a comprender su significado—. Eso es imposible. ¿Cómo voy a caminar treinta leguas en estas condiciones? —señalaba mis pies, doloridos y desnudos, mientras pensaba en una experiencia similar a la vivida pocas horas antes. Una extraña sensación de miedo, añadida a ese conocido sentimiento del deseo de la muerte, volvió a hacerse fuerte en mi cerebro, hasta bloquearlo por completo.

—No te preocupes antes de tiempo —volvió a reír, divertido. Parecía asistir a una representación de cómicos, de ésas que tenían lugar en las ferias—. Te vestirán y calzarán por cuenta de Su Graciosa Majestad. Además, no haremos todo el camino a pie, necesariamente. Es posible que nos envíen carretas tiradas por bueyes o mulas, para meternos en ellas como ganado, lo que no sé si es peor todavía. Según creo,

varía de una vez a otra. La última que pasé por aquí, hicimos el trayecto a pie hasta Hellín y, a partir de ese momento, aparecieron las carretas con un tiro de bueyes a medio reventar. Varios de los forzados se ahogaron en ellas, aplastados por los demás. Como siempre, el fuerte subsiste y el débil muere, sin que le importe un pimiento a nadie. Es posible que valga más caminar con lo que Dios nos ofreció, aunque en tu caso sea distinto, tal y como tienes los remos —dirigió su mirada hacia las zonas más dañadas de mi cuerpo, ofreciéndome un guiño de preocupación—. Debes frotarte las heridas con saliva, todo el tiempo que puedas. A las partes que te alcance, hazlo aplicando la lengua directamente, que es el remedio más sano. Como recordarás, así curan los perros y otros animales sus úlceras. Como se te pudran las tuyas, desearás morir con rapidez.

Me dediqué a seguir, al pie de la letra, los consejos que me ofrecían sobre el cuidado de las diversas heridas, especialmente en manos y pies. Sentía aumentar el rumor ascendente por dentro de mi cuerpo, un rumor que, como comprendí después, era la verdadera sensación del miedo, una terrible sensación difícil de comprender para quien no la ha padecido y desconocida para mí hasta entonces. Ahora sé con seguridad que se trataba del miedo producido por la impotencia, que es el peor de todos los que se pueden sufrir. El tercer apresado, que parecía amodorrado y no había abierto la boca hasta aquel momento, salvo para toser de una forma ronca y pertinaz que nada bueno presagiaba, habló por primera vez para dirigirse a mi vecino.

—Cierra tu asquerosa y maloliente boca de una vez, Mechones. Pareces una cotorra zorrón de pico largo. Deja a ese endemoniado y blasfemador que se joda en soledad. A ver si se le pudren bien pronto los pies y todo el alma —volvió a toser repetidamente.

—Cierra tú la boca, Cojitrancó, mamón de mierda. A este puede que se le pudran los pies, pero a ti se te pudrió el pecho hace tiempo. Deberías pedir confesión porque no durarás mucho entre nosotros, aunque dudo que algún predicador se atreva a tal empresa —volvió a reír con fuerza, a la vez que escupía en su dirección.

Al menos, de aquella breve conversación entre los que, para mi desgracia, parecían ser mis dos nuevos compañeros, obtuve la información de sus nombres o, más bien, de sus apodos, una norma a la que me acostumbré rápidamente. A la vez, según se decantaba la relación, parecía ser que el tal Mechones me dispensaba alguna deferencia, mientras que al llamado Cojitrancó no le caía en gracia mi persona. De todas formas, a este último no parecía quedarle mucho tiempo entre los mortales, con esa tos ronca y bien agarrada al pecho que sufría. Era el principio de una nueva vida y no comprendía, todavía, el mundo en el que entraba, un mundo de apodos, asesinos, esclavos y rufianes de todo tipo en el que, para sobrevivir, había que ser igual o peor que ellos. Y a esa norma debía atenerme sin concesión alguna.

5. Una nueva vida

Cuando abro el corazón a los recuerdos de aquellos días tan lejanos en el tiempo y cercanos en la memoria, siento un intenso rubor al comprobar la inocente candidez que inundaba mi pecho, como si un ángel hubiese caído en el lazo del maligno e intentara amoldarse a su depravada vida en escasos segundos. Por esa razón, no crean que exagero cuando les expongo mis sentimientos de entonces, esa incomprensión absoluta de las normas a las que debía ceñir mi vida a partir de aquellos momentos.

Bien pronto tuve que reconocer, para mi desgracia, que Mechones había acertado de lleno en todas sus profecías, como si una vieja gitana hubiese echado sus cartas para adivinar mi desconsuelo venidero. Aparte de aquella primera e inolvidable noche, la primera que pasaba en cautividad, en la que dormí a ratos, asaltado por pesadillas desconocidas hasta entonces y por el dolor en los pies que se habían inflamado y plagado de ampollas, pasamos todo el día siguiente con la única presencia de nuestro guardián, que parecía cosido a su silla de madera de olivo.

A pesar de ese tristísimo sentimiento que se padece cuando se pierde la libertad, especialmente doloroso cuando se basa en tamaña injusticia cometida conmigo, el descanso fue como una bendición de Dios, porque no habría podido dar un solo paso sin sufrir espantosos dolores. De esa forma, cabía la esperanza de una posible y necesaria mejoría, por lo que aplicaba la saliva de mi boca de forma regular, tal y como me habían recomendado.

En la mañana de aquel mi primer día amarrado a la tapia como una bestia de corral, bien temprano, el llamado Manuel cambió mis bastas ataduras de cáñamo por otras de cuero templado, con lo que sentí un primer y notable alivio. Pude comprobar las profundas marcas que las anteriores habían dejado en mis muñecas, por lo que me dediqué a aplicar el mismo remedio concedido al resto de las heridas. En esta ocasión, y al igual que con mis compañeros de destino, las ligadas incluían los tobillos, con lo que la inmovilidad a que me veía forzado aumentaba. Siguiendo un ritual que le parecía cotidiano y conocido, sin pronunciar una sola palabra, el improvisado carcelero procedió a coser la espalda abierta de mi sayete con una aguja de enormes dimensiones, de las usadas en las labores de esparto, hasta ajustado lo suficiente como para cubrir hasta el último centímetro de mis partes traseras. El resultado ofrecía escasa comodidad, ya que el sayete no daba de sí para mi desarrollada corpulencia.

Sin embargo, se deslizaron las horas sin que apareciese autoridad o persona alguna, lo que me desazonaba por momentos, ya que mantenía viva la esperanza de que se remediase con presteza la injusticia llevada a cabo en mi persona. De todas formas, intenté explicar en un par de ocasiones a mi custodio la triste realidad, el error cometido al interpretar mi situación de desnudez, así como las acciones que suponía como ciertas a los malhechores que debieron atacarme. Por desgracia, a estas mis razones y plegarias contestaba, como única respuesta, con una lluvia de graves

insultos, e incluso la amenaza del chuzo cuyas caricias tan bien conocía, por lo que decidí que era mejor guardar silencio y mostrarme sumiso. Tan sólo la pertinaz tos del Cojitranco ofrecía una nota de sonido en aquel pesado y triste silencio que me ahogaba por momentos.

Cuando el sol parecía alcanzar su punto de máxima altura, comencé a sentir, como pena añadida a mi triste situación, un profundo vacío en el estómago muy cercano al dolor, tan habituado como estaba a nutrirme en abundancia y con regularidad. Llevaba veinticuatro horas sin probar bocado, por lo que me bailaban los ojos en las cuencas al observar cómo nuestro guardián partía en ricas tajadas un hermoso pan, recién horneado, para regarlas primorosamente a continuación con aceite, pimentón y sal. Creía capaces a aquellos hombres de dejarnos morir de hambre y sed, aunque la sola mirada al imponente chuzo apoyado en un pescante de la entrada, ahogaba mis protestas y me forzaba a mantener el silencio más absoluto.

Imágenes con potajes caseros bien condimentados, pucheros humeantes en la lumbre y hasta el recuerdo del más humilde bocado, me causaban salivaciones extraordinarias que aumentaban esa sensación que, a partir de aquellos días, se hizo tan cotidiana: el hambre en su más puro estado. No podrá comprenderlo quien no lo haya sufrido. Por esa razón, me alegré cuando Mechones, con la misma voz desenfadada que usaba conmigo, se dirigió al llamado Manuel.

—¿Qué pasa con nuestra asquerosa ración de cada día, carcelero? ¿Pensáis dejarnos en blanco, sin probar bocado? Mal podremos servir en los trabajos de Su Majestad, si enflaquecemos hasta morir.

Manuel parecía no haber escuchado las quejas de Mechones. Por el contrario, continuó con su habitual lentitud en lo que parecía una labor de tejer esparto para formar trenzadas cuerdas, tras haber liquidado aquella media hogaza de pan, gloriosa visión que tanto me hizo sufrir. Sin embargo, mi vecino insistió, esta vez con peor talante, una acción a la que yo, con seguridad, no me habría atrevido.

—¿Es que además de capón mamporrero estás sordo como una tapia? ¡Queremos comer! Tenemos derecho a nuestra ración diaria, por miserable que ésta sea. Y así lo dice la ley aunque tú, modorro y garañón de pueblo, no sepas leer ni escribir.

Por toda respuesta, Manuel tomó el chuzo entre sus manos sin titubear un solo momento. Con gesto de pocos amigos, se acercó hacia nosotros con su peculiar y cansino caminar. Pasó a pocos centímetros de donde me encontraba, sin dirigirme la mirada, hasta alcanzar la posición de mi compañero, momento en el que le soltó, sin advertencia previa, un golpe en abanico con toda su alma. El trabucazo fue a caer de lleno sobre el cuerpo de Mechones, que ya se había encogido y apretado con los brazos para evitar que le alcanzase en la cabeza, por lo que le golpeó entre el costillar y el hombro. El chasquido producido me trajo a la memoria tristes recuerdos del día anterior.

—Si vuelves a abrir tu negra y asquerosa boca, te daré otra ración de este dulce jarabe, bastardo endemoniado —lo señaló con el dedo, mientras alzaba el garrote en

figura amenazante—. Y ten en cuenta que si recibes alguna comida, será por nuestra buena voluntad y no porque la merezca gentuza de vuestra calaña.

Mechones acató la orden de silencio, mientras acariciaba la zona dolorida sin un mal gesto. Al mismo tiempo, rumiaba en su boca una serie de apagados murmullos, como letanía en boca de vieja, que para su beneficio resultaban ininteligibles. Por su parte, Manuel volvió a su trabajo de artesanía, a la vez que la sensación de vacío en mi estómago aumentaba sin tregua. Les aseguro que llegó un momento en el que me creí capaz de comer un cerdo completo, de morros a rabo, si se encontrara al alcance de la mano. Para colmo de males, ni quiera podía apretar el cinto con energía, por no disponer de ninguno, y aplacar ese extraño dolor como marca el refrán de forma tan acertada.

Por fortuna, unos minutos más tarde, cuando comenzaba a desesperar, apareció en la puerta del corral un zagal de corta edad con un pequeño perol campero en sus manos, y una bolsa de estera colgada del hombro. Tras dirigirse a Manuel como su padre, le entregó la mercancía y desapareció con inesperada rapidez de la escena, no sin dirigirnos antes una mirada en la que anidaba un gesto de bondadosa compasión. Escuché la voz alegre de mi compañero, que se dirigía a mí por primera vez en aquel día.

—Parece que tenemos suerte. Ahí nos llega el condumio. Podía haber retrasado mi protesta y evitar la caricia. ¿No tienes hambre?

—Mucha. Me muero por unas migas de pan —mi respuesta brotó rápida y sincera.

—Me parece que has sufrido pocas situaciones de hambre verdadera en esta perra vida —Mechones recorrió detenidamente mi cuerpo con su mirada, para finalizar con un gesto cercano a la condolencia—. Se te ve lustroso y bien alimentado, de eso no hay duda. Sin embargo, debes hacerte a la idea del hambre como cualidad unida a tu persona a partir de ahora, porque habrá días en los que no recibirás ni un remache para echarte a la boca, y acabarás por desear comerte las ligaduras de cuero.

—Quien no come lo que debe, acaba por enfermar. Eso, al menos, es lo que suele decir mi madre.

—Tu madre debe ser buena y santa, pero tan ignorante de la vida como su hijo. Mientras te encuentres como forzado, nunca comerás lo que te pide el cuerpo. Pero no morirás, compañero, aunque sufras por ello —volvió a sonreír con un deje de ironía—. Pero, bueno, callemos para que este mamón nos reparta la manduca.

En efecto, a los pocos minutos Manuel repartió el contenido del perol en tres cuencos sucios y costosos de madera que nos entregó a cada uno, más un trozo de pan que parecía pertenecer a la última cena de los apóstoles por su dureza, comparable a las piedras del cercado. Aquel potingue olía a podrido y miseria. Se trataba de un caldo negruzco y ligero, con alguna hierba suelta, donde bailaba una patata sin pelar y con sus hijastros al descubierto. Sin embargo, qué gran verdad es esa de que el hambre ciega más que el amor, una verdad que sólo llega a conocerse

cuando se sufre ese tormento.

Tras unos primeros intentos en los que la repugnante visión me hizo sentir un profundo asco, tomé los primeros sorbos. Sin embargo, a los pocos segundos comía y bebía con avidez, sin pensarlo dos veces, a la vez que mojaba el pan en el asqueroso caldo, único método para hincarle el diente sin perder algún ejemplar.

Fue entonces cuando comprendí que Cojitranco debía encontrarse en sus últimos momentos. Encogido en posición fetal y con los ojos cerrados, ni siquiera probó bocado, por lo que parecía haber entrado en una profunda modorra que asemejaba, sin duda, la antesala de la muerte. Creo que ya no tosía por falta de fuerzas. Para mi sorpresa, esta circunstancia fue aprovechada con inusitada rapidez por mi avisado vecino. Estirando sus miembros, y ayudado por los pies que manejaba con soltura, consiguió hacerse con su ración y comerla en breves segundos, todo esto en los momentos que no éramos observados por nuestro perro guardián.

Tras la ligera y miserable colación, que no consiguió engañar a mi acuciante estómago, aunque aliviara el vacío, volví a caer en un doloroso duermevela, del que despertaba a ratos como duende desesperado. Ahora comprendo que aquélla era una verdadera pesadilla, y no los negros sueños padecidos en la juventud. En verdad, creo que comencé a perder el sentido y la realidad del paso del tiempo. En una de aquellas ocasiones, encontré a mi costado unas viejas y estropeadas abarcas de cuero con las suelas agujereadas, de un tamaño tan grande que parecían haber pertenecido a Goliat. Supuse que Manuel debía haberlas depositado allí, sin advertirlo. De momento, débil y dolorido, ni siquiera intenté ajustarías a mis pies, fijo el pensamiento en la idea que cuanto más tiempo de descanso, saliva y aire libre les concediera, más probabilidades tenía de conseguir la curación necesaria.

Me dejé caer en la desasosegada modorra, un vano intento de escapar a la realidad que se abría a pasos agigantados sobre mi vida.

6. Primeras lecciones

El tiempo cruzaba la raya con una lentitud dolorosa y desesperante, que se alargaba sin medida. Aunque deseaba no pensar en nada, sino dormir un sueño tan profundo que me permitiera despertar en otra realidad distinta a la que me abrumaba, era misión imposible. Ni siquiera una alentadora visión de campo o monte, un escenario mínimamente atractivo podía aparecerse ante nuestros ojos, limitados como estábamos a la contemplación de puercos y ganado. Aparecían ya las primeras sombras de la tarde, cuando Mechones se dignó a entablar conversación conmigo de nuevo, el único pasatiempo que me pude permitir en aquellos días que, al menos, desviaba mi mente de otros pensamientos.

—Creo que vas a tener suerte.

—¿Yo? ¿Por qué lo dice? ¿Cree que me soltarán? —había supuesto que en alguna de las ocasiones en las que había caído amodorrado, Mechones podía haber escuchado conversaciones sobre mi futuro.

—No seas iluso, muchacho, y entra en la realidad de la vida de una puñetera vez. Las esperanzas sin sentido hacen tanto daño como las penas más duras, puedes estar seguro. Por cierto. ¿Cómo diantre te llamas? No me gusta hablar con quién no sé su nombre, si es que él mismo lo conoce, o su apodo de faena.

—Me llamo Francisco Leñanza y soy natural de Fuentelahiguera de Albatages, un pueblecito de la provincia de Guadalajara —continuaba sumiso de voz, como si me dirigiera al mismo Justicia para pedir mi merecida libertad—. Pero, en mi pueblo, todos me llaman Paco.

—¿Paco? —me dirigió su típica mirada displicente—. No me gustan los nombres de bautismo. Eso no son más que inventos de curas y monjas. Te llamaré Gigante porque eres grande y fuerte como un turco que conocí hace algunos años, y utilizaba ese apodo. Era un ejemplar digno de verse, alto como una torre y ancho como un toro, aunque el pobre murió enfermo del pecho, por raro que parezca. De la misma forma que morirá este puerco de al lado en poco tiempo —movió la cabeza ligeramente en dirección a Cojitranco.

—¿Morirá? ¿Está seguro?

—Cuando esa tos se oscurece y se te agarra bien fuerte por dentro, no hay más solución que dejar de comer y beber para acelerar la agonía y evitar el sufrimiento inútil. Debes saber que en nuestra vida es muy importante disponer de amigos fuertes, para cuando lleguen los malos tragos, que siempre aparecen. Bueno, también los listillos con experiencia sirven en momentos puntuales —enmarcó una sonrisa, como si se situara en el segundo grupo mencionado—. Pero deja de soñar, Gigante, porque de la pena no te librarás ni el santo patrón de tu pueblo, puedes estar seguro.

—Pero...

—Calculo —interrumpió mi posible alegación, mientras alzaba una mano— que te echarán seis años a galeras, por lo menos. Cuando hablaba de tu buena suerte, me

refería a que, por las palabras cruzadas por ese cerdo que nos guarda con su hijo, deduzco que la cuerda de aprehendidos de la Corte no llegará hasta dentro de algunos días, con lo que es posible que puedas reparar tu cuerpo lo suficiente. Y tiene su importancia lo que te digo. Tampoco han aparecido los Batallones de Marina que han de conducirnos a Cartagena. Supongo que en este forzoso intermedio que puede significar tu salvación, aumentará el número de penados, bien embridados en este inmundo corral, aunque disminuya con la baja del Cojitranco que, como te decía, nos abandonará muy pronto. Cuando más tiempo tardemos en salir para la costa, tanto mejor para ti, si quieres sobrevivir —volvió a dirigir la mirada hacia mis pies con un gesto elocuente.

—¿Ha dicho seis años a galeras? —no podía creer lo que escuchaba, en la certeza que sería una broma de mal gusto—. ¿Cómo me van a condenar a seis años sin haber cometido falta alguna? ¿No existe justicia en esta parte de nuestra España? Eso no es posible. Cuando les explique...

—Déjate de explicaciones y sueños, releche. Parece que todavía no has comprendido dónde has entrado, Gigante —me cortó con cierto enfado en el tono de su voz—. Y, por cierto, antes de continuar es necesario que comprendas algo muy importante. Aquí todos somos iguales, miserable escoria humana, así que deja de llamarme como a un obispo o un engolado marqués. Volviendo a tu caso y para que te enteres de una vez, debes saber que a los Justicias les importa un rábano verde la parte de verdad que pueda encontrarse en las denuncias que llegan a su mesa, especialmente cuando se urgen brazos desde las altas jerarquías. Ya te dije que llevamos unos meses en los que se nota con claridad esa celeridad en la resolución de las causas criminales que, desde arriba, les exigen. Por esa razón me echaron el guante, aunque en mi caso sea merecida, a pesar de que me delatara un malnacido aragonés que se quedó con la mayor parte de mi botín. Desgraciadamente, es la cuarta en mi haber, por lo que es posible que si consiguen mi verdadero nombre, lo que intento evitar, me caigan diez años que es, en teoría, la máxima pena admitida a galeras, salvo los condenados a muerte, que son destinados a la boga de por vida. Y digo en teoría, porque luego llegan los aumentos de condena que se proponen al Auditor del Departamento por cualquier causa, y que éste acepta siempre de buen grado porque supone fondos para el Tesoro. Entrar en presidio o galera es fácil. La salida es harina de otro costal.

—Pero, por mucho que se necesiten brazos, ¿cómo van a condenar a inocentes?

—Por tus palabras veo que no has salido del cascarón, Gigante. Sólo los nobles o ricos se libran de la pena de galeras, si pagan un esclavo que cumpla por ellos. Los demás, como nosotros, van a la gayola de cabeza. Me han contado cientos de historias sobre la leva forzosa de galeotes que, estoy seguro, no llegarías a creer, como la recogida de personal en bares de puerto y burdeles tirados, borrachos en los muelles, vagos y maleantes por los campos, sin mirar quién es quién. Entre ellas escuché una hace años, muy especial y divertida, atribuida al duque de Osuna. Ésta es

la mejor, te lo aseguro —sonrió como si celebrara un chiste gracioso—. Ya verás cómo te divierte.

Hizo un descanso, como si deseara crear cierto suspense en la narración.

—Como necesitaba el poderoso señor de muchos remeros para sus galeras, y advirtiera que las plazas y puertas de los templos en Sicilia se encontraban llenas de vagabundos y falsos tullidos, publicó un edicto convocando unos juegos deportivos populares, de esos que se celebran en muchos pueblos de Aragón. Los participantes capaces de saltar una distancia y altura determinada, recibirían un escudo como premio a sus condiciones físicas. Como puedes imaginar, el día de la convocatoria acudió un gran número de aquellos vagabundos y tullidos, que hacían gala de excelente salud. Los que saltaban la marca prevista, recibían el escudo prometido, para ser prendidos a continuación y enviados a bogar^[6] diez años en las galeras del señor duque, por mendigar con engaño. Como puedes ver, un sistema práctico y contundente, sin necesidad de este paripé de los Justicias e Inquisidores, que condenan sin escuchar siquiera al pobre delincuente. ¿Verdad que tiene gracia?

No supe responder, por lo que Mechones, que parecía con ganas de charlar, continuó adoctrinándome.

—Hay otros casos iguales o peores. En las cuerdas de aprehendidos encontrarás gitanos que son condenados a seis años por el mero hecho de serlo, y algunos detenidos por el simple delito de andar por los caminos o ciudades sin amo u oficio conocido. Todo es bueno y vale para la bolsa del señor. La pena mínima suele ser de dos años, para que les seamos rentables a las Autoridades, ya que es al término del primero cuando los galeotes comienzan a rendir adecuadamente en su trabajo, en especial cuando se trata de gente de tierra adentro, o de secano, poco acostumbrada a las penalidades de la vida en la mar. Cuentan que el récord de permanencia en galeras, donde pocos consiguen aguantar con vida los ocho años, es el de un tal Pacenbten, que se mantuvo durante 39 años amarrado al banco del remo. Tiene mandanga la cosa, sí señor.

Mechones parecía necesitar de la conversación, a la que yo asistía embobado, incapaz de creer todos los detalles que narraba con aquella pasmosa sencillez, como si se tratase del pan nuestro de cada día. Pero ya continuaba con su adiestramiento.

—Aparte de los gitanos, hay que tener mucho cuidado con los esclavos. En ese grupo se encuentra gente peligrosa de verdad, a los que les importa poco o nada su vida. Ten en cuenta que sus esperanzas de recobrar la libertad son prácticamente nulas, y eso les obliga a ir a por todas.

—¿Esclavos? —continuaba alucinado por la narración del experto—. ¿De qué esclavos hablas?

—¿Cómo que de qué esclavos hablo? —parecía confundido—. Pues esclavos, joder. Suelen ser moros, turcos, negros, argelinos, berberiscos y gente de esa ralea. Normalmente son requisados en los montes y pueblos de Andalucía, o en las galeras y buques enemigos apresados. Esos van de por vida a la boga, a no ser que sean

canjeados por soldados cristianos, gestión que llevan a cabo unos curas o frailes que deben apropiarse de gran parte de los rescates, estoy seguro, al ver la abultada tripa que lucen bajo sus hábitos. Los familiares de cristianos apresados que se pudren en las inmundas cárceles argelinas, o son obligados a bogar en las galeras del moro, intentan estos rescates o intercambios.

No me sentí capaz de preguntar siquiera en esta ocasión, mientras volvía a sentir el rumor del miedo extendiéndose por mi cuerpo en oleadas. No podía ser cierto todo lo que escuchaba, sino una broma o una pesadilla de la que despertaría en mi casa de Fuentelahiguera, con sudores fríos pero feliz de encontrarme con los míos. Sin embargo, Mechones continuó impertérrito.

—Y olvidaba los buenaboyas. Debes evitar el contacto con ellos, siempre que puedas. Ésos son de la peor ralea, marrulleros y peligrosos.

—¿Buenaboyas? ¿Qué es eso?

—Son los de recluta voluntaria con sueldo, remeros asalariados que también reciben el nombre de bagarinos. Como nunca hay brazos suficientes, se publican edictos para reclutar mercenarios, al igual que sucede en los Tercios o tropas de tierra. Como puedes comprender, cobran poco, tarde y mal, a no ser que se produzca alguna buena presa de un buque enemigo en combate, con lo que entran en el reparto general y consiguen unas pobres migajas de más. Según dicen los capitostes, dan peor resultado, todavía, que los esclavos y forzados. Por norma general, son elementos peligrosos y perros viejos en el oficio, dispuestos a explotar con el juego y mil marrullerías al infeliz desgraciado que carece de experiencia, como es tu caso.

Volvió a ofrecerse un ligero descanso, mientras volvía a reír con fuerza, al observar mi cara de incredulidad y asombro.

—La verdad es que hay que estar muy desesperado, hambriento o chalado para aceptar un trabajo así, el de la boga, de forma voluntaria. Además, según me contaba un galeote viejo, cuando finalizaban los periodos de enganche voluntario de esa gente, eran obligados muchas veces a continuar, incluso encadenándolos a bordo como esclavos o penados. También los había que al finalizar sus condenas, forzados como nosotros que debían haber perdido la cabeza, permanecían como buenaboyas aunque, según parece, era necesario convencerlos de alguna forma más o menos contundente. A partir de ese momento recibían su salario a bordo, aunque no los liberaban de los grilletes que debían haber hecho cuerpo en sus tobillos —volvió a reír con ganas—. De esta forma, evitaban un rápido arrepentimiento de esa decisión libremente tomada. Cuando un conejo encaja en el lazo, ya sabes.

—Si, como dices, hace treinta años que quitaron la pena a galeras, que han repuesto hace pocos meses, ¿cómo sabes tanto? Parece que hayas sufrido en esos barcos media vida —por unos momentos disfruté de la esperanza, que todo aquel tropel de terrible información no fuese más que un producto del enfermizo cerebro de mi compañero.

—He estado media vida entre gente de esa ralea —por primera vez, su voz

parecía destilar un deje de tristeza—. He conocido galeotes y mercenarios viejos, asesinos, esclavos y rufianes de todos los tipos que se pueden conocer en este mundo. De esa noble selección, algunos todavía habían llegado a navegar en galeras y no habían olvidado ninguno de los días pasados en ellas.

—¿Y toda esa gente que has nombrado va metida en esos barcos?

—Toda ésa y muchos más. En resumen, un peligroso conjunto de ladrones, asesinos, gitanos, herejes, piratas apresados, moros, turcos, berberiscos, maleantes, vagabundos, gentes sin oficio y algún gigante inocente como tú —parecía divertirse con la narración—. Todos ellos componen la chusma, que es como se denomina oficialmente al conjunto de remeros de una galera.

—¿Chusma? Creía que esa palabra se refería a un conjunto de gente ordinaria y soez.

—Es posible que ese significado proceda del que te acabo de explicar, que es el auténtico. Pero no te preocupes porque, si sobrevives los primeros meses, acabarás con más práctica que todos los ejemplares que te he descrito. Tienes a tu favor factores muy importantes como tu físico, una buena alimentación desde la infancia y la fuerza que se aprecia en tus brazos. Claro está, si dispones de tiempo suficiente de recuperación y esos pies no se joden del todo y te llevan al otro barrio entre dolores y fiebres.

De pronto, Mechones pareció haber perdido todo el interés que mostraba en nuestra conversación. Sin pronunciar una sola palabra más, se recostó sobre la tierra que le servía de lecho, hasta darme la espalda.

Quedé pensativo mientras intentaba asimilar toda la información que había recibido. Por unos momentos, llegué a pensar que se trataba de una fábula fantástica de mi compañero, para amedrentarme y divertirse a costa de mi absoluta ignorancia, aunque una voz en mi interior aseguraba lo contrario, que acababa de escuchar la más pura y sincera realidad del futuro que me esperaba a muy corto plazo.

Me mantuve despierto, mientras intentaba olvidar la conversación mantenida, aunque las imágenes hermosas que buscaba en los rincones del cerebro, se negaban de forma tozuda a aparecer. Por fortuna, los dolores remitían poco a poco, salvo las ocasiones en las que aplicaba saliva en las heridas, momentos en los que volvía a sentir los pinchazos en mi piel. Me negaba a creer aquellas terribles historias, pero no podía cerrar los oídos a la razón.

7. A galeras

Comenzaba a caer el sol por debajo de la tapia del corral, cuando se presentó el alguacil que me había prendido y apaleado el día anterior. Su presencia sobrecogió mi espíritu con fuerza y consiguió, al mismo tiempo, que las oleadas del miedo volvieran a implantarse en mi estómago, con sólo recordar aquellos primeros y terribles momentos de cautividad. Vestía de la misma forma el extraño y fúnebre uniforme, mientras mostraba la máscara de ira permanente y desprecio absoluto en su rostro. Con temor observé que asomaba, bien recogida bajo el brazo, aquella larga e inolvidable fusta que tan bien conocían mis carnes. En la otra mano apretaba fuertemente lo que parecía una carpeta de piel negra y lustrosa, con un gran escudo grabado en oro sobre su portada. Llegó hasta nuestra altura para dirigirnos la mirada con el conocido gesto de soberbia y altivez, como nadie hasta entonces lo había hecho conmigo. Habló con voz recia y fuerte, como un fraile desde el pulpito cuando desea abroncar la actitud pecadora de sus feligreses.

—Pedro Sánchez, alias Mechones, natural de Pozocañada, sin amo ni oficio conocido, en nombre de Su Señoría el Justicia de la ciudad de Albacete, y teniendo en cuenta que cumplías condena dictada por el Reverendo Inquisidor de la ciudad de Valladolid a seis años de trabajos forzados, por casado tres veces y haber dicho misa sin ser ordenado, condena incumplida por deserción del arsenal de Cartagena, amén de haber sido aprehendido en esta villa, convicto del robo de dos puercos y unas cuentas de coral con extremos de plata, se te condena a la pena de diez años de servicio en las galeras de Su Majestad, cuatrocientos azotes, vergüenza pública y destierro perpetuo. Las penas corporales te serán aplicadas de acuerdo a las Ordenanzas de la Real Armada, en el Departamento de destino.

Mientras el alguacil hablaba en tono solemne y teatral, Mechones miraba hacia otro lado, indiferente, como si escuchase una música celestial, mientras una socarrona sonrisa volvía a aparecer en su rostro. Juntaba sus labios y soplaba suavemente entre ellos como si se dispusiera a silbar, aunque ningún sonido salía de su boca.

Una vez finalizada la lectura que condenaba terriblemente a mi compañero, el alguacil se acercó a Cojitranco, que se mantenía tumbado sin movimiento alguno y posiblemente muerto. La Autoridad lo volteó con el pie, hasta dejar su cuerpo boca arriba para inspeccionarlo ligeramente. Un gesto de repugnancia apareció en su rostro. Por fin, se giró hacia Manuel con indolencia.

—No creo que este puerco aguante un día más en este mundo, si es que llega. Ni siquiera merece la pena gastar saliva para notificarle una larga condena que no podrá cumplir. Muy bien, un bastardo menos en nuestra tierra. Así deberían acabar todos. Cuando fallezca, lo arrastras hasta la puerta del cementerio en la mula, que ya se ocuparán de él los ermitaños. Y no le acerques ninguna ración, o se la comerán estos villanos.

Volvió a girarse para cerrar distancia sobre mí con rapidez. Sentí el profundo

miedo una vez más, una sensación que parecía haber anidado en mi corazón de forma permanente. Percibí cómo el furor aparecía en su rostro al mirarme, hasta colorear ligeramente las venas de su cuello. Tronó su voz con más fuerza, como si quisiera que, en mi caso, sus palabras fuesen escuchadas por un público inexistente, a muchas leguas de distancia.

—Francisco Leñán, natural de Majanza, sin amo ni oficio conocido, en nombre de su Señoría el Justicia de la ciudad de Albacete...

—Perdóneme su Señoría —interrumpí con mirada temerosa y un tono de sumisión absoluta en mi voz, a la vez que juntaba mis manos en oración—. Con todo el respeto debido a su Señoría, debo indicarle que se ha producido un error. En realidad, mis verdaderos nombre y ciudad de nacimiento son...

No tuve tiempo de continuar ya que, con la velocidad del rayo, recibí un tremendo fustazo en las piernas, más otro de propina en la parte alta del tronco, mientras intentaba ocultar mi cabeza entre los brazos.

—Veo que todavía no has aprendido, rufián del demonio. No se te ocurra nunca más en tu pordiosera vida —levantó la fusta en dirección al cielo—, interrumpir a la Autoridad cuando te habla, malnacido del infierno.

Volvió a tomar el papel en su mano, para continuar con el mismo tono de voz ronca y fuerte.

—Francisco Leñán, natural de Majanza, sin amo ni oficio conocido, en nombre de su Señoría el Justicia de la ciudad de Albacete, y oído el Reverendo Inquisidor de la misma en cuanto a los motivos de índole cristiana, se te condena a servir durante seis años en las galeras de Su Majestad, por escándalo público, blasfemar en sitio sagrado, asalto a pacíficos ciudadanos y resistencia a la Autoridad. Asimismo, recibirás la pena de cien azotes, de acuerdo a las Ordenanzas de la Real Armada, en el Departamento de destino.

Guardó los papeles que había leído en la carpeta negra, mientras nos repasaba en silencio unos breves segundos. Volvió, por fin, a dirigirnos la palabra.

—Esperarán, en unión de otros esclavos y forzados que se encuentran en camino, así como la cuerda de aprehendidos que salió de Madrid en el día de ayer, a los Batallones de Marina que os custodiarán en el trayecto hasta la plaza de Cartagena. Después, procederemos a limpiar este corral de vuestra inmundicia.

Me miró con fiereza a los ojos, a la vez que desplegab su negra fusta en círculo frente a mi rostro con aviesas intenciones. Creo que esperaba escuchar una sola de mis palabras para lanzarme un fustazo de los suyos. Aunque mis tripas se rebelaban contra lo que acababa de escuchar, me mantuve en silencio con la vista fija en aquel terrible instrumento que se movía ante mí como guadaña de muerte. Apretaba las manos entre sí con fuerza, hasta sentir el dolor producido al clavarse en ellas las uñas. Con la misma presteza con la que había llegado, ese alguacil cuya figura no he olvidado nunca, se giró para dirigir sus pasos hacia la puerta. Con la altivez que lo caracterizaba, abandonó el corral sin pronunciar una palabra más.

Continuaba sin comprender nada de todo lo que ocurría a mi alrededor, de forma tan vertiginosa. Debía ser la terrible pesadilla que continuaba azotándome inmisericorde, durante un pesado sueño del que no era capaz de despertar. Cuando quedamos solos nuevamente, acompañados del silencio, Mechones me habló en un susurro esta vez.

—Debiste nacer con buena estrella, muchacho. Has tenido suerte, Gigante, mucha suerte.

—¿Suerte? ¿Cómo puedes decir algo así? Debes estar loco. ¿Llamas suerte a recibir esta terrible condena? ¡Válgame el cielo! ¡Dios mío! ¡Soy inocente! No he hecho nada para merecer un castigo así —mi voz se encontraba cercana al llanto y la desesperación.

—Deberás portarte como un hombre de una puñetera vez, Gigante —en esta ocasión me miraba a la cara, fijamente, con la más absoluta seriedad reflejada en su rostro—. Debes agradecer la incompetencia de este alguacil presumido, atolondrinado y cabrón que acaba de leer tu condena, sea justa o no. A pesar de que estuviste cerca de estropearlo todo con tus palabras, quedarás inscrito en el asiento correspondiente de los libros de la Contaduría de Galeras, así como en el registro de la Chancillería de Albacete, como Francisco Leñan, natural de Majanza que, por cierto, no sé por dónde diablos puede quedar esa villa, si es que existe. Si logras escapar alguna vez, lo que siempre es posible aunque se presenten escasas ocasiones, nunca quedará constancia de tu verdadero nombre y ciudad de origen, lo que presenta una importancia formidable. Como te decía, has tenido mucha suerte. En cambio, parece ser que esos malditos escribanos han funcionado mucho mejor conmigo. Debe haber sido el endemoniado que me delató, hijo del putón romano. Sólo pienso en recuperar la libertad para arreglar cuentas con él. Te juro por mi alma, si es que la tengo, que le sacaré los ojos y las tripas muy despacio. Al menos, tengo un sueño que cumplir y eso siempre ofrece fuerzas supletorias. Cuando caiga en mis manos —sonreía con placer—, le sacaré las tripas de la barriga con mis propios dedos y se las enrollaré al cuello como una bufanda, para escupirle en la cara mientras muere lentamente.

—Seis años en galeras. No lo puedo creer. Seis años es toda una vida —repetía sin cesar la misma frase que se había clavado en mi cabeza.

—Seis años en galeras, que alternarás con trabajos en las fortificaciones, vienen a ser como veinte de presidio. Pero te repito que pareces un tipo con suerte. Lo he presentido desde el primer momento que te vi. A lo mejor se te ofrece una buena ocasión, como sucedió conmigo en el pasado y puedes escapar. Según tengo entendido, a galeras se destinan a los más fuertes, mientras los débiles y flojuchos quedan para morir en los trabajos forzados, subiendo piedras a las construcciones. A ti te escogerán, estoy seguro. No hay más que verte. En ese caso, ya puedes rezar para que disfrutes de un duro combate con el enemigo, o un fuerte temporal en el que te suelten las cadenas y tengas ocasión de escurrir el bulto, aunque sea a nado.

—¿Cadenas? ¿Qué cadenas?

—Ya lo comprenderás, Gigante —volvió el tono triste y sincero en su voz—. Para tu desgracia, lo comprenderás en pocos días.

—Y también recibiré cien azotes. Cien latigazos pueden matar a una persona. ¡Dios mío! ¿Por qué ha debido sucederme una tragedia así? Soy inocente —era muy difícil apartar aquellos pensamientos de mi cerebro.

—No te preocupes por los azotes. Se trata de una pena que se recibe con cierta rapidez. Eso sí, por desgracia te deja algunas heridas más o menos profundas en la espalda, aunque éstas se curan en pocos días, si consigues vinagre para frotarlas con suficiente prontitud.

—Pues a ti te aplicarán cuatrocientos nada menos. ¡Qué barbaridad! ¿Quién puede sobrevivir a un castigo así? Por cierto. ¿Qué es eso de la vergüenza pública que ha nombrado en tu condena?

—No tiene mayor importancia, al menos para nosotros, acostumbrados a penas mucho peores —me hablaba como el maestro que nos enseña las primeras y necesarias palabras—. En los pueblos y ciudades es un castigo temido por la gente de bien, ya que te exponen a la vista del público, amarrado a un poste o un elemento destacado de la plaza mayor, normalmente medio desnudo o con una vestimenta que ridiculiza al penado. Lo que se pretende es someterlo a la burla y el desprecio general de los ciudadanos. En los barcos de Su Majestad, o en los establecimientos de la Armada en tierra, se amarra al reo a un cabrestante^[7] durante un tiempo determinado, que suele ser corto. Los azotes y otros castigos son más duros, aunque te acostumbras en poco tiempo.

—¿Otros castigos? ¿Aparte de los azotes?

—La vida, cuando entras en el círculo de la Armada, como será nuestro caso, es dura aunque, por suerte, algunas de las penas no se aplican, en especial a los que no son forzados como nosotros. Un castigo muy normal en casos de faltas leves, para las gentes de mar y tropa, es el de someterlos a los grillos, nuestra situación normal, racionados a pan y agua. Sin embargo, he visto otras peores. Al que favorece un motín, se le corta la mano derecha; al blasfemo se le atraviesa la lengua con un hierro fino al rojo vivo, lentamente; el incendiario debe perder la vida, pasado por la quilla de un navío, una forma de hacerte beber unos buenos litros de agua salada —ahora alternaba la risa con la tristeza—. El amotinado sufre la muerte en la horca, mientras que quien abandona la guardia es fusilado inmediatamente. Pero, como te decía, para los esclavos y forzados como nosotros, lo más temible es el látigo, que en la Armada se llama rebenque o corbacho, amarrado a un cañón o al cabrestante. Ya lo probarás cuando lleguemos a nuestro destino, aunque puedes estar seguro de que también a eso te acostumbras.

—No puede ser posible todo lo que dices. No puede ser —mi voz se había convertido en un murmullo vacilante y temeroso—. No he hecho nada como para recibir castigos de ese calibre. No puede ser.

—Descansa, Gigante, y no pienses más en esas cosas —sonrió con paternal benevolencia—. A partir de ahora, más te vale vivir al día y no preocuparte con lo que ha de venir mañana. En esta vida en la que has entrado, se debe afrontar cada problema cuando se presenta, o no podrás soportarlo mucho tiempo. Eres joven, fuerte como un toro y no estás fichado por la Justicia. ¡Quién lo pillara! Te repito que eres un hombre de suerte.

Volvió a dejarse caer sobre la tierra, cansado. Fue entonces cuando Manuel, nuestro perro guardián, comenzó a soltar las ligaduras del Cojitranco. Por fin, lo tomó por la cintura, hasta levantarlo y voltearlo con indudable esfuerzo sobre su hombro, como si se tratara de un pesado fardo. No sabíamos si había fallecido, aunque ahora veíamos cómo un hilillo de sangre se deslizaba entre la comisura de sus labios. A simple vista, no se le apreciaban signos de respiración, por lo que se podía suponer lo peor o, según teoría de Mechones, lo mejor.

Quedé pensativo y atemorizado tras la perorata explicativa de mi compañero. Volví a sentir el rumor del miedo por todo el cuerpo, una penosa sensación de la que no me podía desprender. Esa vida que había comenzado a dibujar con tamaña naturalidad, parecía ser propia de otro mundo, un mundo muy alejado del mío al que no deseaba ni debía pertenecer. No podía creer en la insistencia de Mechones sobre mi suerte, ya que me parecía increíble llegar a una opinión tan disparatada. Para mitigar de alguna forma la ansiedad que me corroía las tripas, llegué a la conclusión de que debía haberme tomado por un loco o tonto de pueblo, aunque en mi interior sabía que no era cierto.

Intenté fervientemente desterrar todos los pensamientos de mi cabeza y dejarla en blanco, en el vacío absoluto. Sin embargo, volvieron a aparecer en mi atormentado cerebro escenas de la querida Fuentelahiguera de Albatages que aumentaban el dolor; los almuerzos en casa, las romerías y las fiestas de septiembre, incluso las duras tareas del campo, como la siega del verano, que ahora parecían imágenes más propias del paraíso. Se me nublaron los ojos de lágrimas secas por segunda vez en mi vida. Sin embargo, es posible que en aquel preciso momento comprendiera que había entrado de forma definitiva en ese mundo tan distinto, con leyes tan diferentes, y que acatar el nuevo sistema era de todo punto necesario para sobrevivir. Sin saber por qué, pareció nacer una fuerza especial en mi pecho, mientras repetía una palabra que se convirtió en una obsesión durante muchísimo tiempo: sobrevivir.

8. Hierro en la carne

Como decía Mechones, yo era un hombre de suerte, aunque ciertamente pareciese ridícula y cómica esta aseveración, si tenemos en cuenta las penosas circunstancias en que me encontraba. Sin embargo, es cierto que las dos semanas de espera que hubimos de soportar en aquel inmundo corral, un establecimiento que, para mi sorpresa, llegué a echar de menos en los meses posteriores, fueron fundamentales para el necesario restablecimiento de mis heridas, que no de mi espíritu, desmoronado hasta las más oscuras profundidades. Por el contrario, el estado de fortaleza de mis carnes se vio menguado de forma notable, dada la severa dieta a que nos veíamos sometidos. Al menos, el hecho de permanecer en obligada quietud, redundaba en una menor necesidad alimenticia, aunque sintiese los miembros entumecidos.

Los cuatro primeros días posteriores a la lectura de la terrible sentencia, que todavía martilleaba mi cerebro sin descanso, nos mantuvimos Mechones y yo en dulce y solitaria compañía, turbada tan sólo por la presencia esporádica del rebaño de ovejas y la permanente de los puercos, cuyos gruñidos escuchábamos de sol a sol, pensando más en su carne que en otra cosa. De forma especial, sufría al contemplar embobado sus hermosos y rollizos perniles, mientras desfilaban por mi mente hermosas escenas de lo que piezas como aquéllas podían significar para mi sufrido estómago. Sin embargo, la pestilente dieta no variaba, una denigrante ración más escasa que la asignada a los cochinos, aunque ya me acostumbraba a ella y habría repetido a gusto algún cacillo con patata bailada, de haber sido posible.

Sin embargo, al quinto o sexto día recibimos un inesperado extra alimentario, una bendición divina llegada en la persona del hijo de nuestro carcelero. El joven, que se llamaba Pedrito, despabilado, vivaracho y de muy buen corazón, aprovechó una corta ausencia de su padre para abastecernos con una hogaza de pan moreno, redonda y grande, de un par de días tan sólo, que dividió en dos mitades, para regarla en abundancia ante nuestros desorbitados ojos con la aceitera y la bolsa de sal que colgaban de la entrada. La engullimos con verdadera desesperación, atemorizados de perderla en cualquier momento, como si de una fantástica y prohibida bacanal se tratara. De todas formas, me acostumbré a comer el pan duro como la piedra, el único artículo que, de tarde en tarde, Manuel nos lanzaba al suelo con desprecio, como se hace con los animales. Debían ser las sobras de alguna casa rica ya que, en alguna ocasión, llegaba con cierta abundancia e innegable calidad.

Por desgracia, cuando abocaba la primera semana sin cambio alguno en nuestra rutina, vimos aumentar con cierto recelo el número de nuestro grupo. En la segunda semana llegamos a alcanzar un número superior a la veintena, de forma que se agotaron las argollas útiles en la pared del cercado, y Manuel debió inventar un artilugio especial de acollador con anilla, para dejar bien amarrados a los últimos condenados. Según nos pareció entender en conversaciones perdidas, el penal de la

ciudad se había desplomado con las recientes y tormentosas lluvias, accidente en el que perdió la vida más de un preso, razón por la que ocupábamos aquel corral que hacía las veces de presidio a cielo descubierto. Por fortuna, el tiempo se mantenía con temperaturas agradables, y tan sólo en un par de ocasiones nos empapamos con la llegada de una buena tromba de agua que, después de todo, no venía mal para aligerar el ambiente putrefacto que se respiraba.

El número de presidiarios en el corral llegó a ser tan importante, que fue necesario aumentar la vigilancia con otro mozo que, provisto de un mosquete que sobrepasaba su altura, vigilaba nuestros movimientos como un halcón, con la expresa orden del alguacil de disparar primero y preguntar después ante cualquier eventualidad. Este mozo, que se llamaba Eustaquio, relevaba con Manuel para las horas de descanso como la guardia de un cuartel. Asimismo, dos veces al día revisaba con detenimiento nuestras ligadas de cuero, para cerciorarse de que nadie se dedicara a roerlas con los dientes o rasparlas contra el suelo para intentar una posible huida, una idea que, desde luego, no había pasado por mi cabeza. Dos de aquellas tardes volvimos a disfrutar de la penosa visita del maldito alguacil, uniformado y acicalado como para asistir a boda real, con objeto de leer alguna nueva sentencia y manejar la fusta amenazante ante los ojos de los apresados, un trabajo con el que, estoy seguro, disfrutaba ese malnacido. Me era especialmente ingrata su presencia, porque en aquella persona se centraban las causas por las que mi vida había sido sometida a un cambio tan inesperado y terrible, y que tan negras perspectivas de futuro presentaba.

Tal y como había predicho Mechones, he de repetir que pocas veces erraba en sus juicios, en aquel abigarrado grupo se podían encontrar ejemplares de todo tipo, aunque destacaban los vagabundos o gente sin amo ni oficio, a los que se les aplicaba inexorablemente la famosa y criticada ley de vagos, un ardid legal con el que recolectar mano de obra barata para las construcciones del Estado. También apareció un pequeño grupo de gitanos, que alborotaron en exceso hasta recibir una generosa dosis de la medicina de Manuel, y un moro corpulento que no abría la boca para bien ni para mal. Como mi sitio en el corral era el primero, según se entraba, del faldón derecho de la tapia, no disfruté de ningún nuevo vecino, salvo la permanente presencia del que se había convertido en mi amigo y confidente, una persona de la que, después de todo, había recibido una inestimable ayuda e información. Es indudable que gracias a Mechones pude comenzar a comprender ese nuevo mundo al que me veía abocado. Estoy convencido que habría sido un hombre honesto y magnífico, si las circunstancias de la vida no le hubiesen empujado, desde la niñez, a ese mundo del que es tan difícil salir sin hacienda propia.

Por extraño que pueda parecer, aunque por las noches era asaltado por pensamientos tristes que me llevaban a la desesperación y humedecían mis ojos de tristeza, me iba habituando a aquella vida, por llamarla de alguna forma, hasta aumentar, si cabe, el afán de supervivencia que crecía con inesperada fuerza en mi espíritu. El más duro acicate era, desde luego, el del hambre, y no se pueden figurar

hasta qué punto duele si no la han sufrido. Momentos hubo en los que llegué a desear las cubetas con las que alimentaban a los cerdos y donde se apreciaban, a veces, restos de comida que habría aceptado gustoso. Sin embargo, con el aumento de personal llegaron a ofrecernos, en dos o tres ocasiones, unos platos de habas cocidas a la llana y, para mayor sorpresa, uno de garbanzos en un glorioso e inesperado día. Aunque se trataba de ejemplares medio podridos, hicieron las delicias de mi lengua.

Por fin, una mañana en la que esperábamos con tranquilidad el lento discurrir de las horas hasta la llegada de la manduca, escuchamos diversos ruidos que se fueron aclarando como de cabalgaduras, así como fuertes voces en el exterior. Fue Mechones quien me ilustró, como siempre, de lo que iba a suceder.

—Se acabaron los tiempos tranquilos y de bonanza holgazana, amigo mío —hablaba, como tantas otras veces, con un fingido desprecio hacia su propio destino—. Me parece que acaba de llegar la cuerda de aprehendidos que nos viene de la misma Corte, en cuya cola nos engancharán como potros rebelones. Siempre hubo un pasado mejor, Gigante, y ten por seguro que echarás de menos estas ligadas, porque cambiaremos el cuero por el hierro, que es más duro y menos llevadero.

—¿El hierro? ¿Qué quieres decir?

—Todos los apresados que nos encontramos en esta pocilga, más lo que ya vienen enfrascados desde la Corte, se aseguran de dos en dos, por el pie, a una jodida y oxidada cadena. No es más que una de las diversas medidas previstas por la Autoridad para aplacar los malos pensamientos. A esa forma se la denomina, para esclavos y forzados, como ponerlos en cárcel. Los mozos de alguacil son los encargados de aherrojarnos, así como llevar a cabo las requisas un par de veces al día. De esta forma, comprueban que las manillas^[8] se encuentran en su sitio, sin que algún avisgado consiga escurrir el pie. Si marchamos a patita la llana, que es lo más probable, nos unirán a todos por una larga cuerda que desfilará por una orilla del camino, de ahí el nombre que recibe de cuerda de aprehendidos. Como te dije, eres un hombre de suerte.

Mechones señalaba mis pies con sus manos, a la vez que sonreía abiertamente, como si fuera el autor de aquel fantástico milagro de curación. Por fortuna, los remos, como los denominaba mi amigo, habían mejorado muchísimo, hasta mostrar una piel blanca y sonrosada, como la de un recién nacido. Desde días atrás calzaba las abarcas que, poco a poco, raspándolas contra una piedra, había ajustado a mi tamaño. Incluso soportaba las pruebas de plantarlas con fuerza sobre el suelo, simulando los pasos, sin sentir dolor alguno.

—Esto te lo debo a ti, en gran parte —acariciaba la planta de mi pie derecho, para mostrarla con orgullo—. ¿De verdad crees que marcharemos a pie?

—Nunca se sabe, pero lo comprobaremos pronto. Hay que estar atento siempre a las conversaciones que suenan por los cuatro vientos, ya que es nuestra única fuente de información —me mostró el rostro severo que solía utilizar en mi adoctrinamiento—. He escuchado que, del último grupo que trasladaron a la ciudad departamental,

murieron muchos al intentar escapar de la cuerda. Fue necesario un nutrido fuego de mosquete por los soldados, ante lo que tomaba forma de revuelta. Esa noticia es buena porque, si acaban por enviar carretas de bueyes, es posible que podamos colocarnos más holgados y viajar con cierta comodidad.

—Creo que los pies han sanado, pero no sé si llegarán a aguantar una marcha de muchas leguas.

—No creo que hagamos todo el trayecto en la cuerda, si formamos un grupo demasiado numeroso. El peligro de amotinamiento puede ser excesivo y no es rentable utilizar un gran número de soldados de marina para su control. Acabarán por aparecer las carretas, tarde o temprano.

También en esto, como siempre, acertó mi amigo. Qué llana sabiduría la de aquel hombre que tanto hizo por mí en los momentos más amargos que he cruzado. Al despuntar el día siguiente, entraron en el corral tres soldados con mosquete en la mano. Se habían acabado las bromas de fustas y chuzos, para dar paso a palabras mayores, como aquellas armas en cuyas puntas destacaban relucientes bayonetas. Eran soldados de los Batallones de Marina que llegaban para hacerse cargo de nosotros. El que debía encontrarse al mando de la tropa, tomó los papeles que le entregó el malnacido alguacil que me había prendido, sin dirigirle siquiera la palabra, con claro gesto de menosprecio en su rostro, acción que me produjo innegable regocijo.

Sin embargo, la parte que podemos llamar tétrica de la escena apareció a continuación. Con los tres soldados hizo su aparición un hombre encorvado y bien entrado en años que, por su aspecto, más parecía forzado que otra cosa. Portaba, de forma desganada, gruesos ramales de cadena sobre el hombro. Sin mediar palabra ni orden, comenzó el trabajo que ya Mechones me había anunciado con detalle. Hierro en la carne, comida del forzado. Esta frase la vi impresa, años después, en un libro de aventuras, cuya lectura debí abandonar.

9. La mar

Y aquel hombre siniestro comenzó con su trabajo. A causa de la posición que ocupaba en el corral, tuve el triste honor de ser el primero del grupo en recibir la manilla de hierro sobre mi tobillo. El que se dedicaba a esa tarea parecía hábil en su oficio y llevaba a cabo el trabajo con una rapidez increíble. En un abrir y cerrar de ojos, hacía firme el aro de hierro alrededor de la parte baja de la canilla, para clavar a continuación el fuste metálico de un par de fuertes machotazos, sin que, afortunadamente para mi integridad física, marrara los golpes. Nos mantuvieron las ligadas de cuero en las muñecas, cortadas sin embargo los extremos que las afirmaban a la pared del corral. De esta forma, quedé unido a Mechones en los tobillos por medio de un grueso eslabón de cadena negra.

Fue aquél un momento especialmente triste, uno más en mi nueva vida de forzado. Al verme prendido de aquella forma, como aparecen los esclavos en las ilustraciones de esos cuentos que se leen de lejos, sentí que el círculo de terror se cerraba poco a poco sobre mí, con lo que aumentaba todavía más la incredulidad de esa situación a la que, finalmente, me había visto arrastrado. Intentaba no reflexionar sobre el dulce pasado ni el negro futuro, aunque mantenía aquella extraña mezcla de pensamientos que luchaban en mi cerebro, sin aceptar como ciertos los terribles jalones que marcaban mi vida paso a paso.

Cuando el ayudante del alguacil acabó su tarea por todo el corral, fuimos conminados a ponernos en pie y salir del recinto. No fue tarea fácil, ya que se produjo un momento de duda y confusión, al agolparse en el pequeño espacio de la entrada casi todo el personal, muchos de ellos poco acostumbrados a moverse ceñidos a su pareja, confusión que fue solucionada por los vigilantes uniformados de forma expeditiva con las culatas de sus mosquetes. Como Mechones y yo éramos de los primeros, nos libramos en esa ocasión de alguna molesta sacudida sobre nuestro costillar.

Una vez fuera del recinto que tan bien recuerdo todavía, quedé sorprendido al observar la interminable línea de aprehendidos que se encontraba formada en fila, a lo largo del camino, hasta perderse de vista en la lejanía. Nos condujeron a la cola de la misma, hasta ser amarrados por la junta de las manos a la cordada general, que se deslizaba con una separación de cinco pasos entre cada pareja de forzados. Caminar en aquellas condiciones era tarea complicada y penosa. Se debían coordinar los movimientos por parejas para no caer arrastrado al suelo por el tirón del compañero, aunque inicialmente me supuso una agradable sorpresa comprobar que podía hacerlo sin que protestaran mis viejas heridas de los pies. Fue Mechones quien me ordenó con seriedad los movimientos a seguir.

—Si no quieres que acabemos con los tobillos desollados en pocos metros, ajusta tus pasos a los míos. Es necesario mover los pies de dentro y fuera a la vez, en forma alternativa, y ten en cuenta que con tus largas piernas has de calibrar la longitud de tu

zancada para hacerla pareja a la mía. Si encuentras algún trozo de tela, cuero o papel por el camino, tómallo para, en el primer descanso, intentar forrar las manillas por dentro y que no nos llaguen la piel con el roce. De todas formas, eso dependerá de la buena voluntad del alguacil o de su ayudante. Hay mucho renegado que, cuando comprueba los herrajes cada día, arranca los forros conseguidos con tan duro esfuerzo por simple capricho o, simplemente, para joder al personal, aunque se trate de un compañero.

—¿Compañero? ¿De que compañero hablas?

—Esos que denominan ayudantes del alguacil, como el que te apretó la manilla al pie, son tan libres como tú y yo. Algunos presos condenados a penas menores, que han demostrado una excelente conducta y aplicación, son los que dedican a ese trabajo. Te juro que, a veces, para demostrar su eficiencia y no perder las prebendas conseguidas, aplican demasiado celo en su cometido.

—¿Significa esto que, definitivamente, marcharemos a pie todo el camino? Me dijiste que eran más de treinta leguas las que nos separan de Cartagena.

—Nunca se sabe a ciencia cierta lo que puede suceder en estos menesteres. En cualquier momento pueden aparecer las carretas, si es que han encontrado un número suficiente para todos nosotros. Tal y como suponía, la cordada es muy extensa, lo que es buena señal. De momento, nos vendrá bien un poco de ejercicio, después de tantos días sin movimiento, que te deja los huesos descoyuntados. Pero todo con su medida, como dice el refrán, porque el mucho caminar levanta demasiado el apetito y no sobrarán las judías.

—No mientes las judías, por favor, que me recuerdas uno de los potajes más habituales de mi casa, estofadas con chorizo y tocino —el hambre, siempre presente, aumentaba al menor recuerdo.

—Hace mucho que no pruebo bocado tan exquisito —mostró un rostro de tristeza—. Sin embargo, a partir de ahora, si el oficial que manda la fuerza es honrado, recemos para que sea así, comeremos mucho mejor. La ración habitual del forzado es de dos platos de menestra^[9] y un rosco de bizcocho de harina al día, en las paradas. Pero, por desgracia, no siempre llegan las raciones con puntualidad, y en otros casos quedan en parte para beneficio de contadores, que hay mucho sinvergüenza entre la gente de bien. Al menos, ese bizcocho duro como la piedra, la famosa galleta, no suele faltar en las dependencias de la Armada.

—¿Galletas? Me comería un barril.

—No te hagas ilusiones, que no son como las que habrás probado en tu pueblo el día de Navidad. El bizcocho de mar o galleta es la base de la alimentación en los barcos de la Armada, y lo que se come cuando no queda otra cosa. La probé en mi anterior periodo como forzado en Cartagena, e incluso observé cómo se fabricaba en el arsenal, con harina menos blanca, bien amasada con agua y un poco de levadura. Una vez cocida se retira del fuego y enfría progresivamente, dándole un poco de calor, hasta que queda seca, dura de verdad y frágil. Con esas masas se forman bollos

de más de quince onzas, que verás cómo transportan en grandes esteras. La ventaja que presenta es que dura mucho tiempo y no se pudre fácilmente. Una vez comí alguna que, según me aseguraron, la habían desembarcado de un navío y tenía más de dos años de antigüedad. Te prometo que estaba rica y sabrosa todavía. También es posible que se tratara de un día de mucha hambre porque, cuando ésta aprieta, todo son golosinas.

—En eso estoy de acuerdo. Ya sueño con esa menestra y las galletas duras de las que hablas.

Una vez aparejados convenientemente, comenzamos nuestra dolorosa caminata. Durante los primeros minutos, no dejaba de mirar hacia el suelo que pisábamos para no estorbar la sincronización de los pasos, aunque llegué a acostumbrarme con rapidez al sistema. Por fortuna, en principio parecía que mis pies se habían recuperado casi del todo, y no sentía más que un ligero rumor en un par de dedos que intentaba no apoyar con fuerza sobre el piso firme. El oficial del Cuerpo de Batallones, que debía ser teniente por lo menos, ya que vestía una imponente casaca azul abierta, ribeteada de paño rojo con dorados botones, y pantalones blancos de estambre que se remataban en unas altas botas, marchaba a caballo en cabeza de la línea, con una mano apoyada en el pomo de su sable. Este jefe era el que marcaba el ritmo de marcha que debíamos soportar, ritmo que controlaban los soldados de infantería de marina que, a culatazos, e incluso con el afilado pincho de las bayonetas encastradas, fustigaban a los que no lo cumplían y podían retrasar la cordada.

A mediodía se ordenó parada por primera vez. Los forzados tomamos asiento en el borde del caballón que marcaba el camino real. Quien tenía suerte, conseguía alcanzar la sombra de algún árbol, aunque por aquella zona, todavía cercana a la ciudad de Albacete, escaseaban las ramas y tan solo se abrían en el horizonte extensas tablas de cereal. Fue una agradable e inesperada sorpresa comprobar cómo los ayudantes de alguacil pasaban por la línea, acarreando pesadas perolas que debían transportar en uno de los dos carros que cerraban la columna. Cada forzado ofrecía sumiso el cuenco de madera que nos había sido entregado, y que colgábamos de nuestra cintura, para recibir una más que generosa ración de la esperada menestra marinera. He de reconocer que, en comparación con la comida recibida en los días anteriores, parecía la celebración de un bautizo o el santo día del Corpus. Comencé a comerla con verdadero ímpetu, como si temiese que me fuera arrebatada de las manos en pocos segundos.

—Come despacio, hombre de Dios —era Mechones, mi eficaz mentor, que continuaba, de forma invariable, con sus consejos—. Si lo haces con tanta rapidez, no te alimentarás bien y sufrirás de hambre en pocos minutos. Dice el refrán que lo que se mastica dos veces, dos veces se come.

—Qué cantidad de refranes conoces, Mechones, uno para cada ocasión del día y de la hora —creo que sonreí con sinceridad por primera vez en mucho tiempo. Es cierto que la buena comida en momentos de hambruna trae aparejada la alegría,

aunque aquel manjar me hubiese parecido insípido y podrido pocos días atrás—. La verdad es que esta comida es bien distinta al asqueroso caldo de Manuel. ¡Qué garbanzos tan ricos! Bien sabe Dios que los echaba de menos.

—Ya te lo advertí. Normalmente, estos Batallones de Marina funcionan bien y son honrados. Será después, en el cuartel de presidiarios o en la galera, cuando nos descuenten de la ración esos sinvergüenzas de los que te hablé, para aumentar su bolsa. Pero siempre se encuentra alguna forma de llevarse un añadido a la boca. En estos momentos tan sólo echo en falta un generoso trago de vino. Te juro por todos mis muertos que daría una de mis manos por un buen pellejo, para beberlo seguido y del tirón, hasta que me brotaran chorros de caldo por los oídos.

—También yo gozaría de ese vino rojo y espeso que se hace en mi tierra —sentí tristeza al mencionarlo—. Unos cuantos cacillos nos levantarían el espíritu.

—Desde luego. Sin embargo, ese vino del que hablas tardarás algún tiempo en probarlo, Gigante. Mientras tanto, conténtate, algún que otro día, con una frasca de vino aguado, si tienes la suerte de catarlo.

—¿Es eso posible? ¿Nos dan vino en alguna ocasión a los forzados?

—No de gratis, Gigante, aunque siempre hay formas de agenciarlo. Pero todo en esta jodida vida tiene su precio. No te preocupes, que aprenderás con prontitud las normas de tu nueva piel.

Aunque parecía que la cuerda de aprehendidos caminaba a su aire, con paradas aleatorias al arbitrio del oficial que marchaba en cabeza, pronto llegué a la conclusión de que todo estaba bien ordenado y planificado. En el atardecer alcanzamos un caserío sin nombre o, al menos, desconocido para Mechones, donde nos hicieron entrar para pasar la noche. Dormimos en el suelo, apretujados como borregos, en aquel mi segundo albergue privado de libertad. Sin embargo, empezaba a conseguir una meta perseguida en las dos últimas semanas, como era dejar la mente en blanco en momentos oportunos, un factor muy importante para sobrevivir y no perder la cabeza. Este detalle, unido al cansancio de la dura caminata, me hizo entrar en una agradable modorra en la que dormí profundamente, por primera vez en mucho tiempo.

A los tres días de dura marcha, que sólo la menestra y los ligeros descansos aliviaban, cuando ya creía que alcanzaríamos a pie el resto del mundo, aparecieron las carretas que me había anunciado Mechones. Comencé a certificar como cierta la opinión de mi amigo sobre mi particular suerte, pues ya las plantas de los pies volvían a tomar un aspecto y colorido preocupante, con lo que aparecían los dolores de las viejas heridas en piel nueva, especialmente en los talones. Es cierto que los cerdos o las ovejas habrían dispuesto de más espacio que nosotros para el transporte, pero gracias a la habilidad de mi compañero, que me arrastró con prisa a una de las esquinas delanteras, pudimos situarnos atrancados contra los primeros barrotes. De esta forma evitábamos los puestos centrales que causaban un cansancio e incomodidad mayores, así como empujones y golpes añadidos. Casi todos los días

conseguimos llevar a cabo la misma maniobra, aunque a veces, instruido por mi mentor y la fuerza de mis brazos, tuviese que propinar algún mamporro y codazo para defender nuestra privilegiada posición.

Pasaron los días en la misma situación, mientras variaba poco el paisaje por el que circulábamos. Al menos, la comida continuaba en cantidad y calidad suficiente, acostumbrados a la antigua dieta, aunque se rebajara un poco conforme avanzaban las jornadas. Me extrañó que no atravesáramos población alguna, hasta llegar al convencimiento de que el oficial al mando las evitaba a propósito, con pronunciados rodeos a veces, por alguna razón que se escapaba a mi conocimiento. Por mi parte, había perdido la cuenta de fechas y leguas, con lo que el tiempo transcurrido pasaba a ser un dato de la menor importancia.

Llevábamos varios días de mudanza en carretas, con el cuerpo maltrecho y dolorido, cuando recibí la gran sorpresa. Al trasponer una profunda quebrada en la que se divisaban multitud de conejos que se corrían hacia sus madrigueras, como si se hubiese preparado un espectáculo especial en mi honor, una prodigiosa visión se abrió ante mis ojos de repente. Fue el momento en el que lo vi por primera vez. Como una aparición fantástica, se abrió ante mí toda la mar, que ocupaba gran parte del horizonte. Fue una aparición mágica y doliente a la vez. Intenté atraer la atención de Mechones hacia aquel maravilloso paisaje, aunque me respondió sin interés con un dejado murmullo.

Pero sí, allí se encontraba mi encastrado sueño, lo que siempre había deseado conocer y disfrutar. Por extraño que parezca, volví a sentir una infinita tristeza al comprender que lo había conseguido aherrojado con argolla de hierro, como un vulgar asesino. Me mantuve en silencio durante largos segundos, embelesado ante la observación de aquella incomparable maravilla, un espectáculo que cumplía sobradamente todo lo que había imaginado. No es fácil explicar las sensaciones que produce un cuadro de tamaña belleza. Capa infinita de cristal azul, ribeteado con destellos dorados y un ligero temblor que le confiere vida propia. Un nuevo mundo para ojos primerizos, sin duda. Eso es la mar, se lo aseguro por si nunca han podido disfrutar de su contemplación, y deben tener en cuenta que mi situación no fomentaba poéticas emociones.

Por desgracia, pocas horas después apareció ante nosotros un enorme y cuadrado edificio de piedra, donde comenzaban a entrar las primeras carretas. Estaba situado a orillas de ese mar que tanto había amado sin conocerlo. Sin embargo, sobre el dintel de la puerta, defendida con severidad castrense por dos soldados de guardia, podía leerse un letrero que definía mi nuevo y, de momento, definitivo albergue: Cuartel de Presidarios y Moros. Mi sueño se había cumplido, pero en unas condiciones bien diferentes a las soñadas.

10. El cuartel

A orillas de la mar azul me encontraba por fin. Qué lejano el sueño infantil, el ansia aventurera, las escenas pensadas al calor de la noche, si se comparaban con la realidad que debía afrontar. Pero aunque les parezca extraño, ese perfume que la mar despide, permanece de por vida en nuestra nariz, de forma que otros olores que se perciben con posterioridad, quedan asociados de forma automática a las olas y a ese mundo en permanente movimiento.

La denominación oficial del establecimiento al que arribamos como becerros en capilla, amalgamados en confusa procesión, era la que figuraba en el cartel escrito con lustrosas letras de bronce sobre metopa, que presidía la puerta de entrada de forma llamativa: Cuartel de Presidarios y Moros. Se trataba de una calificación clara y concisa, aunque existían diferentes formas y costumbres en la ciudad, para designar aquella infernal institución que tan bien guardo en mis recuerdos, según la procedencia de la persona que lo nombraba. Era normal escuchar entre penados, guardianes y ciudadanos de a pie los nombres de cuartel de esclavos y forzados, de moros, de presidarios e, incluso, el de presidio o cuartel a secas.

Realmente, el edificio era de dimensiones formidables, un cuadrado perfecto y gigantesco compuesto por dos plantas, en cuyo interior albergaba un patio central de un tamaño diez veces superior a la plaza de mi pueblo. Para su construcción se había utilizado lo que en aquella tierra llaman piedra de tabaire, un material poroso y resistente a la humedad que, según parece, abunda en unas canteras cercanas a la ciudad, que ya habían sido empleadas con profusión desde la época de la dominación romana. No debemos olvidar que Cartagena había sido uno de los principales centros en su despliegue por de la península ibérica, tras ser conquistada a sus enemigos cartagineses. Según comentaban, de ahí procedía su antigua denominación como Cartago Nova, antesala del nombre actual y definitivo.

Sin embargo, la suerte que según Mechones era mi principal aliada, pareció desmoronarse nada más llegar a nuestro nuevo hogar, o así me lo pareció en un principio. Cuando toda la cuerda de aprehendidos se encontraba medianamente formada en el imponente patio del cuartel, nos cortaron las ligadas de cuero que aprisionaban nuestras muñecas y desprendieron a continuación las manillas de hierro a un miembro de cada pareja, de forma que, en mi caso, quedé libre de pies y manos, por primera vez desde el inolvidable apresamiento. Sorprendido por la medida, susurré la oportuna pregunta a mi inseparable compañero que, en mi opinión, sabía todo lo que era necesario conocer de aquella nueva vida en la que había entrado.

—¿Por qué me liberan? —un rayo de esperanza parecía abrirse en mi rostro, lo que forzó la respuesta de Mechones con su habitual sonrisa.

—No seas iluso, Gigante, que no regresas en carroza a Fuentelahiga, o como se llame tu bendito pueblo, esta misma tarde.

—Ya lo suponía, pero no comprendo por qué liberan a un hombre de cada pareja.

—Una de las normas de la casa, si hay suficiente material humano a disposición, como parece ser el caso actual, es que los forzados se emparejen entre turco o moro con cristiano. La última vez que me mantuvieron recluido en esta odiosa plaza militar, este edificio se encontraba en construcción, por lo que nos mantenían a los forzados en seis destartalados almacenes, reconvertidos en barracones dentro del arsenal Militar, así como en viejas galeras arrumbadas en los muelles de la dársena como pontones^[10]. De todas formas, es posible que en este edificio, con esas rejas impenetrables que se divisan en las ventanas, y una guardia tan nutrida en las puertas y garitas, podamos disfrutar de cierta libertad en su interior. Si es así, nos encadenarán por parejas solamente cuando salgamos a los trabajos forzados o al destino en las galeras. En este aspecto no puedo ayudarte porque soy tan novato como tú. Sin embargo, el hecho de que hayan quitado la manilla a uno de cada pareja, parece indicar que seguiremos encadenados a otro compañero que, si no me equivoco, será un esclavo moro o berberisco. Las normas en la Armada no suelen variar mucho con el paso del tiempo.

—¿Encadenado a un moro? ¿Mi nueva pareja va a ser un mahometano? —no me gustaba nada aquella idea—. ¿Por qué esa medida?

—Se supone que un moro y un cristiano tienen menos que hablar entre sí, y no conseguirán llegar a un acuerdo para planear una posible fuga durante los traslados a los trabajos forzados, entre otras cosas porque la mayoría de ellos no entienden nuestra lengua, a no ser que lleven varios años como esclavos en esta tierra. Asimismo, le dan una excesiva importancia a la diferencia de religión, una verdadera estupidez y una reliquia del pasado que no funciona ya en estos días.

—Pues tiene su importancia —alegué sin convicción.

—No lo creas. Pero ésa es una cuestión que no debe preocuparte. Te aseguro que prefiero a muchos moros de los que he conocido, que a otros cristianos desalmados y carniceros, que más valía no hubiesen llegado a ser paridos por ningún animal. Comprobarás que hay mucha gente buena y noble entre ellos, unos hombres que sufren con más dureza las penas que nos han caído en gloria, al carecer de la esperanza en una posible liberación.

—Si tú lo dices.

Sentí una gran desilusión al comprender que me abandonaba el buen compañero Mechones, al que me encontraba tan agradecido y, en verdad, unido por un noble sentimiento. A pesar de la situación tan anormal que sufría, había llegado a considerar nuestra relación como de verdadera amistad, el único pensamiento de cierta dignidad que anidaba en mi pecho. Había sido durante muchos días el clavo ardiendo al que se aferraba con desesperación mi alma, y al que debía, en gran parte, la supervivencia por sus acertados consejos. Así, al menos, lo creía en aquellos momentos.

Me encontré turbado y sumido en un mar de dudas, debido a la timidez que me asaltaba en todo lo que se refería a mi nueva vida. No sabía a ciencia cierta si debía despedirme de él o era necesario agradecerle toda la ayuda recibida. Incluso llegué a

pensar con tristeza que, posiblemente, no volvería a verlo nunca más. Lo cierto es que no dispuse de tiempo suficiente para pensarlo dos veces, ya que me vi empujado de forma violenta en una dirección del patio, con los que habían quedado liberados de la manilla, mientras nuestra antigua pareja se mantenía en el centro con la cadena colgando sobre el suelo. Una vez que llevaron a cabo el minucioso recuento de la cuerda de aprehendidos recién llegada, medida que se llevaba a cabo muy a menudo, nos dirigieron a los de mi grupo por uno de los dos tacones que se abrían al patio, a través de un arco monumental.

Por fin, tras atravesar un largo y estrecho pasillo, nos adentramos en una dependencia donde se encontraba un nutrido grupo de barberos en fila, con sus inconfundibles instrumentos de trabajo en la mano, preparados para la inevitable trasquiladura. Como más tarde pude comprobar, era cierto el dicho popular:

Cuatro erres esperan
al bien de mi vida
en llegando a la mar:
Ropa fuera, rasura,
Reñir y remar^[11]

Les aseguro que quedé maravillado de la rapidez con que aquellos hombres realizaban su trabajo. Nos practicaron con suma destreza y habilidad un rapado completo de pelos y barbas, a pesar de que, como supe más tarde, aquellos artesanos también formaban parte del grupo de compañeros penados. A la vez que éramos obligados a quedar desnudos de cuerpo y alma, nos rociaron hasta el último poro de la piel con unos polvos de color rojizo y olor penetrante que todavía recuerdo en las fosas de mi nariz. Ese especial aroma me recordaba con cierta similitud al de los productos que aplicábamos en Fuentelahiguera a los ganados, en los avisos de plagas o epidemias.

A continuación, en la dependencia siguiente, como siguiendo las normas de un desfile en ordenada columna, un caballero entrado en años y de primorosa calva, al que nombraban como cirujano, nos inspeccionaba el físico en busca de pústulas o males contagiosos, aunque en este caso no se le apreciaba un mínimo de dedicación y entusiasmo. Por fin, un último ayudante nos ofrecía un abultado paquete de ropa donde, como después comprobé, nos entregaban por cuenta de la Real Hacienda dos camisas, dos pares de calzones, una almilla colorada, un capote de sayal, un bonete y unas recias sandalias de cuero. Un verdadero ajuar en su conjunto que, según comentaban los expertos, debía cuidar con esmero para que durase todos los años de la condena. Aunque las ordenanzas establecían su necesaria reposición cada dos años, ésta no se llevaba a cabo jamás, salvo contadísimas excepciones o muerte de compañero cercano. Más plata para contadores y funcionarios, habría comentado Mechones con su habitual deje irónico, de hallarse a mi lado.

Con el nuevo haterío en los brazos y completamente desnudo, continué en silencio con la marcha impuesta, como pecadores en procesión del Corpus, hasta entrar en una espaciosa nave que ocupaba la mitad de cada uno de los cuadrados del edificio. Allí se alineaban, en perfecto orden, unos jergones estrechos y de escaso espesor, rellenos como pude comprobar de esparto sobrante y hojas bastas. Tal y como desfilábamos, éramos empujados a uno de ellos, para dejar otro vacío de forma alternativa que, en mis pensamientos, supuse sería el designado para el esclavo moro que ya imaginaba grande, barbudo y con un alfanje entre los dientes, dispuesto a entregar mi alma a Alá. Sentí cómo se erizaba la piel de mis brazos, por lo que me dediqué a masajearlos con energía mientras evitaba tales pensamientos.

Una vez convenientemente distribuidos, nos obligaron a mantenernos en pie junto al jergón, con el hato de ropa en las manos. Me sentía ridículo y avergonzado en aquella posición, con mis vergüenzas al aire, todavía con ese pudor infantil que, para bien o para mal, perdí en poco tiempo. El que parecía dirigir cada uno de nuestros movimientos era un guardián de complexión robusta, que vestía el mismo uniforme de los que nos habían escoltado durante todo el trayecto, aunque en lugar del mosquete portaba un sable corto y ancho de hojas relucientes. Llegué a la conclusión que debía ser miembro de ese Batallón de Marina que Mechones había mencionado en diversas ocasiones. En su cometido era auxiliado por dos jóvenes barbilampiños que no deberían alcanzar los dieciséis años y que, según parecía, vestían la misma ropa que nos acababan de entregar. Supuse que se trataba de forzados como nosotros, empleados en labores de vigilancia y apoyo, como así se demostró en los días siguientes.

Desnudos como estábamos y en pie, nos hicieron vestir solamente la camisa y el calzón de la ropa entregada. Al hacerlo pude comprobar que me habían asignado una talla mayor a la necesaria, un error que presentaba mejor solución que la del sayete rabricorto que me cosiera el guardián del chuzo en el corral. El resto del haterío lo debíamos guardar celosamente entre el jergón y la estera que lo separaba del suelo, para su uso en estaciones más frías.

El tiempo se alargaba en silencio, sin que se nos ordenara otra cosa, lo que acentuaba mis nervios y ese cotidiano temor ante lo desconocido.

Echaba en falta la presencia del amigo Mechones, para que me anunciara con su docta sabiduría los pasos que se derivarían a continuación, en los que acertaría de pleno. Sin embargo, allí de pie y calzado con esa extraña vestimenta, volví a sentir en mi estómago el latigazo del hambre, ya que aquella tarde no habíamos recibido la menestra a la que tan gustoso me había acostumbrado.

Llevábamos cerca de dos horas en aquella posición, con un silencio tan profundo que podía escucharse el vuelo de un mosquito. Comencé a sentir el cansancio que aquella postura nos producía, bajo la atenta mirada del guardián que paseaba impertérrito entre las filas de penados, con su sable desenvainado en la mano. Caían las luces de la tarde cuando escuchamos ruidos de pasos y murmullos en el exterior.

El rumor amortiguado aumentó de volumen, hasta comprobar la presencia de un numeroso grupo de penados que llegaba en manada hacia nuestra sala que no era, en realidad, más que un gigantesco dormitorio.

En efecto, a los pocos segundos comenzaron a desfilar por el pasillo que separaba las filas de jergones un buen número de los que parecían compañeros forzados. A simple vista se podía comprobar cómo arrastraban los pies con inmensa lasitud, así como los gestos de extremo cansancio en sus rostros. Alguno de ellos también mostraba una visible cojera, lo que me hizo sentir una extraña compasión. Poco a poco, ocuparon cada una de las plazas que se encontraban vacantes entre las nuestras.

Como el jergón que me habían asignado se encontraba al extremo de una de las bandas de la gran sala, los veía llegar de lejos, sin poder identificar con claridad el aspecto físico de ninguno de ellos. Sin embargo, conforme se acercaban a mi posición, comprobé que mi antiguo amigo Mechones acertaba una vez más. Aunque no había visto ningún moro más que en algún grabado de los que se muestran en cartones de feria, esos que recorren los pueblos de Castilla para narrar viejas y extraordinarias epopeyas de nuestra reconquista, quedó claro que eran ellos, moros, turcos, berberiscos o sarracenos, incluso alguno con la piel más negra que el betún. Me mantenía nervioso e inquieto, mientras intentaba descubrir quien sería mi nueva pareja de presidio, hasta que el designado llegó a la altura de su jergón, contiguo al mío.

Una vez que todos alcanzaran su miserable catre, una fuerte voz que correspondía al guardián que portaba el sable, se hizo escuchar en toda la sala.

—¡Hora de silencio y labores particulares! Para información de los que acaban de llegar en la cuerda y desconozcan las normas de esta institución, cada día al toque de campana, con las primeras luces de la mañana, deberán levantarse rápidamente y orear su jergón, antes de dirigirse a los trabajos que se designen para la jornada. Los castigos corporales pendientes de penas impuestas por sentencia a los recién incorporados, así como los que se dicten durante el resto de la semana, se ejecutarán en la ceremonia de retreta el sábado por la tarde. Para conocer el resto de las normas de este cuartel, de obligadísimo cumplimiento, deberán preguntar a la pareja de forzado que les ha sido asignada, lo que me ahorrará un tiempo precioso. Si alguno de ellos no comprende su lengua, que utilice señas apropiadas con las manos o con los pies.

El muy bastardo rió divertido su propia gracia, mientras apoyaba la punta de su sable contra el suelo. Ofrecía un aspecto más parecido al de general, aunque se tratara de un simple soldado. Continuó su perorata con la misma voz altisonante.

—Supongo que no es necesario insistir en la obligatoriedad de cumplir, con la máxima exactitud, esas normas de las que les he hablado, so pena de que formen parte, todos los sábados, de la fiesta particular que se organiza en el patio del cuartel. Y eso es todo de momento. Espero que aprendáis con celeridad vuestras obligaciones, si no deseáis dejar vuestros lomos en el empeño.

Una vez finalizada aquella corta y precisa intervención, se cerraron con gran estrépito las puertas formadas por una doble e imponente reja de hierro, que aislaba la sala por los dos extremos a cal y canto. Los recién llegados se dejaron caer pesadamente en sus respectivos jergones, con el cansancio reflejado en sus rostros y cuerpos. Ése fue el momento en el que tuve oportunidad de observar con suficiente detenimiento a mi nueva pareja.

Aunque lo desconocía en aquellos momentos iniciales, bien sabe Dios que tuve mucha suerte, toda la suerte que se puede recibir en ese mundo de sufrimiento al que estaba abocado. Parecía que aquella palabra que acentúa la fortuna en la vida de los humanos, se había amadrinado a mi triste destino, y en este caso puedo asegurarles sin la menor duda de que era tan cierta como la existencia del infierno. Fue un regalo celestial que me tocara en suerte, en aquel fantasmagórico sorteo del moro, un fenómeno de la naturaleza. Y digo fenómeno no sólo por la robusta complexión que se le adivinaba a través de la camisa, sino por su valor como hombre, por su nobleza desmedida y un sin fin de atributos que pocas veces llegan a coincidir en un ser humano, una persona a la que tanto debo, comenzando por mi propia vida.

Mi nuevo compañero era de gran estatura, medio palmo más que yo, anchísimo de hombros, brazos como pernils, músculos abiertos de cuello a piernas y unos pies gigantescos, tan grandes que las sandalias del máximo tamaño le dejaban los rollizos dedos a la intemperie. De piel muy morena y aceitunada, se le adivinaba un pelo negro y rizado, por muy escaso que se permitiera, dado el corto espacio de tiempo que transcurría entre los rapados a que nos sometían los barberos, en un penoso intento de evitar los malditos bichos de toda clase que anidan en la miseria.

Continuando con mi atenta observación, comprobé que tenía la cara picada de viruelas, ojos pardos de medida escandalosa, como todo en él, y un respetable lunar sobre el espolón de la nariz. Del lóbulo de su oreja derecha colgaba un aro brillante de hierro, mientras el izquierdo brillaba por su ausencia, y me refiero al lóbulo porque se le echaba en falta, posiblemente debido a herida profunda, ya que mostraba una fea cicatriz en esa zona. De edad indefinida, aunque posiblemente por debajo de la treintena, también llamaba la atención el tamaño de sus manos, robustas y con callos pronunciadísimos. En conjunto ofrecía la estampa de un gigante muy fuerte, compañero ideal para las duras faenas que, normalmente, se hacían por parejas, e incluso para la boga amarrados a un mismo remo si llegaba el caso. Recordé la frase de Mechones sobre la necesidad de disponer de amigos corpulentos, aunque entonces desconocía el lado por el que se inclinaría este impresionante ejemplar de la naturaleza.

La suerte estaba echada una vez más, en aquella lotería que salpicaba mi vida. Comencé a pensar con rapidez los posibles caminos para atacar al moro con buenas maneras, de forma que tomara buen concepto de mi persona desde el primer momento. Sin embargo, en pocos segundos me decidí por andar con él a las claras, por derecho y como hombre de verdades. Después de todo, pensé, lo mejor en esta

vida es utilizar la sinceridad.

11. Aomar

El moro gigantesco que me había tocado en suerte se mantenía tumbado sobre el jergón, boca arriba, con la mirada perdida hacia el techo de forma desinteresada. Dudaba sobre la conveniencia de iniciar lo que entendía como una necesaria conversación, esclavo permanente de esa profunda timidez que tanto me costó erradicar. Llegué a pensar que podía desconocer mi lengua, lo que habría sido un grave inconveniente para mi próximo futuro. Por fin, tras unos segundos de incertidumbre, tomé asiento en el borde de mi catre, mientras volvía a sentir el estrago del hambre. Decidí apretar el cordón que actuaba como cinto contra mi estómago, pues quedaba probado que no recibiríamos cosa alguna para echarnos a la boca hasta el día siguiente.

Mientras tanto, otros forzados se movían con soltura y sacaban de debajo de sus camas labores de cuero o esparto, que parecían cuidar con delicado mimo. Comenzó a extenderse un murmullo general por toda la sala, con voces susurradas que aumentaron progresivamente de volumen. Era ésta señal de que comenzaban a comunicarse entre sí los dos bandos seleccionados, moros y cristianos, por mucho que mi gigante particular continuara con su observación cenital, sin haberme dirigido siquiera una pobre mirada, una actitud desinteresada que comenzaba a preocuparme de veras.

Me dediqué a colocar la ropa que, de momento, no habría de utilizar, tras lo cual, como el moro mantenía el silencio más impenetrable, acabé por tumbarme sobre el jergón que encontré francamente confortable. Deben tener en cuenta que era la primera vez que reposaba mi cuerpo sobre una superficie más o menos blanda, desde mi salida de Fuentelahiguera. Como todavía no sentía sueño, comenzaba a dirigir los pensamientos hacia jornadas lejanas y hermosas de mi juventud, el único pasatiempo de que disponía, cuando escuché una voz ronca y profunda.

—¿Cómo te llaman, cristiano?

No estaba seguro de que fuese en realidad dirigida a mí aquella pregunta, por lo que giré la mirada hacia la derecha, donde el moro continuaba, impertérrito, boca arriba. Me incorporé hasta quedar sentado en el jergón, en espera de confirmar la primera impresión. Dudaba sobre lo que debía hacer, cohibido como tantas otras veces desde mi apresamiento. Como el silencio volvía a establecerse de forma definitiva, pregunté en voz baja.

—¿Se dirige a mí? —me arrepentí inmediatamente al tratarle de usted y forma apocada. No debía olvidar las normas recibidas de Mechones, que me había propuesto seguir a rajatabla.

—¿Cómo te llaman? —repetía la misma pregunta, aunque ahora quedaba claro que era mi pareja quien me dirigía, por fin, la palabra.

—Gigante.

Sin dudarle un solo momento, había utilizado al apodo con que Mechones me

bautizara en el corral manchego. Después de todo, no estaba mal un nombre nuevo para una nueva vida como aquélla, en la que los alias más diversos presentaban la firma diaria. De pronto, comprendí que el moro hablaba castellano con absoluta fluidez, por lo que sentí una alegría infantil, como si hubiesen apartado en pocos segundos un gran peso de mis hombros.

—¿Gigante? —me miró por primera vez, sorprendido por el apodo, lo que era comprensible teniendo en cuenta su corpulencia.

—Así es. Y tú, ¿cómo te llamas o te apodan?

—Mi nombre es Aomar, natural de Argel en la costa africana, hijo de Mohamet, de veintiséis años de edad, si no he perdido la cuenta en los seis que llevo de cautividad entre los cristianos.

Parecía entonar una repetida letanía o identificarse con sumisión ante un severo Justicia, con esa voz recia y profunda que utilizaba, en vez de dialogar con un pobre desgraciado que se encontraba en su misma situación. Sin saber por qué, quedé convencido, desde el primer momento, que aquella maldita suerte que parecía perseguirme desde el infortunado día de mi detención, continuaba adosada a mi persona. Aquel hombre, en una primera y ligera impresión, parecía noble y bueno si, como dicen, la cara es el verdadero reflejo del alma. No me confié en vacío, sin embargo, porque debía recordar las estrictas recomendaciones de mi preceptor Mechones, que desconfiaba de todo y de todos, hasta del aire que respiraba. Pero sin saber la razón que lo promovía, un sentimiento muy parecido a la felicidad recorrió mi cuerpo.

—Hablas muy bien mi lengua, lo que es un aspecto de la mayor importancia, según parece, y supone una gran ventaja para mí. Temía que necesitases las manos para explicarme las normas del cuartel —intenté utilizar un tono de voz agradable y conciliador desde el primer momento.

—No es tan difícil hablar con fluidez otras lenguas, por complicadas que sean, especialmente si te ves obligado a ello. La necesidad hace el oficio, dice un proverbio de esta tierra. Tú también hablarías la mía si llevaras seis años como forzado en Argel.

Decidí sincerarme con aquel hombre, un acto que parecía necesitar desde el momento de mi detención, y que había funcionado muy bien con mi anterior compañero. En el fondo, me sentía feliz al haber encontrado un personaje así, y no al demonio moro o turco con el alfanje entre los dientes que espantaba mis pensamientos.

—Bueno, mi verdadero nombre es Francisco Leñanza, aunque los familiares y amigos me llamaban Paco. Puedes hacerlo como quieras.

—Me gusta Gigante, aunque yo no use apodos —pareció esbozar una primera sonrisa que me tranquilizó—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Bueno, no contestes si no quieres. Cada uno es dueño de su vida y hay quien no gusta de hablar sobre sus tristezas.

Si quería y le narré mi vida con amplio detalle, desde los días de mi niñez en Fuentelahiguera de Albatages, hasta extenderme, no sé por qué, con más detenimiento todavía que cuando lo hiciera con Mechones. Comprobé que, después de todo, era un ejercicio que me hacía sentirme bien, ese de volver a recordar mi anterior vida, un tesoro perdido, sin que aquellas semanas de sufrimiento y desolación pudiesen borrarlas de la memoria. Conforme avanzaba en mi relato, comprobé que Aomar se sentía interesado en él más y más, como si escuchara un divertido o trágico cuento de aventuras. Tanto es así, que acabó por incorporarse también en su jergón, con lo que pude observarlo a más corta distancia.

—He de reconocer que has padecido una triste y terrible experiencia que ningún hombre de bien debería sufrir en esta vida. Pero así es nuestra existencia; escasos momentos de felicidad que es necesario agarrar con fuerza, para vivir de sus hermosos recuerdos después, en los tiempos malos que tanto abundan. No suelo equivocarme en mis iniciales impresiones, por lo que me alegro de tenerte como compañero, Gigante. Y puedes estar seguro que nunca miento, no por motivos religiosos sino personales.

—A mí también me gusta ir por derecho y sin falsedades, que siempre aparejan malos frutos.

—Me parece muy bien y me alegro. He sufrido otros cristianos a mi lado que eran peores que el mismísimo diablo y cuyas acciones me costaron muchos azotes de castigo en las espaldas. Pareces un buen hombre y, como te digo, no suelo fallar en esos juicios a primera vista. Pero bueno, tú, al menos, tienes una posibilidad futura de acabar por cumplir la condena. Hace algunos años, pocos forzados conseguían alcanzar con vida los ocho o diez años de cautiverio. Sin embargo, en estos días, creo que si no enfermas del pecho o epidemias, y no rebajan en exceso las raciones diarias, podrás regresar a tu pueblo algún día. Mi caso, por desgracia, es bien diferente y mucho más triste. Como no entre en algún intercambio con esclavos cristianos, no tengo ninguna posibilidad de retornar a mi tierra. Y por desgracia, mi padre no es rico ni amigo de algún bajá o sultán.

—¿Llevas seis años aquí?

—Sí, más o menos. Bueno, este cuartel, como lo llaman, se ha inaugurado hace pocos meses. Antes vivíamos mucho peor, en barracones medio derruidos, por donde entraba el agua y el frío a raudales en invierno. Aunque no lo parezca en estos meses, esta tierra es húmeda como pantanoso fangal; helores penetrantes en invierno, seguidos de calores espantosos en verano. Así debe ser el infierno que anuncian vuestros sacerdotes.

Pareció arrepentirse del último comentario, por lo que esbozó una triste sonrisa antes de continuar.

—Puedes comprender que, a pesar de las historias escuchadas sobre prisioneros, nunca pensara en acabar mis días de esta forma. Como era hombre de mar en mi tierra, dedicado normalmente a la pesca, me enrolé en un pingue^[12] de Orán con mi

hermano menor Yosuf, para ganar lo suficiente conque reparar nuestro pequeño falucho que andaba con las cuadernas abiertas. No nos dedicábamos al corso en la costa española como muchos otros de mis paisanos, te lo aseguro. Nos limitábamos a navegar con carga diversa entre distintos puertos del norte de África, con base en Argel, una actividad puramente comercial y bastante lucrativa.

—Mucho se habla de los corsarios de tu tierra, que tanto daño producen en nuestras costas. Arrasan poblados y se llevan a los hombres y mujeres para esclavizarlos —no estaba seguro de entrar en conversación conveniente, aunque la mirada de Aomar se tornaba bondadosa y parecía agradecerme la sinceridad—. Por esa razón aseguran que han repuesto la pena de galeras, según me comentó ese Mechones del que te he hablado.

—Tienes razón, aunque también he oído que las galeras producen beneficios a algunos gerifaltes y es la verdadera razón de su reposición al servicio. Pero esas acciones de mis compatriotas de las que hablas son unas prácticas que vienen de muy atrás, desde que los musulmanes perdieran las provincias de España que tanto añoran, y muchos de ellos fueran expulsados con pérdidas de vidas y haciendas. Hay quien se cree, todavía, con ciertos derechos sobre estas tierras. Pero te repito que no era nuestro caso. Tan sólo deseábamos vivir en paz y pescar lo necesario para las necesidades de nuestras familias.

Otro silencio en aquel triste recuento de lo que habían sido sus últimos momentos en libertad.

—En una de aquellas rutinarias travesías costeras desde Argel a Bastif, para nuestra desgracia, un grueso temporal del sudoeste nos separó de nuestra ruta. Capeamos como pudimos aquellas olas embravecidas, pero nos vimos arrastrados con fuerza hasta escasas millas de esa isla que llamáis Ibiza, en las Baleares, cuyo perfil llegamos a distinguir con claridad. A causa del viento y los golpes de mar habíamos perdido el palo de proa, ése que aquí denomináis como trinquete, y nuestro aparejo se encontraba medio deshecho. Cuando intentábamos enmendar nuestro rumbo hacia el sur por medio de la escasa vela que podíamos largar y los remos disponibles, nos topamos con un jabeque^[13] cristiano extraordinariamente artillado, más de treinta cañones portaba, y con mucha gente de guerra en su cubierta. Aunque echamos el alma para intentar la escapada, aquel jabeque que navegaba veloz como un galgo nos dio alcance en pocas horas. Entablamos un combate desigual y no deseado, porque con nuestra escasa artillería y poca capacidad de maniobra, el desenlace era fácil de prever. Abrieron fuego con todas sus piezas sobre nosotros. Mi hermano Yosuf fue de los primeros en caer, con la pierna arrancada por una bala. Mi pobre hermano menor murió en mis brazos, cuando tan sólo se asomaba a la vida.

Pareció concederse un nuevo respiro, más profundo en esta ocasión, con el reflejo del lejano dolor en su rostro. Creí necesario animarlo con palabras de consuelo.

—Debe ser muy duro sufrir la muerte de un hermano, especialmente en esas circunstancias.

—Puedes estar seguro, aunque ya los sentimientos se bloquean en esta existencia de animales que padecemos. Fuimos apresados los que quedamos con vida y sin grandes heridas. Por el contrario, los moribundos fueron arrojados al agua sin contemplaciones o pasados por las armas. Nos declararon esclavos y forzados de por vida. Aunque lloré la pérdida de mi hermano con gran pena, es posible que, después de todo, Yosuf disfrutara de más suerte que yo. Estoy seguro que ahora se encontrará en el paraíso. No sé por qué nos aferramos tanto a esta vida cuando, como es mi caso, no lo merece.

Narraba sus terribles penas con pasmosa sencillez, como si se tratara de los acontecimientos más habituales que pueden acaecer a una persona. Es posible que esa positiva predisposición a aceptar lo que el destino le reservaba, se encontrara en su misma religión porque Aomar, dentro de su singularidad, era muy creyente en su Dios.

—¿Qué vida lleváis aquí?

—Una vida muy sencilla —sonrió por primera vez, con lo que pude observar su perfecta dentadura, un detalle que me llamó poderosamente la atención—. Si no te metes en líos, lo que no siempre es fácil con tanto asesino y destripador que deambula entre nosotros, se puede llevar una vida normal, si llamamos normal a padecer escasos sufrimientos, que es a lo máximo que podemos aspirar. Como habrás oído al cabo de guardia, tocan la campana en llamada general con las primeras horas de la amanecida. Debes orar el jergón cada mañana con suficiente energía, no sólo por cumplir la orden de la autoridad sino por motivos de salud, aunque los chinches y algunos bichos son difíciles de erradicar. Nos dan un trozo de bizcocho de harina...

—La famosa galleta de mar —me arrepentí de interrumpirle pero me salió del alma. Intentaba demostrar que poseía algún conocimiento.

—En efecto —sonrió condescendiente—. Veo que dispones de alguna información.

—No creas. Sólo algunos detalles que me narró el compañero que tuve en el corral. Fue quien me recalcó la importancia de ese producto. Pero, perdona, continua.

—Como te decía, nos dan un trozo de galleta o pan, no siempre duro, al despertar. A continuación partimos hacia el trabajo. Ahí es donde entra el factor suerte para los dos, ya que marcharemos unidos por cadena y manilla al pie. Son muchos y variados los cometidos que nos pueden asignar. Estos días trabajo en el arsenal, en la construcción de un edificio que se destinará a talleres para jarcias^[14], que es bastante soportable. Otros acuden a la construcción o fortificación de castillos, cuarteles, murallas, hospitales y grandes obras. Sin embargo, desde hace unos pocos años se ha repuesto la pena de galeras y hay que nutrirlas con remeros de fuertes brazos. Volverá a escucharse la voz de ir a gurapas.

—¿Ir a gurapas? ¿Qué significa?

—Es lo mismo que ir a galeras o recibir esa pena. Así se lo escuché a un viejo galeote. De momento hay pocas unidades capaces de navegar pero, según he oído, se

están construyendo algunas nuevas en la isla de Menorca, en las Baleares, y se proyectan otras aquí, en este mismo arsenal. Lo pasaremos muy mal cuando las acaben si nos asignan a ellas, aunque presente algún aspecto positivo y esperanzador.

—Prefiero no contemplar esa posibilidad de momento. ¿Se trabaja durante todo el día?

—Se hace una parada a mediodía para tomar la menestra. Cuando regresamos al atardecer, antes de pasar a este dormitorio, recibimos otra ración, aunque a veces, como hoy, nos quedamos en blanco. Pero ya te explicaré algunas formas de conseguir extras para aliviar el hambre. Aparte de ir destinado a las galeras de la Armada, en las que por nuestra fortaleza física acabaremos tú y yo sin remedio, el peor de los trabajos es el de achicar los diques, donde muchos forzados mueren por agotamiento.

—¿Los diques? ¿Qué es eso?

—En el arsenal, donde se construyen los navíos y todo su armamento, se perforaron los muelles tierra adentro, hasta formar grandes oquedades donde caben buques de gran porte. Una vez el buque dentro, flotando sobre el agua, se cierra el extremo de fuera con dos grandes compuertas. Es el momento en el que es necesario extraer todo el líquido para que los buques queden en seco sobre fuertes pilotes, y su obra viva^[15] pueda ser carenada o reparada convenientemente. El problema es que hay que vaciar todo el agua, una gran cantidad de agua como un pequeño mar.

—¿Cómo se consigue algo así? —pregunté interesado.

—Según cuentan los viejos del lugar, durante las primeras pruebas se vaciaban a base de baldes^[16], con largas líneas de penados. Sin embargo, rápidamente se instalaron las bombas de achique, de mayor tamaño que las usadas en los navíos, accionadas por forzados que, como te decía, acababan agotados y muchos fallecían por el inhumano esfuerzo, a pesar de ser relevados cada cuatro horas. Tan duro era el trabajo, que muchos de ellos pedían pasar destinados a los presidios españoles del norte de África, teóricamente los de vida más aperreada, para intentar librarse de una faena tan extremadamente penosa.

—Qué barbaridad. Cómo es posible una crueldad así —el rumor del miedo volvía a extenderse por mi cuerpo, lo que hizo sonreír a Aomar que intervino con rapidez.

—No debes preocuparte mucho por los diques, si nuestro comportamiento es correcto. De todas formas, no es el trabajo tan duro como antes. Afortunadamente para nosotros, desde hace algunos años se han instalado unos sistemas de achique a los que llaman bombas de fuego^[17], que han mejorado mucho el sistema. Sabios inventos modernos, ya que cada una de ellas efectúa el trabajo de 330 hombres. De todas formas, para mantener el dique seco en permanencia o cuando se averían esas bombas, es necesario recurrir a un sistema en el que se deben accionar unas largas y pesadísimas cadenas que son braceadas por los forzados, con lo que la tarea sigue siendo igual de terrible aunque, eso sí, se necesita un número menor de hombres.

Debió observar el miedo reflejado en mi rostro, porque se apresuró a intervenir con una sonrisa abierta.

—Pero no pongas esa cara de tristeza, que aún no te han asignado ese trabajo, al que normalmente destinan a los más peleones y ariscados. Si no nos dejamos involucrar en reyertas o berenjenales sin fuste, lo que debemos evitar aunque no siempre sea sencillo, no nos enviarán allí. Como los dos somos grandes y fuertes, se andarán con cuidado esos grupos de renegados y pendencieros, que te meten un navajazo en la barriga en cuanto te descuidas. Ten en cuenta que en este presidio debemos ser, en total, más de dos mil quinientos los penados, y muy pocos de ellos pueden ser calificados como buenas personas.

Nos quedamos en silencio durante unos pocos segundos, como si se hubieran acabado las informaciones que debía transmitirme. Pero era mucho lo que deseaba saber todavía, por lo que continué con mis preguntas.

—¿Y a qué se refería el cabo de guardia al mencionar las labores?

—En nuestros ratos libres que, como podrás comprobar, son muy pocos, ya que sólo descansamos los domingos, y eso si no tenemos penas añadidas, nos dedicamos a labores o trabajos personales, cada uno de acuerdo con su habilidad particular. Se hacen trabajos de esparto, cuero, madera, etc., que nos compran las autoridades del Cuartel a un precio ridículo y luego revenden a los asentadores con gran porcentaje de ganancia. Sin embargo, es la única forma de conseguir alguna moneda que otra y, con ellas, comprar un poco de vino o comida en la despensa, normalmente los domingos.

—¿Vino? —se iluminó mi rostro, al recordar las palabras de Mechones—. Hace muchos días que no lo pruebo y no sabes cómo me gustaría catarlo alguna que otra vez. Sin embargo, creía que los de tu religión no probaban el vino ni los licores.

—Y así es —pareció entristecer su semblante—. Sin embargo, una vez me emborracharon a la fuerza una pandilla de cristianos malnacidos, con el simple objetivo de hacerme el mal. Para su asombro, me sentí muy bien con un litro de vino en el cuerpo, hasta hacerme olvidar por completo las penas que me afligían. Por eso, aunque va en contra de los preceptos del Corán, que suelo cumplir con bastante pulcritud, intento ahorrar lo que puedo y, cuando dispongo de lo suficiente, compro vino en abundancia y lo bebo todo de golpe, aunque no me guste mucho su sabor, para olvidar que me encuentro en esta situación y pasar unas horas de cierta felicidad. No es más que un sistema para evadirme de la vida real, lo que otros consiguen de diferente forma, aunque se encuentren en libertad. Cuando despierto de esas modorras, con un martillo pilón golpeando mi cabeza sin pausa, comprendo que se encuentre prohibido en mi religión. Sé que Alá me lo perdonará porque es sabio y justo, y reconocerá la razón que me mueve a ello.

Escuchaba fascinado todo lo que Aomar me narraba con aquella pasmosa sencillez. Comenzaba a sentir no sólo un sincero afecto por aquel moro grandullón y noble, sino una profunda pena al pensar en su vida y su posible futuro. Por mucho que mi situación se presentara terrible e injusta, debía alegrarme de no encontrarme en la suya, tan injusta como la mía y sin ninguna esperanza en la vida más que

continuar arrastrando esas penas hasta la muerte. Una idea que me bullía en la cabeza me hizo preguntar, con el pensamiento prendido en los próximos días.

—¿Y los cien azotes a los que me condenaron? —mi voz denotaba un claro desasosiego—. Dijo el guardián que nos los impartirían el próximo sábado.

—Así es. Los sábados por la tarde el trabajo se da por finalizado un poco antes de lo habitual. Nos conceden el tiempo libre que marcan las ordenanzas para que nos aseemos convenientemente. Un paripé más teatral que otra cosa. Una vez con nuestro mejor aspecto, que poco o nada se diferencia del habitual, nos forman a todos los penados en el patio de armas por brigadas, que así se llama al conjunto de los que convivimos en cada uno de estos grandes dormitorios, para leer los correctivos impuestos durante la semana y aplicar los castigos. Es el único día que vemos la cara regordeta y sebosa del comandante del cuartel, formado con los demás oficiales, una ocasión que aprovechan para lucir sus brillantes uniformes.

—¿Y los azotes? —me urgía aquella información.

—Para los azotes hacen venir a un cómitre^[18] de una de las galeras surtas en el puerto. Esa faena depende de quien te toque en el sorteo. Normalmente, salvo excepciones, suelen ser dos los fijos que acuden a la ceremonia en las últimas semanas. Uno de ellos, que según aseguran nació en esta tierra, es bajito de estatura y no demasiado fuerte. Sin embargo, hay otro al que llaman gallego, con el pelo del color de la zanahoria y brazos como troncos de árbol, que suele dejar las espaldas en carne viva. Ruega a tu Dios para que te toque en suerte el flojo que usa el rebenque^[19] con menos gallardía.

—Cien azotes son muchos para una espalda, aunque un amigo mío —pensaba en Mechones—, deberá recibir una tanda de cuatrocientos.

—No siempre se aplican todos en una sola sesión. Si estiman que el penado no será capaz de aguantar el castigo, como necesitan nuestro trabajo, le posponen el resto para la siguiente ocasión. Son muchas las edificaciones que se llevan a cabo en la ciudad, y un par de brazos son importantes. No te preocupes demasiado. Seguro que tú lo aguantarás bien. Además, me agenciaré una botella de vinagre para pasártelo por las heridas tras el castigo. Las curarás en pocos días y con escaso dolor.

Mis pensamientos saltaban de un tema a otro. Galeras, remos, azotes, sacar el agua de los diques, los Presidios de África, peleas a cuchillo, muertes horribles y asesinos por doquier. Sin querer, volvía a los tristes augurios, lo que debió reflejarse en mi cara una vez más.

—Saldrás adelante porque eres un hombre bueno, Gigante, ya lo verás. Los de tu especie proliferan poco en estos andurriales olvidados de todos. Alá es grande y generoso, y tú lo mereces. Te advierto que ruego todos los días a mi Dios para que lleguen esas galeras de las que te hablaba, que se encuentran en construcción, y embarquemos en ellas como galeotes.

—No te comprendo, Aomar. ¿No decías que ésa es la peor vida que puede existir? ¿Cómo puedes rezar para que te encuadren en ellas?

—Es la peor vida, desde luego. Pero también es para mí la única posibilidad de salvación. Sueño con un duro combate contra unidades argelinas, en el que la galera cristiana acabe apresada. Sin embargo, para ti sería muy mala salida porque tomarías mi destino. También podría ser mi solución un fuerte temporal, que produzca el hundimiento de la nave cerca de la costa del norte de África. Puedo nadar muchas millas con estos brazos que Alá me dio —los extendió en mi dirección para dar fuerza a sus palabras— y, en caso contrario, moriría en la mar que es un dulce premio, en comparación con esta vida que arrastro sin esperanza.

—Te comprendo muy bien —respondí como un autómatas, mientras calibraba la posibilidad de pasar como forzado a un presidio argelino de por vida, o morir ahogado en el Mediterráneo. Sin embargo, encontraba normal que Aomar pensara en esas posibilidades que componían la única solución a su problema, un sueño que lo mantenía con cierta esperanza, por muy remota que fuese—. En mi caso, un naufragio me supondría la muerte segura, ya que no sería capaz de nadar más que unos pocos metros y con problemas. Cuando en mi pueblo nos bañábamos en la poza honda del río Albatages, cuando el calor se hacía dueño del ambiente, lo pasaba muy mal y hasta una vez hube de ser salvado por mi primo Rodrigo.

—Yo te ayudaría a salir a flote, puedes estar seguro —apareció una sonrisa bonachona en su rostro—. Pero no pienses más en ello. Debemos dormir y descansar. Es la primera regla a seguir, si quieres aguantar esta vida y disponer de alguna posibilidad para rehacerla en el futuro.

—¿Rehacer? —creo que la pregunta la dirigía a mis entrañas—. ¿Será eso posible?

—No desesperes, Gigante, ni olvides que has de comer todo lo que puedas, evitar las peleas peligrosas, efectuar trabajos poco duros y descansar mucho. Durmamos ahora que mañana, como siempre, será un largo y penoso día.

—Gracias, Aomar.

Me dejé caer sobre el jergón, agotado más de mente que de cuerpo. Siguiendo las acciones de Aomar, mi segundo maestro en la vida de forzado, formé un pequeño promontorio con las hojas del relleno a la altura de mi cabeza, con lo que ésta reposaba de forma más cómoda y adecuada.

A los pocos minutos, podía escuchar los suaves y alargados ronquidos del buen moro, mientras mi mente se debatía entre diferentes escenas de terror. Temía haber perdido esa especial habilidad de dormir con facilidad en cualquier circunstancia, una condición muy importante para sobrevivir. Pero sabía que esa noche, me costaría conciliar el sueño.

12. Trabajos y castigos

Me aferré al nuevo compañero Aomar, como náufrago amadrinado a la tabla de salvación. Aparte de otros detalles concretos que conocerán más tarde, creo que no habría podido soportar aquellos primeros días, sin la esperanza y confianza, la charla amena y bondadosa que me dispensaba el buen moro, ese bendito personaje.

El tiempo comenzó a transcurrir a mi alrededor con una velocidad tremenda e inesperada. Puedo asegurarles que es falso ese argumento tan utilizado en los libros y sermones de que el tiempo feliz se desliza raudo como el rayo, mientras los sufrimientos se nos asemejan lentos y largos como la misma eternidad. La primera semana, una vez aherrojado a la manilla y unido por cadena a mi compañero Aomar, nos destacaron a un edificio en construcción en el arsenal, donde ya había trabajado el argelino que se había convertido en mi inseparable pareja.

Al llegar cada día a nuestro destino, éramos desembarazados de nuestra cadena, con lo que podíamos circular con relativa libertad ante la atenta mirada de un capataz armado de fusil y malencarado, que no parecía dispensarnos un cariño especial. No debemos olvidar que el recinto militar se encontraba fuertemente amurallado, custodiado en sus almenas, garitas y puertas de acceso por numerosos soldados de los Batallones de Marina, que tenían estrictas órdenes de cómo actuar contra los forzados en actitud sospechosa. Nos encontrábamos en mala época para nosotros, porque se habían producido algunas huidas de penados en los meses anteriores, con lo que las medidas de control se habían acentuado al máximo extremo.

Teniendo en cuenta que ingresamos en el presidio un martes por la tarde, un dato cuyo cálculo me había pasado desapercibido durante el tiempo de apresamiento en el corral manchego y posterior traslado, a los cuatro días recibí por primera vez la caricia del rebenque sobre mis espaldas, una triste y penosa experiencia que, como tantas otras penalidades, se hizo normal con el paso del tiempo.

Como la suerte que me predijera Mechones aquel primer y lejano día parecía mantenerse inalterable, aparte de los numerosos rezos elevados con devoción a Nuestra Señora de Valdelagua para que me tocara en aquel tenebroso sorteo el cómitre cartagenero, sentí una profunda alegría al observar que el verdugo correspondiente a aquel primer sábado no lucía el pelo de color zanahoria que convenía evitar a toda costa. Además y para mi fortuna, al ser el último de la serie de forzados nombrados para recibir el castigo, en un día de temperatura elevada y sofocante, el brazo que debía ejecutarlo parecía pesar más de la cuenta.

Los castigos corporales, ése era el nombre técnico utilizado, se aplicaban en el centro del patio al que llamaban plaza de armas, bajo redoble de tambores. Para que la ceremonia se asemejase lo más posible al ritual que se seguía a bordo de los buques de la Real Armada, se había anclado al solar de piedra un cabrestante de algún antiguo navío, al que éramos amarrados de bruces los desgraciados de turno, con la espalda desnuda hacia el sol.

Como más tarde pude comprobar, se trataba de una antigua norma de la vida en la mar, común a las marinas de otras nacionalidades. A bordo de los buques de Su Majestad, el castigo de azotes se llevaba a cabo en el castillo de proa bajo la atenta y obligada mirada de toda la dotación, amarrados los conminados a la pena sobre el coronamiento de uno de los cañones de punto de mira, los que apuntan siempre hacia delante sobre la cubierta o, en su defecto, a ese monstruoso torno con el que se solía izar el cable del ancla o virar las estachas.

De esta peculiar y expeditiva forma, se recordaba a la gente de mar, voluntaria o forzada, el obligado cumplimiento de las Ordenanzas de Su Majestad don Carlos. Además, se aprovechaba la ocasión para leer los artículos transgredidos por el personal que debía recibir el correctivo público, así como otros que se consideraban de especial interés para el mantenimiento de la disciplina a bordo. Un acto, en resumen, al que el comandante y oficialidad concedían la mayor importancia, y que se seguía con el más profundo de los respetos, para finalizar con sonoros y entusiastas vivas a Su Majestad.

Les aseguro que no es por presumir de fortaleza propia, pero sentí dolor tan sólo en los primeros diez o quince rebencazos, a partir de los cuales comencé a hacerme insensible, hasta llegar a perder la cuenta de los azotes que faltaban por aplicar. Sin embargo, es cierto que una vez finalizado el castigo, tuve que recibir ayuda para trasladarme a mi jergón, ya que las piernas me flojeaban en exceso, como si hubiese bebido dos o tres litros de un buen vino, en vez de recibir las caricias del cómitre cartagenero. Aomar, sin esfuerzo aparente, me trasladó como una pluma ligera hasta mi catre.

Según lo prometido, mi compañero africano aplicó con sumo cuidado el vinagre enriquecido con hierbas sobre las heridas, poco profundas en su opinión, contacto doloroso que me hizo morder el embozo con fuerza en los primeros momentos. Sin embargo, aquella tarde volví a ver a mi viejo amigo Mechones, mientras recibía la mitad de su especial ración, con aquella conocida mirada de perdonavidas y desprecio en su rostro, que siempre dirigía a sus guardianes o captores. Sentí no poder saludarlo siquiera, pero, como he dicho, en aquellas ceremonias no se permitía ninguna exteriorización en los forzados.

Durante más de tres meses, continué unido a mi pareja, Aomar, con nuestro rutinario trabajo en el mismo edificio del arsenal. Levantábamos paredes, tabiques y tejados, mientras los oficiales de la maestranza, expertos en fabricación de jarcias y cabuyería^[20], comenzaban a instalar unas pesadas máquinas de tres brazos giratorios, con los que componían guías o cabos finos, medianos, gruesos, y hasta pesadas estachas, maromas^[21] y cables^[22] a base de esparto, cáñamo o abacá^[23], para ser utilizados a bordo de los buques en sus diferentes aparejos y maniobras.

He de reconocer que me recreaba observando la perfección en la manufactura de aquellos ingenios, normalmente servidos por jóvenes forzados que eran los encargados de dar vuelta a los manubrios. En general se trataba de máquinas ideadas

por la ciencia o el saber humano, cuyo trabajo era ejecutado por burros de carga, como nos solían denominar con cariño algunos guardianes. Sin embargo, sentí lástima e indignación al comprobar que alguno de aquellos muchachos, la mayor parte esclavos mahometanos, no debían alcanzar los quince años de edad.

El almuerzo de cada día, que tomábamos *in situ*, solía consistir en la tradicional menestra marinera, más o menos condimentada según las existencias del momento o el humor de los rancheros de turno. Por otra parte, dependía más de la buena voluntad del capataz, la cantidad a recibir por su cuadrilla de forzados. Por fortuna, algunos de ellos, bondadosos de nacimiento, que de todo cabía en la alforja, hacían la vista gorda respecto a posibles aumentos, o en la recogida por nuestra parte de bizcochos sobrantes que guardábamos celosamente en la bolsa de nuestras camisas, y que constituían un inapreciable tesoro para utilizar en los momentos malos.

Sin embargo, el condumio de la tarde-noche que debíamos recibir en el cuartel, era demasiado variable en calidad y cantidad. Incluso entraba dentro de lo normal quedarnos alguna que otra vez a palo seco, como allí se denominaba, siguiendo el argot marinero, al hecho de rendir el día sin migaja alguna que llevarnos a la boca. De todas formas, siempre disponíamos de alguna reserva estratégica, producto de nuestras requisas o compra directa en la despensa con lo obtenido por nuestras labores manuales, en las que llegué a ser práctico y cuidadoso, especialmente en la fabricación de cestas de esparto y cordelería.

Tal y como me profetizó Mechones, comencé a disfrutar del famoso bizcocho de mar o galleta, antiguo alimento de los hombres a bordo de los buques, que solía constituir nuestra reserva más preciada y fácil de conseguir. Gracias a este producto, que tenía forma de bollo semiesférico, sobreviví y calmé el hambre en muchas ocasiones, hasta llegar a apreciarla rica y gustosa. También recordé a mi antiguo compañero de fatigas al recibir ejemplares con uno y dos años de antigüedad, sobrantes de buques llegados de lejanas operaciones, sin perder por ello su agradable sabor, especialmente cuando no había otra cosa que echarse a la boca. En los buques suplía a diario las ricas hogazas de pan tierno, un elemento que no volví a probar durante mucho tiempo y que añoraba con rebato.

Me habitué rápidamente con aquel trabajo que era relativamente cómodo, sin excesivos esfuerzos y a corta distancia del cuartel, factor éste de la máxima conveniencia, con lo que el penoso trayecto encadenado a mi pareja era mínimo y muy llevadero. También era de destacar que no tuviéramos problemas de trato con la cuadrilla de forzados que trabajaba en nuestro grupo, un punto de extrema importancia como más tarde pude comprobar. Sin embargo, entrados en los últimos días del verano con algún aguacero aislado, nos cambiaron por sorpresa a otro cometido de peores características. Fue Aomar quien me avisó la noche anterior, con esa habilidad de los veteranos para enterarse de lo que habría de venir, por extraños conductos que tardé en interpretar.

—Malos vientos se avecinan por el horizonte, Gigante. Según he podido calibrar,

mañana cambiaremos de trabajo. Y en pocas ocasiones se cambia a mejor en estos oficios. Si no me equivoco, nos trasladarán a las obras que se llevan a cabo en la fortificación de Galeras —me dirigía la voz en un suave murmullo, mientras trenzaba unas tiras de cuero para fabricar correas.

—¿En las galeras de remo? ¿Nos embarcan en esos buques del maligno?

Sentí la aprehensión inicial ante todo cambio que se presentaba en mi sistema de vida, una vez asentado el anterior, lo que debió reflejarse en mi rostro.

—No me refiero a lo que piensas y tanto temes —sonrió divertido, sin levantar la mirada de su trabajo—. Aunque esa palabra signifique el tipo de buque movido por la fuerza de los remos, al que seremos asignados tarde o temprano, así lo quiera Alá que es el más grande, también recibe ese nombre el monte situado a poniente de la entrada del puerto, donde están acabando de construir un castillo para la defensa de la plaza y sus instalaciones militares.

—Pero me has dicho galeras.

—Ese monte del que te hablo recibe el nombre de Galeras, porque en la ensenada que se forma en su falda, dentro del puerto, se encuentra una pequeña atarazana^[24] donde se han construido buques de ese tipo desde hace muchos años, antes de existir el arsenal. Pues bien, ese castillo está siendo unido al mismo arsenal con una fuerte muralla, para que quede protegido en el mismo recinto del arsenal y la ciudad. Esperemos que no nos toque la parte más alejada, porque serán penosos los traslados de ida y vuelta, ya que es necesario trepar por su empinada ladera.

—Pero si el edificio en el que trabajamos no está concluido todavía —dejaba traslucir la tristeza que me causaba la noticia—. Aún hay que formar parte del tejado y anclar alguna maquinaria.

—Para bien o para mal, es una de las normas inalterables de la casa. No quieren que ningún forzado permanezca demasiado tiempo en un mismo cometido, con una misma cuadrilla, para evitar sorpresas o planeamiento de fugas, a pesar de lo cual siempre andan algunos en esas pesquisas. Solamente los penados menores de dieciséis años disfrutan de ese privilegio, éstos que llevan un pequeño grillete al pie y viven separados en una chata^[25] atracada al muelle del cuartel, que llaman El Gavilán.

—¡Qué lástima no haber nacido algunos años después!

—No digas eso, que es terrible penar a tan temprana edad. Al menos, esos jóvenes se mantienen de forma permanente en los talleres de los obradores de cabuyería y tejidos, con la misión de virar las ruedas y molinetes de los hiladores, como habrás visto estos días. También fabrican lonetas y camillas para estelares.

—¿Por qué viven separados de nosotros esos jóvenes? He sentido mucha pena al observar algunos de ellos que levantan escasos palmos de estatura, como niños.

—Es una barbaridad que condenen a galeras, o como simples forzados, a muchachos de tan corta edad. Te puedo asegurar que en mi tierra no se hace algo así, aunque nuestros presidios tengan fama de brutales. Sin embargo, es adecuada medida

que los mantengan a suficiente distancia de este cuartel, para evitar la atracción que algunos penados sufren por la carne tibia y joven.

—Ya comprendo.

—De todas formas, he oído que la primera de las tres galeras que se fabrican en ese puerto de la isla de Menorca que, según creo, se llama Mahón, se encuentra casi terminada. Dicen que se llama San Antonio —su rostro se iluminó como un fanal, al sopesar la idea de su sueño.

—¿San Antonio? Prefiero no escuchar más historias de la vida en esos buques.

—Pues así se llama. Por cierto que no comprendo esa manía que tenéis los cristianos, de bautizar a los barcos con nombres extraídos de los libros sagrados. En mi tierra, una cosa así sería considerada como muy poco respetuosa. Pero, volviendo a mi tema, la segunda galera está a punto de echarse al agua y llevará el nombre, de acuerdo a la norma religiosa, de Santa Bárbara. Según tengo entendido, la tercera de la serie se encuentra más retrasada, y todavía no tiene un santo nombre asignado. Esperemos y confiemos en la bondad de Alá, que es el más grande, y ojalá nos toque formar parte de la chusma^[26] en alguna de ellas.

—Aomar, entiendo que deseas fervientemente ser incorporado a la chusma de alguna de esas galeras, porque se trata de una de las pocas esperanzas en las que puedes soñar. Pero también has de comprender que, en mi caso, después de escuchar tantas terribles historias que suceden en esos barcos, y la vida tan penosa que se sufre en ellos, prefiera permanecer en este cuartel cartagenero, dedicado a construir edificios para la Real Armada o cualquier otra ocupación más llevadera —era sincero, aunque me desagradara mostrar un desacuerdo tan profundo con los deseos de mi amigo.

—No creas todo lo que se dice en los corrillos y comentarios —sonrió con dulzura, a la vez que levantaba con rapidez una de sus manos para atrapar una mosca que le rondaba por la cara—. La vida en galeras, aunque muy dura, no debe ser lo que era y lo que se narra en las viejas historias.

—Pues no es eso lo que de ellas me han contado.

—Ten en cuenta que esos tipos de barcos habían desaparecido de forma definitiva, como fuerza naval en la Armada de tu patria. Han sido repuestas en el servicio, con muchas opiniones en contra que he llegado a escuchar, treinta años después, para esforzar el corso contra las naves berberiscas y argelinas de mi tierra. Esos barcos que mal llamáis piratas mahometanos, porque para vosotros parece que sólo son piratas los de otras nacionalidades.

—Ya sé que también buques cristianos se dedican al corso, con buenos beneficios. El oro es buen reclamo para cualquier empresa. Sería importante saber quién comenzó primero las fechorías.

—Eso es lo de menos en las contiendas entre Reinos. Lo que sucede es que los de mi tierra han aumentado sus acciones en los últimos años y se han hecho famosos, como sabes, por sus correrías en los pueblos ribereños, donde expolían ricas

haciendas y se llevan con ellos un gran número de cautivos. Pero no olvides que tantos o más son los cautivos moros que toman las naves corsarias cristianas, lo que es fácil de comprobar en este cuartel.

—En ese punto tienes razón.

—Según tengo entendido, los comandantes de los jabeques cobran jugosa cantidad por cada una de nuestras cabezas —se permitió una sonrisa de escepticismo—. Nuestros barcos también importunan y arruinan a muchos armadores españoles que utilizan pequeños buques de transporte y cabotaje por esta costa, a los que apresan con su preciada carga. Ni siquiera los pequeños pesqueros se encuentran a salvo.

—Eso es situación de guerra declarada —aunque desconocía el tema casi por completo, me sentí obligado a intervenir de alguna forma.

—Desde luego que es guerra cierta, aunque vuestra marina no reconoce el pabellón argelino. Por mucho que se mantengan conversaciones entre vuestro Rey y los Sultanes, empresa difícil porque en el norte de África no hay una sola voz, y se firmen pactos con muchos artículos, éstos son transgredidos con rapidez por ambas partes. En fin, que ese conjunto de acciones berberiscas, como las soléis llamar, llevan de cabeza a las autoridades de este Departamento Marítimo, que es quien ha solicitado la reposición al servicio de las galeras, hasta conseguirlo. Una vez aprobada, se ha ordenado formar de nuevo el Cuerpo de Galeras de Cartagena, al mando de un jefe de la Real Armada^[27] que, según comentan, es muy viejo y achacoso, casi inútil para el cargo pero que, con seguridad, cobrará un buen sueldo. En la actualidad sólo navegan cinco de ellas, en condiciones bastante precarias, por ser unidades rescatadas de épocas anteriores, e incluso alguna recibida de la Orden de Malta, que las vi llegar a este puerto hace un año aproximadamente, con sus llamativos pendones ondeando al viento.

—¿De la Orden de Malta? No sabía que utilizaran embarcaciones.

—Sí que las usan y en cantidad. Pero, como te decía, se encuentran a la espera de que entren en servicio esas tres galeras de nueva construcción, que necesitarán un buen número de brazos —otra vez la sonrisa en su cara—. De todas formas, he de reconocer que, posiblemente, la vida en ellas continúe siendo dura y penosa, porque las viejas normas de la mar son difíciles de desterrar, por muy malas que sean. Y de esa forma acaece en todas las marinas. Aun así, como bien sabes, es mi única posibilidad, mi sueño escondido.

—Ya lo sé, una posibilidad que podría significar para este desgraciado cristiano de Fuentelahiguera, dar con sus huesos en un presidio argelino, donde habré de comer ratas, o formar parte de la chusma de una galera mora, de por vida —hice un expresivo gesto de protesta—. Eso, si es que no acabo en el fondo del mar con la barriga llena de peces y agua salada. La verdad, amigo mío, prefiero continuar en este maldito cuartel de presidiarios el tiempo de condena que me queda, por mucho que éste sea.

—No te preocupes, Gigante, que todo saldrá bien si rezas a tu Dios.

—No confío tanto como tú en los auxilios de nuestras divinidades —hablaba con tristeza y sinceridad. Intenté volver al tema que, de momento, más me interesaba—. ¿Suele haber muchos accidentes en ese nuevo emplazamiento en el que, según dices, vamos a trabajar mañana?

—Supongo que bastantes más que en el anterior, dada su escarpada superficie y la dificultad de los accesos. Según he sabido, hoy murieron cuatro forzados, aplastados por bloques de piedra en el castillo de la Atalaya, ese que defiende la parte septentrional de la ciudad, más ocho heridos que han sido trasladados al cuartel en unas espuestas, medio moribundos. No creo que lleguen a mañana esos pobres diablos. Pocas atenciones reciben los heridos en este cuartel. Cuando los llevan a ese nuevo y flamante Real Hospital que han construido en el monte de Antiguones, se encuentran agonizando y sin esperanzas.

—¿Qué hacen con los cadáveres? No he visto ningún enterramiento. ¿Los tiran al mar?

—Navegando, sin duda. A veces, incluso largan a los peces los moribundos que se encuentran en sus últimos momentos. Sin embargo, aquellos que mueren aquí en el cuartel o en los puestos de trabajo, son abandonados en esa ermita que llaman de La Guía, junto a la puerta grande de la muralla que se abre hacia el muelle. Creo que una institución de caridad los traslada al cementerio. Pero dejemos ese tema, que no me gusta hablar de la muerte, por mucho que en algunos momentos desee su llegada.

Nos quedamos en silencio unos pocos segundos. Mi mente trabajaba con aquel cúmulo de información que nada me atraía. Pero mis pensamientos se entristecieron más al recordar el nuevo trabajo asignado.

—Bueno, mañana afrontaremos ese nuevo trabajo que tan poco atractivo parece. Si nos cae una piedra de colosal tamaño, que sea sobre nuestras cabezas y nos remate con rapidez, que no deseo sufrimientos inútiles. Según tengo entendido, a los esclavos faltos de algún miembro, se les da chamusquina sin remordimiento.

—No te preocupes y ten fe. Todo saldrá bien si somos prudentes. Debes rezar como yo.

—Confías más en Alá que yo en mi Dios —me arrepentí de decir aquellas palabras que no sentía.

—No digas barbaridades. Alá y tu Dios son una misma cosa. Incluso conocí cristianos del lejano oriente, que también denominaban Alá a su Dios.

—Eso no es posible —me encontraba perplejo—. No pueden ser el mismo Dios.

—Ya te lo explicaré algún día con más calma, Gigante. Ahora reza y piensa que debemos ser prudentes.

Otra noche que dormí con extrañas pesadillas. Pero, por encima de todo, observaba como caían piedras sobre mi cabeza, a la vez que un imaginario Alá se aparecía con un alfanje en la mano para partirme en dos mitades.

13. Nuevos sufrimientos

Y como me había anunciado Aomar, nos comunicaron el nuevo puesto de trabajo en la siguiente mañana. Pronto pude comprobar que, en efecto, presentaba una dureza muy superior al desempeñado hasta entonces. Como primera y añadida dificultad, el traslado de ida y vuelta al cuartel nos llevaba casi media jornada, un largo paseo que atravesaba todo el recinto del arsenal, hasta llegar a la falda del abrupto y empinado monte de Galeras. Una vez allí, debíamos trepar por su escarpada ladera, encadenados por parejas, hasta alcanzar el punto donde se encontraba el faldón de muralla a medio construir.

Una vez en el puesto de trabajo asignado a nuestra cuadrilla, debíamos transportar grandes bloques de piedra cuadrada con enorme dificultad y sin descanso, razón por la que no cesaba de recordar con triste melancolía nuestra fábrica de jarcias, como si de paraíso perdido se tratara. El esfuerzo era tan duro y continuado que nos hacía retornar al cuartel, al toque de fin de trabajos, tan flojos de fuerzas que no éramos capaces de realizar labor particular alguna. También el ánimo bajaba sus enteros de forma notable, con lo que mis conversaciones particulares con Aomar se redujeron a la mínima expresión, un contacto que, sin embargo, necesitaba para sobrevivir.

Para abundar en nuestra inesperada desgracia, la cuadrilla de presos que nos acompañaba en la faena era de las peores que podían caer en suerte, por lo que comenzamos a sufrir roces y problemas con algunos de ellos. El destino decidió, como tantas otras veces a su libre albedrío, que nos situáramos sin desearlo en el punto de mira de una pareja de rufianes, formada por un catalán apodado Cicatriz, con los restos de una vieja herida que le cruzaba la cara de parte a parte, y un moro renegrado y culebrón que se llamaba Braen. Este moro, de brazos poderosísimos y bisojo por partida doble, miraba siempre a las malas, y era de uno de los personajes abonados en la ceremonia sabatina de la plaza de armas del cuartel, con lo que debía haber mudado la piel de su espalda en diversas ocasiones.

Esa pareja estuvo a punto de costarnos la ruina e, incluso, la misma vida, bien lo sabe Dios. Aunque habíamos cruzado empujones, codazos e insultos en más de una ocasión, con cruce de miradas que nada bueno presagiaban, tanto Aomar como yo creíamos poder mantener la situación controlada, dada nuestra fortaleza física y arrestos para llegar donde fuese necesario, sin achantarnos una pulgada. Pocas parejas solían buscarnos las cosquillas, al comprobar nuestra determinación, aunque mejor debería decir la de Aomar, ya que por mi parte me limitaba a seguir al pie de la letra sus consejos y directrices. Pero pronto se aprende en esa vida preñada de maldad, lo bueno y lo malo, tan necesarias ambas partes para sobrevivir.

Sin embargo, cierto día, a última hora de la jornada y sin esperarlo, entre los dos malditos dejaron caer rodando una de las grandes piedras cuesta abajo, justo en la dirección en que nos encontrábamos. Fue Aomar quien me salvó la vida, puedo asegurarlo, al tirar con fuerza de mi brazo hasta hacerme rodar con él, con lo que la

monstruosa piedra pasó a pocos centímetros de nosotros. Ayudados por la fortuna y nuestros dioses respectivos, sólo sufrimos unos pocos y ligeros rasguños, producidos al caer unos metros ladera abajo entre lentiscos y matorrales espinosos. Sin embargo, la pareja de forzados que se encontraba en un escalón inferior, recibió la mole de lleno, con lo que produjo la muerte instantánea a uno de ellos y heridas profundas al otro.

Tras el accidente, sin mediar una palabra y rápido como el rayo, Aomar trepó por la ladera, hasta cruzar la distancia que nos separaba de aquellos asesinos. Saqué fuerzas de donde no quedaban tras el susto recibido, para seguir sus pasos con la mayor velocidad posible. Al llegar mi compañero a la altura del moro Braen, ese rufián pendenciero y asesino, sin pronunciar una simple disculpa, extrajo una larga cuchilla del calzón, un arma que escaseaba entre los penados y se consideraba como material totalmente prohibido. Sin pensarlo dos veces, se lanzó como toro acorralado contra mi pareja, con la punta dirigida hacia el centro de su pecho. Aomar consiguió ladearse y codearlo con fuerza, con lo que el moro de Orán trastabilló en la pendiente, para salir tropicado en mi dirección, unos metros ladera abajo.

No estaba preparado para el lance y actué de forma inconsciente, como suele hacerse cuando se emplea la legítima defensa y se vive en arena de muerte a diario. Sin dudarle un solo momento, aproveché la inercia de su acelerada caída y sin tener en cuenta el arma que mantenía en su mano, me ladeé hacia la izquierda, mientras le lanzaba una patada con todas mis fuerzas que fue a dar en su bajo vientre, acción que lo detuvo en seco. Cuando lo vi tendido y aturdido en el suelo cerca de mí, cegado por la furia animal y con una fuerza asesina desconocida hasta aquel momento, tomé una piedra de gran tamaño en mis manos para lanzarla sobre él. La mole le golpeó en medio de su asquerosa cara.

El impacto produjo un chasquido que me recordó el ruido que produce la corteza del árbol al cuartearse. Desde el pecho hacia arriba, todo era un amasijo de sangre y huesos desvencijados. Creo que le arranqué la vida en pocos segundos, por lo que no llegó a sufrir aquel bastardo. Tan sólo movió las piernas varias veces en nerviosa sacudida, cerca ya de su estertor final. Antes de caer en la realidad de que había matado a un hombre, y las consecuencias que esa acción me podía ocasionar, escuché los fuertes gritos de Aomar, que había reulado hasta situarse a mi lado.

—¡Accidente! ¡Accidente!

Era la voz que solía darse con más frecuencia de la deseada. La rápida actuación de Aomar, unida a la fortuna de que el guardián de turno no fuese de los peores ejemplares, me salvaron de una terrible condena. Después de las pertinentes preguntas a los miembros de la cuadrilla que habían presenciado la escena, el soldado certificó el caso como de accidente fortuito, aunque nos culpaba a Aomar y a mí como autores de la imprudencia. De esta forma, como solía ser la norma habitual, nos anotaron una pena de cien azotes y propuesta de aumento de dos años en nuestra condena, propuestas que el Auditor siempre aceptaba de buen grado. Tuvimos suerte

después de todo, porque en caso de certificar la realidad de lo sucedido, mi condena habría pasado a ser de por vida y Aomar, posiblemente, arrojado a la pena de muerte más horrible.

Hasta que pasaron varias horas, perdida ya la tremenda agitación que se sufre en una pelea a muerte, no me di real cuenta de que había matado a un hombre, que había segado en segundos la vida a un ser humano. Lo que me sumió en una extraña sensación de desesperanza era el hecho de que había deseado con todas mis fuerzas matar a aquel condenado, y habría hecho lo mismo con Cicatriz, de haberlo tenido a mano en la ocasión. Fui consciente de que me convertía poco a poco en una persona distinta pero que, por desgracia, era un cambio necesario para sobrevivir en aquel mundo en el que había entrado sin desearlo ni merecerlo. Aomar comprendió con rapidez mi situación y sentimientos, con ese sexto sentido que disfrutaba. Mientras conversábamos aquella misma noche en el cuartel, intentó animar mi espíritu.

—Ese demonio malnacido se merecía esa muerte o alguna más dolorosa, amigo Gigante. Después de todo, por suerte para él dejó este mundo, donde nunca debió nacer, en pocos segundos y sin martirio.

—Es posible que tengas razón, pero debes comprender que nunca había matado a un ser humano. Cuesta trabajo aceptar que por una acción mía, haya perdido la vida un semejante, aunque ese bastardo hijo de Satanás no mereciera tal apelativo —observaba mis manos, mientras mi mente parecía encontrarse a mucha distancia.

—Ya me lo figuraba. Es cierto que la primera vez suele sentirse uno bastante mal, especialmente en nuestro caso porque no somos asesinos, a diferencia de muchos de los que viven entre nosotros. Por desgracia, te habitúas a ello con rapidez, con lo que llegas a perder muchos valores que considerábamos como inalterables. Debes tener en cuenta que, en esta ocasión, como en otras que podrás sufrir en el futuro, se trataba de su vida o la tuya, así de sencillo. A partir de ahora, deberemos marcar muy de cerca a Cicatriz que, no te quepa duda, nos la tiene jurada a cruz de espuelas. Será necesario darle un rápido pasaporte en la primera ocasión propicia.

—¿Matarlo? —aunque parezca mentira, todavía me asombraba de ciertas acciones.

—Sí. No te preocupes, que sé cómo hacerlo sin que nos cueste castigo alguno. Hoy actuamos de forma imprudente y nos pudo resultar muy cara nuestra acción. Hemos tenido mucha suerte con el guardián que se encontraba en las inmediaciones. Si llega a ser el Bigotes, habría sido mucho peor.

—Pero me aumentarán la condena en dos años —elevé la mirada hacia él, con una triste súplica reflejada en mi cara—. Dos años más de mi vida en este cuartel, y sólo llevo unos pocos meses. Es terrible.

—Gigante, es posible que te caigan más años con el tiempo. El aumento de condenas se encuentra a la orden del día. En mi caso, me libré de una muerte segura. No me habría gustado acabar descuartizado.

—¿Descuartizado?

—Las riñas a muerte, para los que ya están condenados de por vida, traen consigo la pena máxima, si es que puede llamarse así —sonrió con desgana—. Ésta se puede aplicar de diferentes formas. Desde la simple horca, hasta la de acabar descuartizado, con los brazos y pies amarrados a cuatro galeras. Dicen que ese sistema aplaca los ánimos de los más revoltosos. Pero, bueno, debemos descansar que ha sido un día muy duro.

—Han intentado acabar conmigo —parecía hablar para mis adentros con infinita tristeza—, he matado un hombre sin remordimiento alguno, me condenan a recibir cien azotes y ya son ocho los años de condena que me esperan. Nunca volveré a mi pueblo y a mi vida anterior. ¿Por qué me lanzaría a esta aventura, Dios mío? Podía seguir con la vida tranquila y placentera en mi querido pueblo, buscar una buena mujer, formar una familia en el futuro y disfrutar de un nutrido coro de niños. Nada de eso será posible. Acabaré mis días con la cabeza arrancada por una piedra o el pecho abierto de una cuchillada.

—Cuando te hablé de esta vida la primera noche, no te comenté la cuestión de los aumentos de condena para no desanimarte demasiado. Pero no le des más vueltas o acabarás por enloquecer, como tantos otros. Piensa en las galeras como posible salida. Un duro combate o un fuerte temporal. Ésa es nuestra oportunidad.

—Tú siempre con la misma historia de las galeras —le hablé con tono desabrido por primera vez. Me arrepentí con rapidez e intenté una forzada sonrisa que quedó a medio camino—. Perdóname, Aomar, buen amigo, tú no tienes la culpa de mis penas. Pero debes comprender que el combate o el temporal son tus soluciones, no las mías. Por desgracia, está claro que para mí no existe posibilidad alguna.

—Duerme y no pienses. Es lo mejor para ti en estos momentos, o te volverás loco.

Y lo conseguí. Aunque parezca misión imposible, quedé dormido tras unos minutos de ligera agitación. En poco tiempo llegué al convencimiento de que esta miserable vida que nos ha tocado vivir, es cambiante en continente y contenido, y de esa forma, el corazón de las personas oscila también entre los extremos más dispares, como el estado de la mar, las nubes y el viento.

14. Una sorpresa más

Por extraño que pueda parecer, el accidente que había costado la vida al moro Braen tuvo su parte positiva, porque pasamos a ser una pareja muy respetada por el resto de la cuadrilla y dejamos de sufrir los roces con otras ratas de sentina, que habían sido normales hasta entonces. La mayor parte de los penados nos daban un resguardo más que respetable, cosa que agradecíamos, porque todos sabían que habíamos acabado con el demonio de Orán, apodo con el que era conocido Braen, el moro que yo había matado. Ese prestigio, si puede llamarse así, aumentó cuando en otro accidente encontró la muerte Cicatriz, esta vez sin testigos y sin que llegara a saberse nunca las causas que lo produjeron. Como su compañero de fatigas, también este maldito acabó sus días con la cabeza aplastada por una gigantesca piedra, que lo dejó irreconocible de rostro y espíritu. Aunque nunca se lo pregunté de forma directa, no me cabía duda de que había sido Aomar el responsable de aquel accidente, con sólo observar la sonrisa que apareció en su rostro al comentarlo.

Continuamos dos meses largos con la construcción de aquella maldita muralla, cada vez más arriba en la ladera del monte, un trabajo que se asemejaba a la construcción de una catedral elevada hacia el infierno. Los traslados de ida y vuelta se hacían tan largos y penosos que, a veces, disponíamos solamente de unas pocas horas para trabajar en la faena indicada. Pero andábamos en alerta con cuatro ojos y siempre en puestos superiores, desconfiando hasta del propio suspiro.

Creo con sinceridad que no habríamos aguantado muchos meses más aquel espantoso castigo, sin enfermar o enloquecer. Por fortuna para nosotros, un ángel celestial debió llegar con el necesario auxilio. Cierta mañana se decidió que, dada la cercanía del punto de trabajo al castillo de Galeras, se trasladasen algunos penados al recinto defensivo de forma permanente, hasta finalizar el paño de muralla restante. Era una sabia decisión que debía haberse tomado con bastante antelación. Por fortuna, no nos tocó en suerte ese cometido y pasamos de nuevo al arsenal, donde entramos en una cuadrilla que debía levantar las paredes de un nuevo edificio de planta cuadrada, nombrado como almacén de pertrechos.

De esta forma, volvimos a disfrutar de un periodo de calma, necesario para reponer nuestros cuerpos que habían sentido la dureza de aquellas jornadas. Mis carnes habían menguado de forma alarmante, por lo que me dediqué, con toda la sabiduría acumulada y el auxilio de Aomar, a recabar la máxima cantidad de comida posible, por cualquier medio a mi alcance, aunque a veces me costara alguna tanda extra de rebencazos, meter la mano a destiempo en la espuerta del bizcocho que tanto nos atraía.

La gran sorpresa nos llegó un día, de forma inesperada y repentina, como solía suceder casi todo en ésa mi nueva vida. Habíamos entrado en los fríos de diciembre que nos obligaban a calzar la almilla y el capote, aunque la humedad se metía muy dentro de nuestros huesos, hasta hacernos castañear los dientes y sufrir tiritonas

durante las noches. Una mañana en la que, oreados nuestros jergones y comida la galleta, esperábamos la visita del mozo del alguacil para unir nuestras manillas y dirigirnos al cotidiano trabajo, apareció en nuestro dormitorio un personaje que no habíamos visto nunca. Como siempre que alguna novedad se presentaba en nuestra rutina, presentimos un cambio a peor.

Nuestro visitante vestía calzón largo de lana azul, chaleco blanco con ribete rojo y una casaca negra con botones plateados. Sin embargo, lo que más llamaba la atención era el poderoso rebenque que lucía en su mano derecha, artefacto que abanicaba con sonrisa fruncida, mientras golpeaba con él su mano libre. Aunque no lo sabíamos entonces, se trataba del cómitre de la galera Redentora, un cometido éste el de los cómitres, del que podría escribir una letanía satánica. Aquel personaje comenzó a desfilar por el pasillo entre los catres, mientras examinaba con detenimiento a cada uno de los penados. De vez en cuando señalaba algún forzado con el mango del rebenque, inequívoca señal para que saliera al centro del dormitorio sin pestañear. Al llegar a nuestra altura, sin dudarle más que unos pocos segundos, nos señaló a Aomar y a mí con energía. Seguimos sus pasos dócilmente, como había ordenado, en compañía de los elegidos en aquella selección cuyo fin todavía desconocíamos.

Una vez agrupados en la plaza de armas, no sólo los escogidos de nuestra brigada, sino el conjunto de los seleccionados de todo el cuartel, comprobé que debíamos ser un número cercano a los doscientos forzados. Me extrañó que se formara una cuadrilla tan numerosa, ya que no solían sobrepasar los veinte o treinta hombres, por motivos de seguridad. Volvió el rumor del miedo a lo desconocido, en espera de cambios importantes en el trabajo a asignar que podían redundar de forma negativa en nuestras vidas. Era, como siempre, la lógica prevención a recibir un trato duro o sufrir una vida todavía peor. Y ese temido cambio se produjo, sin duda. Aomar fue el primero en anunciarme el posible futuro de aquel nutrido grupo.

—Nos destinan a una galera, Gigante, estoy seguro. Ha llegado el momento esperado tanto tiempo. Por fin embarcaremos en una de esas unidades en las que he depositado mis esperanzas —sonreía feliz, como el niño que es recompensado con una chuchería.

—¿Nos destinan a una galera? —sentí cómo un conocido rumor recorría mi cuerpo, sin acabar de creer lo que escuchaba—. Siempre estás pensando en la misma cantinela. Es posible que necesiten una cuadrilla numerosa o que nos envíen en permanencia a un castillo de los montes cercanos. ¿Por qué estás tan seguro?

—Es de fácil y sencilla deducción, amigo mío. Fíjate que nos han escogido a los más fuertes y sanos de la brigada, y en un número que debe rondar los doscientos hombres, aproximadamente. Si no han variado mucho las costumbres cristianas en estos últimos años, la galera en la que me condujeron a Cartagena disponía de unos ciento sesenta remeros, más o menos. En mi opinión, nos reúnen para formar la chusma de dos galeras, ya que nunca cubren una dotación con un tanto por ciento elevado de novatos. Ésa es una costumbre universal. Al menos, la mitad deben ser

galeotes veteranos. Aunque sé que no te gusta, no creo que me equivoque, Gigante —volvía a sonreír, complacido como si hubiese recibido una ración doble de menestra—. Tiene que ser eso, ya lo verás. Además, el hombre uniformado que nos ha seleccionado en el dormitorio, es hombre de mar.

—Estás obsesionado con las ganas de embarcar en una puñetera galera. El otro día, Mengue, el que duerme frente a mí al otro lado del dormitorio, me contó historias terribles sobre los galeotes amarrados al banco de la boga. Parecía una pesadilla de las más espantosas que se pueden sufrir. No comprendo tu alegría.

—Recuerda lo que te he repetido tantas veces. Un duro combate o un grueso temporal. Buena o mala, es una posible solución a nuestro problema. Mis oraciones se han visto, por fin, recompensadas. Estoy seguro que nos llegará la oportunidad.

—¿Nos llegará, dices? —era imposible desterrar el desencanto de mi rostro—. No nos llegará a ninguno de los dos y sólo conseguiremos que nos desuellen los lomos a rebencazos, hasta morir en la bancada.

—No desesperes. Creo que la tortilla va a dar la vuelta, como decís los cristianos.

Aomar volvía a sonreír de felicidad, cuando escuchamos la poderosa voz del que había llevado a cabo la selección. En aquel momento llegaba al centro de la plaza, seguido del último grupo de forzados.

—Escuchad atentamente, ratas de sentina, porque no lo repetiré dos veces. En principio, habéis sido seleccionados para formar parte de las dotaciones de las galeras de Su Majestad, San Antonio y Santa Bárbara. Durante unos pocos días, os ejercitaréis en una vieja galera que se encuentra atracada al muelle del mismo Cuartel, esos palos en movimiento que podéis observar por encima de la muralla. Os juro por mi alma que aprenderéis vuestro trabajo con rapidez, aunque tenga que deslomaros con mi rebenque.

Para dar fuerza a sus palabras, movió el maldito artefacto, que tan bien llegamos a probar, ante nuestros ojos en círculos abiertos, como las aspas de un pequeño molino, sin dejar de sonreír. Continuó con el mismo tono desabrido y valentón.

—Por desgracia, no disponemos de mucho tiempo, lo que supondrá un esfuerzo extra por vuestra parte. La mitad de vosotros pasará directamente a la galera San Antonio, mientras que el resto deberá trasladarse, dentro de pocos días, al puerto de Mahón para recoger la galera Santa Bárbara, que se está acabando de construir en su arsenal. A partir de este momento sois gente de mar, con todas las consecuencias que conlleva tal asignación. Habréis de remar fuerte y bien a bordo, como toros bravos, si no queréis probar las caricias de mi querido e inseparable vergajo —volvió a agitarlo con fuerza y alegría, una acción con la que disfrutaba aquel bastardo—, hasta acabar con el cuerpo desollado.

Fuimos aherrojados como si se tratara de un cotidiano traslado, aunque en esta ocasión nos dirigimos al portón que comunicaba el presidio con la orilla de la mar, junto a la tapia. En el muelle, abaluartado con merlones^[28] de poca altura, se encontraban alineados una larga serie de cañones negros en sus respectivas

cureñas^[29], para formar una línea que parecía ser la última defensa del arsenal contra un ataque exterior. Al pisar el muelle pudimos observar la galera que se encontraba atracada en punta^[30], fondeada el ancla de proa, mientras que gruesas maromas la amarraban desde la popa a un noray^[31] oxidado en tierra. Se trataba de un viejo e inservible casco que, según parecía, sería utilizado para nuestra instrucción.

Al observar aquel bajel, con sus palos y aparejos desconocidos para mí, volví a sentir el rumor del miedo circulando por mi cuerpo. Comenzaba otra nueva vida, una vez más, dentro de aquella terrible y mutante experiencia en que se había convertido mi existencia. A partir de aquel momento entraba a formar parte de la chusma de una galera de la Real Armada, aunque todavía no era capaz de calibrar el alcance real de ese nuevo destino que se abría ante mí.

Mientras mis pensamientos se dirigían hacia Fuentelahiguera de Albatages en un esfuerzo baldío, comprendí que me había convertido en un forzado, un galeote que sería amarrado como un esclavo al duro banco de la boga sin conmiseración posible. Mientras sentía aumentar el miedo a lo desconocido, pude observar cómo se extendía la sonrisa de Aomar por su rostro. Con toda seguridad, estaría agradeciendo a su Dios aquella fantástica oportunidad que, por fin, le brindaba.

15. El cómitre Caballo

Llegó el momento de afrontar el nuevo camino abierto, una senda exenta de rosas y cubierta más bien por cruces ásperas como ortigas moheñas. Como repetía Aomar, ningún cambio en la vida del forzado es a mejor, circunstancia que le confiere un triste récord. Pero supongo que ya barruntan ustedes con claridad el sistema de vida que se nos imponía por orden de Su Majestad, y todos los acólitos que ejercían su divina justicia.

La instrucción inicial sobre lo que iba a ser nuestro nuevo cometido como galeotes, no la recibimos a bordo de la Santísima Trinidad, que así se llamaba aquella vieja galera atracada al muelle, sino en un destartado almacén del arsenal, situado junto a la tapia del cuartel, a pocos metros de la mar. En aquella vieja edificación, que amenazaba con desplomar su techo sobre nuestras cabezas en cualquier momento, y donde se olía con fuerza a brea y humedad, se había dibujado en una de sus paredes, de forma burda e infantil, el plano de uno de aquellos bajeles estrechos y alargados como la punta de una flecha.

El que hizo las veces de profesor era el mismo cómitre que nos había seleccionado en el cuartel, según parece natural de un pueblo aragonés cercano a Zaragoza, que no soltaba el rebenque de su mano, según decían, ni para dormir o hacer sus más perentorias necesidades. Con la rapidez que era normal entre los forzados, recibió el apodo de Caballo, no sé si porque al hablar boceaba como un viejo percherón, o porque recogía su pelo negro y embreado en una coleta larga, que bien parecía la cola de un potro enjaezado. Lo que sí quedó meridianamente claro desde el primer momento, es que la paciencia no destacaba entre una de sus virtudes fundamentales. Caballo fue el primer cómitre que sufrí a bordo de las galeras, pero no el peor, bien lo saben los ángeles del cielo.

Sin perder un solo segundo, nuestro instructor comenzó la parla a su acostumbrada velocidad y con el tono de voz al que me había acostumbrado, el que recibe el ser más miserable de la tierra al ser arrollado por carreta de señor. Dicen los sabios que cada detalle innoble que recibe el ser humano, marca un poro de su piel. Si eso es cierto, les aseguro que la mía debió terminar empañada como los tatuajes de los marineros.

—Quiero que sepáis un aspecto de la mayor importancia desde el primer momento, asquerosa chusma del demonio —la expresión de su rostro variaba con extrema rapidez de una sonrisa condescendiente, a un gesto de desprecio absoluto—. Explicaré cada detalle del buque y vuestro cometido a bordo una sola vez, y así deberá quedar grabado en vuestra jodida mollera, si queréis que se mantenga intacta y en su sitio. Los borricos desgraciados que sean de secano o tierra adentro, y no conozcan las especiales particularidades de la vida en la mar, peor para ellos.

Y a fe mía que era un hombre de palabra. Con una endiablada rapidez, y ese acento aragonés tan particular, comenzó a darnos a conocer el nombre de cada una de

las partes del barco, así como de todos los verbos y palabras con que se designaban las diferentes velas, palos, aparejos, armamento, cabuyería y maniobras a bordo. Un aquelarre naval en toda regla y sin macho cabrío. Quedé asombrado en pocos minutos, hasta llegar al triste convencimiento de que me hablaban en otro idioma y no en el sencillo y dulce castellano aprendido desde mi niñez.

Lo cierto es que no comprendía casi ninguna palabra de las que Caballo pronunciaba con soltura, una jerga ininteligible que parecía pertenecer a otro mundo, ese mundo tan particular en el que viven los hombres de la mar, donde cualquier objeto recibe un nombre extraordinario y desconocido para la mayor parte de los mortales. Porque hasta los objetos más sencillos y de uso diario en las casas cristianas, tomaban sobrenombres especiales sin cuento ni medida. En la mar todo es diferente, repetía con razón un forzado andaluz, que se había destetado en los faluchos de pesca del estrecho de Gibraltar.

Afortunadamente para mí, en los ratos de descanso, que eran muy escasos, así como en el cuartel al finalizar la jornada de instrucción, Aomar me repetía todo una y otra vez, con una paciencia inagotable que le agradecí, como tantas, otras atenciones que allanaron mi vida de obstáculos. Tanto o más que mi profunda ignorancia sobre la jergonza naval, me maravillaba que un moro pudiese comprender tanta palabra extraña, en un idioma diferente al suyo.

—¿Cómo puedes recordar y comprender toda esa espesa jerga marinera, que ya es difícil para un pobre cristiano como yo? Supongo que es necesario haber nacido en la sentina de un barco, para hacerse con ese nuevo y fantasmagórico diccionario. ¿Serán dos los idiomas castellanos? No creo que en tu lengua moruna se pronuncien de la misma forma cada una de esas palabras malditas.

—En la mar varían muy poco los usos y costumbres de un lugar geográfico a otro, por lejanos que se encuentren entre sí. Debe ser algún mágico y antiguo conjuro el que nos une como arena en frasco de cristal, aunque seamos enemigos encarnizados sobre las olas en demasiadas ocasiones. Dicen que los hombre de mar pertenecen a otra raza, mejor o peor, y he de reconocer que estoy de acuerdo con esa premisa —disfrutaba de un humor excelente, desde que se sabía destinado a una galera.

—Pues yo soy castellano y de secano tan puro como los pimientos de bola, de tierra adentro, como suelen decir, y no seré capaz de aprender esa larga ristra de palabras en toda mi vida, aunque nazca de nuevo y me dedique a ese único cometido. No se puede asimilar un completo y sorprendente vocabulario en un par de días. Para mí que es como intentar hablar en algún idioma extranjero.

—Las aprenderás todas, Gigante, no lo dudes, en cuanto navegues algún tiempo y te hagas hombre de mar. Ya te dije que la necesidad hace el oficio.

—Estás con los refranes como mi viejo amigo Mechones. Parece mentira que seas moro africano. Creo que tu cabeza se encuentra tan poseída por el demonio marino como la del cómitre aragonés —mostraba mi enfado—. Claro que tú no eres de

secano.

—Por fortuna que no. Me salieron los primeros dientes entre las olas de nuestro mar Mediterráneo. En caso contrario, no me sentiría tan feliz. Pero alegre esa cara, que todo el bien llegará en su momento.

—Será a ti.

De esta forma, con las lecciones de Caballo y las lentas repeticiones de Aomar, supe que las partes delanteras y traseras del buque se llaman proa y popa, así como que babor y estribor, Caballo decía babol y estribol, se usan para indicar los costados izquierdos y derechos, dos palabras, éstas últimas, que nunca se debían pronunciar a bordo. También nos explicaron las partes del remo que utilizaríamos, pieza fundamental en nuestro futuro trabajo, así como la forma de bogar para hacer más fácil la entrada y salida de aquella enorme percha del agua, un monstruoso y pesado artefacto que debíamos mover entre cinco galeotes, hasta dejar el alma en el empeño si era necesario, según palabras de nuestro querido instructor.

Nuestra principal misión a bordo era, naturalmente, la de bogar a la orden del cómitre, o mudar la entena^[32] si navegábamos a vela, circunstancia ésta que, según los rumores que corrían entre los versados, se producía en escasas ocasiones. Los diferentes destinos asignados a la chusma, nombre con el que nos nombraban continuamente y al que no era fácil acostumbrarse por lo desagradable de su significado general, eran los de remeros, chirimías, mozo de alguacil y mozo de cámara.

Entre los que bogaban, que formaban la gran mayoría, se distinguían dos de forma especial, el espalder o remero de más a popa y al centro, que marcaba el ritmo de la boga atizado por el rebenque del cómitre, y los cortilleros o remeros de los bancos proeles. Además, el galeote situado más adentro en cada uno de los remos, se denominaba bogavante y era, en realidad, el artífice de la maniobra, el único que sabía remar de verdad, mientras que sus compañeros de fila se limitaban a utilizar la fuerza bruta de sus brazos.

Por fortuna para mí, nunca fui escogido para ninguna de esas misiones que necesitaban de una habilidad especial, y para las que eran seleccionados auténticos hombres de mar, de los que pululaban bastantes entre los forzados. Los chirimías eran los músicos, generalmente moros o turcos, que entre otras labores colaboraban en los saludos de ordenanza de la Escuadra. Por esa razón eran dispensados, a veces, de algunos trabajos penosos a bordo y recibían notables mejoras en la ración.

Los mozos de alguacil, al igual que en tierra, eran los penados de cierta confianza que nos aherrojaban al banco sin contemplaciones. Asimismo, debían comprobar a menudo que las manillas se encontraban en su sitio, para evitar posibles maniobras evasivas de los más avisados, trabajo en el que se esforzaban con demasiado celo. Por último, los mozos o criados se escogían entre los condenados a penas menores, o eran galeotes de corta edad, verdaderos privilegiados del destino entre aquella nauseabunda podredumbre, que llegaban a dormir al calor y comer sobras de los

oficiales.

Casi todos estos datos me eran aclarados por Aomar de forma repetida, ya que los olvidaba con la misma rapidez con que los escuchaba. Durante las explicaciones en aquel viejo, frío y maloliente almacén, el cómitre instructor preguntaba a menudo a cualquiera de nosotros, por sorpresa. El forzado que no acertaba en la contestación con rapidez, recibía un buen rebencazo en la parte del cuerpo que le pillaba a mano, lo que era la situación más normal y continuada. Había momentos en los que parecíamos asistir a una repetida y permanente ceremonia sabatina del cuartel, sin batida de tambores en esta ocasión, tantas eran las caricias que se repartían sin descanso. Es lo que nuestro instructor denominaba como aprender a fuego, una expresión harto elocuente y clarificadora.

Por fin, todavía aherrojados los forzados por parejas, como en los traslados desde el cuartel a los trabajos del arsenal, embarcamos en la desvencijada galera atracada al muelle, la Santísima Trinidad, para practicar las lecciones recibidas. Sin duda, aquella nave carcomida y medio podrida debía haber conocido tiempos más gloriosos. He de reconocer que, al igual que mi compañero musulmán, nunca llegué a comprender la razón de esa permanente propensión en la Real Armada, de bautizar con nombres divinos del santoral aquellas máquinas de guerra a flote, donde se llevaba una vida tan poco religiosa y celestial.

16. Con el remo en la mano

Como todo llega en esta vida, di comienzo a una nueva etapa para la que debía estar predestinado desde el nacimiento. Mi condena inicial, leída por el alguacil manchego en aquella lejana jornada, había sido de seis años a galeras, aunque dicha frase suponía, más una denominación genérica de castigo que un destino concreto. Sin embargo, en esas galeras me encontraba por fin, aunque no compartiese el ferviente deseo de mi compañero mahometano.

Una vez sentado en el banco de la boga, me enfrenté por primera vez con un remo, mi nuevo instrumento de trabajo. En los primeros momentos, llegué a dudar seriamente que fuésemos capaces de mover aquella monstruosa y pesada pica, para hincarla en el agua y conseguir el movimiento de la nave. Mis ojos se perdían hacia su extremo, impresionado por su longitud. Aunque los había de diferentes medidas, según el porte o tonelaje de la galera, lo normal era que alcanzasen los trece metros como mínimo, algo difícil de creer si no se ve con los ojos. Al quedar fuera del barco las dos terceras partes de su longitud, el peso se equilibraba en el interior con unas plomadas a la contra de las manetas, que no eran sino unas agarraderas parecidas a las utilizadas en los trillos de mi pueblo, y donde debíamos introducir las manos los galeotes para ejercer nuestra fuerza y accionar la pesada pica hacia proa y popa.

Al extremo de fuera del remo, que se ensanchaba como una gigantesca plancha de hornear, se denominaba pala, considerada como la parte principal del artefacto ya que, en definitiva, era la que propiciaba el movimiento de la nave al entrar y hacer palanca en el agua. A continuación venía el largo cilindro o guión, hasta llegar a la parte interior del buque donde, después de las citadas manetas, el galeote denominado como bogavante accionaba el remo directamente en la parte final del mencionado cilindro. Éste era el encargado de girarlo convenientemente, de forma que la pala del remo entrara y saliera del agua en su forma correcta, lo que llamaban repalear. Por esa razón, el bogavante era el marinero auténtico del grupo y, en definitiva, el único que sabía bogar de verdad.

El remo quedaba ajustado a la borda^[33] del buque en una parte del guión que se protegía con una funda de cuero, llamada luchadero, por medio de un estrobo o trozo de cuerda unido por sus extremos, que abrazaba una estaca de corta longitud y al mismo guión. Era en realidad donde se formaba el otro extremo de la palanca, ya que la corta estaca, que se denominaba escámo^[34], se encontraba verticalmente clavada en la borda. Como pueden imaginar, todas esas extrañas palabrejas marineras me las había repetido Aomar un centenar de veces, para que se grabaran en mi sesera de tierra adentro. De esta forma, podía contestar las preguntas de Caballo y evitar sus caricias, por mucho que fallara más veces de las deseadas para mi sufrida espalda.

Aunque en esta galera debían ser cinco los galeotes necesarios en las bancadas, para mover cada uno de aquellos condenados y pesadísimos artefactos, al estar

encadenados por parejas y tratarse de un adiestramiento inicial, nos asignaron a cuatro por ejemplar, lo que hacía más duro todavía el cometido.

Comenzamos a practicar la boga con la galera amarrada al muelle, mientras el rebenque del cómitre se mantenía en vuelo continuo, debido a la falta de oficio en muchos de nosotros, como era mi caso. Aunque me reconocía lego absoluto en la materia, pronto comprendí que al encontrarse el buque amarrado e inmóvil, la boga se hacía mucho más penosa, al ser necesario arrastrar el remo sobre una superficie incapaz de deslizarse con el movimiento de la nave. Además, dependiendo de que bogase con más fuerza una u otra banda de forzados, así se inclinaba aquel pesado armatoste naval, con lo que Caballo cargaba el castigo para los que se dejaban vencer. Les puedo asegurar que al final de aquel primer e inolvidable día, a pesar de ser hombre de campo, con manos rudas y fuertes, acabé sangrando por las yemas de los dedos. Menos mal que Aomar se las sabía todas. Con extrema diligencia, aplicó sobre ellas una pasta formada con vinagre y tierra, que obraba milagros y hube de agradecer.

La ordenación de la boga se llevaba a cabo con un sentido práctico de la utilización de los remeros o galeotes, teniendo en cuenta que pocos podían mantener un ritmo medianamente normal durante mucho tiempo. Con este fin, lo habitual era remar por cuarteles, lo que también se denominaba como bogar por cuarteladas. Para ello, la palamenta^[35] se dividía, de proa a popa, en tres trozos o cuarteles, de forma que remaran alternativamente de uno en uno, mientras los otros dos descansaban. El remar calando toda la palamenta, es decir, con todos los remos a la vez, se reservaba para situaciones extremas como maniobras en combate, emergencias de toda índole, cazar una presa o correr un temporal. Sin embargo, también se usaba como adiestramiento general, castigo colectivo de la chusma, o cumplir con aquella frase que se hizo famosa con el paso del tiempo, hasta acabar en refrán muy popular, de remar por remar.

Caballo nos avisó y recalcó hasta la saciedad, que cuando se considerara necesario por el mando disponer de la máxima velocidad en la galera y, por lo tanto, debíamos dejar el alma sobre el remo calando toda la palamenta, escucharíamos la orden de ¡ropas fuera! Era ésta una terrible voz para el forzado, que venía a significar que nos sobraban los escasos y mugrientos trapos que nos cubrían, dado el esfuerzo a que seríamos sometidos. Según decían, era ésta una frase utilizada en las galeras desde la Edad Media, lo que indica claramente lo poco que cambian las costumbres en la mar, sean buenas o malas.

Por fin, la quinta mañana de nuestra penosa instrucción amarrados al muelle, se nos avisó que, ese mismo día, saldríamos a la mar. En aquel momento recordé, entristecido, el punto culminante de mis sueños de juventud, cuando la imaginación volaba esplendorosa hasta la orilla del mar y me veía erguido sobre el alcázar de un navío potente y desconocido, con lo que cumplía el escondido deseo de navegar sobre las olas con todas sus velas blancas desplegadas al viento. Iba a cumplir mi sueño

definitivo, aunque de una forma bien distinta a la que proyectaban aquellas imágenes borrosas y desteñidas por la añoranza.

Fuimos asignados a los mismos remos y bancos en los que habíamos practicado durante los días anteriores. Nuestra posición quedaba situada en la banda de estribor, por el centro de la galera aproximadamente. Completaba nuestra bancada hacia dentro otra fuerte pareja de galeotes, formada por un andaluz protestón y bisojo al que llamaban Moreno, y un moro de mirada aviesa apodado Negro, a causa del color oscuro de su piel.

Ocho de los remeros de proa fueron los llamados a virar del cabrestante que engarzaba el cable del ancla, para izarla desde el fondo con desesperante lentitud, a la vez que otros dos debían baldearla, asomados con medio cuerpo fuera de la borda, para desprender el fango adherido. Los destinados a aquella pesada faena del izado introdujeron unos gruesos bastones, a los que llamaban pales, en las aberturas del torno, para girar la pesada rueda como borricos en noria de trillo, hasta hacer subir el pesado rezón^[36] de hierro a la superficie. Lo que parecía un anclote de cuatro uñas y tamaño descomunal, tras la maniobra de limpieza fue afirmado con fuerza en el costado de la galera por medio de un aparejo especial.

Una vez largadas las maromas a tierra, se dio la orden de bogar por primera vez. En este caso, el cómitre era auxiliado en el manejo de la chusma por dos jóvenes ayudantes llamados sotacómitres^[37], ataviados con la misma indumentaria, todos ellos con sus inseparables rebenques en la mano y, para nuestro infortunio, muy duchos en su manejo. Ese día y los siguientes también embarcaron contra maestres y marineros experimentados de otras unidades, para el correcto gobierno, manejo y seguridad del buque.

No creí posible que con aquella confusa ensalada de órdenes, gritos, pitos y rebencazos que lanzaban los cómitres a diestro y siniestro, fuésemos capaces de mover la pesada galera con la fuerza de nuestros brazos un solo centímetro. Sin embargo y para mi sorpresa, comprobé que nos separábamos del muelle lentamente, mientras el agua formaba caprichosos remolinos a nuestro alrededor. Comenzamos a enfilar la bocana del puerto en un día fresco y soleado en el que la mar se mantenía, afortunadamente, lisa y llana, lo que denominaban los habituados como un plato.

Pocos minutos después pasamos a la altura de las puntas que marcan la entrada del puerto y nos adentramos mar adentro, momento en el que enfilamos hacia la isla que llamaban de Escombreras. Desde un principio bogábamos con toda la palamenta lo que, según el cómitre, era la mejor de las escuelas para el galeote. Con el paso del tiempo se fue aumentando el ritmo de la boga que marcaba el espálder, acuciado por el grito repetido de uno de los sotacómitres, un ¡Ujuu!, tan especial y característico que todavía hoy, treinta años después, suelo escuchar entre sueños.

Llegó un momento en el que a pesar del frío y la humedad, sudábamos como los canteros de mi tierra en agosto. Sentía como si me prendiesen fuego por dentro de los músculos en brazos y piernas, hasta llegar al convencimiento de que falleceríamos si

continuábamos unos minutos más con aquel suplicio. Sin embargo, cuando se ordenó un primer rato de descanso, escuchamos la inconfundible voz de Caballo, que se elevaba con fuerza por encima del viento y el murmullo general.

—¡Silencio! Repito por última vez que a bordo sólo se pueden escuchar las voces de mando y los pitidos de los contra maestres. En cuanto al resultado de estas primeras millas navegadas, os aseguro que las rendidas mujeres y rabizas del harén de Alí Pacha bogarían con más energía que vosotros, sodomitas de mierda. Sois la chusma más floja y quebrajosa que ha caído bajo mis manos en veinte años de servicio en la Real Armada. Pero os juro por San Miguel y la salvación de mi alma, que aprenderéis a utilizar los remos como auténticos hombres de mar, aunque tenga que reventar el lomo a más de uno en la empresa —nos obsequió con una de sus burlonas sonrisas—. Podéis escupir en vuestras manos y aligerar el cinto a voluntad. Además, tomaré las medidas necesarias y si no bogáis con mejor ritmo en la próxima hora, arrojaré al agua la menestra de mediodía.

Y continuó el suplicio en su cota más alta. Pero no crean que la fatiga extrema y el dolor de miembros eran los únicos sentimientos que me atribulaban sin medida. Era mucho peor comprobar cómo mi alma se hundía en una poza siniestra y oscura, al comprender que aquella vida se abría por mi proa de forma permanente, que ese terrible mundo sería el mío durante un tiempo que se suponía largo e indefinido. El dolor del corazón es superior al del cuerpo, como pude comprobar.

Puedo asegurar que el regreso de aquel primer día de práctica como galeote no pudo ser más triste. Me sentía desfallecer de cuerpo y alma, hasta el punto de considerarme incapaz de tomar cualquier cosa entre mis manos, que se habían vuelto insensibles al tacto, aparte de presentar un aspecto lamentable y tembloroso. No podía imaginar que hubiese un suplicio semejante, y eso que no se trataba de bogar en serio, ni de vivir en aquellos pozos de inmundicia en que se convertía una galera a las pocas horas, lo que me deprimía más todavía. Solamente Aomar parecía encantado y feliz, ya que no había perdido su franca sonrisa desde que fuera asignado a aquel nuevo destino.

—¿Cómo puedes sonreír después de lo que hemos sufrido, y con lo que nos queda por delante? —hablaba en voz baja pero ciertamente malhumorado—. Ha sido un día terrible, espantoso, y se trata solamente del principio. Preferiría volver a las piedras de la muralla.

—Es mi oportunidad, Gigante, por eso me encuentro feliz. No olvides que soy hombre de mar, y hay momentos extremos en los que, entre las olas, todos somos iguales; blancos, negros, moros y cristianos. Has de ser fuerte porque, como supones, no ha llegado todavía lo peor. Cuando nos encontremos a bordo de una galera, como miembros de su chusma, comprenderás lo que te digo. Ten en cuenta que en un buque parecido al que utilizamos hoy, de unos cincuenta metros escasos de eslora^[38], conviviremos unas cuatrocientas personas como mínimo, a la intemperie noche y día.

—¿No se cierra con lonas por la parte de arriba? Creía que la disposición de estos

días era particular para el adiestramiento inicial.

—Siempre a la intemperie, sea verano o invierno, haga frío, calor, lluvia o pedrisco. Tan sólo a veces, en puerto y si el mando lo considera conveniente, se tiende un toldillo corrido de proa a popa. Por desgracia, no todas las galeras disponen de él, porque a veces no lo repone el almacén de pertrechos o se pierde en temporales. Este toldo es de herbaje^[39] o sayal en invierno, teóricamente impermeable, mientras que en verano se utiliza de lienzo angeo, más fino y capaz de transpirar, también en teoría. Sin embargo, mantenerse sin esa protección adicional presenta su parte positiva.

—¿Positiva?

—Desde luego. Ten en cuenta que los olores que produce el conjunto de la chusma, que larga sin remedio todas sus necesidades bajo la bancada, acaba con muchos que se sienten incapaces de respirar. Este problema se agudiza en los días veraniegos de sol y moscas, como los llamáis aquí, en los que no sopla del viento ni un mínimo suspiro.

—¡Qué horror y miseria! Y tú rogando cada día a Alá, por muy grande y bondadoso que sea tu Dios, para embarcar en uno de estos monstruosos artefactos. Te juro que cada vez lo comprendo menos. He llegado a la triste conclusión que debes estar loco —accionaba la cabeza hacia ambos lados, incrédulo y entristecido—. Después de todo, hemos tenido suerte porque la pareja de forzados que asignaron a nuestro remo, eran fuertes como mulas.

—Sí. Ése es un problema añadido cuando aparecen las enfermedades, y algunos galeotes que se sienten débiles no quieren declararse enfermos. Una bancada con personal robusto y en buenas condiciones físicas para bogar con fuerza es fundamental. Ten en cuenta que quien es considerado como enfermo sin remedio cierto y rápido, va directo al agua, salvo piadosas y escasas excepciones, por mucho que las Ordenanzas hablen de cuidados espirituales y otras patrañas.

—Y se llaman cristianos —murmuré en voz baja.

—Hay que avanzar, amigo mío. Debemos agenciarnos una generosa talega de esos polvos rojos que nos echan por el cuerpo los barberos una vez al mes, para desinfectarnos con cierta periodicidad. A bordo nos serán de gran importancia, en prevención de las habituales picaduras y contagios. Por desgracia, en todas las galeras del mundo conocido, las moscas, chinches, piojos, pulgas e insectos de todo tipo pululan con absoluta libertad. Debes tener en cuenta que se alimentan muy bien y con raciones extraordinarias.

—En los primeros momentos, creí que no seríamos capaces de mover con la suficiente diligencia esos pesados remos, que tanto se parecen a las perchas que se utilizan en mi pueblo para mantener en pie las casas de derribo o brincar por encima de los toros.

—Es normal que pienses así. Por desgracia, en estos tiempos que vivimos, con el sistema de utilizar forzados y esclavos para la boga, ha sido necesario utilizar esos

remos tan largos y pesados. Antes no era así.

—No te comprendo. ¿Qué quieres decir?

—Antiguamente, los remeros de las galeras eran hombres libres, gente de mar con poderosos brazos que cobraba gustosa por su trabajo. Cada uno de ellos utilizaba su propio remo, con lo que éstos eran más cortos, menos pesados y mucho más manejables. Sin embargo, este sistema presentaba graves inconvenientes para los reyes, jefes de escuadras, armadores de flotas, magnates y poderosos. El primero de ellos, el hecho de que al utilizar un remo por hombre, éstos eran más pequeños, siendo necesario disponer de un número muy superior de escálamos en las bordas, con lo que se reducía el impulso que se podía dar al buque. Además, como te decía, todos los que bogaban eran profesionales de la mar, y no sólo habían de recibir un sueldo sino que debían saber hacerlo; es decir, meter y sacar el remo del agua adecuadamente, lo que se llama repalear, llevar un ritmo correcto, bogar con fuertes oleajes; en resumen, ser capaces de remar como un profesional, lo que no es cosa tan sencilla.

—Doy fe de ello.

—Por el contrario, con este sistema de utilizar esclavos y forzados, con un solo escálamos se consigue un pesado remo movido por cuatro, cinco, seis y hasta siete galeotes, de forma que se utilizan grandes perchas, como tú dices, y se consigue un fuerte impulso. Este método presenta como ventaja añadida que sólo el bogavante, el que acciona el remo directamente sobre el guión, debe saber remar, mientras los demás pueden ser simples animales tirando de la soga. Por esa razón fue necesario cambiar la forma de construcción de los remos. Con el sistema primitivo, eran de una sola pieza, mientras que ahora, al ser de tan gran tamaño y robustez, han de ser manufacturados con dos piezas unidas, lo que se denomina como remos de galocha.

—Ya comprendo. Eso significa que la vida va a peor, conforme pasa el tiempo, de acuerdo con el refrán castellano. Preferiría ser un hombre de mar libre, tal y como había soñado desde niño.

—Así lo era yo, Gigante, un hombre libre y dueño de mi destino, así lo era hasta que me convirtieron en un esclavo para toda la vida —su semblante se oscureció en un rictus como nunca lo había observado. Pero fue una nube pasajera que fue reemplazada por su habitual sonrisa—. Te aseguro que es fantástico disfrutar de la mar, en cada momento del día, con plena libertad, y vivir del trabajo que desarrollas en ella. Pero dejemos los pensamientos tristes, que sólo consiguen menguar nuestras fuerzas y amargar nuestros pensamientos. Debes tener confianza. Alá, que es el más grande, nos sacará de ésta, puedes estar seguro.

—Te juro por la condenación de mi alma, que si tu Dios es capaz de sacarme de esta miseria, podría llegar a convertirme en un perfecto sarraceno.

—No hagas bromas con las cosas de Alá que, como te dije y no puedes comprender, es tu mismo Dios. Lo que ha de ser, será. Como dice el profeta, todo se encuentra escrito en el libro del destino.

—Si tú lo dices.

Aomar ofrecía, de vez en cuando, estas salidas más propias de fraile, tan poco acordes con su vida actual, una vida capaz de deshumanizar y trastocar los más firmes convencimientos al más puro de los santos. Es posible que se aferrara a aquellas ideas con desesperación, como el alma errante que persigue una lejana estrella, sin saber a ciencia cierta el destino al que conduce.

Aún así, las palabras confiadas y prometedoras de mi buen amigo no me sirvieron de mucho en esa ocasión. A decir verdad, no confiaba en nada y comenzaba a descreer lo creído durante tanto tiempo, aunque este pensamiento me hiciera sentirme mal, hasta obligarme a realizar la señal de la cruz sobre mi pecho con extrema rapidez. Era mejor dejar la mente en blanco, mi verdadera creencia en aquellos días, aunque se tratara de empresa harto difícil.

A pesar del cansancio tan absoluto que sentía por todo mi cuerpo, aquella noche tardé mucho tiempo en dormirme. Se me negaba un sueño que, sin embargo, necesitaba más que nunca para sobrevivir.

17. Proa a Mahón

Nuestro adiestramiento a bordo de la Santísima Trinidad continuó durante una semana completa, unos días difíciles de olvidar en su conjunto. Los problemas y calamidades que sufríamos en aquella vieja carraca, que parecía dispuesta a hundirse en cada una de las salidas a la mar, no se limitaban a la dureza de la boga y los rebencazos de los cómitres. Para nuestra desgracia, sus cuadernas debían encontrarse descuajeringadas y su tablazón medio podrida por la broma^[40], ya que, a veces, cuando la mar se abría en borreguillos y las olas golpeaban nuestro costado, entraba el agua a chorros como choza sin tejado. Esta situación obligaba a los forzados a accionar, por riguroso turno, las malditas bombas de achique, un duro y penoso cometido que significaba un suplicio añadido, y me hacía recordar aquellas lejanas explicaciones de los trabajos del dique.

Durante uno de aquellos días, cuando navegábamos a la altura de un cabo pronunciado y cortante al que llamaban *Tiñoso*, se levantó un oleaje más que respetable, monstruoso para mí en aquellos primeros momentos en los que todavía no comprendía de lo que es capaz la mar, cuando se pone de malas y decide tragarse todo lo que se abre a su paso. La galera cabeceaba y se balanceaba de forma violenta, como potro desbocado en corral, lo que me hizo padecer por primera vez el mal de los de tierra adentro. Ese especial mareo, nada parecido al que produce el buen vino o los aguardientes, comienza en el estómago, para ampliarse progresivamente en oleadas por todo el cuerpo, hasta llegar a la misma sesera. Por fin, consigue dejarte postrado en una situación que estimas tan cercana a la muerte, que ni el látigo de mil cómitres es capaz de hacerte volver a la vida. En esos terribles momentos, que llegué a vivir, puedo asegurar que sólo se desea entregar el alma y morir en paz.

Sin embargo, desde un punto de vista práctico y funcional, es necesario reconocer que el trabajo de Caballo y sus arrojados ayudantes era muy efectivo, como digo, sin tener en cuenta los sentimientos humanos de mínima piedad. Al final de aquella primera semana, la boga se mantenía a bordo de una forma más o menos ordenada, sin cruce de remos, desfases en las diferentes acciones, ni complicaciones excesivas al intentar cumplir con el ritmo marcado por el espalder. Comenzamos a bogar por cuarteles, con lo que disfrutábamos de algunos momentos de inesperado descanso, un periodo relajado que se interrumpía al primer fallo notable de cualquiera de los forzados, cuando no era propiciado por el mismo cómitre. Era entonces cuando Caballo ordenaba con rapidez y una sebosa sonrisa en su boca, aquella desagradable y odiada orden de ¡calar toda la palamenta!, e, incluso, a veces, la más temida e inolvidable de ¡ropas fuera!

El momento que inconscientemente temía, y Aomar esperaba con impaciencia, se produjo el siguiente lunes por la mañana. Al concentrarnos como cada día en la plaza de armas del cuartel, Caballo nos separó en dos grupos, tras una ligera revista y sin

razón aparente. Nos golpeaba con el mango de su rebenque en el pecho para encuadrarnos en uno u otro conjunto, mientras nos regalaba con su mirada torcida. Al encontrarnos todavía sin aherrojar, temí que me separaran de Aomar, lo que afortunadamente no se produjo, suerte que agradecí a nuestra señora de Valdelagua de forma inconsciente. Acabamos en dos grupos bien diferenciados, de unos ochenta penados cada uno. El cómitre parecía satisfecho de su elección, tras una ojeada de conjunto. Volvió a levantar su voz, situado frente a nosotros, a la vez que alzaba su rebenque hacia el cielo como dedo de predicador.

—Por desgracia para las honorables galeras de Su Majestad, no disponemos de más tiempo para conseguir que seáis galeotes de verdad, y no la bosta floja y afeminada que tengo ante mí. Pero las necesidades del servicio imponen algunas excepciones como ésta, que es necesario acatar. Estoy convencido que seréis la chusma más vergonzosa de la Real Armada, y sufriréis duramente por ello, no os quepa duda. Tengo la firme esperanza de que en las primeras navegaciones a bordo de vuestras nuevas unidades, entréis en duro combate contra el enemigo, para ser los primeros en recibir la metralla de los moros argelinos a los que, en esta primera y única ocasión, aplaudiré con energía.

Pareció tomar un ligero respiro en su enardecida arenga, mientras continuaba mirándonos con el mayor de los desprecios reflejado en su rostro.

—Deberéis recoger vuestro haterío con la mayor rapidez posible y regresar a este patio en escasos segundos. Os adelanto que este grupo situado a mi derecha —señalaba el enfrentado con nosotros—, pasará directamente a formar parte de la chusma de la galera San Antonio, que se ha acabado de armar en el arsenal cartageno y se encuentra lista para salir a la mar en operaciones de guerra. Por el contrario, este otro grupo —señaló al nuestro—, embarcará de transporte en la galera Redentora. Esta misma tarde largará amarras para dirigirse hacia el puerto de Mahón, en la isla de Menorca, en cuyo arsenal se está finalizando la construcción de la galera Santa Bárbara, a la que habéis sido asignados. Se trata de una nueva y flamante unidad que deberéis trasladar hasta Cartagena para montar sus cañones y algún aparejo que escasea en la isla balear. Así que ya sabéis todo lo que es necesario. No perdáis un solo minuto, hijos de Satanás, y a correr perdiendo el alma. ¡Ujuu! ¡Ujuu!

Todo se sucedió con extrema rapidez, con esa aceleración que nos lanzaba a impulsos violentos en cualquier dirección posible, sin pedirlo ni desearlo. En efecto, pocos minutos después, los forzados divididos en dos grupos separados, una vez aherrojados por parejas como siempre, tomamos el camino a paso rápido hacia el arsenal, hasta alcanzar el muelle de levante. Allí pudimos comprobar la presencia de las dos galeras mencionadas. El rostro de Aomar parecía haber adquirido un brillo especial.

Se percibía con un simple vistazo que la galera San Antonio era de recientísima construcción, con su casco recién pintado y todo el aparejo nuevo y brillante. Por el contrario, en la Redentora se apreciaba con claridad el paso de los años por sus

arbotantes y cuadernas, así como las muchas millas navegadas. Según comentarios de los que siempre se enteraban de todo, la San Antonio nos acompañaría en el viaje señalado, con la misión específica de convoyar a la unidad gemela Santa Bárbara en su futura navegación hacia Cartagena. La razón era que la nueva galera montaba todavía escasas piezas de artillería, y podía ser fácil presa de algún pingue argelino en dicha situación.

Lo cierto es que en ambas unidades se apreciaba mucha actividad y movimiento de personal en cubierta por todas direcciones. Los marineros embarcaban diverso material en grandes fardos de estera, brillantes jarras de cobre y cajas de madera. Al mismo tiempo, se escuchaban con fuerza las órdenes de todo tipo, los agudos silbidos de los contra maestres y la barahúnda general que se produce en esos casos.

Debimos sufrir un par de horas de plantón en el muelle antes de subir a bordo, lo que los hombres de mar denominan como embarcar. Supongo que era necesario ordenar todo lo que se arracimaba en cubierta, antes de recibir el transporte extra de unos ochenta forzados, un transporte que, desde el primer momento, se apreciaba como no deseado por ningún miembro de la dotación.

Fue emocionante observar la llegada a bordo del capitán, con la guardia formada en cubierta y el pito del contra maestro señalando los honores de ordenanza. Era un hombre alto, de unos treinta y cinco a cuarenta años de edad, que vestía una impecable casaca de largos faldones y pantalón azules, con vueltas de manga y medias de color grana, mientras mantenía su bicornio penachudo bajo el brazo. Lucía unos vistosos entorchados dorados en las bocamangas que, según me indicaron, pertenecían al grado de capitán de fragata. Fue recibido en el extremo interior de la plancha por el segundo comandante, que parecía indicarle las novedades de aquel desorden más o menos ordenado.

Ante el paso por cubierta del comandante, venerado como un Dios particular a bordo, todos detenían su trabajo, para situarse en pie de forma digna y destocarse con tanto respeto como si del mismo Altísimo en la procesión del Corpus se tratase. Al llegar a la toldilla^[41], se introdujo por lo que parecía un tambucho encajado y que, en realidad, era la entrada a su cámara. Llamó mi atención la forma descuidada y miserable en el vestir de la gente de mar, cada uno a su aire y algunos medio desnudos, como forzados a galeras, así como el gorrito colorado que lucían muchos de ellos en la cabeza, muy parecido a la barretina que usaba en mi pueblo un marchante catalán.

Por fin, se nos hizo embarcar por la plancha dada a tierra. Aunque me pareció que no venía a cuento, el cómitre de la galera nos recibió con algún rebencazo de bienvenida, entre insultos y risas de marineros, como si se tratara de una cordialidad especial de la casa. Nos dividieron en dos grupos a voleo y sin demasiada exactitud o rigidez. En realidad, nos hacíamos todos a proa, bajo la arrumbada, unos en la banda de estribor y los otros a babor.

La situación era incómoda y poco alentadora, ya que no disponíamos siquiera de

espacio suficiente para mantener nuestros hatos de ropa y pertenencias miserables en la mano. Con los movimientos y apretujones de los que buscaban mejor acomodo, más de uno perdió tan preciosa e inestimable carga, sin remedio posible. Por fortuna, no fue mi caso.

Nos manteníamos de pie, en espera de órdenes posteriores que nos permitieran un ligero descanso, aunque éstas no llegaban. Todavía desconocíamos si se nos permitiría tomar asiento en la cubierta o qué movimientos eran los apropiados a la situación, cuando las órdenes y silbidos volvieron a sonar en confusa melodía. Comprendimos que llegaba el definitivo momento de salir a la mar, sin esperar más tiempo. Como, por fortuna, la galera se encontraba atracada de costado al muelle, no fue necesario izar el ancla, maniobra que habría sido casi imposible llevar a cabo en aquella situación, ya que era alrededor del cabrestante donde nos hacinábamos los forzados de transporte como ganado en corral.

A los pocos minutos de encontrarme a bordo en aquella forzada posición, me dolían los tobillos porque con tanto movimiento brusco e inesperado, a veces me separaban de Aomar a excesiva distancia, lo que producía tirones de la cadena sobre la manilla del pie. Mi compañero, en esta ocasión, parecía haber perdido su sonrisa habitual, lo que nada bueno presagiaba. En efecto, escuché sus tristes palabras entre el murmullo general.

—Lo vamos a pasar bastante mal hasta que llegemos al puerto de Mahón, Gigante. No hay nada peor que navegar de transporte en un barco en el que no cabe, normalmente, ni un alma más y, de pronto, recibe ochenta desgraciados como nosotros de regalo. Roguemos para que este penoso traslado acabe cuanto antes. Puedes estar seguro que deseo con todo fervor encontrarme encadenado a un banco de la galera Santa Bárbara, y olvidarme de ésta.

—Me alegro que lo digas, porque no puedo más con los tirones del pie.

—Pégate a mí y no te separes una pulgada. Usa los codos si es necesario.

Me sentía triste y desazonado como siempre que, en los últimos meses, afrontaba una nueva y desconocida situación. Sin embargo, me maravillé al observar el orden y silencio con que bogaba la chusma, tan sólo con el repetido ¡Ujuu! de fondo que era, en este caso, casi imperceptible e innecesario. Sin haber escuchado ninguna orden, comprobé que todos los forzados de transporte se sentaban, trabajo difícil ya que parecía imposible que pudiésemos conseguirlo en tan reducido espacio. Como desconocía todos los detalles de la navegación que emprendíamos, pregunté a Aomar que era siempre mi mejor fuente de información.

—¿Tardaremos muchas horas en llegar a nuestro puerto de destino?

Aomar me miró benevolente, con la sonrisa recuperada en su rostro.

—¿Has dicho horas? Para nuestra desgracia, bastantes, muchas más de las que puedes imaginar. Si mis recuerdos no me traicionan, la distancia directa a la isla de Menorca debe rondar las cien leguas aunque, según creo, en los barcos de la Armada cristiana se usa la milla^[42] como unidad de medida, que es la tercera parte de la legua

marina.

—No me líes más, por favor, que sabes de mi ignorancia en esos temas —a veces me exasperaban las exageradas explicaciones de mi compañero, que me dejaban en Babia—. ¿Cuántas leguas de las mías has dicho?

—Cien, más o menos.

—¿Has dicho cien leguas? ¿Tanta distancia? Creía que esa isla se encontraba más cerca de Cartagena. En ese caso, tardaremos media vida.

—Puedes estar seguro que se nos hará eterna esta travesía. Calculo que necesitaremos, si el estado de la mar nos echa una buena mano, unos tres días de navegación o algo menos. También dependerá de que el capitán decida hacer rumbo directo a su destino o no. Por desgracia, la chusma tarda bastante tiempo en enterarse de las intenciones del mando, si es que lo hace alguna vez. Es posible que si quieren evitar cualquier sorpresa con enemigos corsarios, dada la situación en que navegamos, arrumben entre las islas, con lo que se alargaría esta penosa navegación.

—Aunque no comprendo lo que dices, soy consciente de que sufriré.

—Sufriremos, Gigante. Sufriremos.

Aomar, como de costumbre, acertó en todas sus previsiones. La navegación a bordo de la Redentora, cuyas aguas seguía a cierta distancia la San Antonio, fue terrible, y no crean que me había acostumbrado al uso de esta palabra que, en cada nueva ocasión, se alargaba más en su contenido. El capitán no siguió una derrota directa sino que arrumbó para atravesar entre unas islas conocidas como Ibiza y Formentera. Después debimos franquear un estrecho entre una más grande, Mallorca, y una minúscula que llamaban Cabrera, cuyo nombre trajo a mi mente la idea de rollizos borregos asados al horno. Pero se trataba de uno más de los espejismos que produce el hambre y que, por desgracia, no alimentan.

El estado de la mar, un factor de la mayor importancia para los que anidábamos en corral ajeno, se tornó a males a partir del segundo día, con los inconvenientes añadidos que esa condición representa. Sin que parezca exageración por mi parte, puedo asegurar que nos manteníamos de forma permanente mojados, ateridos de frío, agotados, apretujados unos contra otros y hambrientos, ya que la comida que pudimos conseguir era escasa y aguada, porque se daba preferencia al personal de a bordo. Un verdadero tormento cuyo término no aparecía en el horizonte.

Habían transcurrido dos o tres días de horror permanente, no lo recuerdo con exactitud, y me creía a punto de morir de hambre, cansancio, sueño, frío y mareo, cuando escuché a mi lado la voz de Aomar que, en este caso, sonó en mis oídos como melodía celestial.

—Parece que se acaba el suplicio, amigo mío. Si no me equivoco, ésta debe de ser la ría que finaliza en el puerto de Mahón.

—¿Llegamos a nuestro destino? —más que una pregunta, se trataba de un deseo fervoroso.

—Eso creo.

Como de costumbre, no se equivocaba. Nos adentramos en un embudo de mar que se transformaba poco después en amplio río, con lo que el movimiento de la nave pareció amortiguarse de repente, como acción de bendito ensalmo. A banda y banda se abrían suaves colinas verdes, más pronunciada a estribor, con pequeñas casas blancas esparcidas al desmayo, como cabras entre pasto. Dos horas más tarde fondeábamos el ancla con su ruido característico, frente a una blanca y recogida ciudad, Mahón, donde se apreciaba un fuerte tráfico de embarcaciones de todo tipo. A unos cien metros de nuestra posición, destacaban las instalaciones propias del arsenal, en la orilla opuesta de la ría.

Como por arte de magia, pasamos del inmovilismo más absoluto a la acción desenfadada. Volvieron a sonar los pitos, órdenes y barahúnda general. Comenzó el desembarco de hombres y pertrechos en el esquife del buque, así como en botes llegados al efecto del establecimiento militar. A punto estuvieron algunos galeotes de caer al mar, lo que habría significado su muerte segura. Se trataba, realmente, de una operación difícil y arriesgada el hecho de descender, encadenados de dos en dos, por una estrecha escalera de mano que colgaba del costado, allí la llamaban escala de gato, hasta los botes atestados en que nos transportaron al puerto. También, gracias a la Divina Providencia, acabó este suplicio, aunque alcanzamos tierra firme en un estado verdaderamente lamentable, tanto físico como mental.

Comenzábamos a sentarnos en el piso del muelle, agotados y maltrechos, cuando los rebenques volvieron a sonar por el aire en conocida melodía. Sin concedernos tiempo para recuperar el resuello, se nos ordenó caminar en dirección al interior del arsenal. Bordeamos la ría en un trayecto que no parecía tener fin, hasta que, de pronto, al abrirse un pantalán^[43] estrecho y alargado, pudimos observar a lo lejos nuestro destino final. La voz del contramaestre que nos acompañaba se escuchó con fuerza.

—Ahí tenéis vuestra nueva casa, hijos de la bicha negra —soltó una poderosa carcajada, a la vez que señalaba hacia delante con el rebenque—. La verdad es que un mierdoso conjunto como vosotros, no merece un palacio tan maravilloso y reluciente.

Mientras sonreía divertido, continuaba indicando con su brazo una galera idéntica a la San Antonio, atracada a un pequeño muelle abaluartado con cañones negros. También en ésta unidad brillaban los bronce, así como el resto del material y sus aparejos. Sin embargo, por encima de todo destacaba el casco, recién pintado de un color azul oscuro, con rayas negras horizontales. De un primer vistazo, se dejaba notar la falta de algún armamento y los remos que, según parecía, llegaban de transporte en la Redentora.

Pero lo que más llamó mi atención, se produjo al observar el espejo^[44] de popa, donde podía leerse su nombre en grandes y llamativas letras amarillas: Santa Bárbara. Habíamos llegado a nuestro destino y, como infernal repetición, comenzaba una nueva experiencia, una experiencia que tampoco he podido olvidar con el paso de los años. Iniciaba en aquellos momentos mi verdadera vida como galeote, aherrojado al

duro banco de la boga como miembro de la chusma en una galera de Su Majestad.

18. Tatuajes

Abordaba sin saberlo el destino culminante de mi vida, y deben entender como destino su verdadero significado en la Real Armada, donde así se denomina el nuevo puesto de trabajo que se asigna a cualquiera de sus miembros, como si lo hubiesen dispuesto desde las alturas celestiales. Sin embargo, poco a poco me sorprende comprobar la facilidad, y hasta el dulce sosiego, que percibo al recordar aquellos días, como si leyera una entretenida obra de hidalgos y sus amores desesperados que nadie corresponde. Me duelen menos los recuerdos conforme desgrano aquellos meses, como los latigazos del cómitre que golpean sobre llaga abierta.

Pronto conocimos al cómitre bajo cuyas órdenes deberíamos bogar en nuestro nuevo buque. Este infame personaje, que tan importante papel representó en mi vida, nos esperaba en el muelle, junto al portalón de la reluciente galera, con una extraña sonrisa en su rostro. Se trataba de un hombre alto, ancho de hombros y con poderosos músculos. Su cabello, sucio y negro como el infierno, era largo y rizado, con lo que hacía necesario el uso de una redecilla trenzada, muy al uso en la Armada, para recogerlo sobre su nuca. En su cara, de piel oscura y ligeramente agitanada, destacaba una nariz larga, quebrada y torcida, posiblemente por efecto de una dura trifulca de puerto.

A pesar del frío y la fina lluvia que caía de forma persistente, nuestro nuevo amo y señor vestía pantalón de franela azul con alas anchas, y un sencillo y ceñido blusón de manga corta. La escasa indumentaria dejaba al descubierto un número de tatuajes tan elevado y variado en sus poderosos brazos, que no quedaba libre ni un solo centímetro cuadrado de su piel para otro detalle artístico. Puedo asegurarles que nunca comprendí esa propensión de la gente de mar, a lastimar su piel con todo tipo de dibujos, obscenos en muchas ocasiones, como si se tratara de un colosal trofeo procedente de islas y mares exóticos. Debemos copiar lo que de bueno aportan otras civilizaciones atrasadas, descubiertas muchas de ellas por nuestros marinos, pero no aquellas que deben considerarse como nocivas y poco edificantes.

Aquel siniestro espécimen del ser humano, portaba un rebenque inusualmente largo y negro, más negro que el betún de Judea, según parece por la brea que extendía periódicamente sobre él, con lo que las tiras sueltas se clavaban con más dureza sobre la piel del forzado que recibía el golpe. Para nuestra desgracia, como más tarde nos aseguraron los galeotes veteranos, Tatuajes, que así lo apodaban, era uno de los peores y más desalmados hombres de mar que pisaban las cubiertas en los buques de la Real Armada, una persona que gozaba con el daño ajeno y no se contentaba con el mejor cumplimiento del servicio, además de otras habilidades poco recomendables. Se trataba, en fin, de un ejemplar de maldad que nos hizo sufrir de verdad, y cuyo rostro nunca pude olvidar con el paso de los años.

Una vez que recibió y firmó de forma repetida los papeles correspondientes al asentamiento de los setenta y un forzados que le entregaban, Tatuajes comenzó a

pasear entre nosotros. Nos observaba con detenimiento, sin que esa especial sonrisa, que tan bien llegamos a conocer y sufrir, abandonase su rostro un solo segundo. Su voz era fuerte y ronca, vibrante en ocasiones, aunque presentara un deje gangoso que intentaba enmascarar. Nos dirigió la palabra con inesperada suavidad en los primeros momentos, sin elevar el tono en exceso.

—Bueno, bueno. Nunca acabaré de sorprenderme en esta Real Armada a la que fielmente servimos. Ya veo que recibo una pandilla de desalmados y novatos, hijos de mala madre culebrona, un grupo de ejemplares indignos de pertenecer a una chusma de buque cristiano. Os aseguro, ya de entrada y con sinceridad por la proa —miraba fijamente a los ojos de los forzados, como si desease escudriñar en el fondo de sus almas—, que no me gusta vuestra cara, no me gusta nada, lo que en mi caso suele ser un mal comienzo, un presagio nada prometedor para el conjunto de basura humana que formáis.

Se detuvo para fijar su mirada en un pobre forzado, cuyo rostro dejó adivinar el temor que sentía. Disfrutaba con aquellos detalles que su grado le otorgaban por encima del bien y del mal.

—Desearía transmitirlos con meridiana claridad, que nada de lo que habéis sufrido hasta el momento, por duro e insoportable que os haya parecido, será comparable con vuestra vida a bordo de esta galera que recibimos virgen y lozana. Es mi deseo que la Santa Bárbara, cuando navegue a remo, sea la galera más rápida, no sólo de la Real Armada, sino de toda nave que surque las aguas en este hermoso mar Mediterráneo, sobre el que cabalgaremos al galope tendido, clavando espuelas de sangre si es necesario. Y os juro por mi condenación eterna, cuestión que no me preocupa lo más mínimo, que lo conseguiré —amplió su sonrisa a la vez que endurecía el gesto—, lo conseguiré aunque más de uno de vosotros deba quedarse en el camino.

Tatuajes continuaba su divertido paseo entre nosotros, mientras los galeotes bajábamos la vista hacia el suelo, en un intento de evitar su mirada. La primera y más importante regla de todo forzado era la de procurar pasar inadvertido el mayor tiempo posible, porque cualquier movimiento en falso podía acarrear funestas consecuencias.

—Aunque a una gentuza como vosotros no les debería importar lo que voy a decir a continuación, cumpliré la orden del señor comandante y os explicaré algunos detalles de esta flamante nave que vamos a estrenar en poco tiempo. Como podéis comprobar con una ligera mirada, se trata del bajel más nuevo de nuestra Armada, asignado al glorioso Cuerpo de Galeras de Cartagena, restablecido hace poco. Se ha construido con maderas nobles de los bosques de Navarra, embarcadas en Tortosa hacia este arsenal, bajo la dirección de don Juan Real, ayudante de construcción de la Armada y muy práctico en su facultad. Tiene una eslora de 181 pies de Burgos^[45] y una manga^[46] de 28. Disponemos, para asegurar el fondeo, de cuatro rezones grandes y uno pequeño. El aparejo, es decir, el conjunto de velas que espero no sea necesario utilizar, para no desperdiciar vuestros últimos años de vida, se compone de tres velas mayores, una gavia, un freo, tres picholas, dos pollacras y una mesana latina. No se

trata que las vayamos a usar todas, para que así podáis retozar cómodamente en cubierta. Muchas de ellas solamente se utilizan en caso de tormenta o temporal duro, para intentar capearlo a vela, si no hemos podido librarlo a remo.

Pareció tomar un respiro en su perorata al llegar al extremo de la fila exterior, momento en el que dedicó toda su atención a la muda observación del horizonte, hacia la salida de la ría, como si se hubiese olvidado de nosotros. Sin embargo, a los pocos segundos continuó su paseo y sus palabras, empleadas, conforme pasaba el tiempo, con mayor desprecio hacia los pobres desgraciados que acababan de depositar bajo su custodia.

—Ya veo por el gesto estúpido y pueril de vuestras caras, que no entendéis una sola palabra de lo que os digo —soltó una pequeña carcajada que nos sorprendió, para volver al tono desabrido con rapidez—. Es igual, ya que el citado aparejo será gobernado por experimentada gente de mar y no por la chusma despreciable que formáis. Pero no olvidéis que, si por mí fuera, no tocaríamos una sola de esas hermosas velas, para guardar así mejor los preciados armamentos que nos regala la Real Hacienda, y conseguir que paséis los inmundos galeotes a otra vida, si es que existe, en el menor tiempo posible. Estoy seguro que seríais expulsados del mismo infierno.

En su permanente y lento paseo, disfrutaba dejando largos silencios. Se auxiliaba con un golpe más o menos suave de su rebenque en el cuerpo de los forzados, para separarnos y poder atravesar las apretadas filas. No sé lo que pensaban los demás, pero yo me sentía mal por momentos, como si una voz en mi interior me avisara, por adelantado, de todo lo que era capaz de realizar aquel ser malvado.

—Nuestro armamento se compone de un cañón de a 24 libras^[47] y dos de a 12, que podréis observar en proa, a popa del tamborete^[48], así como ocho pedreros^[49] repartidos por el alcázar y los costados, aparte de numeroso material portátil de fuego. Uno de los de a 12, así como los pedreros, se encuentran sin instalar y los recibiremos en el arsenal de Cartagena, puerto al que nos dirigiremos en cuanto el buque se encuentre listo para salir a la mar. Aunque os parezca poco, disponemos de suficiente gente de mar y combate para batir a cualquier enemigo. Llevaremos una boga de 162 forzados, que deberán hacer volar a esta hermosa galera por medio de sus 36 remos, grandes y robustos, 18 por banda. Equilibraremos la chusma para que os situéis repartidos entre los galeotes veteranos, que son casi tan despreciables como vosotros. ¿Verdad que sí, rufián de baja estofa?

Se había detenido junto a un compañero andaluz, joven y de alta estatura, a la vez que apretaba el extremo del rebenque contra su boca. Lo miraba en espera de la respuesta a su pregunta. El pobre desgraciado se limitó a asentir con fuerza, imposibilitado del habla, lo que motivó la risa del condenado.

—Nuestro Comandante, a quien os está terminantemente prohibido dirigir la palabra si no sois conminados a ello, y debe ser como un Dios para todos vosotros, es el capitán de fragata don Juan Bautista de Arizábalo, oficial del Cuerpo General de la

Armada curtido en mil batallas, y a quien no le importa deslomar a base de azotes, descuartizar o pasar por la quilla a cualquiera que incumpla una sola de las Ordenanzas de Su Majestad, o remolonee en sus obligaciones. El alférez de navío, del mismo cuerpo, don Nicolás Scals será el segundo comandante. El resto de la dotación de la galera está compuesto por doce oficiales mayores, 60 hombres de tropa de infantería, seis de artillería, 20 oficiales de mar, 17 artilleros y ayudantes, 33 marineros, 32 grumetes y seis pajes. En total suman 350 tripulantes, más trece criados particulares.

Había regresado a su punto de partida, junto a la plancha que unía el muelle con el barco. Volvió a mirarnos con seriedad.

—Podéis olvidar todo lo dicho ya que, os repito, no os cuestión de vuestra incumbencia y lo hago solamente para cumplir con las instrucciones recibidas y las ordenanzas particulares. A vosotros, conjunto de seres despreciables que, como espero, no sobreviviréis mucho tiempo a bordo, lo único que os importa es la obligación de bogar con la fuerza máxima de vuestros brazos y al ritmo que yo ordene, hasta rendir el alma si es preciso.

Se le veía disfrutar con su brillante arenga, especialmente cuando parecía escupir sus palabras con un desprecio absoluto hacia nosotros.

—En caso contrario, acabaréis con el lomo en carne viva y se disminuirán vuestras raciones hasta el mínimo, si es necesario. Todo aquél cuya flojera considere excesiva, será anotado en el parte de retreta como moribundo, con lo que pasará a ser pasto de las voraces toninas y marrajos que abundan por estas aguas. Aunque lo consideréis exagerado, os aseguro que tengo potestad para ello ya que, en el caso de la galera Santa Bárbara, además de cómitre actuaré como barbero y cirujano, un detalle de la mayor importancia, como comprenderéis más adelante —ahora volvió la sonrisa abierta a su rostro, para mostrar unos dientes negros y corroídos—. Y ya está bien de parloteo estúpido. Dentro de pocos segundos, acudirá el mozo de alguacil que os desaherrojara, mientras los sotacómitres os asignan vuestra bancada a bordo. ¿Habéis comprendido, chusma?

Nos mantuvimos en silencio, sin saber a ciencia cierta si debíamos callar o responder a la pregunta formulada. La duda se disipó en escasos segundos, ya que a la vez que largaba tres fuertes rebencazos a los más próximos a él, elevaba la voz como no lo había hecho hasta entonces.

—Cuando pregunte si me comprendéis, debéis contestar todos a la vez, rompiendo vuestra garganta: «¡Sí, señor!». ¿Habéis comprendido, chusma?

—¡Sí, señor!

—No lo he oído bien —volvió a repartir una tanda de rebencazos antes de repetir—. ¿Habéis comprendido, chusma del demonio?

—¡Sí, señor!

Empleamos hasta el último suspiro de nuestros pulmones en aquel grito desgarrado, lo que provocó una nueva y amplia sonrisa en aquel bastardo, hijo de

bruja y Satanás, a quien comenzamos a odiar desde aquellos primeros momentos, un odio que fue creciendo con el paso del tiempo hasta convertirse en una verdadera obsesión. Aunque no sean palabras de buen cristiano, les puedo asegurar que acabé, como todos mis compañeros forzados, deseando en cada instante aplastar su cabeza con mis propias manos, hasta verlo morir en lenta y dolorosa agonía. Aunque sea difícil de creer, era aquella una imagen que iluminaba con inesperada dulzura mis pensamientos en los momentos más duros.

Por fin, un mozo de alguacil joven y de aspecto enfermizo llegó hasta nosotros y comenzó con su labor. Soltaron la cadena que me afirmaba a mi buen amigo y compañero Aomar, lo que me hizo suponer, como así fue, que dejaría de tenerlo a mi lado, un suceso que me entristeció profundamente. Nos despedimos con la mirada, mientras me sonreía con el movimiento de su cabeza. Con su gesto parecía repetirme su cotidiana frase de que debía tener confianza en su Dios. Era mi segunda despedida, con lo que mis pensamientos evocaron la figura de Mechones, a quien no había vuelto a ver desde nuestra separación.

Se nos ordenó embarcar en la galera, con lo que iniciamos el paso a través de la plancha en fila india y de forma ordenada. Conforme llegábamos a nuestra cubierta, éramos asignados a una de las bancadas con rapidez. Me correspondió el segundo puesto de boga, a partir del costado, en la fila doce, lo que me satisfizo ya que en los puestos proeles se notaba más el movimiento del barco, y aún no había perdido mi propensión al mareo. Por el contrario, pude observar cómo Aomar era designado a los puestos de corulleros, en proa, aunque no parecía importarle mucho ese detalle. El mozo de alguacil afirmó una cadena más larga de lo habitual a mi manilla, para aferrar el otro extremo a una fuerte argolla clavada en la galera que, según supe, llamaban blanca. De esta forma, me encontraba firme y bien sujeto a mi nuevo destino. Ahora sí que me había transformado en un verdadero galeote, un forzado, un talamite, un desgraciado ser amarrado al duro banco de la boga como un esclavo más.

Antes de inspeccionar con detenimiento a mis nuevos compañeros de destino, levanté la mirada por encima de la borda, con lo pude observar, fascinado, el paso de un enorme navío cerca de nosotros. Aquella impresionante máquina de guerra, de una belleza extraordinaria, portaba una innumerable cantidad de cañones en sus costados, distribuidos en dos líneas paralelas que desfilaban de proa a popa y que llamaban puentes, baterías o andanas. Aunque lo supe más tarde, se trataba del Septentrión, un famoso navío de 74 cañones y dos puentes, primero de los construidos en el arsenal de Cartagena, que entraba en puerto con averías de cierta importancia en su aparejo. Con cierta tristeza pensé que se trataba de uno de los buques con los que había soñado tantas veces en mi juventud.

Mis compañeros cercanos en la boga eran de caracteres bien diferentes. A pesar de la triste vida que llevaba en los últimos meses, desde el día de mi injusto apresamiento, la suerte me había favorecido en abundancia, como aseguró Mechones en aquellos primeros momentos, especialmente al haberme premiado la diosa Fortuna

con dos buenos compañeros de los que había disfrutado y a los que tanto debía, posiblemente la misma vida. Ahora, como digo, la suerte fue dispar. A mi derecha se encontraba un moro alto y delgado, de mediana edad, lo que podía significar entre veinticinco y treinta y cinco años, piel morena y muy lisa en la cara, sin picadura alguna de viruela. Lo que más destacaba era el tamaño desmesurado de sus ojos negros, abombados hacia fuera, aunque su mirada era agradable y bonachona.

Según me contó cuando trabé amistad con él, respondía al nombre de Azayn, sin apodo, y era esclavo. Había sido capturado en la costa tunecina, donde se dedicaba a la pesca, por un bergantín español. Se mantenía ya cinco años como forzado, de los que contaba con dos en el duro servicio de galeras. Parecía una persona de buen corazón y así me lo demostró con el paso del tiempo de forma sobrada. He de reconocer que a lo largo de mi caminar por este pozo de lágrimas, desde que sufrí aquella desgraciada experiencia como forzado, siempre he apreciado con largura al moro, en contra de una opinión general que considero ignorante y equivocada. Al menos para mí, se trata de un grupo de personas de las que siempre recibí afecto y cariño en los momentos que más lo necesitaba, y a las que, en definitiva, debo la vida, y todo lo que llegué a ser.

Por desgracia, el forzado que me tocó en suerte a mi izquierda era diferente, como el día y la noche. Apodado Pestañas, se trataba de un ejemplar que hacía plausible la idea de que la pena a galeras fuese justa y necesaria. Este monstruo de la naturaleza era la viva imagen de Satanás; asesino, buscarruidos, marrullero y todos los calificativos de nuestra lengua que se le pudiesen aplicar a una persona tan infame. Según creo, era extremeño de nacimiento aunque no podría asegurarse tal detalle, ya que no llegó a intimar con ningún compañero a bordo. Se encontraba condenado a muerte dos veces y para desgracia del ser humano, se le había conmutado la pena por la de forzado de por vida.

Era Pestañas bajo de estatura pero fuerte como un toro. Albino de piel y cabello, destacaba por encima de todo que no dispusiese de una sola pestaña, razón que forzó al conocido apodo con que se le conocía y que le ofrecía un aspecto iracundo y bravucón. Presentaba una herida profunda en su ceja derecha, así como una espantosa señal de gran cuchillada en la mollera, que le formaba un hoyo repugnante desde la frente hacia atrás. Al parecer había asesinado a media docena de personas de bien, aunque podrían ser a centenares sus víctimas, porque se le creía capaz de acabar con media humanidad, empezando por Tatuajes al que, según sus propias palabras, cortaría la nuez algún día, aunque fuese lo último por hacer en su vida.

De aquella forma, la suerte había quedado relativamente equilibrada en mi nuevo destino, aunque supusiera un riesgo cierto para mi persona, demasiado cercano, la presencia del extremeño ribaldo y garitero. Una vez más me asomaba al precipicio, en aquel pavoroso vaivén que conformaba mi nueva existencia. Comenzaba una nueva etapa, ahora en condiciones de esclavitud total, encadenado en la bancada de una galera como un esclavo, quién sabe por cuánto tiempo.

19. La galera Santa Bárbara

En aquel primer día a bordo de la Santa Bárbara, se nos concedió nuestra ración de menestra sin rebajas ni complicaciones, la que comí atragantándome, tanta era el hambre acumulada en el terrible viaje a bordo de la Redentora. Parece increíble que, con el paso del tiempo, llegase a encontrar aquella asquerosa comida como alimento preparado por excelentes cocineros y digno del paraíso terrenal. No saben muchos lo que puede conseguir el hambre, cuando se siente de verdad y muerde como una víbora en el estómago.

En la galera que significaba mi nuevo hogar, si es que puede llamarse así, se recibía una ración de menestra por la mañana, al toque de diana, y otra por la tarde, bien temprano. Sin embargo, se sufría intensamente al percibir los olores de otras comidas ricas y sazonadas, que nos llegaban del fogón situado en la parte central de la nave, unas viandas destinadas, por supuesto, al personal profesional. Esos ricos olores nos dejaban la lengua bailando en nuestra boca y, en mi caso, me hacían recordar escenas caseras de cocinas entrañables, unas lejanas escenas que prefería olvidar para esquivar el dolor, aunque otras veces las rescatara para evitar el desmoronamiento de mi alma.

Comprendí con tristeza que, por primera vez, me encontraba completamente inmovilizado. El banco donde me sentaba, sería mi aposento definitivo durante mucho tiempo, años quizás. Tan sólo para dormir nos acurrucábamos en la banqueta o remiche, que era la estrecha plataforma situada bajo cada una de las bancadas. En aquel primer día, atracados de costado al muelle del puerto, se encontraba tendida sobre la cubierta de la galera una tienda o toldo de herbaje que nos protegía de la lluvia que comenzaba a caer con más fuerza, una protección que, como me profetizó Aomar, recibimos en contadas ocasiones.

El moro Azayn era el que, conforme pasaba el tiempo, se hacía más locuaz, un detalle que agradecí siempre a los buenos compañeros que me envió la fortuna. También en esta nueva situación, mi compañero era el encargado de informarme de todo lo necesario, aunque ya comenzaba a disponer de conocimientos propios. Se convirtió con rapidez en mi tercer amigo, mi tercer gran amigo, dentro de esa nueva vida que ya sufría bastantes meses y que me parecían largos años.

Al día siguiente, salimos a navegar con poca tripulación de gente de mar, ya que se trataba de comprobar el estado de distribución y adiestramiento de la boga, con los nuevos forzados incrustados entre la chusma. Aunque, en mi opinión, el ritmo se mantenía rápido y casi perfecto, los gritos de Tatuajes y los silbidos de los rebenques se dejaban oír como si asistiesen a un desastre absoluto. Bogamos durante un tiempo interminable a ritmo máximo, con toda la palamenta en el agua, hasta acabar extenuados, noveles y veteranos, muchos de los cuales nos culpaban de aquel suplicio.

—Todo por vuestra culpa, bastardos de mierda —era Pestañas el que no paraba de

murmurar, para bien o para mal, en todo momento.

Me molestaba más y más tanta monserga continuada de aquel asesino malnacido situado a mi izquierda, así como el tono despreciable que utilizaba. Me mantuve tranquilo y sosegado durante horas, pero llegó un momento en el que la vara excedió la marca y los vientos se dispararon en mi cerebro a revoleo. Me disponía a contestarle de forma adecuada, cuando Azayn, atento siempre, me tocó con suavidad en el brazo.

—Más vale que te calmes y lo dejes correr, si quieres disfrutar de una vida relativamente larga y tranquila. No es casualidad la actitud de ese bastardo y podrás comprobar que todos lo dejan pasar. Te aseguro que muchos de los que bogaron a su lado, acabaron en el agua con la tripa despanzurrada por encontrarse con él. No merece la pena.

—¿Y no fue castigado por esas acciones? ¿Se puede asesinar a una persona en los buques de Su Majestad sin que le apliquen la condena adecuada?

Pregunté a mi compañero en voz baja. En verdad, no podía imaginar que acciones de ese tipo pudiesen tener cabida en una galera, en una unidad de la Real Armada donde estábamos controlados permanentemente, y con poca flexibilidad de movimientos.

—Ya comprobarás que en combate o situaciones complicadas de mala mar y temporal, muchas veces por la noche y sin iluminación, el barullo, confusión y ruido a bordo son tan grandes que muchos miembros de la dotación, forzados o no, acaban heridos, sin saber cómo se ha producido el accidente, y no siempre a causa del enemigo o las olas monstruosas. Según parece, éstos son los momentos que aprovecha Pestañas para saldar sus cuentas pendientes que, según él, son muchas, con media Humanidad posiblemente —me sonrió con desgana—. Creo que sueña con que Tatuajes se le ponga a tiro en alguno de esos momentos, aunque le cueste ser descuartizado por cuatro galeras o pasado por la quilla de un navío.

—Sería la única acción que aplaudiría con entusiasmo —declaré con sinceridad.

—Y todos los galeotes que han pasado bajo su rebenque. Sin embargo, ese cómitre es mucho más listo de lo que parece a primera vista, y conoce cada elemento de la chusma mejor que nadie. No le creas tonto o confiado, ni en sueños. Le suelta a Pestañas terribles rebencazos en cuanto puede, como habrás comprobado, pero en los momentos de acción se mantiene alejado de él por precaución. Pero el peligro del que te hablaba es muy cierto. No sé cómo, Pestañas siempre consigue tener a mano algún objeto punzante con el que abrir una barriga. Podemos asegurar que se trata de su habilidad especial. Pero la vida tiene sus leyes particulares que pocas veces fallan. Estoy seguro que tu vecino acabará de mala manera en cualquier momento, y debería ser pronto por el bien de todos. No debemos olvidar que aquí impera la ley del más fuerte y, hoy por hoy, Tatuajes tiene la sartén por el mango, como decís en esta tierra.

—Eso sí que es cierto.

Por si acaso, me tragué el orgullo, con aquel instinto de supervivencia que seguía

anidando con fuerza en mí, posiblemente fomentado por Aomar en nuestras largas conversaciones. Sin embargo, debía reconocer que, a pesar de su confianza en las posibilidades que una galera ofrecía, no atisbaba posibilidad alguna de poder escapar de aquel presidio flotante.

Las navegaciones por la ría se alternaban con periodos de tiempo en puerto, que se dedicaban a las obras finales y necesarias para dejar a punto la galera, especialmente en el aparejo de los palos y jarcias. También se llevaban a cabo prácticas de tiro en la mar por los artilleros, menos de las deseadas por el mando debido a la escasez de pólvora que, según aseguraban, se sufría en los almacenes. Como no había enemigo que batir, se utilizaban cajas de madera enramadas entre sí, sobre las que apuntaban con los cañones de proa.

Fue toda una experiencia escuchar aquellos primeros cañonazos a corta distancia, un estruendo colosal tan poderoso, que dejaba nuestros oídos medio taponados. Los había escuchado a veces en el arsenal, de lejos, pero fue una inolvidable impresión comprobar su sinfonía a escasos pies de mi persona. En especial era el cañón de proa, la poderosa carronada^[50] de a 24, la que tronaba con el retumbo del infierno, para dejar a continuación la atmósfera con un fuerte olor a pólvora quemada y azufre, así como un penetrante silbido en nuestros oídos. Como las estancias en puerto se reducían a las noches y pocas horas del día, no éramos utilizados en trabajos en tierra, lo que, según decían, se producía solamente cuando la galera debía encontrarse en algún arsenal por un espacio de tiempo elevado.

Al menos, siguiendo una vieja tradición marinera, mientras nos encontrábamos atracados en puerto sin trabajo asignado, podíamos dedicar nuestro tiempo libre a labores propias de manufactura, como las utilizadas en el cuartel cartagenero, con las que sacar algún real para comprar vino o bizcocho en la cantina de la galera. Las ventas, trueques y compras se llevaban a cabo a través del cómitre y sus ayudantes, que se apropiaban de una comisión vergonzante que no teníamos más remedio que aceptar.

Se rumoreaba entre la chusma que Tatuajes había cosechado una cuantiosa fortuna a base de estas transacciones en las que, a veces, pagaba tarde y mal al pobre galeote. También se comentaba que el odiado personaje llevaba en mano negocios de contrabando y otros más irregulares, por lo que presumía de un espléndido retiro en poco tiempo. Por mi parte, llegué a ser un experto en el trenzado del esparto y la talla de la madera, una afición que no pude volver a realizar tiempo después, por los terribles recuerdos que me traía a la memoria.

Como norma diaria en puerto, durante las primeras horas de la amanecida, un grupo de forzados era desclavado de la blanca para ser dedicado a la limpieza de toda la inmundicia que caía a bordo. En especial, era necesario evacuar todas las deyecciones de los galeotes, ya que nos veíamos obligados a realizar nuestras necesidades más pudorosas a la vista de todos y desde el mismo banco de la boga, o apoyados en el remiche alzado cuando esto era posible. El conjunto de podredumbre

se deslizaba hasta una falsa sentina^[51] que despedía olores asquerosos y nauseabundos, difíciles de comprender y creer para los que no lo han vivido, y no crean que exagero un ápice.

Como más tarde pude comprobar en navegaciones prolongadas, los aromas llegaban a ser tan fuertes e insoportables, que algunos forzados compraban en la cantina, a precio desorbitado, madejas de tabaco en rama para introducirlo en las aberturas de la nariz, y poder así respirar sin tanto sufrimiento. Aunque de consumo teóricamente prohibido en los buques y establecimientos de la Armada, esas hebras de tabaco circulaban a bordo como matute más o menos consentido. De todas formas, era el producto más caro en aquel mundillo comercial que nos ofrecían de tapadillo, para ganancias de truhanes y salteadores.

Con los días, fui trabando amistad con Azayn, al que había considerado, sin equivocarme, como una buena persona. Al mismo tiempo, intenté evitar todo contacto con el desalmado Pestañas, que buscaba provocarme de forma periódica con diversos procedimientos. Menos mal que aplicaba la misma táctica con el galeote situado a su izquierda que, por fortuna, era flojo de cuerpo y le desagradaba más todavía que mi persona. A pesar de ser moro y creer en Alá, Azayn no compartía las esperanzas de Aomar en su Dios para conseguir la libertad, y estaba convencido de que acabaría sus días amarrado al duro banco de la boga o, todo lo más, en un presidio si la pena a galeras volvía a suprimirse de nuevo. Ni siquiera soñaba con un posible canje con forzados cristianos, o una huida que consideraba imposible.

—Pues Aomar pensaba de forma bien distinta —intentaba convencerlo de algo que, inconscientemente, también se había convertido en un sueño y una esperanza para mí—. Según él, una buena ocasión es la de ser apresado por una nave de vuestra tierra que os liberaría, o el hundimiento de la galera para ganar la costa a nado.

—Puedes estar seguro que no es por desanimarte pero, en ambas circunstancias, sería extraordinario que escapase algún galeote con vida. Lo del apresamiento es una cuestión muy relativa. Por ejemplo, en mi caso, si nos apresara un barco argelino, es posible que me retuviesen como esclavo porque mi tribu no mantiene buenas relaciones con la mayoría de las que pueblan la costa oriental. En cuanto al hundimiento, en esos casos, normalmente, perecen ahogados la mayor parte de la dotación, de capitán a paje, a no ser que se produzca suficientemente cerca de la costa. Ten en cuenta que en el bote de salvamento, que en las galeras se denomina esquife, caben unas treinta personas tan sólo, y no está previsto que embarquen en ellos los forzados precisamente —sonrió con un deje de tristeza en su boca.

—Se puede ganar la costa a nado —repetía las palabras de Aomar.

—Para conseguir alcanzar la costa a nado, has de ser un excelente braceador y que no se encuentre a mucha distancia, ni la marejada sea muy fuerte. No olvides algo importante. Aunque en circunstancias graves, averías producidas por el combate o fuertes temporales que pongan a la galera en peligro inminente de hundimiento, se ordena desengrilletar a los forzados, pocas veces se destrinca la manilla del pie, por

las prisas, lo que dificulta el mantenerte en superficie. Pero, bueno, todo es relativo en esta vida y depende de la fortaleza de cada uno. ¿Eres buen nadador?

—Malo, bastante malo.

—En ese caso, Gigante, más vale que no sueñes en demasía y pienses en cumplir los ocho años de condena que te quedan por la proa, eso sí, manteniendo una vida tranquila para que no te la aumenten.

—Pronto quedarán siete nada más, siete largos años —mi voz se había convertido en un triste lamento—. Pero no debo confiar en ese plazo, que en cualquier ocasión, y sin que lo busque o infrinja la ley a conciencia, pueden endosarme algún año más de regalo.

—Eso sí que es cierto. Por desgracia, hay demasiada gentuza asesina, como este Pestañas, a bordo de las galeras de Su Majestad cristiana. Sin embargo, en caso de que te guste o necesites soñar, hazlo con algún acto especial y rimbombante de la nación, como el traslado a bordo de personajes importantes, o una boda de miembros de la casa real a la que nos ordenen asistir para darle colorido naval, si se celebra en algún puerto importante.

Le ofrecí una sonrisa abierta, porque estimaba que se trataba de una broma para levantar mi ánimo. No se encontraba mi espíritu para pensar en bodas o banquetes reales.

—No sonrías de esa forma ni ofrezcas cara de incredulidad, que circunstancias como éstas se han producido más de una vez en las galeras, y así las he escuchado de testigos directos. También es buena ocasión participar en una gran batalla, de la que se salga victorioso. En todos esos casos se llegan a liberar forzados, por sorteo, y se reducen condenas de forma general.

Según comentaba un viejo forzado con el que llegué a intimar en mi anterior destino, en la famosa batalla de Lepanto, de la que tanto presumís en esta tierra, se liberó a la chusma cristiana para celebrar el éxito.

—Bueno, he de reconocer que prefiero esa solución a la de nadar un par de millas.

Aquella conversación y la sinceridad de Azayn me entristecieron profundamente. Aunque nunca había creído como ciertas las posibilidades que Aomar narraba con tanta seguridad y esperanza, eran posos que se anidaban en mi espíritu y ofrecían, sin saberlo, cierta perspectiva de futuro, un rayo de esperanza perdido en la niebla de mi vida. En aquel momento llegué a pensar que mi antiguo amigo, al que saludaba de lejos de vez en cuando, lo había hecho para elevar mi decaída moral, sin creer, en verdad, lo que él mismo calibraría como imposible. Pero la sonrisa que se traslucía en el rostro de Aomar parecía indicarme que sí, que podían ser ciertas sus palabras. Me aferré a ellas y a su sonrisa como tabla perdida de forma inconsciente ya que, en aquellas circunstancias, no era posible sobrevivir sin lejanos y quiméricos sueños. Estaba seguro que seguía rezando a su Dios para que llegara la anhelada oportunidad.

Por fin, una tarde, tras repartirnos la segunda ración del día, recién llegados a

puerto tras una larga singladura con la dotación al completo, se nos avisó que podíamos descansar libremente el resto de la jornada. Debíamos encontrarnos fuertes y descansados al día siguiente, jornada prevista para iniciar nuestro traslado a Cartagena. De esta forma, se daba por finalizado el periodo de aclimatación a la nueva galera de toda la tripulación, así como sus obras, aprovisionamiento y reparaciones de última hora.

El buque se encontraba listo y armado para salir a la mar, salvo las piezas de artillería que nos faltaban. Por esta razón, debíamos ser escoltados en la navegación por la San Antonio, nuestra galera gemela, que acababa de entrar en la ría, tras unos días de inspección por la costa norte de la isla menorquina.

He de reconocer que de una forma un tanto estúpida, pensé que debía celebrar en solitario el fin de aquella primera etapa a bordo, como si esperase confiadamente en que la siguiente fase se presentara con tintes más llevaderos. Con ese fin empleé los pocos reales ahorrados con tanto esfuerzo, y adquirí una frasca de vino clarete que bebí casi del tirón. Fue una agradable experiencia, ya que habían pasado muchos meses sin que sintiera aquel agradable sabor a través de mi garganta. Sin embargo, el vino se encontraba tan rebajado con agua, que no llegué a sentir la modorra feliz que tanto anhelaba.

20. Mar dura

La navegación de Mahón a Cartagena se presentó de mal cariz desde el primer momento. Al abandonar la hermosa ría menorquina, comenzó a levantarse el viento y la mar, aunque todavía de forma moderada y soportable. Sin embargo, desde el momento en que doblamos la isla del Aire, nunca un nombre geográfico puede expresar una realidad tan palpable, y nos enfrentamos con el estrecho de Menorca, arreció con fuerza la temida Tramontana^[52] que suele dominar aquellas aguas. En pocos minutos nos encontramos inmersos en una marejada gruesa, con rachas de viento atemporaladas que golpeaban el débil aparejo con saña, hasta conseguir que las olas, de un tamaño más alto que las colinas de mi pueblo, barriesen la cubierta a su antojo.

Ya me había comentado Azayn en nuestras conversaciones nocturnas, que la mar predominante en el freu^[53], como así llaman por aquellas costas a los estrechos, solía ser dura y muy traicionera. Por necesidad del rumbo a seguir para cruzarlo, tomaba a los barcos en mala situación al encapillar las olas por el través, con el consiguiente peligro para su estabilidad. Muy pronto, el comandante ordenó arriar casi todas las velas, hasta dejar tan sólo la mayor de proa con los rizos tomados^[54]. Al mismo tiempo, el capitán de fragata de Arizábalo, erguido en el alcázar como Hércules con el cabello arrebolado por el viento, ordenaba boga dura a los cómitres, para entrar cuanto antes en el socaire^[55] que nos podía proporcionar la costa mallorquina.

Fueron unas horas terribles aquéllas. A los males e incomodidades propias de una furiosa mar guarnecida con ribetes blancos, se añadía la boga en escapada con toda la palamenta, sin ropas ni alma en los forzados. La visibilidad decreció de tal forma en escasos minutos, que llegamos a perder de vista a la San Antonio, un hecho que me preocupó al pensar que podía haber naufragado. Sin embargo, como supe más tarde, nuestra gemela intentaba capear el temporal por su cuenta, y ya habían establecido los dos comandantes un punto de reunión para cuando pasaran los malos tragos.

Por fin, no sin gran esfuerzo y mucho padecimiento de la tripulación, alcanzamos el perfil de la costa mallorquina, cuya protección hizo amainar la mar y el viento de forma considerable. Apuramos todavía para barajar la costa a corta distancia y aumentar así un resguardo que se agradecía. Sin embargo, el interminable paso del estrecho nos había obsequiado con daños de cierta importancia en nuestra galera, por mucho que no fueran percibidos por los miembros de la chusma, entrados en dura faena que poco deja a la pura observación.

A consecuencia del temporal corrido, dos velas se habían rifado^[56] como andrajos al viento, algunas vigotas volaban en peligrosa libertad al partirse sus acolladores, y el reluciente esquife presentaba dos brechas de consideración. Un violento golpe de mar lo había destrincado de sus calzos con lo que, libre y a su aire, barrió dos bancadas completas, tan fácil como se golpea con la mano una fila de soldados de

plomo. Varios galeotes quedaron maltrechos y tres de ellos, pertenecientes a la banda contraria, gravemente heridos y con escasas esperanzas de sobrevivir.

Otra de las poderosas olas que nos atacaron con saña hizo partir el aparejo del rezón aferrado en la amura^[57] de babor. Ante el peligro que comportaba dicha situación, se obligó a un grupo de marineros a un esfuerzo suplementario, dirigidos por el contramaestre. Durante este peligroso cometido, amarrados a la borda con un arnés de fortuna, uno de ellos se produjo una profunda herida en un brazo, lo que abrigó la posibilidad de que llegase a perderlo. Por nuestra parte, continuamos navegando a remo, ahora por cuarteles y con relativa tranquilidad para nuestros músculos, ya que los cómitres debían ayudar en otros menesteres y no disponían de tiempo añadido para ocuparse en sus rebenques.

Pocas horas después, los cuerpos de los tres forzados gravemente heridos, tras somera inspección de Tatuajes, eran lanzados al agua, declarados muertos aunque alguno presentara escasos movimientos sin fuerza. De esta forma asistí por primera vez a aquella macabra ceremonia de enterramiento marítimo, que se llevó a cabo sin ningún respeto y decoro, por tratarse de galeotes pertenecientes a la chusma asquerosa, y ser necesario el tiempo para otros trabajos de mayor importancia. Me entristeció el pensamiento de que no sólo éramos declarados como escoria del mundo, sino que se nos negaba la posibilidad de gozar de una muerte digna.

Por fin, alcanzamos la pequeña isla de Cabrera. Sin dudarle un solo momento, el comandante ordenó aproar a la entrada de su recogida ensenada, resguardada a todos los vientos, donde entrábamos poco después. En aguas tranquilas como un estanque plateado, largamos el ancla de estribor, con lo que el buque quedó en plácida quietud tras un ligero borneo. El objetivo era el de disfrutar de un descanso que se consideraba necesario para toda la dotación. Comprobamos que ya la San Antonio se encontraba fondeada y, a primera vista, también con problemas a bordo.

Durante toda la tarde y parte de la noche, la dotación de mar, carpinteros, herreros y calafates se dedicaron a componer los desperfectos sufridos en la dura travesía. Fue todo un espectáculo comprobar la rapidez con la que se cosieron las velas maltrechas y se reparó el pequeño boquete producido en la amura. Parecía imposible que en el reducido espacio de la galera, donde no cabía un chinche más, tuvieran lugar tantas labores artesanales. Con más detalle me dediqué a observar las maniobras sobre el esquife, cerca de mí, hasta quedar maravillado de las manos de un tal Estirao, carpintero de ribera menorquín que dejó el bote como recién salido del taller, a falta del toque final de la pintura. Por fortuna, no fue requerida la presencia de los galeotes en las faenas, con lo que pudimos descansar del esfuerzo realizado.

En aquellos cortos momentos de paz y descanso, pude observar con cierta tranquilidad aquella pequeña isla con su coqueta y tranquila ensenada, ideal para los barcos en forzosa arribada. En la parte izquierda de su entrada, en lo más alto del escarpado farallón, destacaba un viejo castillo que, según decían algunos, era de los tiempos de los navegantes fenicios. Como años después llegué a saber, fue

precisamente en esa isla donde se mantuvo prisioneros a muchos cientos de gabachos^[58] derrotados por nuestras armas en la batalla de Bailén, cuando esos malditos invadieron nuestra querida España, arrasando templos, tesoros y haciendas como viles salteadores de caminos. Ya decía mi padre que todo lo malo nos venía de aquellos arrogantes seres que hablan con voz gangosa y viven detrás de los Pirineos, con vida regalada y poco temor de Dios. Aunque no sea recomendable alegrarse del mal ajeno, les aseguro que no sentí pena al tener conocimiento que, en su mayor parte, habían muerto de hambre y penas en aquella diminuta ínsula.

Como un regalo especial e inesperado, pudimos dormir toda la noche sin más preocupaciones. Sin embargo, una fina lluvia volvió a aparecer, aumentando poco a poco hasta convertirse en un aguacero molesto que hizo necesario picar^[59] las bombas a intervalos regulares. Sufrimos el chubasco sin la protección del toldo por lo que, acurrucados en el remiche y envueltos en el capote, aguantamos el chaparrón que rompía mi sueño con demasiada frecuencia.

El resto de la navegación a Cartagena, aunque una mar de fondo hacía hociocar violentamente a la galera en intervalos irregulares y a veces imprevistos, se llevó a cabo sin nuevos contratiempos. Por desgracia, Tatuajes volvió a recobrar el vigor que parecía dormido y pasó a fustigarnos con saña, a pesar de que la marcha se mantenía a buen ritmo. Navegamos a la boga el resto del tiempo, dos largos días, ya que el comandante no deseaba utilizar el sufrido trapo^[60] si no era necesario. Por la noche se prolongaba el tiempo asignado a remar por cada cuartel, con objeto de que fuese posible a la chusma dormir alguna hora continuada.

Con inesperado alivio, descubrimos la isla de Escombreras y el contorno de la costa cartagenera en la mañana del cuarto día. No se imaginan lo que pueden llegar a durar los días cuando se sufre en la mar, como si dispusieran de sesenta horas por cada jornada. Poco después, a base de boga tranquila, atracamos en el arsenal que tan bien conocía.

En el puerto donde descubrí la mar por primera vez, como se preveían dos semanas largas de estancia para montar la artillería y reparar definitivamente los daños sufridos en el aparejo, nos asignaron a las brigadas de trabajos en tierra, aunque continuásemos arranchando nuestras miserables vidas en la galera. De nuevo fuimos aherrojados por parejas, en este caso con mi amigo Azayn como inseparable compañero, lo que fue una suerte merecida.

Por fin, pude mover los pies y el trasero con más libertad, a la vez que perdía de vista a Pestañas durante todo el día, una verdadera bendición del cielo. Como preciado regalo de la diosa Fortuna, fuimos asignados a un nuevo taller de velas, donde virábamos los hiladores, mientras otros forzados enfoscaban las paredes exteriores. Era un trabajo llevadero y agradable que habría firmado de por vida, bien lo sabe Dios, tal era el ánimo que anidaba en mi espíritu al pensar en lo que sería mi agitada existencia en un futuro próximo, a bordo de la Santa Bárbara.

Durante aquella primera jornada de trabajo en tierra, tuve la oportunidad de

hablar con mi viejo amigo Aomar, un encuentro celebrado como si nos hubiésemos separado meses atrás. Era de admirar su inquebrantable fe en el futuro, un signo que comenzaba a considerar como de posible demencia, por mucho que lo apreciase. Casi todos los días podíamos charlar un rato en el taller, mientras atacábamos la jugosa menestra que en tierra siempre sabe mejor. Volví a disfrutar con sus mágicas e inagotables palabras de aliento. Pude comprobar que no sólo no había perdido su sonrisa, sino que se ampliaba con el paso del tiempo. Volvió a repetirme su conocida letanía sobre la esperanza a tener en su Dios, aunque en una ocasión comentó una noticia que dejó mi ánimo ligeramente abatido y preocupado.

—Se presentará la oportunidad, Gigante, no lo dudes. A esta galera le falta estabilidad y si toma un fuerte temporal, puede venirse abajo.

—Tu obsesión comienza a ser preocupante, amigo mío. ¿Cómo puedes decir o desear algo así? —le miraba, incrédulo y realmente amedrentado—. Es imposible que se hunda un buque de nueva construcción.

—Sabes muy poco de esas cuestiones —volvió a sonreír, divertido de mi presunta ignorancia—. Puedes estar seguro de que cualquier nave, por grande y poderosa que sea, se puede ir a pique en un abrir y cerrar de ojos. Todo barco que navega se encuentra en territorio ajeno, Gigante, y el dueño puede enfadarse en cualquier momento. La mar puede con todo lo que le pongan por delante, cuando decide abrir la boca y tragarse el mundo. Hazme caso, que te hablo en serio. En estas cosas de la mar me salieron los primeros dientes. Por muy nueva que sea, esta carraca no es nada segura para aguantar un buen temporal, te lo prometo.

—¿Por qué?

—No lo comprenderías. Pero no me gusta como toma la mar de costado.

—¿Como en el freu de Menorca, donde casi nos desguazan las olas?

—En efecto. Ya veo que aprendes. Acabarás por ser un buen hombre de mar, castellano de tierra adentro —me sonrió con indulgencia—. Pero recuerda que no es broma lo que te he dicho.

Aunque esos comentarios lo colmaban de una arraigada esperanza en el futuro, a mí me sumían en un estado cercano a la desesperación. Imaginaba con claridad la terrible escena del hundimiento, entre gigantescas olas empenachadas con crestas blancas. Veía con claridad mi cuerpo hundirse hacia el fondo de la mar, metros y metros, hasta ahogarme entre una multitud de peces que me sacaban los ojos y devoraban los intestinos. Otras veces, me imaginaba amarrado a un tablón de madera, como había visto en algunos grabados de feria, en el que navegaba durante días interminables, hasta perecer abrasado por el sol, la sed y el agotamiento, mientras las gaviotas arrancaban mis ojos. El conjunto no era nada agradable al pensamiento, ni razón en la que fundamentar una mínima esperanza de futuro.

Una tarde de aquellos días, durante los periódicos y necesarios traslados por el arsenal, de regreso a nuestra galera, tuve la oportunidad de cruzarme con mi viejo amigo Mechones. En los primeros momentos, su visión me hizo sentir una inmensa

alegría, como cuando se recibe a un hermano que se ha perdido mucho tiempo atrás. Formaba parte de una cordada de trabajo bien nutrida. Sin embargo, al observarlo a más corta distancia, sentí una profunda pena al comprobar que su estado físico era deplorable y ruinoso. Con el rostro afilado y demacrado, me reconoció a distancia, aunque sólo me dirigió una pobre y débil señal con la mano, acompañada de un forzado gesto que intentaba acercarse a la sonrisa. Vi en su cara el rastro de una muerte cercana, lo que me entristeció profundamente y obligó a hacer la señal de la cruz tres veces, como me enseñaron de niño. De forma automática, recordé aquellos primeros momentos en el corral manchego, que parecían pertenecer a una lejana y perdida experiencia.

Al final de la cordada donde marchaba quien había sido mi primer amigo en esa nueva y terrible vida, caminaba en solitario un esclavo moro con un pesado madero aferrado a su pie, que debía arrastrar a costa de un esfuerzo muy penoso. Su rostro reflejaba un terrible sufrimiento, por lo que pregunté a Azayn.

—¿Por qué llevan al forzado de esa cruel forma? No es propio de humanos un trato así.

—Una vez asistí en los barracones del arsenal donde arranchábamos, antes de construir el nuevo cuartel, a la aplicación de ese terrible castigo. Según mandan las normas de Su Majestad, al mahometano inclinado al pecado nefando, llevado a cabo con otros hombres naturalmente, se le ha de someter al extremo castigo denominado como taco o niño. Como has visto, consiste en sujetarles al pie libre de la manilla un gran trozo de madera, extremadamente pesada, lo que les obliga a cargar con ella cuando van de un lado para otro. El roce de tan terrible endoso no sólo dificulta sus movimientos, sino que acaba por arrancarle la piel hasta dejar el hueso a la vista en muchas ocasiones. La mayor parte de esos desgraciados sufren caídas, accidentes, graves heridas y, finalmente, la muerte con espantosos dolores.

—Una inhumana barbaridad.

—Desde luego. Se trata de un castigo terrible y muy doloroso. Pero también lo son los azotes, rebencazos, castigos de todo tipo y hasta la vida diaria que arrastramos. Pero, en especial, este suplicio del taco es una rara excepción, si tienes en cuenta que ese pecado denominado como nefando, no es un privilegio exclusivo de los mahometanos, puedes estar seguro, aunque sólo a ellos se les aplique.

—Pues no es justo.

—¿Y tú hablas de justicia? —rió abiertamente—. No creo que tu condena o la mía se acerquen a lo que se entiende por justicia, ya sea divina o humana.

—Tienes razón. Hay momentos en los que olvido como llegué hasta aquí y las razones que produjeron mi apresamiento —entristecí el semblante.

—Todos acabamos por olvidar que disfrutamos alguna vez de una vida normal y de ese don tanpreciado que es la libertad. Qué gran cosa es la libertad.

—Estoy de acuerdo contigo. Y no se comprende bien su significado hasta que se pierde.

—Alá lo ha querido así.

—No sé con qué razones puede haber querido tamaña injusticia —bajé el tono de la voz para no molestar a mi amigo.

El buque quedó listo para salir a la mar, reluciente como obra nueva, a las tres semanas de nuestra llegada. Habíamos entrado en la segunda quincena del mes de Febrero, con lo que amainaban los fríos y vientos de componente norte que tanto nos hacían sufrir. Sin embargo, todavía se dejaba sentir aquella profunda humedad que se introducía muy dentro de los huesos, hasta corroerlos con dolores intermitentes y huidizos. Desde entonces hasta estos días, regresan esos dolores de forma esporádica, lo que me hace arrimarme a la chimenea hasta chamuscar los dedos si es preciso.

Si ya el espacio de que disponíamos a bordo era realmente escaso, con las últimas obras y el necesario aprovisionamiento se deterioró todavía más nuestra miserable situación. Deben tener en cuenta que en un barco con una eslora cercana a los cincuenta metros, debían convivir, si podía llamársele así, casi cuatrocientas personas. Llegué a la conclusión grotesca que la situación sería la misma si se introdujeran todos los habitantes de mi pueblo en una barquita inestable, que cabía en su plaza principal.

El cañón de proa quedó instalado sin excesivos problemas, así como los pedreros distribuidos en los costados y el alcázar, que faltaban para completar su armamento. Sin embargo, el peor inconveniente se produjo al recibir el suministro de pólvora y balas necesarias para cada uno de ellos, parte de las cuales debía mantenerse en sus cercanías, listas para ser utilizadas en cualquier momento.

Se embarcaron, además de las provisiones de boca imprescindibles para la campaña, que según parecía deberíamos llevar a cabo en los próximos días, mil balas de hierro y piedra, de diferentes calibres. También fue necesario almacenar 20 quintales de pólvora, y no crean que exagero, envasada en unas relucientes cajas de cobre. Parte de esa cantidad era estibada entre nuestras bancadas, por ser insuficiente el espacio destinado en la Santa Bárbara. Según comentaban algunos veteranos, aquel exceso era debido a encontrarnos bajo el mando de un comandante con suficientes influencias en el arsenal, con lo que pude comprobar que en todo lugar se cuecen las habas al mismo estilo. Pueden imaginar lo que suponía aquel obsequio para nuestra situación, suficientemente estrecha sin este último aditamento.

De esta forma, a bordo de la galera Santa Bárbara me encontraba listo para llevar a cabo la primera salida a la mar en operaciones. No puedo decir que mi ánimo se abriera en positivas perspectivas ya que, además del sufrimiento diario, podía acontecer cualquier nueva adversidad, incluida el combate y sus posibles consecuencias. Aunque pude observar cómo la sonrisa de Aomar se ampliaba, mi corazón se encogía en la misma medida. Pensé, por primera vez, en la muerte como posible solución a la vida que arrastraba, un pensamiento que me sumió en la más terrible desmoralización.

21. Salida a la mar en operaciones

Salimos a la mar acompañados de la galera Redentora y un jabeque llamado Murciano, construido en el arsenal cartagenero, con lo que se formaba un conjunto al que los oficiales denominaban como agrupación naval. El objetivo era el de aprovechar las diferentes características de ambos buques, con lo que las carencias de la galera podían ser aliviadas por aquellas unidades tan marineras y adecuadas al Mediterráneo. De forma específica, el jabeque era utilizado en misiones de descubierta cuando el viento así lo recomendaba, con lo que se evitaba el desgaste excesivo de los galeotes, cuyas últimas fuerzas debían reservarse para los momentos decisivos.

No crean que estas sapiencias tácticas las saco de mi propia sesera, que no andaba yo con tales enseñanzas en aquellos momentos, ni mucho menos. En realidad, siguiendo uno de los muchos consejos iniciales de Mechones, que conformaban una ordenanza particular de la que no me salía un solo palmo, agudizaba el oído como trompetilla de sordo en todo trance y ocasión. De esta forma, me llegaban interesantes noticias a través de los comentarios que cruzaban los veteranos y, muy en especial, de las conversaciones nocturnas que mantenían los jóvenes guardiamarinas en cubierta, poco dados todavía a la discreción que mantenían sus superiores.

Pero las estrategias también fallan, como todo en este mundo. Poco duró la compañía del jabeque marinero a nuestro lado, ya que al segundo día de navegación hubo de regresar a puerto, por problemas en su aparejo o averías desconocidas, que de esta causa no me llegó noticia cierta. De todas formas, continuamos la comisión las dos galeras, supongo que de acuerdo a las órdenes cursadas.

Según parece, se habían recibido noticias de incursiones de moros argelinos en la costa almeriense y granadina, por lo que debíamos dirigirnos costeando hacia el sur. Afortunadamente, el estado de la mar era bueno, una simple marejadilla, aunque ya comenzaba a acostumbrarme a los especiales movimientos de la galera entre las olas, y sufría menos con el mareo. La visión de la vieja Redentora navegando por nuestro costado de babor reconfortaba mi espíritu, ya que, después de todo, prefería mi sitio de galeote aherrojado a la bancada, al puesto mantenido como transporte en aquella terrible navegación.

Aunque fueron dos semanas duras, con mucha boga y poco trapo, navegamos todo el tiempo ambas galeras en solitario, sin llegar a avistar ninguna nave amiga o enemiga. Tan sólo alguna pequeña embarcación pesquera se cruzaba en nuestro camino, a las que siempre se preguntaba en busca de noticias sobre elementos corsarios avistados, sin que fuesen capaces de darnos información de interés. Según se comentaba a bordo, eran normales las falsas alarmas producidas por las torres de observación que se mantenían en toda la costa, y que debían avisar con rapidez sobre posibles incursiones berberiscas o argelinas.

Sí que hubo falsas alarmas o avistamientos de buques inexistentes, en especial

cuando en la cofa se mantenía de guardia alguno de los tres guardiamarinas embarcados, deseosos en exceso de avistar velas en el horizonte. Estas alarmas producían agitación general y llamamientos indebidos a la gente de mar, así como el correspondiente correctivo del mando después de ser comprobado el fiasco. He de reconocer que esos jóvenes con aspecto de inconfundible nobleza, eran tratados por sus superiores, a veces, con una dureza excesiva a la que correspondía a su linaje.

Lo que se mantenía insoportable y en aumento, conforme discurrían los días de mar, era el nauseabundo y asqueroso olor que despedía la nave. Como delicioso añadido, debemos tener en cuenta que dicho aroma hacía proliferar el número y calidad de los insectos de todo tipo a nuestro alrededor, un conjunto que aumentaba nuestra pesadilla. Por primera vez llegué a probar el remedio del tabaco en la nariz, a pesar de su precio desorbitado. Sin embargo, al no estar acostumbrado al uso de aquella planta americana, me mantuve con estornudos en cadena y las fosas nasales irritadas durante un par de días. Siempre recordaré aquel indescriptible e insoportable perfume que sufríamos todos a bordo, de capitán a paje, aunque en el banco del galeote se dejara sentir con especial intensidad.

El tedio y la rutina se hicieron dueños de ambas tripulaciones, conforme transcurrían los días. Por otra parte, la inacción a que nos veíamos sometidos se reflejaba en el mal humor de comandante y oficiales, deseosos de una buena presa con la que aumentar sus ingresos. No debemos olvidar, por ejemplo, que cada cabeza de moro o esclavo que se ingresaba en el presidio por apresamiento, era pagada por la Real Hacienda a buen precio, un asunto éste que me recordaba en cierta forma las ferias de ganado de mi pueblo.

Regresamos a puerto después de aquella tranquila comisión de guerra, como oficialmente se denominaba, sin haber avistado al enemigo. Dos semanas perdidas, según renegaba un joven guardiamarina, deseoso de entrar en combate y ganar algún honor o mérito personal que pudiera proporcionarle el deseado ascenso. Aunque en dos ocasiones nos encontramos cerca de tomar el puerto de Almería, lo que habríamos agradecido los miembros de la chusma, el comandante se decidió por regresar a su base cartagenera. En realidad, los alimentos y el agua almacenada comenzaban a escasear de forma alarmante, y los mandos confiaban poco de un posible abastecimiento en ciudad pequeña.

En nuestro puerto departamental nos mantuvimos una semana. En vez de pasar destinados a los trabajos en tierra, se decidió utilizarnos en la limpieza y preparación de la galera para la siguiente comisión. Por fin, pudimos lavar nuestras mudas apestosas y respirar un aire relativamente puro durante algunos días, algo que necesitábamos con urgencia. También recuperamos fuerzas, ya que las raciones recibidas en las últimas singladuras en la mar se habían visto reducidas notablemente en cantidad y calidad, por aparecer legumbres en mal estado, que fueron asignadas a la chusma sin dudarle un solo momento. Hasta el agua llegó a pudrirse, según parece por utilizar barriles cuyas duelas habían sido fabricadas con madera demasiado joven.

Fue Azayn el que me había recomendado evitarla, por los peligros que conllevaba su bebida.

Fue en aquellos días de relativa calma cuando un pequeño incidente me produjo una extraña sensación, mezcla de humillación y derrota absoluta, aunque no es fácil encontrar palabras que la definan con exactitud. Sé que les llamará la atención y no comprenderán la importancia que representó para mí en aquellos momentos, pero no pueden ni siquiera vislumbrar lo que navega por el pecho de un esclavo, así me consideraba sin remisión.

Diversas parejas de forzados de la galera nos dedicábamos a transportar desde el muelle material para la limpieza, cuando apareció en la dársena una falúa especialmente empavesada, que se dirigía a la escala de piedra cercana a nuestro punto de atraque. No le dimos mayor trascendencia en un principio, hasta observar que de la misma desembarcaban dos mujeres, una muy elegante, altiva y emperejilada, mientras la segunda parecía pertenecer a su servicio personal.

Según parece, la de más edad, vestida como para asistir a festival regio, era la esposa de un alto jefe de la Armada. Pero más llamó mi atención su acompañante, una moza joven, llana y hermosa por los cuatro costados, con un cabello moreno que caía con gracia sobre sus hombros. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que eran muchos los meses transcurridos sin haber visto una sola mujer, como si se tratara de un raro espécimen que había dejado de existir para personas de nuestra calaña. Mientras pasaban cerca de nosotros, me quedé clavado como las figuras de Sodoma, incapaz de llevar a cabo movimiento alguno que no fuera seguir con la vista aquella celestial visión. Pero poco duró tal alivio. Un rebencazo en los lomos me recordó que ni siquiera la vista podía andar en libertad.

—¿Qué miras, desgraciado? —era un sotacómitre apodado Carroñero, quien parecía emular los atributos de su jefe—. Cuando pase una señora cerca de vosotros, debéis mirar hacia el suelo y continuar con vuestra faena.

Como pueden comprender, me dediqué a lo mío. Sin embargo, aquella hermosa criatura había dirigido la vista poco antes hacia mí, y lo más duro fue comprobar el gesto de desprecio con el que me obsequió, como si ella misma me llamara la atención por la osadía cometida al mirarla. Les aseguro que un sentimiento muy cercano a la vergüenza absoluta se apoderó de mi alma. Era una demostración más de la humillante y execrable condición de vida en la que me movía. Asimismo, comprendía que, posiblemente, nunca volvería a tener a mi lado a una hermosa mujer, ni soñar en hacerla mía alguna vez. Les aseguro que el rebencazo fue lo de menos. Por el contrario, el sentimiento de humillación elevado a su máxima expresión me dolió como si clavaran una daga en mi pecho. Les juro que deseé morir en aquel momento. Pero en esa vida todo se pasa y nunca se puede certificar que se ha vivido lo peor.

Una de aquellas noches en las que, en puerto, esperábamos salir a la siguiente comisión en cualquier momento, Azayn me sorprendió con el regalo de media frasca

de vino, lo que le agradecí enormemente ya que no disponía de un miserable ochavo para gastar, y andaba con la moral en la sentina. Se había convertido en un fiel y gran amigo, signo indudable de que mi buena estrella se mantenía, al menos en ese especial y no menos importante apartado. Intenté que bebiera conmigo de aquel caldo aguado que gloria divina parecía, a lo que se negó de forma rotunda.

—Yo mantengo los preceptos de mi religión, pero comprendo que tú, habituado al vino, lo necesites y lo bebas porque la tuya no lo prohíbe. Cada uno debe guardar sus mandatos divinos, aunque vosotros los cristianos seáis más propicios a saltarlos sin escrúpulo alguno. Pero no lo tomes a reprimenda moral, que no es ése mi papel —me ofreció una sonrisa bondadosa.

—Tienes razón en lo que dices y así lo he observado. Hay entre nosotros muchos cristianos que volarán al infierno como pájaro veloz. Mucho ha cambiado mi opinión sobre vosotros, no creas.

—En esta tierra hay demasiada aprensión al moro, como nos llamáis. Debe proceder de las antiguas guerras y dominaciones que padecisteis por parte de los musulmanes, aunque nos devolvisteis la manta con medida doble. Son costumbres que se engendran muy dentro de las personas con el paso del tiempo, y después no es fácil erradicarlas. Pero, bueno, eso es agua pasada.

—Ahora lo veo así. Por cierto, en vista de lo sucedido, he de agradecerte el aviso con la bebida del agua podrida. No te equivocaste.

—La experiencia es fundamental en esta empresa de llegar al próximo día con vida. Fue un acierto que siguieras mi consejo y no bebieras de aquella agua maloliente. Habrás podido comprobar que han desembarcado a más de diez galeotes, enfermos de la tripa.

—Trabajo me costó cumplirlo. Llegó un momento en el que creí morir de sed. De todas formas, probé un par de cacillos, que me aligeraron la tripa durante un par de días.

—Tuviste mucha suerte. Hubo quien tomó demasiada cantidad y acabó por echar hasta sus primeras leches, por arriba y por abajo. De esa enfermedad, que se sufre mucho a bordo, suelen recuperarse muy pocos, y casi ninguno entre los galeotes. Gente desaprensiva fabrica barriles de forma inadecuada, con madera joven y sin curar. Alguien se llevará la ganancia, no lo dudes.

—Pues el demonio de Pestañas se bebió media cuba. Ya podía haber sido él alguno de los afectados. Te prometo que habría disfrutado viéndole vomitar toda su maldad, y abandonar la galera en parihuelas.

—Ese desalmado es capaz de beber plomo derretido sin que le suceda nada —pareció recapacitar antes de continuar—. Por cierto, Gigante, me parece que mañana saldremos otra vez a la mar en operaciones de guerra. Esta tarde trajeron un sobre lacrado para el comandante y eso, normalmente, no significa nada bueno.

—¿Otro recorrido por la costa del sur?

—Es lo más probable. Con ese fin se pusieron las galeras de nuevo en

funcionamiento, según nos comunicaron en una de esas ceremonias magníficas de los sábados. El fin no es otro que limpiar la costa mediterránea meridional del maldito moro corsario —sonrió divertido, para volver con rapidez a la seriedad mientras contemplaba el cielo. Parecía querer descubrir en la bóveda celeste alguna indicación especial—. Si no me equivoco, el estado de la mar será bueno. Esperemos que el viento nos sea favorable el mayor tiempo posible, y el comandante decida utilizar el aparejo alguna que otra vez, por mucho que jorobe a Tatuajes.

—Cómo odio a ese hombre. Parece mentira que se lleguen a incubar esas pasiones, que hace meses me parecerían propias de animales.

—No eres el único. Ese maldito cómitre es quien debía haber bebido un barril entero del agua envenenada. También a mí me gustaría verlo morir.

—Dios o Alá te oigan.

—No hagas bromas con esos temas que son muy serios. La mayoría de los cristianos sois poco respetuosos con las cosas divinas, aunque vuestro boato religioso indique otra cosa. Bueno, y puedes estar seguro que eres el mejor de los que he conocido. Además, esas dos palabras que has mencionado significan la misma cosa.

—¿Dios y Alá la misma cosa? Me recuerda los comentarios de mi amigo Aomar, quien me habló en el mismo sentido aunque, en verdad, no le creí. ¿Cómo puede ser? Uno es el Dios de los cristianos, único verdadero para nosotros, mientras que Alá es el vuestro. Por esa razón os consideramos herejes y enemigos de nuestra religión.

—No seas ignorante ni hables categóricamente de lo que desconoces —creía escuchar las palabras de mi padre cuando nos reprochaba las faltas en la juventud—. Se trata de dos palabras distintas para identificar a un mismo Dios, aunque la religión y sus preceptos sean diferentes. Ten en cuenta que los cristianos de oriente, alguno de ellos conocí en mi costa, utilizan la palabra Alá para nombrar al Dios que tú consideras solamente cristiano.

—También me comentó ese detalle Aomar una vez, y tampoco le creí.

—Pues créelo, Gigante, que es tan cierto como la vida sin esperanza que sufrimos. Siempre que nombres a Dios, Alá o cualquier otra divinidad, debes hacerlo con respeto. He conocido africanos que adoraban dioses muy extraños, pero nunca me reí de ellos ni de su religión. Ésas son cosas muy serias para tomarlas a chanza, porque puedes herir sentimientos muy profundos.

—Así lo haré a partir de ahora, buen amigo. Esta vez sí que me has convencido.

Quedé pensativo y meditabundo con aquellas últimas palabras de mi compañero que, en verdad, me costaba creer como ciertas, aunque lo hubiese declarado para su satisfacción. Debía de ser producto de los años de esclavitud, que le hacían olvidar la realidad. Sin embargo, como muchos años después me aclararon, se trataba de algo tan cierto como que el sol sale por oriente cada día.

22. Caza y combate

En efecto, al día siguiente volvimos a salir a la mar, en este caso acompañados por nuestra unidad gemela, la galera San Antonio. Abordaba mi segunda operación naval con el mismo ánimo abatido que en el caso anterior, aunque no pensara en el posible combate y sus consecuencias. Tal y como se preveía, nada más encontrarnos fuera de puntas^[61], el comandante hizo arrumbar la nave hacia la costa sur, para ceñirnos a ella por medio de la boga. Enarbolábamos el gallardete de capitana, ya que el comandante de la otra galera era de menor grado que el nuestro, razón por la que navegaba a nuestra popa, siguiendo aguas.

Continuamos costeano, siempre muy cerca de tierra, hasta la llegada de la noche, momento en el que el mando decidió fondear el ancla en una cala de nombre desconocido y, en verdad, poco llamativa. Eran de agradecer aquellos detalles que nos brindaban, aunque no primaran las razones de nuestro descanso sino otras bien distintas. Dormí con placidez, acariciado por una suave brisa de tierra, ese viento nocturno que por allí llaman terral. Aunque entonces no lo sabía, el día siguiente sería el de mi estreno en un combate naval, una experiencia que también es difícil de olvidar cuando se ha vivido.

De acuerdo con unas instrucciones desconocidas para nosotros que el comandante debía poseer, un par de horas antes de la amanecida levamos el ancla. Navegamos con la fuerza de nuestros brazos, mientras la oscuridad de la noche se mantenía, para seguir fielmente el perfil de la costa a tan corta distancia que podíamos oler el perfume de tierra. La ración de la mañana fue más abundante y temprana de lo habitual, por lo que sospechamos que se avecinaba alguna acción nueva e importante, ya que la chusma no solía ser informada de los planes preparados por el mando.

Durante todo el crepúsculo que se abrió esplendoroso mar adentro, continuamos con la boga por cuarteles y velocidad ralentizada, lo que hacía innecesario el uso de los rebenques, salvo dedicación especial y puntual de Tatuajes para algún galeote, una siniestra lista en la que nunca faltaba mi odiado colega Pestañas. Comenzaba a despuntar el sol, en un día claro y con la mar tranquila, cuando se escuchó la voz del marinero situado en la pequeña cofa^[62] del palo mayor.

—¡Vela por la proa!

El comandante, que no pareció sorprendido por la noticia, reaccionó con rapidez. Escogió a un guardiamarina de los veteranos para que, provisto de un catalejo, trepara jarcia arriba y ampliase convenientemente la información. A los pocos minutos, se escuchó su voz.

—Un pingue argelino, en solitario y fondeado —gritaba con toda la fuerza que sus pulmones le permitían—. Ha debido avistarnos en estos momentos, porque comienza a levar el ancla con toda rapidez.

La reacción del comandante fue inmediata, como si esperase una información de

aquel tipo. Se giró hacia el segundo para ordenar con determinación.

—Parece que los hemos cazado. ¡Izad las señales previstas a la San Antonio!

El comandante, volcado sobre el pasamanos de la toldilla, dirigía su largo catalejo en la dirección señalada. Por más que barría el horizonte a derecha e izquierda, no parecía descubrir el avistamiento, un enfado que denotaba con movimientos de frustración. Por su parte, los señaleros izaban una fila de coloridas banderas en la driza del palo. A los pocos segundos, la San Antonio desplegó otras que, según tradujeron, significaban que había comprendido nuestra señal. Pensé que debía estar previsto algún plan específico, para el caso de avistar al enemigo. Aunque estiraba el cuello todo lo posible, incorporándome levemente de la bancada, quedaba oculta de momento aquella zona del horizonte, debido a mi posición a bordo. Por lo visto, nuestro mando continuaba sin poder apreciar detalles de la nave enemiga con exactitud, ya que volvió a preguntar.

—¿Qué armamento lleva?

—Escaso —el guardiamarina hablaba de forma nerviosa, sin apartar el visor de su ojo—. Es un pingue de tamaño medio, bastante cargado y con la borda baja. Parece que dispone solamente de dos cañones de a 18 en proa, y cuatro más en cada batería, de menor calibre. Ha levado el ancla y está largando todo el aparejo. Unos diez remos por banda, solamente, a la boga. Ha debido hacer acopio de prisioneros porque su cubierta se encuentra repleta de personal.

—Pobres diablos, esos cerdos sarracenos los arrojarán al agua para aligerar el peso de la carga e intentar escapar —el comandante parecía murmurar para sus adentros pero, rápidamente, pasó a la acción, elevando la voz—. ¡Bien! ¡Muy bien! La situación es, desde luego, inmejorable. No conseguirán escapar de nosotros. Nos favorece el escaso viento que sopla, en contra de su posible ruta de escape —parecía exultante de alegría, lo que demostraba con golpes nerviosos de su mano sobre la regala^[63]—. Les daremos a esos moros del demonio la zurra que se merecen. ¡Cómitre!

—¿Señor? —Tatuajes se mantenía respetuosamente erguido, en espera de la orden.

—¡Velocidad máxima de boga! Veamos de lo que son capaces nuestros hombres.

—¡A la orden, mi comandante!

El odiado cómitre parecía haber recibido una orden largo tiempo deseada. Se giró hacia proa con una amplia sonrisa en su cara. Abriendo la boca, y tras tomar una ración extra de aire en sus pulmones, gritó con fuerza en nuestra dirección, mientras agitaba el rebenque ante sus ojos.

—¡Chusma! ¡Ropas fuera! ¡Con toda la palamenta! ¡Ritmo máximo de boga! ¡A muerte! ¡Ujuu!

Y el suplicio comenzó de nuevo, o mejor sería decir que un suplicio extraordinario se nos vino encima. El viento era un leveche^[64] flojito que dificultaba la evasión de la nave argelina a vela, acción que intentaba de forma desesperada al

observar a las dos galeras cristianas, que la dejaban en clara inferioridad de combate. Por esa razón, ordenó también a sus galeotes el mayor ritmo de boga posible. Se trataba de un pingue mediano, con dos palos de vela latina y largas entenas, que lucía asimismo al extremo de popa un pequeño palo de mesana. Con viento favorable, habría dejado atrás a las naves cristianas con toda facilidad.

Nuestra galera pareció salir despedida hacia delante en una fuerte estrepada, con lo que la boga se hizo extenuante en pocos minutos. Nunca habíamos bogado de aquella forma, hasta imprimir a nuestra nave una velocidad que nos parecía desorbitada, lo que hizo que, al poco rato, los rebencazos dejaran de hacer mella en nuestro cuerpo. Para nuestra desgracia, la San Antonio, que debía navegar con menos carga que nosotros, nos daba alcance, lo que ofuscaba al comandante que pedía más velocidad, ante la complacida mirada de Tatuajes.

Se percibía la felicidad en los rostros de los oficiales de mar y guerra al comprobar que la distancia al pingue argelino, que comenzaba a divisarse con claridad, se acortaba con rapidez, ya que veinte remos para aquella pesada y panzuda nave eran muy poca cosa. Por mi cerebro pasó la idea de que esos remos argelinos serían movidos, posiblemente, por esclavos cristianos que pasaban a disponer, en este caso, de una buena posibilidad para acabar con su cautiverio, esa posibilidad con la que soñaba Aomar día y noche. Habría deseado cambiar mi puesto con alguno de ellos.

Las informaciones del guardiamarina situado en la cofa seguían escuchándose, aunque ya nadie en el alcázar le prestaba atención porque lo veían todo con claridad. Se le ordenó bajar a cubierta e incorporarse a su puesto. Por encima de los ruidos propios de a bordo, más los gritos de los cómitres, se elevaban periódicamente las órdenes del comandante a algún subordinado cercano, que las repetía a quien era menester.

De pronto, tras un largo y penetrante silbido del primer contramaestre, pieza inseparable del mando junto con el cómitre, el mismo comandante, tras aplicar una reluciente bocina de latón de dimensiones extraordinarias junto a la boca, se dirigió a toda la dotación. Fue un momento emocionante de verdad, en el que hasta la mar pareció guardar silencio de forma respetuosa.

—¡Zafarrancho de combate! ¡Zafarrancho de combate! ¡Cada uno a su puesto!

El corneta, que se encontraba siempre en el alcázar, dio el toque de generala, utilizado hasta aquel momento para anunciar las maniobras generales o ceremonias especiales a bordo. A continuación, el comandante, con gran solemnidad, pronunció unas palabras.

—Tripulación y guarnición^[65] de la galera Santa Bárbara. Vamos a entrar en combate en breves momentos. Por primera vez, este nuevo buque de Su Majestad va a cumplir su función principal, la de batir a los enemigos de nuestra Patria. Espero mucho de vuestro reconocido valor y arrojo, para que esos corsarios argelinos reciban su merecido.

Una vez roto el encanto del momento, se escuchó la voz del segundo comandante, situado en el castillo a proa, que pormenorizó las órdenes recibidas de su superior.

—¡Artilleros a sus puestos! ¡Jefes de batería, carguen todos los cañones y mantengan preparadas las mechas^[66]! ¡Fusileros a la jarcia! ¡Preparados los garfios y guarnición de abordaje! Abriremos fuego con el cañón de proa en cuanto se encuentren a tiro. ¡Tropa! ¡Mosquetes, sables y chuzos a mano! Cuando alcancemos la situación de abordaje y combate cuerpo a cuerpo, al que se raje o no le eche cojones suficientes a la pelea, juro que se los cortaré yo mismo sin remordimiento.

A pesar de continuar con el esfuerzo de la boga, me mantenía absorto cuando escuché la voz de Azayn.

—Menos mal que no disponemos de capellán a bordo.

—¿Por qué dices eso? —le miré extrañado.

—En los buques de Su Majestad Católica —utilizaba un tono de voz burlón, entrecortado con la agitación producida por el ritmo trepidante de la boga—, después de la arenga del comandante, anterior al combate, el capellán, revestido con sus mejores galas, suele regar a los hombres con un discursito religioso dirigido, por supuesto, a la dotación cristiana. En casos como éste, viene a decir que matar al moro no está mal visto a los ojos de Dios, sino todo lo contrario.

—Perdóname, Azayn, pero con este esfuerzo de muerte no puedo hablar —y era sincero, porque llegábamos al límite de nuestras fuerzas.

Con gran rapidez, silencio y exactitud, se ejecutaron las órdenes del mando. Los artilleros cubrieron los cañones, para situarse a ambos lados de cada pieza; la gente de mar quedaba en los puestos de maniobra, mientras que otros acudían portando los cartuchos de pólvora o preparaban lampazos para limpiar la sangre de los que caerían muertos o heridos sobre la cubierta, enarenada para evitar que el personal resbalase con ella.

La ventaja de disponer de un cañón de mayor calibre, con lo que sus balas no sólo eran más pesadas sino que alcanzaban una distancia superior, era fundamental en aquella ocasión, ya que podía abrir fuego sin que la nave enemiga pudiese hacerlo contra nosotros. De todas formas, estaba claro que el combate acabaría al abordaje, ya que era el sistema utilizado siempre por las galeras y para el que estaban diseñadas.

Aunque escuchábamos aquellas órdenes en la lejanía, la chusma comenzaba a mostrar su agotamiento con claridad. La caza a muerte se mantenía demasiado tiempo, y no parecía necesaria tanta urgencia ante una presa que caería tarde o temprano. Alguno de los forzados comenzó a flojear, intentando escabullirse astutamente de su obligación, acción que recibía el insulto de sus compañeros, obligados a un trabajo extra. Un rastro de fuego parecía deambular por nuestros músculos, con lo que producía un extraño y agudo dolor que se mantiene en aumento. En la bancada siguiente a la mía cayó el primer galeote sobre el remo, extenuado por el esfuerzo, por lo que fue maltratado con rapidez. Tatuajes, impertérrito, apretaba lo

que podía y más, hasta que se escuchó una orden directa del comandante que nos sonó a música celestial.

—Cómitre, baje el ritmo de la boga o nos quedaremos sin galeotes para la batalla. Puede llegar el momento en que volvamos a exigirles el máximo otra vez.

La nave argelina se divisaba con claridad por la proa. Se apreciaba un movimiento febril en su cubierta, así como el esfuerzo de los galeotes para mover aquella nave demasiado cargada y con un calado^[67] muy superior al nuestro. Aunque lo esperábamos de un momento a otro, nos sorprendió el retumbo de nuestro cañón de proa en el primer disparo. El pique de la bala cayó muy cerca de la popa enemiga. Pudimos observar el alto penacho de agua que producía.

—¡Artilleros, apunten al palo mayor, a la altura de la cubierta! ¡Alternar los disparos con bala rasa y palanqueta^[68] al cerrar distancia! Como falléis demasiadas veces, os juro que os amarro al banco de la boga, zopencos de mierda —el segundo comandante, encargado de dirigir el fuego, se desgañitaba aunque sonreía feliz, viéndose ganador.

En aquel momento, con la San Antonio por nuestro costado de babor y a corta distancia, se produjo una reacción inesperada y audaz de la nave argelina. Si el comandante confiaba en una rápida rendición de los mahometanos, al recibir las primeras andanadas a bordo, se equivocaba por completo. El pingue, de forma audaz y sorprendente, cayó con toda su caña^[69] a babor, para quedar en poco tiempo con su proa enfilada hacia nosotros. De esta forma, la velocidad de acercamiento entre ambas naves aumentaba de forma considerable. Muy pronto pudimos observar los hombres de guerra argelinos en sus jarcias y en el alcázar, con los mosquetes preparados para el combate. Sin embargo, el comandante no pareció sorprenderse, ya que las órdenes continuaban saliendo de su boca con normalidad.

—Ha virado, señor —era el primer contramaestre, quien le indicaba algo que todos podían observar.

—Ya lo veo. Ese moro del demonio ha virado muy bien, no es tonto. Seguro que intentará cortarnos los remos y escapar con viento a favor. Ordenad a la San Antonio que se separe de nosotros.

—Sí, señor.

Volvió a oírse la voz del segundo, en contacto directo y permanente con su comandante.

—¡Preparen bien los garfios de abordaje! ¡Todos los disponibles! Hay que parar en seco ese pingue si es necesario. ¡Tropa de abordaje, preparada! ¡Fusileros de las jarcias, apunten al alcázar y reserven las bombetas para el último momento! ¡Artilleros, al encontrarse dentro del sector de tiro, fuego con los pedreros, a discreción, contra la cubierta enemiga!

Mientras mis pensamientos se dirigían a los cristianos apresados y apiñados en cubierta, que sufrirían el fuego de nuestras armas, el pingue continuaba su aproximación con rapidez. Un disparo de nuestro cañón de proa lo alcanzó de lleno e

hizo saltar su bauprés^[70] como piñata de feria. El impacto produjo una gran cantidad de astillazos que hirieron a un buen número de tripulantes o cautivos. La San Antonio metió la caña francamente a babor, para abrirse de nosotros, mientras la Santa Bárbara hacía lo mismo en sentido contrario, hacia estribor.

En ese preciso momento, cuando las dos galeras se separaban para evitar el impacto en sus remos, la nave argelina se decidió por nosotros, posiblemente por enarbolar el gallardete de capitana. Su proa cayó con decisión, hasta quedar aproada hacia la Santa Bárbara en pocos segundos. Los cañones de proa de ambas galeras continuaban sembrando de muerte la cubierta mahometana. Consecutivos impactos le arrancaron de cuajo el palo mayor, que se desplomó sobre cubierta con un enredo formidable de velas y cables.

Me mantenía absorto y ensimismado, como si asistiese a una interesante función de teatro. Sin embargo, la ensoñación llegó a su fin al comprobar que también las balas enemigas podían alcanzarnos y barrer nuestra cubierta con sus cañones de proa. Un impacto hizo saltar por el aire nuestro fogón y el esquife, hiriendo a una veintena de hombres con los astillazos, el peor mal conocido a bordo en combate. Las astillas que las balas levantaban en su endemoniado recorrido, podían alcanzar a cualquiera que no se encontrara a cubierto, medida difícil en una galera.

A pesar del daño recibido, el pingue continuaba con su proa dirigida hacia nosotros. Atento nuestro comandante, cuando el buque argelino se encontraba a unos cien metros de distancia solamente, ordenó meter toda la caña a babor, con lo que intentaba quedar a rumbos paralelos y evitar ser embestido por su proa. En aquel momento, a muy corta distancia, una bala lanzada por un cañón enemigo situado en su amura, cuya humareda llegó a ocultar parte de su costado, atravesó la cubierta de nuestra galera dos bancadas por delante de la mía. Con infernal y ensordecedor estruendo, barrió un pedrero hacia el agua, a la vez que destrozaba bancos, pasamanos, jarcias, hombres y todo lo que encontró a su paso. La sangre salpicaba de rojo a mi alrededor como escarcha siniestra, a la vez que dejaba un olor agrio y penetrante, un especial olor que cuesta olvidar.

El impacto entre las dos naves, aun siendo por los costados, fue dantesco y formidable. No es fácil describir aquella brutal acción sin vivirla, pero pueden comprenderla de forma aproximada si imaginan cómo chocarían entre sí dos torres en movimiento. Por fortuna para mi integridad, mientras asistía boquiabierto a aquella ensalada de sangre y muerte, los buques colisionaron sus costados de babor, el opuesto al mío. Se escucharon con claridad los chasquidos producidos, como explosiones amortiguadas, al partir la proa del pingue parte de nuestra palamenta, a la vez que erosionaba el costado y aparejos. Comprobé con horror que el enemigo se hacía uno con nosotros.

Algunas bancadas de galeotes poco avisados, o extenuados más allá del límite, no dispusieron de tiempo suficiente para destrincar los luchaderos y recuperar los remos hacia dentro, según lo ordenado, o, al menos, lanzarse sobre el remiche, bajo la

bancada, para protegerse de las picas. De esta forma, algunos pobres desgraciados fueron destrozados por sus propios instrumentos de trabajo, o los pertenecientes a las bancadas adyacentes. Ante mi asombro, vi caer, cerca de donde me encontraba, un brazo completo, tronchado a la altura del hombro, que parecía moverse en un último y caprichoso estertor de vida.

Por fin, tras unos segundos de silencio, la Santa Bárbara pareció chocar contra algún poderoso objeto, hasta ser detenida bruscamente en su avance. Al mismo tiempo, un infernal griterío se elevaba de forma clamorosa hasta inundar el mundo. Según creo, algunos lo denominaban como el grito del miedo, me comentó Azayn horas después. En realidad, los garfios de la Santa Bárbara habían funcionado con precisión al trincarse sobre diferentes partes del casco y aparejo enemigo. Las dos naves quedaron por fin amadrinadas entre sí en amoroso contacto, momento en el que se pasaba a la lucha cuerpo a cuerpo, mientras los fusileros de los palos batían con precisión las cubiertas enemigas respectivas.

Aunque no sé como pude atreverme en momento tan crucial, levanté ligeramente la cabeza, una acción temeraria a la que me impulsaba esa innata curiosidad que ha cebado mi espíritu desde el nacimiento. De esta forma, pude observar cómo nuestra tropa de abordaje había invadido la nave argelina con sables, chuzos, picas, pistolas y todo tipo de armamento ligero. Aquellos hombres, como animales acorralados, gritaban con una fuerza tan bestial, que más bien parecían sentirse poseídos por el mismísimo demonio.

Entre aquella marabunta de disparos y peleas cuerpo a cuerpo, con sable o puñal, seguí la impresionante actuación de uno de nuestros soldados, un catalán pelirrojo que parecía una torre de catedral rodeada de poderosos músculos, que barría con su chuzo a todo el que se ponía por delante. Aquel fabuloso ejemplar de la naturaleza abría barrigas con extrema facilidad, e incluso llegó a cortar con limpieza una cabeza sarracena, que salió volando como una pelota de papel.

La lucha se mantenía encarnizada y confusa para los que, como yo, se limitaban a la simple observación. El número de cuerpos en pelea era tan elevado, que costaba comprender el significado de algunos movimientos de los soldados. De pronto comprendí, asustado, que los argelinos también se encontraban en nuestra nave, sembrando la muerte a su paso. Recuerdo un moro de enorme estatura, con sable y puñal en las manos, que intentaba regresar a su embarcación en inestable tambaleo, tras haber sufrido diversas heridas abiertas en el pecho, de las que manaba abundante sangre. Por donde paseara la mirada, se observaban miembros amputados, cuerpos mutilados y heridos de muerte, algunos de los cuales pedían misericordia en sus últimos momentos.

El combate cuerpo a cuerpo, de una brutalidad que sobrecogía el espíritu, se hizo incierto en cuanto a su posible resultado, hasta el punto de que los nuestros comenzasen un ligero repliegue. Sin embargo, ése fue el momento en el que la galera San Antonio consiguió abarloarse^[71] al otro costado del pingue, para atacarles por un

segundo frente. Descubrí que la acción se tornaba muy favorable para nuestras fuerzas en pocos minutos, lo que llevó a los corsarios a arriar su bandera y pedir rendición con extrema rapidez, una rendición que, en su caso, al no enarbolar una bandera reconocida por nuestra Corte, significaba el cautiverio de por vida.

Cuando nuestras tropas comprobaron que se arriaba el estandarte enemigo, prorrumpieron en un ensordecedor griterío que superaba el utilizado en la pelea. De esa forma, con los últimos aires que podían ofrecer sus pulmones, parecían festejar la victoria y la presa conseguida.

23. Buena presa

Aunque me hubiese parecido una tenebrosa y sangrienta eternidad, el combate contra el pingüe argelino había durado unos minutos solamente, pero tampoco podría certificarlo con exactitud. Sé que les costará creerlo, pero a pesar del riesgo cierto que corrió mi vida y el salvajismo tan inhumano que presentaban las acciones desarrolladas a tan escasa distancia, me sentí fascinado como si hubiese presenciado un espectáculo fantasmagórico y alucinante. Esa experiencia y otras parecidas a las que debí asistir o sufrir en mis carnes, me llevaron a la triste conclusión que la denominación de humanos tan generosamente atribuida a nuestra especie, no es más que una paradoja creada por los que rigen nuestros destinos desde la privilegiada ventana del mundo, una representación teatral muy alejada de la realidad que conforma este infierno que habitamos.

Cuando conseguí incorporarme y recuperar la posición habitual en mi bancada, recibí dos grandes sorpresas. La primera, muy grata, al comprobar cómo el rufián de Pestañas se desangraba con una enorme astilla clavada en su pecho. La cuña de madera, de tamaño respetable, lo atravesaba de parte a parte, como lanzada de caballero, de forma que hacía sobresalir una punta viscosa y ensangrentada por su espalda. Me alegré de aquella siniestra escena, como si hubiese recibido un trofeo colosal.

Comprendí que, después de todo, esa especial suerte que me habían conjeturado en el corral manchego no me abandonaba, tanto por haber evitado la madera asesina que tan cerca debía haber pasado de mi cuerpo, como por librarme de aquel malnacido que buscaba mi ruina. Aunque en la vida normal de un cristiano sea despreciable alegrarse del mal ajeno y en especial de su muerte, sentí un inmenso entusiasmo al ver cómo aquel hijo de zurrón moría poco a poco y con gran sufrimiento.

Pero no crean que Pestañas intentó abandonar este valle de lágrimas en la paz de Dios, ni mucho menos. En sus últimos momentos, mientras balbuceaba palabras entrecortadas y escupía sangre por la boca, el muy bastardo echó mano al faldón de su camisa, hasta sacar de ella lo que parecía una daga afilada. Por si acaso pensaba en una compañía cercana para el traslado a la otra vida, según parecía reflejarse en su rostro, le retorció la mano con todas mis fuerzas hasta conseguir arrebatarse el arma.

Como estoy en momentos de verdades, he de confesar que le insulté y escupí el rostro mientras moría, sin apartar la vista de sus ojos. Aunque, en estos días en los que la vida se disuelve entre recuerdos, me avergüence una acción como la que les acabo de reseñar, he de reconocer que sentí una indescriptible alegría al comprobar que la muerte alcanzaba por fin aquel odiado y repugnante ser. En aquel terrible entorno donde me movía, muchos otros debían seguir su camino.

La segunda sorpresa la recibí al observar el estado en que se encontraba todo a mi alrededor, un aspecto muy lejano al de un buque de la Real Armada recién

construido. Parecía como si un desbocado huracán hubiese pasado por encima de nosotros, o una montaña desprendido sobre nuestras cabezas. Por cualquier sitio se observaba sangre, arena^[72] rojiza, heridos, partes tronchadas del aparejo, trozos de velas desgarradas, cañones desbrincados de sus troneras, grandes boquetes en los cascos y los tres buques mezclados entre sí, hasta formar un mar de confusión increíble.

Mientras observaba aquel destrozo general con estupor, los pequeños detalles eran los que más llamaban mi atención. Por ejemplo, me sentía fascinado al comprobar cómo, en aquella situación de ruido y desorden generalizado, el comandante era capaz de hacerse obedecer. Gritaba las órdenes a través de esa fantástica bocina dorada que reflejaba los rayos del sol como un espejo, aplicada a su boca con una sola mano. Erguido como un dios inclemente y terrible sobre el tambucho del alcázar, con su sable desenvainado, se aplicaba a todos los detalles necesarios con inagotable diligencia. Pude comprobar cómo manaba abundante sangre de una fea herida en su mejilla derecha, que apartaba con el dorso de la mano armada, sin concederle importancia alguna, como si se tratara de simples gotas de sudor. Aunque parezca un contrasentido, caí en la cuenta de que, a pesar de mi situación en la galera y la triste vida que arrastraba, había asistido como cliente privilegiado a un espectáculo inolvidable.

La presa había sido muy buena. El pingue argelino debía haber realizado una afortunada incursión en los pueblos de la costa andaluza, ya que almacenaba a bordo un estimable cargamento, así como doscientos prisioneros, hombres y mujeres. Los rescatados lloraban incrédulos y alborozados, mientras se abrazaban a nuestros marineros y soldados en señal de agradecimiento. Parecían haber olvidado que muchos de sus familiares y amigos encontraron la muerte en el combate al ser utilizados, como era norma habitual, como escudos humanos en la proa de la nave. A la abundante carga, así como el elevado número de prisioneros, se debía el exceso de calado que había ralentizado sus movimientos. Los cristianos apresados podían agradecer a la divina providencia y, especialmente, a la codicia del capitán argelino, el no haber sido arrojados por la borda para aligerar su peso.

Nuestras galeras obtuvieron, asimismo, el preciado botín de más de doscientos esclavos, la completa dotación argelina de capitán a paje, que serían destinados sin remedio al cuartel cartageno. Al mismo tiempo, liberaron de sus grilletas a un buen número de cristianos esqueléticos y vestidos con harapos, que se mantenían aherrojados al banco de la boga como yo. Se consiguió poner orden en aquel monumental desconcierto, lo que parecía acción imposible.

Miembros escogidos de nuestras dotaciones inspeccionaron el pingue para comprobar si su situación le permitía ser remolcado, lo que se confirmó al asegurar el maestro carpintero que se taponarían las grietas y boquetes sin gran dificultad. Por fortuna, el mayor destrozo lo había sufrido en su aparejo.

Hubo que redistribuir la boga en nuestra galera, tanto en los remos, utilizando

algunos argelinos, como en la chusma, con la incorporación de nuevos galeotes escogidos entre los prisioneros. Aquellos desgraciados cataron con rapidez las amabilidades de Tatuajes, unas caricias dedicadas al nuevo personal como especial bienvenida. Aun así, debieron quedar bancadas libres por falta de palamenta, la nuestra una de ellas, en la que sólo Azayn y yo habíamos sobrevivido. Se trataba, sin duda, de un milagro que atribuí con rapidez a Nuestra Señora de Valdelagua, a quien volví a implorar con devoción, sin pérdida de tiempo ni pensamientos oscuros. Sin embargo, a pesar de la victoria, el número de bajas entre gente de mar, tropa y chusma se presentaba muy elevado, aunque no era ése motivo de tristeza sino el reconocimiento de un hecho luctuoso que se producía sin remedio posible en todas las acciones de combate.

Pocas horas después, navegábamos a escasa velocidad de regreso hacia Cartagena, con el buque argelino a remolque de la San Antonio, cuya chusma se veía sometida a un trabajo extra. A distancia se podía apreciar la sobrecarga a bordo y el consiguiente aumento del calado en las dos galeras, debido al elevado número de esclavos acopiados y cristianos liberados, un abigarrado conjunto que había sido distribuido entre las dos unidades cristianas.

También me sentí feliz y alborozado al comprobar que Aomar se encontraba a proa sin un solo rasguño, aunque se le notara cierta frustración y tristeza en el rostro. Podía calcular sin error por dónde navegaban sus pensamientos en aquellos instantes. Estaba seguro de que habría deseado un combate desigual, pero con las tornas cambiadas a favor de los corsarios argelinos lo que, después de todo, representaba su única posibilidad de liberación. También Azayn se encontraba cariacontecido, posiblemente por la misma razón. Intenté animarlo con mis palabras.

—Levanta el ánimo, buen amigo, que podía ser peor el resultado de la jornada. Hemos disfrutado de mucha suerte al salir del fregado sin una mínima herida. Esa deliciosa astilla que recibió el putaño de Pestañas, pudo tocarnos en el sorteo.

—No te falta razón. Ha sido la gran ganancia de esta masacre. Un asesino menos que navega por este mundo. Pero ya veremos quien ocupa su lugar, que los hay con tantos méritos como él.

—El combate ha sido..., ha sido espeluznante. Nunca había presenciado algo igual.

—Querrás decir que nunca habías observado algo tan monstruoso y salvaje. Lo he seguido con detalle esta vez, y las acciones personales de algunos soldados me han recordado las peleas entre animales, cuando lo hacen por comida o supervivencia. Y te aseguro que no ha sido de los más violentos que he presenciado. Aunque parezca imposible, te acostumbras a todo en esta vida. Como podrás comprender, he sentido el desenlace de la batalla. Con los argelinos me cabía alguna esperanza de libertad o, al menos, penaría de esclavo más cerca de mi casa.

—Lo comprendo y así lo he pensado —le ofrecí un gesto de comprensión—. Bueno, al menos navegamos sin necesidad de aplicar nuestros brazos a los remos.

—Eso es cierto. Aprovechemos la ocasión que no se presentará muchas veces.

Aunque intentara forzar una sonrisa, no podía negar el desencanto sufrido.

—Y todos esos desgraciados que se apiñan en la proa, serán esclavos durante muchos años.

—Durante toda su vida, que les deseo corta para evitar sufrimientos. Es la ganancia principal para la dotación, ya que cada una de las cabezas que se entregue al Cuartel, será pagada a buen precio por la Real Hacienda.

—Supongo que por esa razón se ha llevado a cabo el recuento con tanta alegría.

—Por supuesto. Como los cristianos no son corsarios —un deje de ironía cubría sus palabras—, se pelea por la patria y por la fe cristiana. Pero, en verdad, una presa como el pingue, con excelente cargamento y muchas cabezas, puede valer un apreciable bocado, especialmente para el comandante y oficiales.

—Bueno, disfrutemos del momento y no pensemos en lo que nos espera.

—Comienzas a razonar como un forzado —me obsequió con una triste sonrisa—. Y supongo que en los próximos días pasaremos a los trabajos en tierra.

—¿Por qué?

—Porque será necesario reparar la galera, que se encuentra bastante dañada. Confiamos en que se nos asigne una tarea benévola.

—Dios te oiga.

—Cualquier cambio en la vida del forzado...

—Es a peor. Ya lo sé pero me atrae salir del dominio de Tatuajes.

—Esa puede ser la única luz que recibamos a la llegada.

A pesar de la triste conversación mantenida con Azayn, he de reconocer que fueron unos momentos emocionantes, sin llegar a percibir todavía lo cerca que nos habíamos encontrado de la muerte en cada instante. La cubierta de nuestro buque estaba sembrada de astillas y trozos de clavazón que actuaban como verdaderos proyectiles, algunos de ellos incrustados muy cerca de los pies y en mi propia bancada.

Seguía repitiéndome que había asistido como un espectador maravillado al desarrollo de un combate naval en toda regla, una experiencia de cuya realidad he llegado a dudar muchas veces a lo largo de los años, cuando revivía aquel reparto sangriento. Me costaba creer como reales aquellas acciones de brutalidad extrema en las que los actos de valor, suicidas en muchos casos, parecían de una absoluta normalidad. Como decía Azayn, parecían bestias disputando por un trozo de carne.

Durante la lenta marcha de regreso, la actividad que desplegaron carpinteros y contra maestres fue frenética y admirable. Me maravillaba observar la rapidez y habilidad con que despejaban la cubierta de los restos de todo tipo, cortando cables y cabos, reponiendo maderamen, a la vez que efectuaban las imprescindibles reparaciones de emergencia en casco y aparejo. El estado de la mar era excelente, lo que constituyó una ayuda inestimable.

En cuanto al aspecto más luctuoso, los cadáveres fueron arrojados al mar sin

mayor contemplación, incluso el de algún galeote que se encontraba en sus últimos momentos. Observé complacido cómo el cuerpo de Pestañas, rígido como un palo, entraba en las aguas con una bala amarrada a sus pies y sin saco protector. Sentí pena por ese hermoso mar Mediterráneo, que se veía contaminado de maldad con aquel regalo. Tan sólo los heridos de cierta categoría fueron transportados a las cámaras de popa, en espera de que pudiesen llegar con vida a puerto.

De esta forma, continuamos la tranquila navegación hacia nuestra base, entrada la noche. No sin grandes dificultades, conseguimos dar el aparejo del palo mayor, una acción que no habría creído posible horas antes. Se levantó un viento fresquito del sudoeste que nos empujaba suavemente en la dirección deseada, un estimable alivio para la boga que, en aquellos momentos, se mantenía sin especiales exigencias para la chusma. Azayn y yo disfrutábamos de un descanso absoluto, mecidos por las olas, un inesperado regalo del cielo que no volvió a repetirse. Era, en verdad, cosa distinta y difícil de creer, aquella de navegar en tan dulce situación, más parecida a príncipes que a esclavos.

A pesar de haber perdido el fogón general, se habilitó uno de emergencia con extrema rapidez. Pude comprobar que el combate levanta el apetito de los soldados de forma generosa. Poco tiempo necesitaron los rancheros para repartir comida en abundancia, en este caso incluida la chusma, como un premio extraordinario al valor de los combatientes y al trabajo de nuestros músculos. Las consecuencias generales de la batalla no podían ser más halagüeñas para nosotros.

En aquella celestial situación que nos costaba creer como real, ni siquiera se escuchaban los periódicos gritos de Tatuajes que, para nuestra desgracia, había sobrevivido a la pelea sin un solo rasguño, ocupado en otros menesteres. Según se comentaba en escondidos cuchicheos entre los galeotes, que me fueron confirmados por Azayn con detalle, era el momento que utilizaba aquel condenado sacamantecas para despojar a los muertos y cautivos de sus monedas, así como escamotear y afanar valores de la presa. Se jugaba mucho con aquellas acciones, pero era hábil como una rata de sentina y no lo sospechaban sus superiores.

Por absurdo que pueda parecer, sólo sentí tristeza ante la visión de los prisioneros que se arracimaban miserablemente en la proa u ocupaban puestos de galeotes caídos. Pocas horas antes eran hombres libres y, de pronto, como cruel caricia del destino, perdían la libertad. En realidad no era más que un recuerdo de mi propia situación. Ante ellos se abría un horizonte muy poco esperanzador, y de esta forma se reflejaba en sus rostros.

Alcanzamos el puerto con las primeras luces del nuevo día. Sentía cierto placer al reconocer algunos detalles de la costa, así como la silueta de la ciudad de Cartagena, como si me sintiera un marino con cierta experiencia, una ilusión que intentaba disfrazar la realidad de los grilletes. Una vez en la dársena, dejamos el pingue argelino, del que se hicieron cargo las autoridades navales, fondeado frente a la

imponente muralla que rodea la ciudad, besada por las aguas. Las dos galeras pasamos directamente al arsenal, acción necesaria dada nuestra maltrecha situación.

A la llegada, y por primera vez, el comandante se dirigió a toda la dotación en una enardecida arenga, encaramado en lo más alto de la timonera. Alabó el valor y buen hacer demostrado por todos en el combate, para destacar a continuación sus acciones principales, en especial las correspondientes a la gente de mar y tropas de abordaje. Sin embargo, la chusma despreciable, que con su extenuante boga había conseguido alcanzar a la nave enemiga, no fue mencionada en ningún momento. Al menos, aquella tarde volvimos a recibir ración especial de menestra y bizcocho, así como media frasca de vino, lo que significaba un verdadero festín. Eso sí, nos obligaron a brindar por la generosidad de nuestro valeroso y aguerrido comandante, lo que cumplimos efusivamente sin protesta alguna.

24. Una pérdida lamentable

Aunque la galera parecía haber recobrado su normalidad con rapidez tras el combate, los daños habían sido mucho más importantes de lo que nuestros ojos podían observar, especialmente en la Santa Bárbara que había recibido la acometida inicial del pingue argelino y la parte más cruenta de la batalla. De tal forma, se consideró necesario dar su quilla^[73] para reparar algún costurón o descosido en su costado y proceder a calafatearlo^[74], a la vez que se reparaban los desperfectos en aparejo y armamento. Sin embargo, aprovechando que el dique más pequeño de los dos existentes, el llamado para bajeles de menor porte, se encontraba desocupado, se decidió vararla en él, con lo que la estructura de la nave sufría menos y los trabajos se realizaban con mayor fiabilidad y rapidez.

Para nuestra desgracia, ése fue el premio final para la chusma de la galera tras la esforzada batalla, al ser considerada suficiente en número para vaciar de agua el dique, una vez reforzados con nuevos galeotes los puestos vacantes de los caídos en el combate. En este caso, se trataba de parte de la chusma de la galera Redentora que, tras un penoso abordaje sufrido contra un navío de dos puentes a la entrada del puerto, había quedado casi desmantelada, hasta el punto de dudarse seriamente que fuese rentable llevar a cabo su reparación.

Fue un trabajo durísimo, casi comparable con el de la boga a muerte, tirar con los garfios, a dos manos, de las poderosas cadenas que accionaban las bombas de achique. Al menos, en este cometido era más fácil escaquearse del suplicio en alguna aislada ocasión, o alargar los periodos de descanso que se consideraban necesarios para mantener con vida a los forzados.

Poco a poco, demasiado lentamente para nuestro gusto, bajaba el nivel del agua dentro del dique, hasta que la Santa Bárbara quedó completamente en seco, como cigüeña en campanario, mantenida en posición vertical sobre una solera de madera, merced a gruesos troncos de pino ajustados a su obra viva^[75]. De esta forma nos fue posible observar todo su casco al descubierto por primera vez, como doncella que desvela sus secretos, un casco donde, en efecto, se apreciaban todavía profundas heridas.

Con nuestro buque en reparación, fuimos asignados de nuevo a los trabajos en tierra, tal y como habíamos supuesto, que no era cosa de perder un día de trabajo para la Corona. Como los puestos de boga a bordo se habían mantenido sin cambios, ya que los incorporados de la Redentora eran tan veteranos como nosotros o más, continué situado al lado de Azayn, lo que significaba un alivio. Por la banda izquierda me cayó en suerte un galeote de mejor calidad que el bastardo Pestañas, quien, con seguridad, estaría penando con su alma entre las brasas del infierno. Le llamaban Mestizo y, según decían, procedía de una lejana isla del Caribe. Hablaba muy poco pero, al menos, no presentaba los asesinos instintos de su predecesor. Creo

que a lo largo del tiempo que se mantuvo a mi lado, no llegué a cruzar con él más de dos o tres palabras seguidas.

La suerte no nos favoreció al alistarnos para la faena en tierra. Nos asignaron a una brigada de trabajo que debía reforzar un amplio paño de la muralla del arsenal en su cara de poniente, deficientemente construido, con lo que volvía a transportar pesadas piedras de tabaire que me dejaban exhausto al finalizar la jornada.

Encontré más duro el trabajo que la primera vez, debido posiblemente a que las reservas de energía, así como mis carnes y músculos, habían menguado de forma notable y alarmante. Me entristecía el hecho de observar cómo mis brazos y muslos, poderosos, anchos y fuertes en otro tiempo, iban tomando la contextura de un niño frágil y debilucho. De esta forma, pensaba que acabaría por perder el apodo de Gigante, un apelativo que se había cosido a mí ser como si lo hubiese recibido en las aguas bautismales. Además, esta actividad en tierra trajo añadida una pérdida irreparable para mí.

Desde que nos asignaron a este nuevo cometido, se encontraba incorporado en nuestra cuadrilla de trabajo un gitano treintañal de piel verdinegra y podrida, al que apodaban Matute, no sé si por jugador o contrabandista. Lucía muy poco pelo en su cabeza, posiblemente debido a los bichos, pero lo que más destacaba en él, aparte del repugnante color de su piel y su alta estatura, era la forma ladeada y partida de su boca, como si hubiese sido pateado con toda su fuerza por el caballo del Cid Campeador. Aunque pertenecía a la chusma de nuestra galera, no lo había visto hasta el día en que me lo señaló Azayn con la mano.

—Cuídate de ese bastardo en todo momento, Gigante. Ya me las vi una vez con él a las bravas, de la que los dos salimos malparados, y no me lo ha perdonado. Si puede y le llega la ocasión, vendrá por mí o por quien se encuentre a mi lado. Puedes estar seguro de que este matarife no es de los que se andan con bromas.

—Parece un perro sarnoso —exclamé con sinceridad, así de repugnante me parecía.

—Es más peligroso que los perros, aunque estén contagiados de babas.

—Lo marcaremos como es debido.

La verdad es que, en un principio, no le concedí mayor importancia al comentario, porque aquel hijo de loba y jabalí apenas cruzaba palabra con nadie, ni siquiera con su pareja. Sin embargo, poco a poco comprendí la verdad de aquella recomendación, al comprobar que Matute dirigía su torcida mirada hacia nosotros con demasiada frecuencia, para mostrar una cara de resentimiento y pocos amigos. Aunque nos lo propusimos, no era fácil marcar al enemigo a diario y en todo momento, cuando el trabajo es tan duro que te arranca el alma de dolor.

Por desgracia, lo que nunca debía haber sucedido tuvo lugar en una mañana del mes de marzo, cuando ya se emboca la primavera y el tiempo, por las noches, comienza a ser soportable a bordo. Matute trabajaba en la parte alta del muro, posiblemente emboscado en cometidos menores, hasta donde se izaban las piedras

con una poderosa y llamativa cabria^[76] que habían instalado los maestros de construcción. Esta situación nos había pasado desapercibida, y lo digo especialmente por Azayn que estaba siempre al quite y atento a cualquier peligro que pudiera acecharnos.

Aquella fatídica mañana, cuando más desapercibidos nos encontrábamos, una de esas piedras cuadradas de extraordinario tamaño, el elemento que producía mayor número de accidentes, que ya debía encontrarse afirmada con argamasa en la parte superior del muro, se deslizó con absoluta libertad, como caída del cielo. Cuando nos dimos cuenta, avisados por el grito de un galeote cercano, era demasiado tarde. La mole de piedra, imparable en su caída, impactó con toda su fuerza sobre mi buen amigo. El brutal golpe le hizo rodar por el suelo entre exclamaciones de sorpresa y dolor.

Todavía no comprendo cómo salí ileso del percance, un verdadero milagro, ya que me encontraba a corta distancia de Azayn. Como de costumbre, se escuchó la preceptiva y tantas veces repetida voz de ¡accidente!, aunque antes de escucharla fui consciente de la magnitud del desastre. La piedra había golpeado en la parte derecha de Azayn, machacando su pierna, rodilla y parte superior del muslo, a la vez que hería su pecho y cara al rodar por el terraplén. Tuve tiempo de elevar la mirada de forma automática, unos pocos segundos que me bastaron para observar cómo Matute se apartaba del lugar de donde se había desprendido el enorme pedrusco.

Tras el accidente, Azayn no llegó a proferir lamento alguno, aunque el sufrimiento se reflejaba con claridad en su rostro. Me sentía desgarrado por el dolor al observar su gesto de resignación, así como al comprobar su estado. La pierna, rodilla y muslo componían una masa informe de sangre y huesos desgarrados, mientras en el pecho y cara aparecían heridas de menor consideración. El capataz acudió con una lentitud que parecía estudiada, para ordenarnos con indiferencia que lo transportáramos a la enfermería del arsenal. El muy bastardo, al observar las terribles heridas a corta distancia, emitió unas pocas palabras, sin inmutarse.

—Mal aspecto tienen esas heridas —señalaba toda la zona dañada con la mano—. Tendrán que cortarte la pierna bien arriba. No creo que sobrevivas.

Con los nervios a flor de piel, fui uno de los escogidos para transportarlo en brazos a través del arsenal, con la máxima rapidez. Perdimos un tiempo precioso e interminable, en espera del alguacil que debía aherrojarme a un tal Ranero, así como acompañarnos por motivos de seguridad. Una vez en marcha, acuciaba en la carrera al compañero forzado, que protestaba a causa del excesivo peso del herido, por lo que hube de amenazarlo con una muerte segura si no aceleraba sus pasos. Cuando lo dejamos en un jergón de la enfermería, sólo dispuse de unos pocos segundos para despedirme.

—No te preocupes, Azayn. Ya verás cómo te curas en poco tiempo —no sabía mentir y sentía cómo una profunda tristeza se habría en mi pecho, inundando mis ojos al comprobar el sufrimiento que se reflejaba en su rostro—. Rezaré a nuestro Dios

para que así sea.

—Adiós, Gigante, buen amigo. No te preocupes por mí. Después de todo, no es tan malo acelerar la escapada definitiva. Ni siquiera siento ya el dolor. Espero y confío de todo corazón, que algún día no muy lejano recuperes la libertad que te mereces, porque eres un hombre bueno —apareció una escondida sonrisa entre la mueca de dolor—. Sólo quiero pedirte un favor muy especial.

—Haré lo que quieras.

—No busques venganza. Eres demasiado noble para competir con gentuza de esa ralea. Y que Alá guíe tus movimientos y te ampare.

Antes de abandonarlo, y con un nuevo gesto de dolor, me ofreció una sucia bolsa de tela que portaba bajo su camisa. Eran sus monedas ahorradas con el tiempo y las privaciones, una buena cantidad en aquellas circunstancias, ya que no solía comprar casi nada en la despensa de a bordo. Intenté protestar, por lo que ello significaba. Sin embargo, me lo prohibió con una débil señal de su mano, incapaz de pronunciar una palabra más. Los dos sabíamos lo que sucedería en poco tiempo. Abandoné a mi buen amigo, consciente de que no volvería a verlo. Según supe después, murió aquella misma tarde, posiblemente desangrado. Los cuidados médicos que se prestaban a los forzados, como es de imaginar, no eran pronto ni aceptables.

Sin embargo, a pesar de la tristeza en la que me veía sumido, un pensamiento anidaba con una fuerza irresistible en mi cerebro, mientras volvía al trabajo. Había decidido acabar con Matute, aunque fuese lo último que lograra hacer en mi vida, o me costase cualquier aumento de condena. No estaba dispuesto a cumplir la promesa efectuada a mi buen amigo, bajo ningún concepto. Comprendí entonces la fuerza que la venganza puede imprimir en los sentimientos de un hombre, cuando se encuentra en condiciones extremas, hasta llegar a constituir un objetivo que te anima a seguir viviendo. Así pareció comprenderlo el forzado objeto de mi furia asesina ya que, al pasar cerca de donde me encontraba en el trabajo y cruzarse nuestras miradas, tuvo el valor de dirigirse a mí.

—No tengo nada contra ti, Gigante. No me provoques si no quieres acabar como tu amigo.

Ni siquiera le contesté. Era mucho lo que había aprendido de aquella vida en los meses que llevaba de cautiverio, para saber que no hay nada peor que expresar los verdaderos sentimientos ante los demás, si no son de absoluta confianza. Debía rumiar mi venganza en silencio para regodearme y disfrutar de ella por anticipado, que ése es el verdadero sabor de la revancha. Sin embargo, como un acto reflejo, palpé el faldón de mi camisa para comprobar que la daga arrebatada a Pestañas en sus últimos momentos, se encontraba segura y preparada en su sitio. Pensé, reconfortado, que llegaría la ocasión oportuna, llegaría tarde o temprano, para disfrutar de ese momento que tanto deseaba.

Los últimos días de trabajo en tierra, me asignaron a Mestizo como inseparable compañero, que también acababa de perder a su pareja, enfermo de fiebres. Fueron

días en los que la tristeza y el silencio reinaron a mi alrededor, sin que el peso de las piedras o algún rebencazo perdido hiciera mella en mi espíritu. El rostro bondadoso de Azayn se me aparecía por las noches, mientras continuaba gozando al pensar la forma en que Matute acabaría sus días.

A bordo de nuestra galera, de nuevo a flote y amarrada en el muelle de poniente del arsenal, se llevaron a cabo los últimos retoques para quedar de nuevo en perfectas condiciones de funcionamiento. Era fantástico comprobar lo que eran capaces de conseguir los maestros carpinteros, herreros, veleros y calafates, para dejar el buque como si no hubiese sufrido desperfecto alguno y acabara de ser entregado a la Armada.

Me asignaron el puesto de boga correspondiente a Azayn, junto a la borda, por lo que sentí, de nuevo, una profunda tristeza al sentarme en él. A mi izquierda se mantenía mi mudo e inseparable compañero, Mestizo. A partir de aquel momento, se acabó la conversación para mí de forma definitiva, la única compensación que había disfrutado desde mi entrada en el cautiverio. Como norma habitual, me mantenía en un silencio absoluto y permanente, como esos enajenados que deambulan por los campos en peregrinaje imaginario. He de reconocer que echaba en falta las charlas diarias con mi amigo Azayn, que formaban los únicos momentos de la jornada que ofrecían un poco de luz y alegría en mi triste vida.

Llegaron los primeros y calurosos días de junio, en los que un sol radiante se hizo amo y señor del ambiente. Asimismo, disfrutamos de una visibilidad que parecía alcanzar el fin del mundo y que, según dicen, sólo se encuentra en ese mar Mediterráneo, que tanto me habría gustado surcar en diferentes condiciones.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que el mes anterior había cumplido mi primer año de condena como forzado, un dato que había pasado, como pueden comprender, sin una relevancia especial. Sin embargo, me entristeció el hecho de recordar que tan sólo trece meses atrás, todavía disfrutaba de una libertad que ahora parecía pertenecer a otro mundo y que, posiblemente, sólo recobraría con la muerte. Por monstruoso que pueda parecer, comencé a pensar en ella sin miedo, como una posible liberación definitiva, lo que, después de todo, era una verdad irrefutable.

Así de animado se encontraba mi espíritu en aquellos días. Tan sólo me entristecía la idea de pasar a la otra vida sin haber liquidado mi cuenta pendiente con Matute. No me importaba morir, es cierto, siempre que me acompañara ese odiado y despreciable ser.

25. De nuevo a la mar

Por fin regresó la plena actividad a la galera, y no quiero expresar de esta forma que resultara un bien esperado porque, en verdad, pocos bienes se avistaban en mi futuro. Salimos a la mar tres días consecutivos por la mañana, para comprobar el estado del casco y aparejo tras las obras, regresando a puerto en la tarde de cada día. Tatuajes se mantenía en su forma habitual, dañino y salvaje, aunque desde la muerte de Azayn nada despertaba especial interés a mi alrededor, ni siquiera el cotidiano afán de intentar escabullir el rebenque del cómitre, con el ladeo adecuado y oportuno de mis costillares.

Gracias a los ahorros de mi pobre amigo, que debería encontrarse feliz en su cielo particular, conseguí sumirme en la dulce modorra del vino un par de veces, así como consumir más alimentos para reponer las escasas fuerzas. Aunque parezca mentira, una comida tan humilde y sencilla como la galleta de mar podía obrar milagros, sobre todo si se consume cuando el estómago grita desesperado.

Como uno de mis objetivos futuros y fundamentales, localicé la situación de Matute a bordo, tres bancadas por delante de la mía. Reconozco que me mantenía obsesionado con la visión de su cuello y espalda verdinegra, una visión que me hacía acariciar la afilada daga con cariño, hasta arrancar a veces una perdida sonrisa de mi rostro. Imaginaba con perfección el momento de hundir la cuchilla en su pecho, una y otra vez, mientras pateaba su cara como despedida en su viaje hacia el infierno.

Una tarde fui yo quien pudo observar la llegada del mensajero con el sobre lacrado para el comandante. Recordé con verdadera tristeza las palabras de Azayn en aquella lejana ocasión, lo que me llevó a rememorar nuestras amenas conversaciones nocturnas. Me sentí en la obligación de notificarle a Mestizo el significado de aquella misiva. El caribeño me escuchó con atención, asintiendo con la cabeza, aunque su respuesta se limitara a un extraño e incomprensible sonido gutural que no llegué a comprender.

Debo reconocer que este galeote vecino que me había tocado en suerte, era un personaje muy especial y digno de profundo estudio. Les aseguro que durante el tiempo que convivimos en tan cercana compañía, nunca llegué a saber a ciencia cierta si aquel raro ejemplar era capaz de hablar en cristiano un par de palabras trenzadas, si sufría de forma particular la triste vida que arrastrábamos o, por el contrario, gozaba en amplitud con su puesto en la galera, condenado como esclavo de por vida. Todo era misterioso a su alrededor. Al menos, podía confiar en que el peligro no me llegaría por aquella banda.

Pocos días antes se había producido, precisamente, el relevo de comandante en nuestro buque, con una ceremonia muy especial en la que destacaban los toques de generala, formación de la tropa con uniforme de gala, sables relucientes y lectura de órdenes directas de Su Majestad. De todas formas, el aspecto más importante para la chusma fue el reparto de rancho extraordinario que siguió a los actos, norma

tradicional en la Armada.

Nuestro nuevo jefe era el capitán de fragata don Francisco Vázquez Mondragón, un hombre elegante, moreno, espigado de figura, rostro marcado por un característico y frondoso bigote y, como su predecesor en el cargo, de pocas palabras. Sin embargo, como pudimos comprobar posteriormente, habíamos mejorado de forma notable con el cambio. Según se comentaba entre los guardiamarinas, nuestro antiguo comandante había sido ascendido por méritos propios al grado de capitán de navío, siendo asignado para el mando del buque de dos puentes y 58 cañones, San Julián, recientemente construido en el arsenal cartagenero.

Tal y como había anunciado a mi compañero, al día siguiente, bien temprano, nos hicimos a la mar, de nuevo en compañía de nuestra gemela e inseparable San Antonio. Como cambio sustancial, en esta ocasión enarbolaba ella la insignia de capitana, lo que nos obligaba a navegar en permanencia por su popa.

La primera sorpresa de la jornada se produjo al comprobar que no caíamos a estribor para ceñirnos a la costa meridional, como de costumbre, sino que, una vez al través de la isla de Escombreras, arrumbamos claramente a babor, para barajar una costa hasta entonces desconocida para mí. Por fortuna, en la bancada siguiente a la mía se encontraba un galeote simpático y dicharachero al que llamaban Orejas, apodo acertado porque podía salir volando con ellas en cualquier momento, si no se encontrara retenido por la cadena firme a la blanca. Era natural de un pueblecito cercano a Cartagena y buen conocedor de aquella zona, un guía que nos ilustraba continuamente sobre la geografía del terreno, nombres de accidentes geográficos y pueblos costeros.

Navegando a la boga por cuarteles y sin graves exigencias, continuamos algunas horas hasta alcanzar un pronunciado cabo llamado de Palos, con una poderosa torre en la que se encontraba instalado un faro que, según decían, era de los más poderosos del Mediterráneo. En ese momento, volvimos a enmendar el rumbo a babor, para mantener una proa que nos separaba suavemente de la costa y arrumbar claramente hacia la mar. Comenzó a correrse el rumor entre la chusma de que aquella maniobra sólo podía tener un significado. Nuestro destino debía ser alguna isla de las Baleares, a no ser que se hubiese recibido aviso de avistamiento de naves corsarias por aguas del archipiélago, algo poco probable.

Nos esperaba una agradable y benefactora sorpresa, esta vez de la mano de nuestro nuevo comandante. Como se mantenía un viento fresco de leveche, muy adecuado al rumbo establecido, ordenó largar todo el aparejo y cruzar los remos, con lo que nos mantuvimos libres de la boga. He de reconocer que, en todo el tiempo que estuve bajo su mando, este jefe demostró unos sentimientos tan humanos y nobles como no había encontrado desde que perdiera mi libertad, lo que me confirmó que no todo el personal en la Armada manejaba orejas de diablo. También comprobarán que jugó un papel muy importante en mi futuro.

Al separarnos de la costa, la marejadilla aumentó a marejada, muy soportable

todavía porque nos acariciaba las aletas con dulzura, hasta levantar nuestra popa suavemente como una ruleta de feria. La galera tomaba muy bien aquella mar, con lo que la navegación se hizo atractiva y agradable, un verdadero viaje de placer, como comentaba Orejas entre risas. La delicia de la chusma conllevaba, de forma invariable, el enfado de Tatuajes, que debía dejar inactivo su maldito rebenque, de momento.

Realmente daba gusto navegar así, en silencio y con una suave escora, lo que llegó a hacerme olvidar que me encontraba encadenado al banco de la boga. El número de velas que se largaron al viento aumentó en forma y número, hasta izar algunas muy altas y con forma triangular, entre los dos palos, que nunca había observado. El comandante parecía satisfecho con el trapo desplegado, al comprobar el buen andar^[77] de la nave. Comenzamos a pensar que, además de buena persona, aquel hombre era un gran marino que disfrutaba con la navegación a vela, sin necesidad de hacer sufrir a la chusma asquerosa de forma innecesaria.

Con la rapidez de costumbre, se corrió entre las bancadas el rumor de que nuestro próximo destino no era otro que el puerto de Mahón, para dejar en su arsenal unas pesadas cajas que habían embarcado la tarde anterior en ambas galeras y que, por su tamaño, se encontraban estibadas a proa, bajo la arrumbada. No me agradó mucho la noticia, al recordar mi arribada a ese puerto en la Redentora, así como las primeras navegaciones bajo el rebenque de Tatuajes. Pude consolarme con el pensamiento de que, en este caso, la situación era bien diferente. Intenté disfrutar del benigno momento, ya que eran escasos los que se presentaban, y la tortilla podía dar la vuelta con suma rapidez.

La navegación hasta la isla de Menorca fue tranquila y muy llevadera. Bogábamos periódicamente para mantener el adiestramiento, según las propias palabras del mando, así como cuando entrábamos a reconocer alguna cala o el viento se hacía contrario, pero normalmente por cuarteles, salvo alguna esporádica y necesaria estrepada. En esta ocasión no hicimos la derrota entre islas, sino que bordeamos la bella isla de Mallorca por su parte septentrional. Por fin, entramos en el freo de Menorca de norte a sur, aquel trozo de mar que nos hiciera cabalgar como potro desbocado, hasta doblar la conocida isla del Aire. Poco después atracábamos en el muelle del arsenal de Mahón, bien entrada la tarde, para proceder a la descarga del material de transporte con toda rapidez. Esa noche dormimos como benditos, de un tirón y sin sobresaltos, bajo un cielo estrellado que me hacía recordar, invariablemente, las veladas nocturnas en el porche emparrado de mi casa.

A la mañana siguiente, tras un ligero abastecimiento y la pertinente aguada, volvimos a salir a la mar. Como de costumbre, el punto de destino era desconocido para la chusma, que siempre tardaba en enterarse de los detalles de la misión, cuando algún comentario perdido entre el personal de la tripulación era cazado al vuelo por un galeote avisado. Las noticias de interés se corrían de bancada en bancada como reguero de pólvora.

En esta ocasión seguimos el camino recorrido en el primer viaje de regreso, con lo que disfrutamos una vez más de la agradable pernoctada en la ensenada de Cabrera, que tan bien recordaba. Sin embargo, al encontrarnos en franquía a la mañana siguiente, arrumbamos claramente al sur, indicio inequívoco de que no nos dirigíamos hacia nuestra base cartagenera de forma directa. Aunque la ignorancia del destino generaba intranquilidad en algunos, me sentía feliz de seguir con aquella situación, posiblemente la etapa menos dura vivida desde mi ingreso en cautiverio.

Continuamos con este rumbo, proa a la mar, intercalando periodos de boga por cuarteles y trapo al viento. Navegábamos en línea de frente, con la San Antonio a nuestra altura por la banda de babor, que también desplegaba el aparejo con frecuencia, influenciada quizás por la actitud marinera de nuestro comandante. El viento había rolado poco a poco hasta quedar entablado de levante, aunque se mantenía flojo, a la vez que una ligera y agradable marejadilla salpicaba las aguas de borreguillos. Pero en la mar se vive en intranquilidad permanente, porque nunca se sabe lo que puede aparecer por la proa pocas horas después. Por mi parte, envidiaba a los marinos veteranos que escrutaban el cielo en busca de unas especiales indicaciones que, según parece, sólo ellos eran capaces de interpretar.

Entramos en las últimas horas de la tarde, mientras continuábamos con la proa arrumbada hacia aguas desconocidas para mí. Habíamos perdido de vista la costa, alejada en la bruma de nuestra aleta de estribor, cuando un fuerte e inesperado grito del serviola de la cofa nos sobresaltó, hasta despertarnos de la rutina.

—¡Vela por la amura de babor!

Como pueden comprender, aquel grito que el marinero ofrecía con alegría y ánimo guerrero, me sumió en un mar de negros presagios en pocos segundos, que ya andaba al tanto de lo que podía significar.

26. Momentos de duda

Aunque el silencio reinaba a bordo en los primeros segundos, aquella voz de ¡vela por la amura! se mantenía grabada en mi cerebro. Sin saber por qué, las escenas brutales y sangrientas del anterior combate pasaron por mi cerebro a gran velocidad. Recordaba en rápida sucesión de imágenes el brazo amputado, la cabeza del moro destroncada, los astillazos clavados en los cuerpos de la dotación, los destrozos en las naves y la sangre mezclada con la arena hasta cubrir cada poro de su cubierta. El viejo y conocido rumor del miedo hizo su aparición, en mayor medida que en el anterior avistamiento, posiblemente porque ahora conocía el resultado que cabía esperar. Para confirmar la repetición de los hechos, escuché la orden que esperaba.

—¡Guardiamarina a la cofa!

Aunque todavía la visibilidad era buena, sin haber comenzado el oscurecer del crepúsculo, tardamos en escuchar la ampliación del avistamiento.

—No estoy seguro, mi comandante —el tono de su voz era temeroso, posiblemente por no ser capaz de identificar el objetivo—. Parece el casco de un jabeque, pero lleva aparejo de bergantín. Mayor y trinquete de cruz.

—Abra bien los ojos, caballero^[78]. ¿Lleva vela cangreja en el mayor? ¿No será una polacra^[79]?

—No lo aprecio bien, señor. En algunos momentos me parece un bergantín^[80], aunque no dispongo de suficiente visibilidad —el tono de voz que empleaba el joven oficial, continuaba apesadumbrado.

—También puede ser un bergantín-polacra^[81]. ¿Le aprecia las cofas? —el comandante barría aquel sector del horizonte, sin encontrar lo que buscaba, mientras se dirigía al joven oficial con amabilidad. Me maravillaba su absoluta tranquilidad y ausencia de nervios, ante lo que podía ser una operación de guerra en la que era posible perder la vida—. ¿Distingue la bandera y armamento?

—Muy armado, señor. Unos doce cañones por banda, aproximadamente, con las portas abiertas. Es imposible distinguir el pabellón todavía, pero juraría que no es cristiano.

En aquel momento, la San Antonio desplegó unas banderas en su driza. Pensé que debía haber avistado también las velas del buque desconocido. Atento, intenté captar el descifrado que llevaba a cabo un oficial de mar en el alcázar, con el libro de señales en sus manos. Como se había hecho un silencio absoluto, pudimos distinguir el resultado.

—Mi comandante, la San Antonio nos avisa del avistamiento de una polacra corsaria.

—¿Polacra corsaria ha dicho? —sonrió mientras atusaba las guías de su bigote—. No deja de ser extraño. Nunca he visto alguna nave de ese tipo, utilizada por los berberiscos al corso. Debe ser una presa reciente. ¿Alguna orden de nuestra capitana?

—No, señor.

Nos mantuvimos en una tensa y larga espera. El silencio reinaba entre cientos de corazones, un silencio que, sin embargo, puede llegar a ensordecer el alma. En vista del armamento enemigo mencionado, nos encontrábamos en clara inferioridad desde un punto de vista individual. De todas formas, al ser dos las galeras presentes, podíamos complicar seriamente el resultado del combate, si lográbamos aunar esfuerzos y acercarnos lo suficiente como para emplear nuestra tropa armada. Volvimos a escuchar los comentarios del comandante con los oficiales, unos comentarios pronunciados con absoluta tranquilidad, como si se encontrara en una reunión de sociedad.

—Ellos decidirán.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó el segundo comandante.

—Que está en sus manos decidir si entabla combate o no. Con ese aparejo, si este viento se mantiene puede alejarse de nosotros sin mayores problemas. Si nos encontráramos en solitario, vendría veloz sobre nosotros y lo pasaríamos bastante mal —sonrió mientras acariciaba su cuello en expresiva señal—. Ese maldito arráez^[82] debe sopesar en estos momentos si le compensa enfrentarse a dos poderosas galeras a la vez, o le sería posible dividir nuestras fuerzas con alguna estratagema.

—¡Bandera argelina! —el guardiamarina volvía a informar—. En efecto, se trata de una polacra, señor. Acaba de abrir una porta más. Presenta todos los cañones en batería^[83]. Veintidós piezas en una andana, parece que de a 12, y dos en proa, posiblemente carronadas de a 24. De momento se mantiene en facha^[84].

—Me parece demasiado armamento para una polacra —insistió el comandante en un suave murmullo—. Es cierto, sin embargo, que a muchos capitanes berberiscos les encanta instalar pesados cañones en la proa, aunque eso les quite un apreciable y necesario andar.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —apostilló sumiso el segundo.

Seguíamos en aquella tensa espera que tanto agota el pensamiento. Nos limitábamos a aguardar las posibles órdenes de la capitana, a la que se dirigían todas las miradas una y otra vez. Por fin, la San Antonio desplegó otra serie de banderas de señales.

—¡En caza! —esta vez se había descifrado con mayor rapidez—. Nos ordenan navegar en caza, mi comandante. Debemos mantenernos agrupados en línea de frente, acortando la distancia hasta la mínima de seguridad.

—¿En caza? Vaya, vaya. Me parece estupendo. Esperemos que se porte bien nuestra chusma y no nos deje en ridículo con nuestra gemela —el comandante sonreía, elegante, como si se tratara de un juego inocente—. Me parece correcto cerrar distancia para un posible apoyo. A ver qué decide el moro ahora, ante esta decisión.

Caza. Caza a muerte. Era, sin duda, la peor frase que podía escuchar un forzado. Detectamos una amplia sonrisa en el rostro de Tatuajes, antes de recibir la preceptiva

orden del comandante. Agarramos con fuerza las manetas de nuestros pesados remos, sin haber escuchado todavía aquel maldito y tristemente conocido ¡ujuu!, tras el grito preceptivo de ¡ropas fuera!

Y comenzó el temido y tormentoso suplicio una vez más. Por fortuna, la navegación hasta aquel momento había sido muy llevadera, con lo que las reservas de energía se mantenían casi intactas. Bogamos muy fuerte, al tope de nuestras fuerzas, escupiendo el corazón según comentaba Tatuajes. Estoy seguro que un pájaro podría haber observado cómo los robustos guiones de los remos se curvaban por la presión ejercida sobre ellos, con las palas bien clavadas en el agua. Aun así, los rebenques comenzaron a silbar sobre nuestras cabezas sin descanso, porque siempre hay quien se ratea del esfuerzo, y nuestro cómitre era poco sensible al trabajo bien realizado.

Para satisfacción del mando, comprobamos que nuestra capitana, la San Antonio, iba quedando retrasada, lo que hizo moderar la boga para mantenernos a su altura, según lo ordenado. Supuse que ese hecho habría sido mal recibido por la chusma de nuestra galera gemela, que sufriría las consecuencias. Se hizo bajar al guardiamarina de la cofa del palo, lo que significaba que ya el comandante se hacía cargo de la situación por medio de su catalejo. Escuchamos la voz del segundo, que también se mantenía vigilando la nave enemiga.

—Se mantiene en facha, señor. ¿Qué pensarán hacer esos moros del demonio? Seguro que huyen.

—No suelen ser flojos ni cobardes esos corsarios argelinos, segundo, lo sé por experiencia —el comandante mantenía una amplia sonrisa, divertido, sin apartar el catalejo de su ojo—. Son buenos y aguerridos marinos, aunque nos pese. Sin embargo, la toma de decisión final es siempre lo más difícil en casos como el presente. Estoy seguro de que, en estos momentos, el arráez seguirá sopesando las posibilidades de victoria que se le presentan en combate contra dos galeras, menos armadas que él pero con poderosa guarnición de abordaje. Nos puede batir con su artillería, desde luego, si es capaz de mantener la distancia, cuestión nada fácil con este viento. Conque uno de nuestros garfios se agarre bien en su estructura, estaría perdido.

La boga comenzaba a ser extenuante. El comandante nos miraba con gesto de disgusto. Creo que sufría de verdad al observar el esfuerzo que se nos reclamaba. Sin embargo, no tenía más remedio que seguir las órdenes de la capitana y mantener la posición respecto a ella. Llegábamos al límite de nuestras posibilidades y ya éramos capaces de apreciar la silueta del barco enemigo por la proa, cuando se escuchó con claridad la voz del segundo.

—¿Qué le había dicho, mi comandante? Esos bastardos están izando todo el trapo disponible y ponen rumbo de escape. ¡Los muy cobardes!

—Aceptar el combate no es siempre la decisión más acertada. No debemos confundir el valor con la imprudencia. Es posible que sea lo más sensato en su caso. Si me encontrara en el lugar de su comandante, me habría deshecho de esos

poderosos cañones de proa. A pesar de la potencia artillera que le confiere, es un peso excesivo para una nave de ese porte y ese calado. Aunque a todos nos guste la artillería de grueso calibre, en algunos casos como éste, acaba por hocicar la proa y, al final, representan un estorbo más que otra cosa. Creo que ese bribón ha tomado la decisión acertada. Además, no debemos descartar que haya realizado alguna presa de importante valor en estos últimos días, y no desee arriesgar la carga.

En efecto, la nave argelina había desplegado el resto del aparejo, para arrumbar claramente hacia el sudoeste, un rumbo que las alejaba de nosotros con rapidez. Sin embargo, la caza a muerte se mantenía y Tatuajes empleaba todo su ardor combativo. Mestizo se derrumbó sobre el remo como muñeco de trapo, maldiciendo en el extraño idioma que utilizaba en algunos casos, hasta recibir un rebencazo en plena cara que le hizo despertar de inmediato. Por fortuna, la voz tan largamente esperada llegó por fin, una vez descifradas las señales de la San Antonio. En esos momentos, el buque corsario se perdía entre la bruma del horizonte, oscurecido por el comienzo del crepúsculo.

El comandante nos permitió descansar un buen rato, con lo que nuestros músculos consiguieron apagar el fuego que los consumía. Hizo largar todo el aparejo, a la vez que ordenaba una ración extra de galleta para la chusma, una atención a la que, ciertamente, no estábamos acostumbrados. Al pasar por la situación que había mantenido la polacra corsaria, mientras decidía el camino a seguir, se pudieron observar restos de tablazón flotando sobre el agua. Era éste indicio evidente de que, en el momento del avistamiento, acababa de hundir alguna embarcación de pequeño porte, posiblemente un pesquero, tras hacer acopio de su carga y dotación.

La San Antonio nos ordenó seguir sus aguas^[85] tras arrumbar al sudoeste, con lo que entramos en la oscuridad de la noche sin avistar una sola luz en el horizonte, salvo el fanal de popa de la capitana que nos servía de guía para mantener el rumbo y la posición. De esta forma, con más trapo que boga, nos mantuvimos con proas hacia poniente esa noche y dos días más, hasta el punto de llegar a dudar que nuestros mandos supiesen a ciencia cierta por dónde navegábamos y el punto de destino al que nos dirigíamos. Nunca me había encontrado tanto tiempo sin observar el perfil de la costa, lo que se llama navegar en alta mar, una situación que produce una sensación de pérdida e intranquilidad a los que, como yo, no estábamos acostumbrados a vernos rodeados por las aguas a lo largo de todo el horizonte.

Por fin, tras una amanecida sucia de horizontes tomados, con amplio despliegue de nubarrones negros y notable aumento de la mar, descubrí que nos hallábamos cerca de la costa. El rumbo marcado nos aproximaba a lo que parecía ser un golfo de grandes dimensiones que, según supe más tarde, era el de Almería. Pocas horas después, fondeábamos junto a un pequeño pueblo que, según Orejas, se llamaba Roquetas. Como era normal en aquellas circunstancias, se procedió a la limpieza y achique de la sentina, con lo que se intentaba disminuir el insoportable aroma que la galera despedía.

El punto de fondeo escogido por la capitana nos situaba tan cerca de la costa, que podíamos observar cómo las gentes del pueblo se acercaban a la playa, para saciar la curiosidad que les producía la presencia de dos unidades de guerra en sus aguas. Algunos niños jugaban en la arena con aros y rongigatas, entusiasmados con la escena guerrera que se presentaba ante sus ojos. Aunque pueda parecer una idea infantil en extremo, eran aquellas visiones las que, de forma invariable, más tristeza me producían. Me afligía comprobar la vida normal de la gente libre y sencilla, en animada charla con amigos y familia. En resumen, esa rutina que llega a aburrir en el día a día y que, por el contrario, se echa tanto de menos cuando se ha perdido. Sentí cómo se humedecían mis ojos sin remedio, un acto que intentaba esconder, avergonzado. Me dolía muy hondo pensar lo lejos que me encontraba de una vida así, en vez de verme rodeado de asesinos, esclavos y rufianes, un conjunto criminal del que, para mi desgracia, formaba parte.

27. Marejada gruesa

A la mañana siguiente, con la aparición de las primeras luces del crepúsculo, un falucho pesquero se abarloó al costado de la San Antonio. Quien debía ser el patrón subió a bordo, para mantener a continuación una larga conversación con un oficial de nuestra unidad gemela en su cubierta. Al poco rato, el mismo oficial marinaba un esquite en nuestra dirección, hasta abarloarse a nuestro costado.

Según dedujimos, en la capitana se reclamaba la presencia de nuestro comandante, para mantener una reunión de trabajo. Por lo visto y supuesto, los dos mandos deseaban discutir algunos detalles con los informadores sobre posibles avistamientos enemigos, o acometidas berberiscas en los pueblos ribereños cercanos, para establecer una línea de acción conjunta. Esta opinión se confirmó rápidamente, al ordenarse levar las anclas poco después y abandonar el fondeadero alménense, cuando ya los primeros curiosos del pueblo comenzaban a situarse en la cercana playa.

Los barcos arrumbaron para alejarnos poco a poco de la costa y barajarla^[86] esta vez a cierta distancia, hacia poniente. Las primeras noticias recibidas en la mañana no debían ser todo lo concluyentes que deseaban nuestros mandos ya que, como en anteriores ocasiones, deteníamos con cierta frecuencia a pesqueros o pequeños buques de cabotaje, para contrastar las diferentes opiniones de los pescadores, muchas veces exageradas o contadas de oídas. De todas formas, el rumbo parecía dirigirnos en dirección a la costa granadina o malagueña.

Atravesamos el golfo de Almería a la vela y con ligero andar de la Santa Bárbara, para enfilear la proa poco después hacia la Punta del Sabinar, según las puntuales informaciones de Orejas, que se había convertido definitivamente en nuestro guía geográfico. Continuando con el rumbo que nos separaba ligeramente de la costa, perdimos de vista la línea de tierra, por encontrarse un poco tomado el horizonte. El tiempo, que arrancara en los primeros momentos de la mañana de regular cariz y un poco achubascado, con mucha nube negra que se alzaba en copos empenachados, fue empeorando con inesperada rapidez a lo largo del día. No crean que exagero, pero ya en aquellos momentos el corazón me avisaba de un peligro cierto y cercano.

En las primeras horas de la noche, oscura como boca de lobo, saltó de forma inesperada un fuerte viento del sudoeste, un levechazo como dicen los hombres de mar, que comenzó a hacernos sufrir con dureza sobre la bancada. Con toda premura, el comandante ordenó arriar el aparejo sin dejar trapo alguno al viento y pasar a la boga con toda la palamenta, una orden que nada bueno presagiaba. Nos encontrábamos a la altura de la costa granadina, mientras la mar y el viento crecían con endiablada rapidez. Como les decía, en la mar nunca se sabe lo que ha de llegar.

Según comentaban los expertos, las galeras se encontraban situadas en mala posición, ya que el viento nos empujaba hacia la costa por tenerla a sotavento^[87]. Por

esta razón, se ordenó forzar la boga y aproar hacia fuera, intentando barloventear^[88] y disponer de cancha suficiente por si tenía que capear lo que, sin duda, parecía convertirse por momentos en un temporal en toda regla.

Sin embargo, creo que nadie esperaba una transformación del tiempo de aquella forma y con tal rapidez, lo que, según parece, es una negativa cualidad de nuestro querido mar Mediterráneo. Tras una noche espantosa de mala mar y boga dura, en la mañana del siguiente día el viento rugía entre las jarcias con fuerza atemporalada, mientras la mar nos batía por los cuatro costados a su gusto. Muchas olas de tamaño gigantesco rompían contra nuestro casco, que emitía unos quejidos plañideros que asustaban al más templado. Algunos hombres de mar se amarraban con cabos a sus puestos por miedo a salir despedidos, a pesar de que se había instalado la barloa de temporal, una maroma corrida de proa a popa en la crujía, para que se ciñeran a ella los que debían transitar por la cubierta.

La nave se balanceaba a trompicones violentos, metiendo la proa bien dentro de la mar cuando encapillaba olas que comenzaban a presentar un tamaño descomunal, que amilanaba el espíritu más bravo. Por mi parte, miraba los rostros de los contramaestres, curtidos en mil temporales, y no me gustaba nada lo que se reflejaba en ellos, por lo que de forma inconsciente, comencé a rezar algunas oraciones perdidas en mi cerebro.

A pesar de la fuerte boga que se intentaba imprimir a la galera con toda la palamenta en el agua, alternada con faena por cuarteles ya que el ejercicio llegaba a hacerse irresistible, comenzamos a abatir^[89] claramente hacia una costa que seguía demasiado cerca de nosotros. El comandante, sin alarma aparente en su rostro, ordenó envergar la pichola^[90] de la mayor, en un intento de pasar a la capa^[91] y remitir la peligrosa abatida. Sin embargo y para desesperación de muchos, la acción se eternizaba debido a los violentos bandazos que se producían en una nave que parecía empequeñecerse poco a poco, embutida en una mar negra que abría la boca como dragón enfurecido.

En uno de aquellos violentos socollazos, se perdió un marinero de los que se empleaban en la maniobra. Aquel pobre desgraciado salió catapultado hacia las aguas, tras haber recibido un descomunal golpe por un cuadernal que volaba en libertad. Aunque se escuchó la preceptiva voz de ¡hombre al agua!, nada se pudo hacer porque fue tragado por las olas en un abrir y cerrar de ojos.

En cuanto a la chusma, ni las órdenes del comandante ni el rebenque de los cómitres eran capaces de sacar fuerzas de donde no restaba suspiro. Los remos comenzaron a bailar alegremente como aspas de molino sobre las aguas o en el aire, donde quedaban suspendidos en muchas ocasiones, debido a los balances tan pronunciados que tomaba la galera. Por fin y con ímprobo esfuerzo, se consiguió largar la vela de capa, aunque las dos unidades continuaban su inexorable camino hacia la costa, que ya comenzaba a perfilarse en el horizonte de forma difusa. De esta forma, alcanzamos los últimos momentos de un día terrible que no es posible olvidar.

Comenzaron a extinguirse las luces grises de aquel atardecer, con un sentimiento nada esperanzador en la mayor parte de la dotación.

La situación a bordo se hizo insostenible. Como pueden comprender, cada galera intentaba salir del trance a su aire, aunque se divisaban a ratos las luces de la San Antonio, ocultas por las olas de forma intermitente. En la cerrada oscuridad en la que nos encontrábamos, sin saber de dónde procedían las olas o el viento huracanado, comenzó a escucharse la mar rompiendo sobre la costa, lo que hizo que el comandante ordenara sondar^[92] de nuevo. Entre el rugido del viento y el ruido producido por el maderamen de la propia galera en su permanente quejido, se escuchó con claridad la voz del marinero proel que utilizaba la sonda, una voz que se dejó oír con un tono de alarma inconfundible.

—¡Sonda! ¡Diez brazas^[93]!

Como en los primeros días de prácticas me había comentado Aomar que la braza equivalía a dos varas, comprendí que disponíamos de muy poca agua por debajo de nuestra quilla, así como lo que ese dato significaba. Las imágenes de buques destrozados contra la costa y náufragos nadando desesperados en cualquier dirección, aparecieron con nitidez en mi cerebro. Volvimos a escuchar la recia voz del comandante que, para mi sorpresa, continuaba de absoluta tranquilidad, aunque en este caso no conseguía calmar el pánico que comenzaba a recorrer todo mi cuerpo.

—¡Atención a proa! ¡Preparen las dos anclas para su fondeo inmediato!

También pude escuchar cómo preguntaba a uno de los oficiales en el alcázar, sobre el último reconocimiento visual de la costa. Ambos coincidían en la opinión, que debíamos encontrarnos bastante cerca del cabo Sacratif.

Olvidados definitivamente el aparejo y la boga, cualquier esperanza de salvar la galera quedaba pendiente de que las uñas de los grandes rezones pudieran mantenerse firmes y bien agarradas en la arena, con lo que serían capaces de detener nuestro camino hacia el infierno. Se fondearon los dos de proa en forma sucesiva, con un intervalo de pocos minutos. Como pueden suponer, nos manteníamos atentos y pendientes de los informes que debían suministrar los contramaestres. Mientras una ola montañosa, que amilanó mi espíritu al observar sus penachos blancos, nos producía un cabeceo de tal calibre que me hizo saltar de la bancada, escuché con claridad una voz que llegaba desde proa, aún sin comprender en verdad su significado.

—¡El ancla de babor partió el cable!

Tras unos largos segundos de silencio, sólo perturbado por el rugir del viento y las olas, volvió a escucharse la misma voz, esta vez de forma más perentoria y un poco angustiada.

—¡Ancla de estribor garreando!

Pregunté alarmado a mi silencioso amigo, sobre el significado de esas palabras.

—¿Qué significa eso de garrear?

Me sentí estúpido tras la pregunta, al recordar que Mestizo no hablaba mi lengua.

Sin embargo, aquel extraño personaje me contestó en perfecto castellano, con el miedo agarrado a su garganta.

—Sencillamente, que puedes comenzar a rezar, si es que sabes hacerlo y crees en Dios. Me parece que estamos perdidos. Garrear significa que el cepo o las uñas del ancla no se han agarrado en el fondo, con lo que se va deslizando por él con nuestro movimiento hacia la costa. En resumen, que nos estrellaremos contra las piedras o la playa, y nos iremos al fondo encadenados a esta maldita galera.

No tuve tiempo siquiera de sorprenderme con la milagrosa recuperación del habla por parte de mi vecino galeote. El comandante volvió a ordenar con rapidez el fondeo de las dos anclas restantes, y hasta el rezón de seguridad, aunque las voces de los contramaestres eran cada vez más alarmantes, demostrando claramente la situación de peligro inminente en que nos encontrábamos. Tras unos pocos segundos de angustioso silencio, sin órdenes ni alarmas, escuché con claridad una voz que me sorprendió por su significado. La orden procedía del propio comandante, una voz que se elevaba sobre el rugido del viento.

—¡Cómitres, alguaciles! ¡Desaherroyen a los forzados con la mayor rapidez!

Sin ser experto en la materia, comprendí lo que aquello significaba. La galera acabaría por varar sin remedio en la costa, para deshacerse a continuación en mil pedazos. De esa forma, si no se llevaba a cabo la orden del comandante con suficiente prontitud, seríamos arrastrados con ella, amarrados al banco. Con la claridad que extendía alguna linterna aislada, observaba movimientos nerviosos entre las bancadas de la chusma. Inquieto y con el miedo bien agarrado a mi estómago, deseaba gritar para que acelerasen el trabajo ordenado por el comandante. Por desgracia, mi vecino, que parecía haber recobrado la lengua perdida con el temporal de forma definitiva, me devolvió a la realidad.

—¿Sabes nadar bien?

—No —miraba hacia su posición en la oscuridad—. Tan sólo soy capaz de sostenerme en el agua un rato.

—En ese caso, date por jodido. Si nos desengrilletan a tiempo, lo que aún está por ver, será necesario abandonar la galera antes de que se rompa contra la costa, e intentar ganarla a nado. Creo que por esta zona hay mucha cala de arena, por lo que es posible salvar la vida si puedes nadar el tiempo necesario. Con mantenerse a flote puede ser suficiente, porque la mar y el viento nos empujan hacia tierra. Por el contrario, en caso de que nos encontremos en zona de rompientes o rocas, acabaremos despedazados.

Llegué a la conclusión de que Mestizo podía haber continuado con su maldito silencio y extraños sonidos guturales algún tiempo más, sin romperlo para ofrecerme aquellas noticias tan poco alentadoras. Por mi mente desfilaron las escenas de la repetida pesadilla en la que me veía caer hacia el fondo del mar, metros y metros, tragando agua a borbotones para quedar hinchado como un puerco cebado. El miedo se hacía firme y se convertía en pánico desbravado, hasta alcanzar el convencimiento

de que moriría ahogado y comido por los peces. Fue entonces cuando escuché el retumbo del cañón, alarmado.

—¿A quién le disparan ahora? —aunque les parezca extraño, no me sorprendía mantener una fluida conversación con Mestizo. Debía ser, sin duda, el miedo que es capaz de hacer hablar a los mudos y hasta los muertos.

—No seas idiota, Gigante. Se dispara pólvora sin bala para avisar a la otra galera y a los pueblos cercanos, de que un buque se encuentra en peligro inminente de naufragio —el tono de su voz era despectivo, como si hablase con un ignorante absoluto, lo que, en mi caso, era la triste realidad—. Acudirán rápidamente, no para salvarnos sino para rapiñar todo lo que puedan.

Agotadas las esperanzas, comencé a rezar con inesperada devoción a Nuestra Señora de Valdelagua, recuperado el fervor con la asechanza de la muerte. Creo que llevaba más de cincuenta avemarías, cuando sentí que hurgaban en mi pie. Pensaba apartarlo, en la creencia que se trataba de alguna rata de esas negras y grandes que pululaban a bordo en abundancia, las que escapan en los naufragios, cuando comprendí que era uno de los mozos de alguacil que actuaba con rapidez, para arrancar la manilla adherida tanto tiempo a mi pie. A los pocos segundos pude comprobar que me encontraba libre, en libertad por fin aunque dispuesto a ser pasto de los marrajos y las toninas.

A bordo, el desorden y la barahúnda general eran impresionantes. Demasiados hombres aterrados en tan escaso espacio. Comencé a escuchar infinidad de órdenes y contraórdenes, algunas con gritos desgarrados, mientras el ruido de la mar sobre la costa se percibía con absoluta claridad. La mayor parte de las voces aconsejaban lanzarse al agua con rapidez, fundirse con una mar negra y espesa ribeteada de rizos blancos de espuma, cuya visión me producía un pavor indescriptible.

Mientras dudaba lo que debía hacer y con las piernas en temblor permanente, entre los chispazos de luz producidos por las linternas comprobé que el odiado Matute se encontraba justo delante de mí, a un brazo de distancia tan sólo. Estoy seguro que aquello debió ser obra del demonio o del destino, como habría dicho mi amigo Aomar. Que Dios me perdone pero no lo pensé dos veces. Olvidados los rezos a mi Señora de Valdelagua, me adelanté con rapidez, a la vez que sacaba la daga de mi blusón. Aquella vieja daga de Pestañas iba a continuar con su macabro trabajo.

Sólo un experto asesino podría comprender la facilidad con que penetró el arma en su espalda, sin ruido y casi sin esfuerzo por mi parte, como cuando se clava el cuchillo en la orza de la manteca. Se la hundí muchas veces, sin escuchar un simple lamento, tantas como pude hasta comprobar que caía sobre el remiche sin vida. Por inhumano que pueda parecer, sentí no disponer de una linterna e iluminar su endiablado rostro. Deseaba escupir en él mientras exhalaba sus últimos suspiros, y que comprendiese quién era el que lo pasaportaba hacia el infierno. Pensé en Azayn, a la vez que me encomendaba a Satanás, sabedor de que moriría sin remedio en pecado mortal.

Todos comenzaron a lanzarse a la mar de forma un tanto alocada, cuando ya la quilla de la galera comenzaba a rascar el fondo, hasta producir un quejido bronco y lastimero. Entonces comprendí esa opinión de los hombres de mar, cuando aseguran que los barcos tienen vida propia, como los hombres. La Santa Bárbara se sentía morir y lo demostraba con sus tristes lamentos.

Debíamos encontrarnos a pocos metros de la costa. Miraba aterrorizado hacia las negras aguas, donde relucían crestas espumosas que coronaban las olas, hasta llegar a la triste conclusión, que sería incapaz de seguir el ejemplo de los demás. Fue entonces cuando tiraron de mi brazo con fuerza, a la vez que escuchaba una conocida voz.

—¿Gigante? Por fin te encuentro. No disponemos de mucho tiempo. Salta al agua.

Era mi buen amigo Aomar. Pude comprobar su sombra a mi lado, grande como un árbol, lo que me ofreció una confianza momentánea.

—¡Aomar! —sentí una gran alegría, aunque no creía que su presencia a mi lado variase el estado de la situación—. Si me tiro al agua, moriré ahogado.

—Confía en mí y no lo dudes más. Salta al agua ahora mismo o moriremos.

—No servirá de nada. Sé que no aguantaré más que unos pocos segundos en la superficie —el tono de mi voz revelaba el terror y el pánico que sentía—. Déjame morir en la galera y ocúpate de tu supervivencia. Ha llegado el momento que esperabas y podrás conseguirlo.

Continuaba con la duda permanente, agarrotado por el pánico, cuando me vi arrastrado por el fuerte brazo de Aomar hasta la borda de la galera. Aunque intentaba resistirme, la fuerza de mi amigo era muy superior. Pocos segundos después, un fuerte empujón en la espalda me lanzó como un pelele, con lo que volé por el aire como un pájaro sin alas.

Caí por fin al agua, sintiéndola fría pero agradable. Comencé a hundirme en ella como una piedra en un estanque, perdidas las esperanzas de seguir con vida. Recuerdo que comencé a tragar unas buenas bocanadas de agua salada, a la vez que pensaba en los peces devoradores que aparecían en mis pesadillas. Sin embargo, la mano fuerte volvió a asirme por la camisa. Mientras creía ahogarme y el agua parecía penetrar en mis pulmones, algo tiraba de mí con fuerza para sacarme de las profundidades.

28. El milagro de Aomar

Me encontraba tumbado sobre un agradable lecho de arena, boca arriba. Escupía agua de los pulmones y de todo el cuerpo, mientras imaginaba mi vientre bien repleto y soplado como un pellejo de vino. Una conocida voz me llegaba desde lejos, perdida en la distancia como una dulce melodía, aunque no era capaz de reconocerla. Necesité largar los últimos acopios de agua y algunos segundos más para comprender que se trataba de Aomar, quien me hablaba en un dejado susurro, a la vez que apretaba mi pecho con sus manos de forma regular. El buen moro intentaba por todos los medios hacerme expulsar el líquido ingerido en la inmersión. Comencé a comprender sus palabras con nitidez.

—¿Cómo estás, Gigante? Despierta de una vez —movía mi cara a banda y banda con energía—. Anímate, que ya ha pasado lo peor. Te encuentras en tierra.

Aunque no podía ver su cara en la oscuridad, estaba convencido de que mi amigo sonreía. Continué escupiendo agua salada a borbotones, hasta que pude hablar con cierta claridad.

—Todo me sabe a agua de mar.

—Es lógico, cristiano de tierra adentro —ahora sonreía con generosidad.

—He debido beber el océano completo. Sin embargo, respiro y soy consciente de que me encuentro en tierra firme, una dulce y maravillosa sensación —hablaba de forma entrecortada, atacado por una ronquera que agravaba el tono de mi voz, aunque me sentía feliz—. Debería encontrarme en el fondo del mar. No sé si es un sueño o los ángeles me han transportado al séptimo cielo, lo que considero imposible después de lo que he hecho en mis últimos momentos a bordo.

—No has muerto todavía, amigo mío, ni morirás si sigues mis instrucciones. Estás en la arena y no debes hablar fuerte, por si acaso. Te he traído a hombros hasta esta cueva, que se encuentra en el extremo opuesto de la playa donde tocó fondo la galera. Trabajo me ha costado porque pesas mucho, a pesar de la escasa dieta. Según escuché a algunos marineros, hemos varado en Calahonda, una ensenada situada en la costa granadina.

—¿Y los demás?

—Nuestra querida Santa Bárbara se encuentra tumbada en la arena sobre el costado de babor, como si hubiese dado la quilla, haciéndose pedazos con las olas que baten sobre ella. La San Antonio se mantiene bien agarrada al ancla de momento y pueden verse sus luces a pocos metros de distancia, con lo que es posible que aguante la mar.

—Ha sido más afortunada.

—Nada de eso. Los afortunados somos nosotros, si la suerte nos acompaña. Han llegado gentes de un pueblo cercano, que ayudan a recoger los naufragos que arriban exhaustos a la playa, así como los pertrechos que procurarán escamotear. Las brigadas de tropa intentan concentrar a los forzados en el otro extremo de la

enseñada. Por esa razón, en cuanto te encuentres en condiciones de moverte, saldremos corriendo en dirección contraria.

—¿Correr? Estoy medio muerto.

—Estás vivo y coleando —me tomó por los hombros para hacerme reaccionar—. Por favor, Gigante, debes hacer un esfuerzo. No estoy dispuesto a perder mi oportunidad, y te juro que no disfrutaremos de ninguna como ésta.

—Te debo la vida. Sin tu ayuda, estaría en el fondo de esa negra mar.

—Debías creerme. Ya te dije que nos llegaría la ocasión propicia —ahora sí que estaba seguro de que una abierta sonrisa se extendía por toda su cara—. Algo muy dentro me lo decía desde que embarqué en esta galera. Doy gracias a Alá porque haya hecho tronar los mares de esa forma, hasta vararnos contra una costa limpia y arenosa. Parece un milagro. Pero vayamos al grano, que ahora el tiempo vale su peso en oro. ¿Cómo te encuentras?

—Creo que bien aunque flojo de fuerzas. Pero tengo una sed espantosa. Necesitaremos agua y comida.

—Deja de pensar en eso y sígueme. Por Alá, saca fuerzas de donde sea necesario.

—Lo intentaré.

Anduvimos y corrimos, dependiendo de que la superficie sobre la que nos deslizábamos fuese roca o arena, al máximo ritmo que las escasas fuerzas me lo permitían. El suplicio se alargó durante el resto de la noche. Caí en repetidas ocasiones, hasta destrozarme las rodillas y las manos contra las piedras, mientras Aomar, incansable, me incorporaba con sus poderosos brazos una y otra vez.

La oscuridad reinaba en todo su esplendor, condición que nos beneficiaba sobremanera. No sé cómo fui capaz de resistir aquella marcha interminable y agotadora, pero cuando comenzaban a aparecer las primeras luces del día, nos encontrábamos en lo alto de un pronunciado risco, desde donde se divisaba la mar rompiendo a lo lejos. Tomamos asiento, por fin. Me sentía extenuado e incapaz de dar un paso más. Por el contrario, Aomar sonreía francamente, mientras frotaba sus manos.

—¿Sabes dónde nos encontramos? ¿Qué podemos hacer ahora? —miraba a mi alrededor, desconcertado. Debía parecer un niño que pregunta a su padre, asustado ante lo que el destino puede depararle.

—Debemos estar en la misma punta del cabo Sacratif —hacía pantalla con sus manos, para otear el horizonte en toda su amplitud—. Si miras hacia la izquierda sin elevar demasiado tu cabeza, podrás ver en la distancia a nuestros compañeros de la galera en apretado círculo. En estos momentos, los cómitres y soldados que hayan sobrevivido estarán llevando a cabo el necesario recuento.

—No quiero volver allí —lo miré con la angustia reflejada en mi rostro.

—No volveremos, puedes estar seguro. Como es lógico pensar, aparte de los ahogados, que serán muchos, llegarán a la conclusión de que algunos forzados han intentado escapar al abrigo de la noche, por lo que se ordenarán batidas por toda la

zona con suficiente celeridad. Tenemos que conseguir ropa decente, comida y bebida sin pérdida de tiempo.

Hablaba con una seguridad absoluta y contagiosa, como si las necesarias acciones que mencionaba fuesen de gran sencillez y prontas a realizar.

—¿Has dicho ropa y comida? ¿Cómo las vamos a conseguir? No sé en tu tierra, pero en España no se regala nada a un forzado. Por desgracia, no dispongo de una sola moneda. Gasté todos los ahorros de Azayn en vino.

—He podido comprobar que detrás de nosotros, a corta distancia, se encuentra un pueblecito. Y no te preocupes por las monedas. Con esto se me abrirán todas las puertas, por cerradas que se encuentren —señalaba una bolsa de cuero negro y respetable tamaño que portaba en su mano. Sus ojos brillaban de alegría.

—¿Qué es eso? ¿De dónde la has sacado?

—Debía estar escrito en el libro del destino —volvió a sonreír, feliz—. Los bancos proeles, donde me encontraba, fueron los primeros en ser desengrilletados por los alguaciles. He sufrido estos meses el rebenque directo de Tatuajes en demasiadas ocasiones, recuerda mi incómoda posición de bogavante en la galera, y se la tenía jurada. En la confusión creada en los últimos momentos, me acerqué a él con suficiente sigilo, porque era perro desconfiado. Lo tomé por detrás con todas las fuerzas que conseguí reunir, hasta romperle el espinazo con mis brazos. Alá me perdonará porque era un infiel maligno que hizo sufrir a muchos pobres de mi raza.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Se lo merecía el muy bastardo.

—Pero no acabó ahí la maniobra. Tal y como suponía, a punto de abandonar la galera había recogido sus ahorros. Recordarás que se comentaba a bordo que había conseguido una respetable fortuna con nuestros trabajos, así como escamoteando algunos valores de las presas.

—Sí. Era un ladrón de trapo largo.

—Ese maldito cerdo, que se encontrará ya entre las brasas del infierno, portaba esta pesada bolsa amarrada a su cintura. Ha sido un esfuerzo titánico arrastrar de ti por las aguas con esta carga añadida. Menos mal que Alá me creó con poderosos músculos y suficiente resistencia. Aquí se encuentra todo lo que ha robado a los forzados durante bastantes años y, afortunadamente para nosotros, más, muchísimo más. Sus requisas en las presas debieron ser importantes. Alá no nos ha abandonado, Gigante, porque disponemos de una pequeña fortuna, más que suficiente para nuestras necesidades actuales y futuras.

Le escuchaba embobado e incrédulo. Dudaba que todo fuese una argucia para concederme la esperanza que necesitaba, como tantas otras veces. Sin embargo, era real y todo se sucedió con una sencillez pasmosa. Como decía Aomar, estaba escrito en el libro de nuestro destino particular. Sin esperar un segundo más, cargó con mi cuerpo sobre sus hombros, hasta dejarme cobijado en una profunda grieta del risco. Tras comprobar que el escondite era perfecto, marchó hacia el pueblo con inesperada rapidez. Parecía fresco y lozano, como si no hubiese realizado ningún esfuerzo físico

especial en la pasada y turbulenta noche.

Durante la ausencia de mi amigo, sufrí durante varias horas en triste soledad, sin poder apartar siniestros argumentos de mi cabeza. Pero, por encima de todo, pensaba en la seguridad de Aomar y en la terrible sed que martilleaba mis sentidos, hasta desear lanzarme al agua desde el acantilado, para beber todo el mar Mediterráneo de una bocanada. Debí quedar dormido algún tiempo, con periodos de agitación nerviosa y el miedo que no podía apartar de mi pecho. Imaginaba a Tatuajes, regresado del infierno, con el rebenque en la mano, mientras me conducía engrilletado a la cordada de los forzados.

Por fin, me sentí zarandeado cuando ya el sol, que se mostraba a intervalos entre negros nubarrones, había cruzado la meridiana. Mi sorpresa fue tremenda. Aomar se apareció ante mí como una visión fantástica, hasta hacerme dudar que, en efecto, se trataba del amigo moro que había salvado mi vida. Vestía un hermoso jubón azul, camisa roja de buena tela y montera negra. Asimismo, traía con él una pesada bolsa. Creía que se trataba de un hermoso sueño, hasta que escuché con claridad su voz.

—Toma, descreído cristiano —se apreciaba el buen humor del que gozaba. Depositó el hato sobre el suelo, para abrirlo a continuación—. Come, bebe y vístete como una persona de bien. Espero que la ropa sea de tu talla.

Siempre recordaré aquella magnífica comida, la primera en esa dulce libertad recobrada, por mucho que todavía no hubiese recuperado el sentimiento verdadero que aquella palabra trae consigo. Había vino rojo, fuerte y auténtico, pan tierno y un trozo enorme de jamón curado tan sabroso, que parecía un manjar salido del mismísimo cielo. Comí y bebí con avidez, incapaz de dar por cierto lo que mis carrillos paladeaban. Pregunté a Aomar los detalles de aquel milagro, mientras me atragantaba de placer.

—¿De dónde has sacado manjares tan exquisitos y estas ropas de persona decente?

—Fue muy sencillo, más de lo que podía imaginar. Alcancé con rapidez las afueras del pueblo, que se llama Carchuna. En el cercado de la primera casa encontré a un hombre que no hace ascos al dinero de un hereje y parece buena persona, aunque nunca se puede estar seguro de este detalle entre cristianos —me ofreció una sonrisa de felicidad—. He de reconocer que en esa cuestión hemos tenido bastante suerte. Hay mucho compatriota tuyo, intransigente y renegado, aunque no era éste el caso. Pero, por favor, Gigante, come y bebe despacio o acabarás muriendo de indigestión. A ver si lo que no consiguieron las aguas embravecidas, lo hacen estos buenos alimentos.

—¿No decías que te estaba prohibido comer cerdo? —señalaba la tajada de jamón que echaba a su boca.

—Y así es. Pero son muchos los años de esclavitud y se pierde el sentido del gusto. Necesito alimentarme y es lo único que me pudo ofrecer nuestro colaborador. Alá me lo perdonará, estoy seguro.

—Yo también lo creo.

Después del atracón, acariciados por el sopor que produce el buen vino espeso, dormimos un largo rato, escondidos entre los riscos. Dormí como un bendito a pesar del incómodo lecho, sin ruidos, pesadillas, balances ni sobresaltos. Creo que no había dormido con tan dulces sueños, desde que fuera prendido en la tapia del cercado. Comenzaba a oscurecer cuando Aomar volvió a despertarme.

—Debemos marchar y aprovechar la oscuridad de la noche, amigo mío, aunque dentro de poco cada uno deberá hacerlo en distinta dirección —esta vez mostraba seriedad y tristeza en su semblante.

—¿Marchar en dirección distinta? ¿Vamos a separarnos? ¿Por qué? —de nuevo parecía un joven desvalido al que es necesario proteger. Me sentía tan dependiente de Aomar, que el miedo me invadió en oleadas.

—Gigante, tu destino no es otro que ese bendito pueblo castellano del que no debías haber salido jamás. Él mío, por el contrario, es aquél —señaló con su mano hacia la mar, en dirección sur—. Lo he preparado todo con ese hombre del que te hablé. El oro hace milagros, no te quepa duda.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo podremos escapar? —apremiaba con mi preguntas.

—Calla y escucha atentamente. Dentro de pocos minutos, nuestro colaborador me tendrá preparado en el embarcadero pequeño que se ve ahí abajo, el que usan los pescadores del pueblo, un buen falucho con vela y provisiones suficientes. Me haré a la mar y si Alá me sigue protegiendo, alcanzaré mi tierra.

—¿Y yo? ¿Qué debo hacer? —me espantaba la idea de la separación.

—Este hombre traerá también un caballo para ti. Toma —me entregó una pesada bolsa fabricada con una pañoleta grande—, aquí tienes doblones de oro suficientes para llegar con tu gente y comprar un buen trozo de tierra. Ya te dije que la fortuna amasada por Tatuajes no era despreciable. Es muy posible que te conviertas en el hombre más rico del pueblo. Así creerán que has hecho fortuna en la mar y no sabrán nada de tu vida como forzado, una circunstancia que deberás mantener en secreto hasta el último suspiro de tu vida. Arranca con fuerza hacia tu tierra al galope, sin mirar atrás. Aliméntate bien durante el viaje para no llegar muy desmejorado, aunque ya verás cómo la libertad cambia tu color con rapidez. En el trayecto hacia tu casa, en cuanto te sea posible, cambia las ropas que te he traído por otras más nobles. Deberá ser en ciudad o pueblo importante. Ten en cuenta que nadie para a un caballero que cabalga a lomos de un buen alazán.

—Pero esa fortuna es tuya. No tienes que compartirla conmigo. Conque me des lo necesario para llegar a Valdelahiguera, es más que suficiente.

—Por favor, no digas eso. No se trata de generosidad sino de justicia. Te aseguro que eres la única buena persona que llegué a conocer y tratar en todo este largo cautiverio que he sufrido, y son muchos los buitres carroñeros que han pasado por mi lado. Es posible que tu leal afecto y compañía me hayan salvado la vida también. En

mi tierra, en estos casos de profunda y sincera amistad, tenemos una costumbre inalterable. Gigante, amigo mío, todo lo que poseo será siempre tuyo, siempre. Por desgracia, y te hablo con sinceridad, no creo que volvamos a vernos.

—También tú has sido mi gran amigo, Aomar, y no creo que vuelva a disfrutar de otro así. Siento cómo se parte mi corazón, al pensar que debemos separarnos para siempre. Te debo la vida y mucho más, pero no sólo por haberme sacado de las aguas, sino por tu compañía desde los primeros momentos que convivimos en el cuartel. La verdad es que no sé qué decir.

—Pues no digas nada más porque no es necesario. Los sentimientos son más fuertes que las palabras, y éstos se transmiten con la mirada.

—¿Vas a cruzar hasta la costa africana en un pequeño barquichuelo? ¿Y el temporal? Con estas olas saldrás despedido en pocos segundos.

—No creas. Parece que está amainando y es la ocasión oportuna. Como decís en esta tierra, después de la tempestad llega la calma. No olvides que he sido hombre de mar toda la vida. Creo que seré capaz de alcanzar mi tierra. Ese barquichuelo del que hablas puede navegar sin problemas. Recuerdo que muchos pescadores de esta zona, echan las redes en mi costa por las noches. De todas formas, en caso contrario moriría en la mar, en libertad.

—No puedes morir, no lo mereces.

—No moriré, Gigante. Estoy seguro que Alá guiará mi navegación hasta la costa que se encuentra frente a nosotros, anclada en la bruma de la distancia.

—Dios te oiga.

Aunque dudaba de la verdadera honradez de quien había tratado con Aomar, el sujeto resultó ser un hombre cabal y fiel cumplidor de lo pactado. Cuando llegamos al embarcadero, bien entrada la noche, tenía todo preparado. Sin decir una sola palabra, nuestro desconocido colaborador embarcó las provisiones de mi amigo en el falucho.

Y llegó el triste momento de la despedida, unos momentos que siempre nos toman desprevenidos. He de reconocer que sentí tristeza y alegría al mismo tiempo, una sensación difícil de explicar. Aomar me besó varias veces en ambas mejillas, lo que me emocionó hasta el punto de hacer rodar por mis carrillos unas lágrimas de cariño, escondidas en mis ojos durante mucho tiempo.

—Adiós, hermano. Vuelve a tu querido pueblo, cástate con una buena mujer y no busques más aventuras por mar o tierra. Siempre ocuparás un lugar muy especial en mis pensamientos y en mis rezos. Como no te tienen localizado por el nombre ni lugar de nacimiento, pasarás el resto de tus días en paz y sin contratiempos.

—Mucha suerte, Aomar, buen amigo —me fundí con él en un último y apretado abrazo, embargado por una emoción tan intensa como nunca volví a sentir—. Espero que alcances sin problemas tu costa y tu tierra. También yo te recordaré durante todos los años que viva, y rezaré a mi Señora de Valdelagua por ti. Aparte de tu amistad, siempre recordaré que te debo la vida y la fortuna.

—No me debes nada. Te repito que has sido el único amigo que he tenido a lo

largo de estos años. Estoy seguro que tú habrías hecho lo mismo que yo.

—Tienes razón.

—Adiós, Gigante.

—Adiós, Aomar.

Observé cómo se embarcaba en aquel liviano falucho que no debía superar los treinta pies de eslora. Al pisar la tapa de regala, la embarcación se balanceó bajo su peso de forma notable. Manejó con soltura la vela latina que envergaba en el palo, fabricada con un fuerte paño de tela rojiza, hasta dejarla lista para largar. Al menos, el conjunto ofrecía un aspecto de sólida robustez. En aquel momento estaba convencido de que lo conseguiría, que Aomar alcanzaría su tierra donde, con seguridad, sería feliz el resto de sus días. Su Dios, ese bondadoso Alá que me había salvado aun siendo cristiano, no se lo podía negar a él.

Por mi parte, tomé las riendas de la hermosa yegua alazana que Aomar había comprado para mí. Mucho debía haber pagado al buen hombre de Carchuna porque sería, sin duda, el mejor ejemplar del pueblo, un animal precioso, noble y veloz del que disfruté durante muchos años. Monté en ella, sintiéndola vibrar con fuerza bajo mis piernas. Me lancé al galope por la dirección indicada, mientras recibía con alegría las ráfagas del viento sobre mi cara. Pude comprobar, emocionado, que se trataba del viento de la libertad. Sin embargo, durante muchas horas, mis pensamientos continuaron anclados en ese pequeño barco que navegaba hacia la costa africana.

29. Una deuda pendiente

Todo sucedió tal y como Aomar había previsto en su generoso planteamiento, aunque me pareciese un sueño inalcanzable. Procedí, en principio, de acuerdo con el criterio mantenido a lo largo de todo mi cautiverio, desde aquel lejano y funesto día en las afueras de La Gineta que me parecía perdido en la nebulosa de los años, por lo que seguí al pie de la letra las instrucciones y consejos de los que siempre consideré como mis verdaderos amigos, los tres grandes amigos de mi vida, a los que tanto debo agradecer.

Sin duda, la profecía inicial de Mechones, que tan disparatada encontrara en aquellos primeros e inolvidables momentos, parecía cumplirse en su totalidad, porque mi buena estrella no sólo no se apagaba, sino que brillaba con más fuerza conforme pasaban las horas. Cuando comencé a gozar de aquellos primeros momentos en libertad, evoqué en triste recuerdo las figuras de Azayn y Mechones, dos hombres buenos que no merecían el destino al que esta ingrata e injusta vida los había abocado.

Galopé durante toda la noche sin interrupción. Aunque mi alma clamaba por clavar espuelas a duelo y volar hacia mi querido pueblo, aflojaba el paso de mi hermosa montura a intervalos, para no castigarla en exceso. Sentía una felicidad tan intensa y arrebatada, que ni el más ligero temor a ser capturado por la Autoridad podía aplacar. No es fácil describir ese sentimiento de libertad, si no se ha llegado a perderla, un maravilloso y explosivo sentimiento que brotaba desde todos los poros de mi cuerpo a borbotones.

Tan sólo el hecho de comprobar que podía dirigir el camino de mi cabalgadura en la dirección deseada, norte, sur, leste^[94] u oeste, me producía una alegría desbordante e infantil. A veces, observaba a hurtadillas y con cierto recelo mi pie derecho, donde luciera la oxidada manilla de hierro tanto tiempo, para cerciorarme de que no seguía allí, que no se trataba de un sueño la experiencia que vivía. Les aseguro que me creía el rey del mundo en aquellos momentos, y a fe mía que debía rondar tal magistratura.

Seguí el camino indicado por Ramón, que así se llamaba el buen hombre de Carchuna que nos había aprovisionado, hasta enlazar el viejo camino con la vereda real de Granada. Aunque había calmado el hambre y la sed en aquella primera y deliciosa comida sobre el cabo Sacratif, la primera tomada en mi recobrada libertad, me detuve en una venta, entrada ya la mañana, para dar el descanso necesario a la yegua y probar un bocado.

La primera y grata sorpresa que recibí al trasponer la puerta del establecimiento, se produjo al comprobar que era tratado como un verdadero caballero por la ventera, vieja mujeruca que doblaba con respeto el espinazo al dirigirme la palabra. Si es cierto, como dicen, que la felicidad en la vida viene proporcionada por un conjunto de pequeños detalles, puedo asegurarles que éste me produjo una satisfacción interior

tan fantástica e inesperada que nunca podré olvidar. Perdidos en la distancia quedaban los malos modos, insultos, golpes y vejaciones diarias de todo tipo a los que fui sometido, con la manilla de hierro y la cadena afirmada a mi pie como un miserable esclavo. Era, sencillamente, maravilloso recibir los tratamientos de señor y caballero, unas palabras que sonaban en mis oídos como la más regalada de las melodías. Volvía a recuperar la dignidad que nunca se debe arrebatar a un ser humano y, además, con una bolsa más que repleta en mi poder.

Aprovechando que me encontraba en la más absoluta soledad, en una esquina apartada y poco iluminada de la venta, desenvolví el atado que Aomar me había entregado. Comprobé, fascinado, que se trataba de una fantástica fortuna, una cantidad de monedas de oro y plata como nunca había podido soñar que llegara a poseer, por lo que volví a dar las gracias en mi interior a su inagotable generosidad. Las guardé con extremado celo en una improvisada faltriquera, mientras pensaba con orgullo que, en pocas horas, había pasado de ser un despreciable y encadenado rufián, a mostrar las trazas de un señor distinguido y adinerado. Bien sabe Dios que nunca podemos confiar en los caminos a los que puede arrumbar nuestra vida, tan cambiante como la mar abierta, donde el viento y la marejada aparecen desde cualquier dirección y en momentos inesperados al capricho de los cielos.

Como la venta se encontraba desierta en aquel día, decidí descansar unas horas, pocas pero necesarias, en un duermevela agradable sobre una recia silla de caderas. Sin embargo, como la vida me forzara a la desconfianza, mantenía la daga de Pestañas bien firme en mi mano, bajo el blusón, por lo que pudiera acontecer.

Era ya bien entrada la tarde cuando continué el viaje. Mi yegua también parecía agradecer el descanso y alimento recibido. Aunque en el plan inicial recomendado por Aomar se preveía evitar las grandes ciudades, llevando a cabo los rodeos necesarios, al encontrarme en las cercanías de Granada, un extraño impulso me hizo arrumbar hacia la famosa capital de la reconquista, sin pensarlo dos veces. No me pregunten la razón de aquella improvisada y alocada decisión, porque no sabría contestarles con exactitud, a pesar de haberlo meditado muchas veces. Debió ser la fuerza del destino, ese libro donde acabé por creer que todo se encuentra escrito. También puedo asegurarles que no me arrepiento, tantos años después, de las consecuencias que trajo consigo.

En la bellísima capital andaluza, la última posesión del moro antes de reunificar nuestra querida España en la cristiandad, me alojé en rica y ostentosa posada, otra alocada decisión, donde comí, bebí y dormí como un verdadero marqués. ¡Qué bien sabe cualquier manjar tomado en libertad! Aproveché la estancia en la ciudad para comprar buena ropa, de auténtico caballero adinerado, así como armamento noble y adecuado a mi nuevo aspecto y condición. Por primera vez cambiaba los planes previstos para mí por alguno de mis tres buenos amigos. Es posible que, aparte del mencionado poder del destino, influyese en la decisión tomada el comprobar las reverencias que recibía de continuo mi persona, así como haber perdido

definitivamente el miedo a ser reconocido como un forzado en fuga.

Creo que fue una sabia y agradable decisión la de descansar algunos días en la maravillosa capital acariciada por el Darro, limpia y verde como jamás había visto alguna, donde se respiraba el buen humor y alegría natural de sus gentes. Además, también pesaba en la balanza la necesidad de redondear mis carnes y conseguir un aspecto físico sano y robusto. Deseaba llegar a mi pueblo a lomos de la preciosa yegua alazana, de la que me prendaba más y más por momentos, con buen color en las mejillas, ricos mofletes y suficientes bultos sobre mis huesos. Deben saber que, a pesar de los preciosos ornamentos que adornaban mi cuerpo, se me notaba todavía demacrado y enflaquecido en exceso.

He de reconocer que pasé varios días de descanso y regalo, dedicado a disfrutar de los mejores placeres que la vida nos puede ofrecer. Paseaba a pie por la ciudad, compraba regalos para mi familia e incluso cabalgaba a ratos por sus alrededores como cortesano desocupado. Sentía cómo mis fuerzas se recuperaban y robustecían por momentos, comprobando satisfecho la figura que cada mañana me devolvía el espejo de mi cuarto, alquilado en la mejor posada de la ciudad. Con mi nuevo aspecto, parecía el más apuesto y gentil de los caballeros andaluces, lo que me enorgullecía. Los rufianes y pedigüeños malencarados, que afloraban el recuerdo de la vida anterior, me concedían un respetable resguardo, al observar el hermoso sable toledano que pendía del biricú^[95], así como un pistolón de regular tamaño ajustado al cinto.

A pesar de tanta dicha, debo mencionar que, en un par de ocasiones, mi corazón llegó a sufrir algún pequeño sobresalto, al observar el paso de la tropa armada o el de diferentes autoridades en mis cercanías, reliquias de otros tiempos que se encontraban grabadas a fuego en mi cerebro. Aun así, la tranquilidad definitiva se estableció en mi espíritu una mañana cuando, al salir de la posada, un alguacil, con vestiduras muy parecidas a las de aquel bastardo que me apresara en las cercanías de Albacete, se cruzó en mi camino. Nos encontramos en el zaguán, donde se estrechaba el pasillo. Me detuve en seco, paralizado como si un rayo hubiese atravesado mi pecho. Pero la felicidad se restableció con rapidez al comprobar que me cedía el paso con exagerada cortesía, a la vez que se destocaba con ademán respetuoso. Sonreí satisfecho para mis adentros, a la vez que le respondía con una ligera inclinación de mi cuerpo. En aquel momento comprendí que había ganado la batalla de mi nueva vida de forma decisiva, y que nada ni nadie podría detener la dirección emprendida desde aquella playa que se perdía en la memoria.

Sin embargo, como ya les he comentado en otras ocasiones, los caminos que jalonan nuestra vida son inesperados las más de las veces. Es posible que ésa sea la verdadera y necesaria salsa de nuestra existencia, el viento que empuja la popa de nuestra nave para no dejarla caer en el fondo del aburrimiento y la rutina. Les repito que debió ser el destino, una vez más, el que me tenía reservado una nueva e inesperada sorpresa que, bien podríamos asegurar, cerraba el círculo de mi

extraordinaria experiencia.

Cumplía una semana en la ciudad, cuando tuvo lugar el sorprendente encuentro. Era una bella y luminosa mañana de domingo, por lo que decidí recuperar mis antiguas y piadosas costumbres, y asistir a la misa mayor que se celebraba en la santa iglesia catedral. No crean que me fue fácil permanecer tanto tiempo en la casa de Dios, porque en el rostro de todas las sagradas imágenes que adornaban el templo creía descubrir gestos de reproche, como si me acusaran con dureza por culpa de mis muchos y grandes pecados, en especial la muerte dada al despreciable Matute en los últimos momentos penados a bordo de la galera Santa Bárbara.

En la ceremonia religiosa no pude recibir el cuerpo de Cristo porque no me sentía con fuerzas para sufrir la necesaria confesión, un acto para el que, como saben, necesité de muchos años hasta llegar a cumplirlo. Creo que, dentro de mi alma, una voz negaba el perdón, aunque también me costó llegar a sentir una verdadera contrición de los males cometidos. Recuerdo que no disfruté del Santo Sacrificio aquel día, ni conseguí rezar con el necesario recogimiento, por lo que me sentía nervioso y desazonado.

Abandoné el templo con escondida prisa y acongojada aceleración, empujado por mis encontrados sentimientos, de tal forma que debí ser uno de los primeros feligreses en alcanzar el hermoso portón labrado que daba paso a la ciudad. Creo que, en el fondo, se trataba de una huida en toda regla, un sentimiento de derrota que me desazonó con dolor. Había recorrido unos pocos metros solamente desde la puerta principal, y bajaba los escalones que comunican con la concurrida plaza, cuando uno de los muchos mendigos que proliferan en las puertas de las iglesias, andrajoso y sucio, se acercó a mí con la mano extendida.

—Una limosna, excelencia, por favor. Apíádese vuestra merced de este pobre diablo que no ha podido probar un trozo de pan en los últimos días.

Eché mano de forma instintiva a mi bolsa, dispuesto a entregar una moneda de cobre a aquel pobre desgraciado, cuando observé su cara a corta distancia. Puedo asegurarles que pocas veces en mi vida he recibido una sorpresa de tal magnitud. Quedé petrificado, como si una espantosa y endemoniada visión se hubiese aparecido ante mi persona. A pesar del tiempo transcurrido, reconocí al mendigo en pocos segundos, como era de todo punto necesario, a la vez que todos los nervios de mi cuerpo se ponían en tensión. Era inconfundible la pérdida de gran parte de su oreja izquierda, así como la repugnante cicatriz que le hacía caer el párpado derecho. ¡Cómo olvidar aquel rostro que había propiciado la mayor de las pesadillas que un ser humano puede sufrir!

Por mi cerebro desfilaron, con enorme velocidad, las imágenes correspondientes a los últimos catorce meses de mi vida, desde aquel lejano día en el que desperté desnudo y comenzó el insufrible martirio, por culpa de este hombre que el destino ponía ante mi camino una vez más. Percibí con claridad cómo temblaban mis manos y el sudor resbalaba por la espalda, a la vez que el corazón parecía querer escapar de

mi cuerpo al galope tendido.

Les aseguro que en aquel preciso momento comprendí lo que significa el odio, un odio tan intenso y profundo que todavía me asusto al recordarlo y comprender que era yo quien lo sentía. Intenté tranquilizarme y no demostrar los sentimientos que bullían desordenadamente en mi interior, a la vez que el cerebro trabajaba con inesperada rapidez. Aunque me cueste reconocerlo, creo que había tomado la decisión desde el primer minuto, desde el primer segundo que volví a ver aquel nauseabundo rostro.

—Tome usted, buen hombre —aunque necesité de un esfuerzo extraordinario, conseguí balbucir las primeras palabras con normalidad, a la vez que le ofrecía la moneda que ya mantenía en mi mano.

—Que Dios se lo pague con bienes, noble y gentil caballero. Le deseo toda la fortuna posible para usted y su augusta familia.

Me miró a los ojos con agradecimiento fingido, y estoy seguro de su falta de sinceridad porque su incubada maldad no se podía ocultar o, al menos, así lo creía firmemente. Me tranquilicé al comprobar que no era capaz de reconocer al pobre muchacho que, meses atrás, buscaba la mar con esperanza, lo que habría sido imposible al encontrarme con aquel dignísimo aspecto. Comenzaba a separarse de mí, cuando me dirigí a él con un tono de voz bondadoso, a la vez que le tocaba suavemente en el brazo.

—Creo que es su día de suerte, buen hombre. Como cristiano de ley, intento hacer una buena obra cada semana, lo que, por desgracia, no siempre me es posible, dadas mis muchas ocupaciones y viajes. Hoy, sin embargo, tengo mucho que agradecer a Dios nuestro Señor, y dispongo del tiempo necesario tras el santo sacrificio de la misa —exageraba mis ademanes de caballero, atento a su perversa mirada—. Si lo desea, puedo ofrecerle alguna ropa que ha quedado en desuso en mi arcón, así como un generoso almuerzo en la cocina de mi vivienda.

Se le iluminó la cara y comenzó a gesticular en fingidos agradecimientos, con lo que su cicatriz se abombaba para cerrar el ojo a intervalos.

—Cristo crucificado y todos los santos benditos que lo acompañan se lo recompensarán en esta vida, así como en el cielo, excelencia. Son muchos los días en los que no he probado bocado y moriría sin el auxilio de nobles y bondadosos cristianos como su señoría.

—No se preocupe que podrá saciar el hambre con holgura. Sígame.

Sin saber todavía qué podía hacer, ni hacia dónde debía dirigir mis pasos, caminé por las calles aledañas al templo con decisión. Mientras mi cerebro trabajaba a ritmo desenfrenado, intentaba salir del centro de la ciudad, cuestión complicada porque no dominaba todavía la configuración de la capital. Al ser domingo, ésta se encontraba más transitada de lo habitual, lo que contrariaba los planes que iba desarrollando en mi cabeza con rapidez. Andaba con paso largo, seguido a pocos metros por el maldito bastardo que me había causado el mayor de los males que un hombre puede padecer.

Trataba de encontrar un lugar apartado y solitario, donde ejercer mi sagrada venganza, un conocido sentimiento que volvía a anidar con una fuerza terrible en mi pecho y que ofuscaba cualquier otro pensamiento.

Por fin, después de recorrer un buen trecho de camino, comprendí con alegría que comenzaba a deambular por las afueras de la ciudad. No era consciente de lo que sería capaz de hacer llegado el momento, aunque el sentimiento de venganza aumentaba poco a poco, aunque sea difícil de comprender. Como precioso regalo del destino, encontré la tapia de un cercado que parecía abandonado. Comprobé aliviado que ya no se observaba parroquiano alguno en las cercanías. Atravesé una puerta desencajada, para encontrarme en el interior de lo que debía haber sido un antiguo y hermoso jardín, donde tan sólo hierbas malas y matojos tristes hacían acto de presencia.

Durante el largo paseo había observado a mi acompañante a hurtadillas, mostrando normalidad en mis movimientos. Pero conforme transcurría el tiempo, comprobé que parecía dudar en seguir mis pasos, por lo que dirigía su mirada en derredor, como si sospechase de mis intenciones, de forma especial al divisar el portón del cercado. Sin embargo, lo traspuso, con lo que me sentí aliviado y feliz.

Por fin, entrado en el ruinoso jardín y al abrigo de lo que pudo ser una hermosa rosaleda, decidí que era el momento de dejar caer la máscara. Me giré hacia él, a la vez que empuñaba veloz el pistolón. Apunté el arma hacia su pecho con determinación, amortillando los perrillos que produjeron el chasquido característico. Como pueden comprender, su sorpresa fue grande, para mi regocijo y placer. Se detuvo en seco, a la vez que elevaba sus brazos.

—¿Qué hace vuestra merced? No me dispare, por Dios. Le juro que no he hecho nada malo.

—Acércate, rufián del demonio, malnacido de rabiza y sacapelotas —como parecía dudar en aceptar la orden, le grité con más fuerza, mientras movía la mano armada para que comprendiera que estaba dispuesto a apretar el gatillo si intentaba escapar—. ¡Acércate a la tapia! Y no muevas un solo dedo o te reunirás con Satanás en pocos segundos.

El tono de mi voz había cambiado, para transformarse en un tono fuerte, amenazante y despectivo, que le hizo levantar todavía más sus manos. Se disponía a implorar de nuevo cuando corté sus palabras.

—¡Calla, condenado! Voy a refrescar tu jodida memoria, miserable. ¿No recuerdas lo que sucedió en el caserío de La Gineta hace catorce meses? Según tengo entendido, tú y dos compañeros de la misma ralea, acusasteis a un pobre desgraciado que era inocente, después de robarle hasta la camisa, cuando dormía tranquilamente.

Mientras hablaba, había extraído la daga de Pestañas que mantenía al abrigo en mi blusón. Lo arrinconé a empellones contra la tapia, a la vez que situaba la daga a pocos centímetros de su corazón. La cara del muy desalmado se había teñido de blanquecina palidez, a pesar de su tez podrida y cetrina. Se percibía con claridad el

miedo que recorría su cuerpo.

—No sé de qué me habla, excelencia. Debe confundirme vuestra merced con otro hombre. Sólo soy un pobre desgraciado que nunca ha hecho el mal a nadie, salvo penar por esta vida sin fortuna ni trabajo.

Siento decir que gozaba cada segundo de aquéllos en los que desarrollaba mi lejana y escondida venganza. Es difícil explicar cómo una acción tan criminal, puede producir una satisfacción tan profunda. Continué empleando el desprecio más absoluto contra aquel buitre carroñero que, para mi desgracia, no podría devolverme los catorce meses penados en el más duro de los infiernos.

—Vamos a ver, alimaña endemoniada —guardé el pistolón en el cinto. Con rapidez, tomé sus asquerosas mejillas con mi mano izquierda, empujándolo contra la pared, mientras que con la derecha ajustaba la punta de mi daga contra su gáznate. No estaba dispuesto a dejarme sorprender por aquel malnacido—. Ese desgraciado al que, por tu culpa, condenaron a muchos años de galeras, era el hijo de un fiel y leal sirviente, al que apadriné en la pila bautismal. Intenté rescatarlo de su pena cuando tuve conocimiento del desaguizado y la injusticia cometida pero, sintiéndolo en el alma, llegué demasiado tarde. Cuando conseguí encontrarlo en el presidio de Cartagena, el pobre sufría una larga agonía, enfermo del pecho y desesperanza.

—Pero, señor, yo...

No le dejé continuar, ajustando aún más la daga contra su garganta. Continué con el mismo tono.

—Por desgracia para ti, antes de entregar su pobre alma a Dios me describió tu cara con todo detalle, un rostro repugnante que es fácil de reconocer a una legua. Tan sólo me pidió que vengara su tormento. Te voy a llevar junto al alguacil, para que seas ahorcado como mereces, si no lo hago yo antes con mis propias manos. Ya puedes confesar con detalle tu culpa, o te rebanaré el galillo como si fueras un asqueroso cochino. Te concedo tres segundos para que expliques la verdad, y puedes estar seguro, por mi alma, de que suelo cumplir la palabra dada. ¡Uno! ¡Dos!

Tal y como esperaba, aquel asesino se derrumbó con rapidez, presa del pánico. Cayó de rodillas, implorando como un adolescente, un inesperado movimiento que hizo saltar unas gotas de sangre de su cuello, al resbalar necesariamente contra mi daga. Como me encuentro en momentos de verdades sin cortinas, he de confesar que disfruté plenamente de aquellos momentos. Debía ser el dulce sabor de la venganza, como aseguran tantos otros que la han experimentado. Pero he de declarar en mi defensa con la mayor sinceridad, que no era yo quien actuaba de aquella forma, no era el humilde castellano Francisco Leñanza sino el forzado Gigante, el hombre en el que me habían convertido durante los últimos meses aquellos personajes que, por linaje o jerarquía, deben obrar con rectitud.

—No me mate, por todos los santos. Vuestra merced es un hombre bueno y un caballero cabal que no deseará ensuciar sus manos con mi sangre. Confesaré mi culpa y verdadero arrepentimiento.

—¡Habla de una vez!

—Su señoría dice verdad. Tuve un mal momento y cometí esa infame fechoría que ha mencionado y que hizo condenar a un pobre inocente, después de asaltarlo mientras dormía. Pero debe tener en cuenta vuestra merced que pasaba mucha hambre por aquellos días, al igual que ahora. Le juro por la condenación de mi alma que me he arrepentido muchas veces de aquella terrible acción, y no volví a incidir en ella nunca más. No me mate ni me entregue a la justicia. Por Dios misericordioso, tenga su excelencia piedad de mí. He penado aquella acción con mucho dolor.

Con el movimiento de postrarse en el suelo, tuve que separarme de su cuerpo unos pocos centímetros. Ése fue el momento que intentó aprovechar el muy bastardo. Mientras emitía sus lloriqueos y lamentos, introdujo su mano en el interior de su asquerosa camisa con extrema rapidez. Por fortuna, me encontraba preparado para cualquier eventualidad, y hasta deseaba una reacción así. Suponiendo lo que significaba aquel brusco movimiento, y sin dudarle un solo segundo, clavé la daga con fuerza en su garganta, hasta sentir el contacto de su carne contra mi mano. De la herida brotó, en el acto, un chorro de sangre en forma de fuente inagotable, con tal violencia que llegó a salpicar mis vestiduras. Conforme se desplomaba en el suelo, intentando farfullar unos sonidos ininteligibles, pude observar que ya su mano derecha asía un puñal.

Aquel asesino, cuyo nombre nunca llegué a conocer, murió en pocos segundos mientras agitaba sus piernas en nervioso movimiento. Comprendí que, por segunda vez, utilizaba el arma de aquel otro desalmado, Pestañas, con tremenda y mortal eficacia. Asimismo, para bien o para mal, era la tercera ocasión en la que segaba una vida humana. Recordé las palabras de Aomar, certeras como siempre, ya que la primera vez es la peor y, por desgracia, a todo se acostumbra uno en esta vida. Aunque sé que no debería ser así, sentí un inmenso placer al ver el cuerpo encogido y sin vida de aquel malnacido, mientras recordaba una vez más que por su culpa, había sufrido lo que nadie debería sufrir, y de la forma más injusta.

Sin embargo, todavía tuve la ocasión de disfrutar de una última y agradable sorpresa. Al empujar el cuerpo de aquel asesino que acabada de ajusticiar, y acercarlo a la tapia, comprobé que el arma que intentaba enarbolar contra mí era el querido y añorado puñal cachetero, aquel que me robaron el día que marcó mi vida para siempre. Debía de gustarle el arma, para mantenerla tanto tiempo en su poder. Lo tomé en mis manos para acariciarlo con arrobado cariño, mientras pensaba qué otras vidas podía haber segado en aquellos catorce meses. Sin embargo, fui consciente de que allí, junto a aquel cadáver, daba la última puntada a una historia de mi vida, una etapa que debía desterrar para siempre de mi cabeza, por difícil que me pudiese parecer entonces.

Limpié la daga sanguinolenta con los harapos del ajusticiado, para guardarla con mi viejo puñal cachetero. Salí del patio feliz y con una franca sonrisa en el rostro, consciente de que, en efecto, una fuerza superior me había hecho parar en Granada.

Como habría dicho mi amigo Aomar, todo se encuentra escrito en el libro del destino.

30. El dulce regreso

Después de aquella macabra y, a mi pesar, reconfortante experiencia, no pude aguantar más tiempo en la ciudad de Granada. A partir de mi último encuentro con la muerte, sentí un incontenible apremio por abandonar la inigualable villa que guardo con placer en la memoria, y alcanzar mi querida Valdelahiguera de Albatages cuanto antes. Y no quiero que esta consideración signifique desdoro alguno de la ciudad donde tanta paz y disfrute encontré, sino que un duende interior parecía azuzarme en dirección a mi gente, como si le hubiesen ordenado zanzar de un plumazo ese apartado tan especial de mi vida.

Al día siguiente abandoné la capital andaluza a lomos de mi yegua, que parecía añorar lejanas galopadas tras el forzoso descanso. Les aseguro que sentí una honda pena al divisar Granada desde las montañas, en la distancia, recogida como una joya verde en su esplendoroso valle. Me tiembla la voz al evocar esos días perdidos en la nebulosa del tiempo pasado. Siempre recordaría aquella incomparable tierra, amadrinada a mi alma como el punto final de esa especial y penosa historia, que mantuve bien guardada en la cabeza durante el resto de los días.

Ya que mi desconfianza ante el ser humano era todavía grande, cabalgaba convenientemente armado, como para asistir a un sangriento combate en toda regla. Ceñía espada y pistola al cinto, bien a la vista de cualquier parroquiano, además de guardar en el blusón los dos viejos e inseparables amigos: mi querido puñal cachetero, que recibiera como regalo de mi hermano, y la vieja y afilada daga de Pestañas, que tantos recuerdos traía a mi memoria, y a la que acabé por adornar con una hermosa empuñadura labrada, meses después.

Nunca me he separado de esas dos armas al salir de casa, como si se tratara del bastón que necesita un impedido para caminar. En mi fuero interno las denomino como los símbolos del bien y el mal, un amuleto o una superstición muy personal que nadie conoce. Doy gracias a Dios por no haber tenido que utilizar aquellos adornos nunca más, ni siquiera mostrarlos para convencer malas voluntades. Aquella vida acabó en el jardín de Granada, y estas dos piezas forman parte de aquellos meses que conformaron una pesadilla.

Sería muy difícil explicar las sensaciones que recorrían mi cuerpo y mi mente en aquel trayecto final del regreso, que a pesar de ser un recorrido de muchas leguas y desear fervientemente la llegada, no me pareció excesivamente largo. Por encima de todo era la felicidad, una felicidad tan auténtica e intensa como no creía haber vivido jamás, y como no volví a experimentar en mis muchos años de existencia. Y no crean que los gozos y disfrutes se acabaron en mi vida cuando ésta se normalizó. Aunque son dulces sabores los que me ha regalado el paso del tiempo en todos estos últimos años, no fueron tan explosivos como aquellos lejanos a los que me refiero.

Aunque una prisa incontenible y difícil de comprender comenzó a acuciarme, intenté calmar los ánimos para no cabalgar jornadas excesivas, con las que

únicamente conseguiría cansar mi cuerpo sin razón ni sentido. Como pueden comprender, esa decisión la agradeció Galera, nombre con el que había bautizado a mi hermosa yegua, que pudo recorrer media España a un trote armonioso, sin penosas exigencias en sus ijares. No creo que sea necesario explicar la razón que me llevó a adjudicar ese preciso apodo al noble animal, porque esa palabra ha marcado mis días a fuego. Como les decía, me tomé el regreso con calma contenida y efectué las paradas necesarias, comiendo y bebiendo en abundancia, aunque ya mi aspecto físico era inmejorable. Los diez días de vida regalada en la capital andaluza, así como mi juventud y robustez de nacimiento eran los artífices del milagro.

Supongo que al verme guarnido de aquella rutilante guisa, nadie me habría encajado con la infame figura del galeote demacrado que aparentaba pocas semanas atrás, aquel pobre diablo sin esperanza que suspiraba por un plato de menestra o una galleta troceada en agua caliente. Por esta razón me dediqué a disfrutar del momento y de cada uno de los detalles que componen nuestra vida diaria. Paladeaba las comidas con lentitud y extremo regodeo, hasta llegar a reconocer sabores perdidos y algunos nuevos de gran calidad. Pero por encima de todo, mi lengua bailaba de placer al saborear los vinos que me servían en las fondas y posadas, a mi paso por las diferentes ciudades y regiones que hube de atravesar. Eran caldos rojos, espesos y fuertes que me producían una agradable y placentera modorra en escaso tiempo, lo que me obligaba a un ligero pestañeo antes de recobrar la montura. Lo cierto es que había perdido la costumbre, tras muchos meses de probar solamente el aguate rosado y sin sangre que nos vendían a los forzados.

Como norma habitual solía tomar descanso en ventas de caminos y posadas de hospedaje, no por huir de la gente, pues ya el temor a las autoridades se había evaporado como por encanto. Pero también me dejé caer por hermosas ciudades como Jaén, Bailen, Santa Cruz de Mudela, Valdepeñas y Ocaña, que visité con ligereza aunque con tiempo suficiente para hacerme idea cabal de sus monumentos y bellezas. Llegué al convencimiento que no hay villa en nuestra España sin maravillosos encantos que ofrecer al viajero, una serie de detalles que normalmente parecen quedar olvidados por aquellos que podrían disfrutarlos a diario.

Por fin, arribé a nuestra Corte, que volví a encontrar tan sucia y descuidada como la primera vez. Parecía como si toda la chusma de los pueblos y villas cercanas, hubiesen sido expulsados hacia los arrabales de la capital del Reino, donde campaban a sus respetos sin el necesario control. Como entraba en terreno de recuerdos poco edificantes, evité la estancia en nuestra primera ciudad. También pesaba el sentimiento de ver cerca el final de un largo recorrido, y no me refiero tan sólo al trayecto final en libertad, sino al conjunto total de los catorce meses que componen aquella otra vida.

Recuerdo que, a partir de Madrid, el ronroneo interior de felicidad se multiplicaba a cada legua que ganaba con Galera, una yegua alegre que también parecía desear la arribada forzosa, en vista del generoso galope que desplegaba sin ser aplicada a ello.

Enfilé el término del camino con el estómago encogido por la emoción, deseando cantar y reír como un niño, mientras dirigía la mirada en las cuatro direcciones que parecían confluir en un solo punto: mi querido pueblo. Estoy seguro de que nunca volví a disfrutar unos momentos como aquéllos, en los que cualquier detalle atractivo, por mínimo o pueril que fuese, me producía una alegría incomparable. Claro que se trataba del regreso a casa después de una prolongada ausencia, catorce meses que representaban catorce años en mi espíritu, un regreso muy especial tras una experiencia inolvidable.

Por fin, en las primeras horas de una tarde abierta y calurosa que despedía un intenso perfume a campo y verde, me presenté en las cercanías de mi añorado pueblo, la más hermosa de las capitales del mundo. Les juro por la salud de mi alma que, en aquellos momentos, ni la inigualable Alhambra granadina podía compararse en mi mente con el más modesto de los edificios de Fuentelahiguera, y no crean que los años turbian mi cerebro. Por unos segundos, llegué a pensar que un niño había salido a lomos de aquella mula torda llamada Baranda, unos meses atrás, en otra vida quizás, mientras que, ahora, regresaba un hombre curtido en la vida, sobre la preciosa yegua Galera, un hombre con el cuerpo y el alma cambiados.

En estos días en los que narro mi triste y escondida historia con absoluta sinceridad, puedo decir que al cubrir una loma del camino y divisar Fuentelahiguera de Albatages en la distancia, detuve la cabalgadura y eché pie a tierra. No crean que se trataba de acción caballeresca para expresar un merecido reconocimiento a quien hacía posible el milagro, sino de un acto necesario, pues ya sentía rodar las lágrimas como ríos por mis mejillas.

Cuántas veces, en aquellos momentos de dureza insoportable, cuando los dulces pensamientos eran el único asidero para mantenerme con vida y esperanza, había soñado con este fantástico cuadro que ahora se presentaba ante mis ojos. Lloré un tiempo interminable como un pobre niño desvalido, sin aparente consuelo, con gemidos entrecortados por la emoción. Deben comprender que eran unas lágrimas largamente acumuladas durante los interminables meses sufridos en el más puro de los infiernos. Sin embargo, en este caso, pueden estar seguros de que eran lágrimas de felicidad, de verdadera felicidad.

Entré en mi pueblo vestido como un verdadero marqués, a lomos de una yegua alazana como no había ninguna en muchas leguas a la redonda. Todo se sucedió como en un sueño, un maravilloso sueño del que temía despertar y encontrarme todavía amarrado por el grillete al duro banco de la boga en la galera Santa Bárbara. Temía escuchar en cualquier momento los gritos del cómitre y sentir las caricias del rebenque sobre mi maltratada espalda. Pero no, aquélla era la divina realidad.

Por fortuna, mis padres se mantenían con buena salud, así como mis hermanos, y con todos ellos me mantuve en apretado abrazo durante un tiempo glorioso e interminable. Como ya había soltado todas las lágrimas de las que era capaz antes de entrar en el pueblo, dejé que fueran ellos los que regaran mis hombros con las suyas,

hasta sentir aquella dulce humedad sobre mi carne.

Epílogo

Durante todos estos años que han transcurrido desde mi arribada al pueblo, mucho se ha especulado en Fuentelahiguera de Albatages, entre mi familia, amigos y vecinos, sobre los catorce meses de ausencia de Paco, un nombre al que me costó acostumbrarme de nuevo y que, al principio, escuchaba emocionado.

La fortuna que me entregara Aomar en su infinita generosidad, dio sus frutos en la forma conveniente, tal y como predijo. Compré unas fanegas de buena y extensa tierra al administrador del marqués, con quien acabé en ventajosas relaciones mutuas, donde planté viña y olivar, aparte de adquirir un nutrido rebaño de merinas, que eran la envidia de todos los parroquianos. Estos detalles, así como demostrar que el dinero manaba de mi faltriquera en abundancia, comenzaron a fomentar la opinión de que había hecho las Américas en muy corto espacio de tiempo, o había encontrado un tesoro escondido en una perdida isla antillana. Como es de esperar en lugar pequeño donde nadie es desconocido, las historias fantásticas que inventaban algunos vecinos se sucedieron sin límite durante años, hasta que la rutina y el caminar diario cerraron los grifos de la imaginación.

Nadie supo la verdad, la verdadera historia de Gigante, ni siquiera mi padre, aunque la intuyera en silencio, hasta que se la conté al párroco en confesión. Bueno, he de reconocer que hice una excepción, una importante excepción, aunque esta historia supongo que les llegará en la voz apropiada más adelante, que no acaban con estas líneas las aventuras de los Leñanza en la mar, ni mucho menos. Hubo quien llegó a creer que había vivido a costa de las mujeres en la Corte, en ese intento de todo el pueblo para conseguir arrancarme un secreto que llevaba grabado a fuego en mis entrañas.

Todas esas diferentes versiones de lo que podía haber sido mi vida en aquellos largos y perdidos meses, me rodearon de una aureola misteriosa y fantástica, que llegó a convertirme en el personaje más popular del pueblo durante muchos años. Lo que nadie llegó a imaginar siquiera, es que me propuse desterrar aquellos meses de mi vida, apartarlos a dentelladas como si no hubiesen existido, aunque es difícil ponerle compuertas a los pensamientos y a las pesadillas que, periódicamente, me asaltaban. Sin embargo, es bien cierto que la felicidad mitiga todo sentimiento adverso y pasado porque, les repito, lo bueno queda y lo malo vuela.

También, siguiendo el último consejo de Aomar, casé al año siguiente. Tuve la suerte, condición que continuaba amadrinada a mi vida, de encontrar a una buena y hermosa moza de mi tierra. Manuela, que así se llama, es bondadosa, trabajadora y honrada a carta cabal, un premio del que no estoy seguro ser merecedor. Con los años de placer me dio seis hijos, todos varones y fuertes como yo, que han engrandecido mi familia y mi orgullo. Al primero de ellos, que llenó de alegría la casa y me saca media cuarta de estatura, le llaman Gigante, un apodo que utilizó su madre un día en broma y que permaneció con el tiempo, por mucho que se mudara mi rostro al

escucharlo las primeras veces. Debe estar escrito en el libro del destino, que ese apodo permanezca unido a mi casa por los siglos de los siglos.

Aunque salga de la línea marcada en esta historia de mi vida, he de declarar que hace algún tiempo recibí una sorpresa inesperada, tan profunda y alarmante que casi me derriba al suelo como coque de rucho encabritado. Paseaba una mañana por mis tierras con Gigante, ese cachorro que sobrepasa ya mi altura y es, sin duda, el favorito de la casa, mientras le exponía los planes para la inminente siembra. Lo encontraba pensativo en exceso y pesados, circunstancia que achaqué a la adolescencia y los males de amores tan propicios en esa temprana edad. Sin embargo, cuando menos me lo esperaba y de sopetón, me expuso su escondido deseo de conocer la mar y navegar por ella, de correr aventuras y atravesar el mundo de parte a parte.

Ya pueden ustedes imaginar la impresión que sufrí y los pensamientos que acudieron en tropel a mi cabeza, nada reconfortantes, por cierto. Me quedé sin respiración, incapaz de contestar, y tan sólo pude responder, segundos después, con un par de monosílabos sin trabazón, hasta comprender que era necesaria descargar la bodega de mi alma y sembrar la semilla como marcan las normas en la gente de bien. No cambié la conversación, como otros habrían hecho, sino que me aferré a los cuernos de aquel toro bravo con sinceridad porque mi hijo, ese ser tan querido, así lo merecía.

Es posible que no comprendan cómo pude actuar de aquella forma y permitir lo que otros habrían considerado una extraordinaria locura. Pero nadie conoce mejor la harina que el molinero, un refrán que es oro de ley. Ya tendrán noticias de esa cuestión en su momento, que es demasiado larga para narrarla en pocas líneas aunque, para mi mal, no llegaré a ver el desenlace final de la obra, según preveo el futuro en estos días.

Sin embargo, me hizo cavilar aquella salida de mi querido hijo, lo que me llevó a sufrir extraños pensamientos que no sabría explicar. Debe ser cosa de la sangre que llama a la propia sangre, como decía mi abuelo; la sangre de los Leñanza, que nos impulsa hacia ese otro mundo en movimiento permanente, tan distinto y tan maravilloso a la vez, cualidad que he de reconocer a pesar de mi triste experiencia. Pero, bueno, como les decía, estoy seguro que esa historia del segundo Gigante llegará en su momento.

Ahora, en estos días en los que ya no voy sino que vuelvo de todo, listo para soltar amarras hacia el puerto definitivo, he pasado la vista por aquellos meses que conformaron una vida apartada dentro de mi propia vida. Creí que sería duro y penoso recordarlos, un ejercicio que me haría más mal que bien, pero he de reconocer que estaba equivocado.

Puedo asegurar que he olvidado por completo aquellos que intentaron hacerme el mal: Cojitranco, Cicatriz, Braen, Caballo, Tatuajes, Pestañas, Matute, el asesino sin nombre y falto de oreja que debí ajusticiar, así como aquel terrible alguacil del apresamiento inicial, que tuvo la feliz incompetencia de errar en mi nombre y

localidad de nacimiento. Y no crean que presumo de hombre bueno, sino que el paso de los años difumina los daños y las ofensas.

Sí que me han pesado, a veces, las muertes que di, aunque puedo jurar que, en mi fuero interno, sigo convencido que no se trató más que de un acto de justicia divina, del que fui escogido como ejecutor. También es cierto que, después de confesarlas y recibir un inesperado perdón, me siento mucho mejor, como si flotara entre los malos recuerdos.

Sin embargo, mis tres grandes amigos regresaron dulcemente a la memoria con cierta frecuencia, especialmente cuando, en las noches de verano, tomo asiento en solitario bajo el parral de mi porche, para observar unas estrellas que, desde tierra, lucen un color diferente y más apagado que en la mar. Son momentos dulces, en los que se aparecen con rostros sonrientes, como si hubiesen encontrado, por fin, el destino que tanto habían soñado.

Supongo que, a pesar de todo, Mechones y Azayn ganarían sus cielos respectivos, porque eran hombres con buen fondo, arruinados por nuestra injusta sociedad que alguien debería cambiar cuanto antes. He pensado muchas veces, alarmado, que son pocos los cristianos en sincero ejercicio, pero no debo caer en tales disquisiciones ahora que la paz volvió a mi alma.

Por otra parte, estoy convencido, al menos lo he deseado fervientemente a lo largo de todos estos años, que mi generoso amigo Aomar ganaría la costa berberisca en su falucho, a pesar del viento y las olas. Supongo que, en estos días, se encontrará entre los de su raza, en el norte de África, contando viejas historias de galeotes y batallas navales a sus hijos o sus nietos con su proverbial sabiduría. He de reconocer que, a lo largo de los años, cuando algún peligro acechó a los miembros de mi familia, me encontré, inconscientemente, rezando a Dios Nuestro Señor y a Alá, por separado, una cuestión que me preocupaba por la salud de mi alma y que, por fortuna, el nuevo párroco me ha aclarado, para permitirme acabar los días en paz.

Quiero declarar que el único lunar que ha empañado mi placentera vida en estos últimos años, ha sido el comprobar los males de la guerra y las pérdidas de territorio a manos de los britanos, que Dios confunda en el infierno. Según tengo entendido, todavía andan por nuestra tierra esos endemoniados, aposentados en una roca del sur de España de donde no es posible expulsarlos, aunque cueste trabajo crearlo. Debe ser que nuestra sangre se ha reblandecido con el paso de los años, porque no se comprendería otra explicación. Por fortuna, no llevaron a cabo levadas en esta tierra los alguaciles de Su Majestad, aunque más de diez mozos se presentaron como voluntarios para guerrear en los ejércitos. Fueron pocos los que regresaron, y alguno de ellos habría preferido morir en las duras batallas, así de arruinadas se encontraban sus vidas. Por mi parte y como es fácil comprender, no me picó el gusanillo de la aventura guerrera nunca más, que ya era pollo escaldado con largura.

De todas formas, aunque me había prometido con firmeza no volver a segar vida humana, estoy seguro que no habría sentido matar algún inglés de los que pisaban

tierra española, atracaban nuestras posesiones americanas o desvalijaban los cargamentos que llegaban de las Indias. Pero deben tener en cuenta que, como explicaba el párroco de la ermita en sus exaltados sermones de aquellos días, los ingleses son hijos del demonio, y matar la descendencia de Satanás no puede ser pecado sino complacencia del Señor.

Como mi padre hiciera conmigo, transmití a mis hijos la prevención que deben tener con aquellos hombres de fuera, britanos o franceses, que son incapaces de pronunciar nuestra letra erre sin hacer sufrir su garganta. Y no se sorprendan de mis palabras al pensar que, ahora, los del norte de los Pirineos se encuentran a nuestro lado, que ellos van a lo suyo según comenta el párroco, y nos dejan en la estacada como norma habitual.

Como pueden suponer, nunca volví a ver la mar. Sin embargo, es bien cierto que la siento correr por mis venas y la escucho con claridad por las noches, especialmente cuando sopla el viento norte que se entabla en el pueblo, hasta hacerme creer que las colañas de mi tejado forman la jarcia de un barco que sólo existe en mis pensamientos.

En fin, ésta es mi triste y gozosa historia, porque todo en esta vida depende del punto desde el que se mire; la historia de Gigante, un forzado, un penado, un galeote que formó parte de la chusma de la galera de Su Majestad, Santa Bárbara. Espero que todo lo que acabo de narrar con la máxima sinceridad y exactitud que mi memoria permite, sirva para reconducir a los jóvenes con excesiva atracción a las aventuras desconocidas, que deben tomar con las adecuadas prevenciones y asesoramiento. También les exhorto para que aprenden a buscar la justicia y la verdad en todos sus actos, sin olvidar que la dignidad es lo que nunca se debe arrebatar a cualquier ser humano, por ruin o malnacido que se le considere.

Para finalizar este relato, quiero citarles un proverbio que me nombró el párroco encargado de pasar a las letras mis venturas y desventuras. Según parece, se debe a Fray Antonio de Guevara, un hombre sabio que escribió un famoso libro sobre la terrible vida que se sufría en aquellos inolvidables barcos propulsados a remo, la misma que yo padecí:

Que la vida de la galera, déla Dios a quien la quiera.

Luis M. Delgado Bañón
Cartagena, 10 de agosto de 2002



LUIS M. DELGADO BAÑÓN (Murcia, 8 de enero de 1946) es un escritor y militar español, capitán de navío del Cuerpo General de la Armada Española.

Entre sus obras destaca su proyecto, aún en curso, de escribir una serie de 56 novelas que ilustren sobre la historia naval de España entre el momento de su mayor esplendor, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939. Su interés principal en la escritura de esta serie es el de llenar un hueco necesario en la narrativa histórica española que hace muchos años ya han cubierto otras naciones que rememoran con orgullo su historia naval, en especial los británicos quienes, siendo excelentes novelistas, no reflejan adecuadamente siempre la realidad de las armadas desde el punto de vista naval e histórico, según Delgado Bañón, por falta de la adecuada investigación historiográfica, y tienden a denostar las de otros países ocultando a menudo los fracasos, no pequeños, de la *Royal Navy*.

El autor, que reivindica la importancia de la historia de la Real Armada en el pasado de España, es un gran conocedor de sus hechos que ha sido director del Museo Naval de Cartagena y delegado del Instituto de Historia y Cultura Naval en el Mediterráneo durante trece años. La serie se denominada *Una saga marinera española*.

En la saga, el autor refiere la historia de la familia Leñanza usando el punto de vista de las memorias que, por tradición establecida, van escribiendo sus miembros a lo largo de varias generaciones. Los Leñanza, familia de orígenes humildes, empiezan a hacer carrera naval con el comienzo del segundo volumen de la serie, y su paso por diferentes episodios históricos de la vida de la marina de guerra española (el sitio de

Gibraltar, la Guerra de la Convención, los combates navales del Cabo de San Vicente y Trafalgar, la política de expansión ultramarina en el Pacífico norteamericano con referencias a episodios como los de la isla de Nutka, las alianzas durante la Guerra de la Independencia Española, la decadencia de la Armada Española desde el reinado de Carlos IV y el germen y desarrollo de los movimientos independentistas americanos, el reinado de Fernando VII, los afrancesados, el trienio liberal y los exilios de la Década ominosa, la primera Guerra Carlista...) pretende ilustrar sobre aspectos determinados muy deficientemente conocidos de la historia española, donde la Armada tuvo un papel más importante, tanto en sus luces como en sus sombras, del que usualmente se le reconoce. También pone de relieve los logros pioneros en navegación marítima de España y sus grandes descubrimientos, a menudo silenciados o usurpados por otras naciones. Todos los libros de la serie cuentan con notas explicativas de la terminología marinera, de aclaración histórica y geográfica o de los usos y costumbres en los regímenes de funcionamiento de las naves y sus ordenanzas.

Además de las de la Saga marinera, Luis Delgado Bañón es autor de otras novelas anteriores como *Jasna* (1997), *Las perlas grises* (1998), *Los tesoros del general* (1999), *La tumba del Almirante* (1999), *Aventuras y desventuras de un galeote* (2000), *El diamante del III Reich* (2000) y *Operación 2001: Gibraltar español* (2001).

Ha publicado numerosos artículos historiográficos en diversas revistas de su especialidad nacionales y extranjeras, y es autor de los ensayos históricos *Gibraltar 1704-2004: tres siglos de desidia, humillación y vergüenza* (2004) y *Antonio de Escaño, antes y después de Trafalgar* (2005), publicación esta última vinculada a la exposición del mismo nombre que comisarió el autor junto con Arturo Pérez-Reverte en conmemoración del combate de Trafalgar.

Notas

[1] Acción de remar o bogar. <<

[2] Momento en el que el sol alcanza su máxima altura, cerca del mediodía. <<

[3] Magistrado. <<

[4] Especie de jubón ajustado al cuerpo. <<

[5] Reo que sufre la pena de galeras. <<

[6] Remar. <<

[7] Torno colocado en posición vertical que, al girar, arrolla una cadena, cable o maroma. Normalmente situado en los castillos de proa de los buques, se utiliza para llevar el ancla o cobrar las estachas a tierra. <<

[8] Anillo de hierro que abrazaba los tobillos o manos de los forzados. <<

[9] En las galeras y buques de la época, se denominaba menestra al plato de habas o garbanzos cocidos con muy escaso condimento. <<

[10] Buques viejos o caducos que, amarrados de firme en puerto, se utilizan como alojamiento o almacén. <<

[11] Citado por Quevedo en *El Parnaso Español*. <<

[12] Embarcación de vela latina y remo muy usada por los argelinos. Es de aparejo parecido al jabeque, aunque con mayor bodega y calado. <<

[13] Buque muy peculiar del Mediterráneo, que navegaba a vela y remo. Disponía de tres palos aparejados con vela latina, llegando a montar hasta treinta y dos cañones.

<<

[14] Conjunto de aparejos y cabos (cordajes) de un buque. <<

[15] Se denomina obra viva, a la parte del costado del buque que queda en contacto con el agua. <<

[16] Nombre que se da en la marina a los cubos. En la época de este relato, solían ser de cuero o lona. <<

[17] Bombas de vapor, las primeras utilizadas en España, construidas por el sabio marino Jorge Juan, que también diseñó los diques de carenar, una de las obras hidráulicas más importantes en el siglo XVIII. <<

[18] Persona que, en las galeras, tenía a su cargo la dirección de la boga y el castigo de los galeotes. <<

[19] Látigo de cuero o cáñamo embreado con el que se aplicaba el castigo a los galeotes para mantener el ritmo de la boga. También recibía el nombre de corbacho.

<<

[20] Conjunto de cabos utilizados a bordo de un buque en sus diferentes maniobras.

<<

[21] Cuerdas o estachas muy gruesas para amarrar los buques. <<

[22] Cabos gruesos que se hacen firmes en el arganeo o anillo extremo del ancla. <<

[23] Planta de Filipinas, semejante a la pita de España, de cuyas hebras se fabrican cables y jarcias de labor de mucha resistencia. <<

[24] Se denominaba atarazana al astillero o arsenal donde se fabricaban las galeras. <<

[25] Embarcación o batea de fondo llano y poco calado que se usaba para transportar mercancías en los arsenales o, incluso, dar la quilla los buques en su superficie plana.

<<

[26] Conjunto de galeotes que formaba la dotación de una galera. <<

[27] En aquellos años se trataba del Jefe de Escuadra don Antonio Angosto y Manterola. <<

[28] Trozo de parapeto entre dos cañoneras. <<

[29] Armazón de madera sobre ruedas donde se montaban los cañones. <<

[30] Se denomina atracar en punta, cuando la nave lo hace perpendicular al muelle, debiendo hacer firme la proa a un muerto fondeado o ancla propia. <<

[31] Bloque de hierro o piedra, fijo en tierra, donde se amarran las estachas de los barcos. <<

[32] Vara o palo muy largo al cual se asegura la vela latina. <<

[33] Canto superior del costado de cualquier buque. <<

[34] Esta pequeña estaca se denomina escálamo, si está confeccionada en hierro. En caso de que se fabrique en madera recibe el nombre de tolete. <<

[35] Conjunto de los remos de una embarcación. <<

[36] Ancla de cuatro uñas y sin cepo. <<

[37] Ayudantes de comité. <<

[38] Longitud de una nave, de proa a popa. <<

[39] Tela de lana, gruesa e impermeable, usada principalmente por la gente de mar. <<

[40] Molusco que se introduce en las maderas bañadas por la mar, destruyéndolas. <<

[41] Parte de la cubierta, a popa, normalmente reservada para el comandante y gobierno del buque. <<

[42] Medida de longitud utilizada normalmente en navegación y que equivale a 1.852 metros. <<

[43] Muelle estrecho, abierto a dos bandas, normalmente de madera. <<

[44] Fachada que presenta la popa de una embarcación. <<

[45] Unos cincuenta metros aproximadamente. <<

[46] Anchura mayor del buque. <<

[47] 24 libras era el peso de la bala redonda que disparaba. Los había de 36, 24, 18, 12, 8 y 4. <<

[48] Parte superior del espolón que servía de plataforma para las tropas de abordaje o defensa. <<

[49] Cañón de pequeño calibre que lanzaba balas redondas de piedra. <<

[50] Cañón corto, de poco peso y mucho calibre, montado sobre corredera, y en un eje que gira verticalmente para conseguir la puntería. <<

[51] Cavidad inferior de la embarcación. <<

[52] Viento procedente del norte. <<

[53] Estrecho. <<

[54] Al tomar rizos se disminuye la superficie útil de la vela. <<

[55] Abrigo contra el viento y la mar. <<

[56] Desgarrado. <<

[57] Parte del costado del buque donde este comienza a estrecharse para formar la proa. <<

[58] Franceses. <<

[59] En la mar, se denomina picar a hacer funcionar una bomba. <<

[60] Las velas. <<

[61] Frase utilizada para expresar «fuera del puerto» cuando este dispone de rompeolas o espigones. <<

[62] Meseta colocada horizontalmente en el cuello de los palos. En las galeras se denominaba galcés o carchés, palabras en desuso. <<

[63] Tablón que forma el borde de las embarcaciones. <<

[64] Viento del sudoeste, típico del Mediterráneo. <<

[65] En la Armada se denomina tripulación o equipaje a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de guarnición se reserva para la Infantería de Marina embarcada. El conjunto de las dos, más la chusma en el caso de las galera, constituye la dotación del buque. <<

[66] Los cañones, hasta la aparición de las llaves de fuego, de chispa, se disparaban aplicando una mecha a la abertura que conectaba con la recámara y que se regaba con pólvora. <<

[67] Distancia entre la línea de flotación y la parte más baja de la quilla. <<

[68] Barreta de hierro con dos cabezas gruesas, del calibre del ánima del cañón. Se disparaba para destrozar más fácilmente los aparejos y palos del buque enemigo. <<

[69] Rueda o palanca con la que se maneja el timón. <<

[70] Palo grueso, horizontal o algo inclinado, que sobresale de la proa. <<

[71] Situarse al costado de otro buque o del muelle. <<

[72] La arena se echaba sobre la cubierta antes del combate para evitar que los hombres resbalasen entre la sangre que llegaba a cubrirla. <<

[73] Inclinarla para descubrir su costado, bien en la orilla, grada o una de las chatas del Arsenal. <<

[74] Aplicar estopa y brea a las juntas de las embarcaciones de madera para impedir el paso del agua. <<

[75] Se denomina obra viva a la parte del casco bañada por las aguas, y obra muerta a la situada sobre la superficie. <<

[76] Trípode formado por tres maderos y una polea suspendida en el vértice, para levantar pesas. <<

[77] Se denomina andar a la marcha o velocidad del buque, así como a la misma navegación. <<

[78] Tratamiento que se daba, y todavía permanece en vigor, a los guardiamarinas. <<

[79] Embarcación de casco semejante al jabeque, con dos o tres palos, sin cofas y velas cuadras. <<

[80] Embarcación de dos palos y bauprés, velas cuadras y cangreja en el mayor. <<

[81] Polacra que utiliza cofas en sus palos. <<

[82] Capitán de embarcación árabe o morisca. <<

[83] Se decía que el cañón entraba en batería cuando asomaba la boca por su porta, listo para disparar. El efecto del disparo le hacía retroceder, rodando sobre la cureña, hasta salir de batería. <<

[84] En facha se mantenía el buque parado, por medio de las velas, haciéndolas obrar en sentidos contrarios. <<

[85] Seguir aguas significa que se ha de seguir por la popa de otra embarcación. <<

[86] Se entiende como barajar la costa a navegar siguiendo su perfil a la vista. <<

[87] Costado de la nave o cualquier parte situada en la banda contraria a la que sopla el viento, que es la de barlovento. <<

[88] Navegar hacia barlovento, es decir, contra el viento. <<

[89] Desplazarse lateralmente por efecto de la mar o el viento. <<

[90] Vela latina de mayor espesor y menor tamaño, diseñada para capear. <<

[91] Capear el temporal. <<

[92] Calcular la profundidad del agua dejando caer en ella un cabo con diferentes marcas de distancia y una plomada en su extremo que alcanzaba el fondo. <<

[93] Unos 16 metros aproximadamente. <<

[94] Nombre con el que los hombres de mar designan el punto cardinal Este. <<

[95] Cinturón del que penden una o dos correas unidas, para colgar de ellas el sable, espadín, etc. <<